

HISTORIA
DE
MEXICO

2

F1226

M7

v. 2

200. Los 6 tomos \$12.00



1020001405



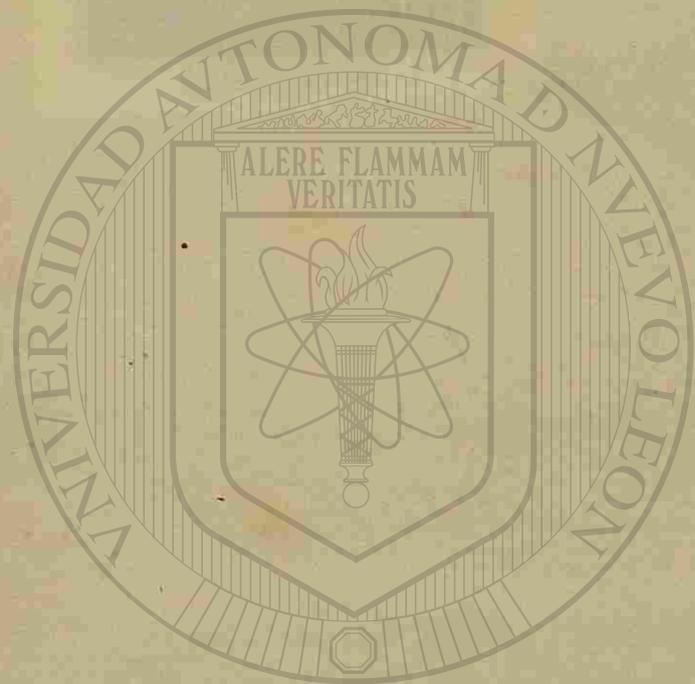
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



103869



UJANL

HISTORIA DE MEXICO.

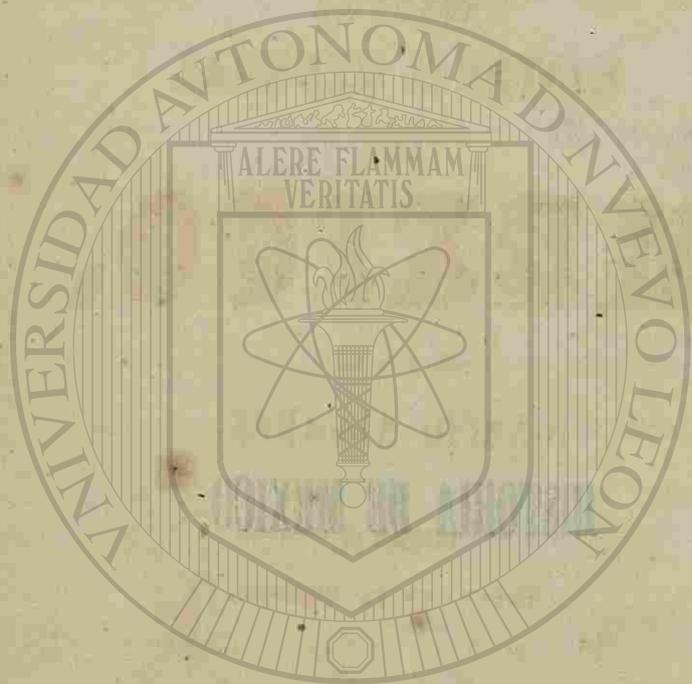


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



103884



ESTUDIOS ✓
SOBRE LA
HISTORIA GENERAL

DE
MEXICO.

POR EL LIC.
IGNACIO ALVAREZ ✓

TOMO II.
HISTORIA DE LA CONQUISTA.

ZACATECAS. ✓

IMPRENTA ECONOMICA.

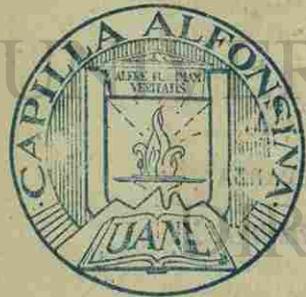
DE MARIANO RUIZ DE ESPARZA, ✓

Calle del Gorrero número 2.

1870.

FONDO
FERNANDO DIAS RAMIREZ

F1226
A 47
V 2.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



CAPITULO 1.

Religion y templos de los mexicanos.

Hemos visto ya en el curso de esta historia, algunos rasgos que dan á conocer bastante la religion de los antiguos mexicanos; pero es necesario dar una idea mas completa de la religion, usos y costumbres de este pueblo en el tiempo en que llevamos la narracion y cuando llegó á ellos la guerra que destruyó todas las monarquías indígenas.

Segun Clavigero, aunque mas bárbara y sanguinaria la religion de los mexicanos, era menos supersticiosa y ridícula que la de los griegos y romanos: éstos multiplicaron sus dioses á un número inmenso, plagando su culto con escsecrables impurezas; mientras los mexicanos, no solo no cometian en sus ritos accion alguna contraria á la honestidad, sino que eran muy celosos del honor de

sus templos, la santidad de vida de sus sacerdotes y la mayor escrupulosidad en observar las ceremonias religiosas. La multitud de dioses de Grecia y Roma, fué una invencion ridícula y extravagante, nacida de corazones corrompidos y depravados; pero los dioses de los mexicanos, no son sino derivaciones naturales de la verdadera religion, oscurecida con el trascurso del tiempo y las supersticiones del espíritu humano, cuando no recibe constantemente el auxilio de la revelacion: y fuera de la espantosa efusion de sangre que dá al antiguo pueblo mexicano un odioso carácter de barbarie; en el número de sus dioses, las cualidades que les atribuian, el culto, ritos y ceremonias, gerarquías y oficios de sus sacerdotes y la reverencia con que celebraban sus fiestas, se ve demasiado claro que en su remoto origen, su religion fué la verdadera y que a pesar del extravío de su razon en los últimos tiempos, fué siempre entre todas las naciones idólatras el pueblo que menos se alejó de la verdad, dando pruebas de haber hecho mejor uso de su razon natural.

Al principio del tomo primero dijimos ya, que los primeros pobladores de este suelo no rendian culto sino á la sola divinidad verdadera, que confesaban ser una sustancia espiritual, absoluta é independiente á quien se debia tributar adoracion. A este Ser Supremo invisible lo llamaban *Teotl* Dios: como Criador de los cielos, la tierra y en cuanto en ellos se contiene, lo denominaban *Tloque Nahuaque*; y como causa que dá vida y conservaba todo lo criado, le daban el nombre de *Ipalnemoani*, aquel por quien se sirve. Sabian que Dios habia criado al primer hombre y la primer muger; y tenian un claro conocimiento del pecado original que hizo decaer la dignidad de la especie humana.

Ya hemos visto tambien, que tenian noticia exacta del diluvio y la confusion de lenguas: y, siguiendo el hilo

de las dinastías Tolteca y Chichimeca, que entre esas naciones á pesar de las densas tinieblas de la supersticiosa idolatría no llegó á perderse el conocimiento del verdadero Dios, pues que el gran Nezahualcoyotl enseñaba á sus hijos la falsedad de la idolatría, encargándoles de no corromper su corazon en aquel fango y que nunca adoraran otro Dios que al *Criador del universo*, en cuyo honor habia erigido un templo tambien. Nezahualpilli que en todo supo imitar las virtudes de su padre, conservó siempre las mismas ideas religiosas trasmitiéndolas á sus hijos: y de estas el fógoso Ixtlixochitl, tuvo la buena suerte de recibir en el bautismo la fe de Jesucristo; siendo los otros sacrificados en la conquista. De suerte, que por estas ramas vemos que no se perdió el conocimiento de la verdad y que esta atravesó incólume desde las llanuras de Senaar donde se efectuó la dispersion de las gentes, hasta que por la conquista fué generalmente conocida en este suelo la religion santa del crucificado.

Respecto de los mexicanos, ya se ha hecho notar cual fué el origen de su famosa divinidad Huitzilopchtli; y como despues que establecidos en el valle del Anahuac, adoptaron la idolatría tal como estaba establecida por los toltecas y chichimecas, acompañándola ellos con el bárbaro cortejo de los humanos sacrificios, en que con tan cruel prodigalidad, regaban las aras de sus dioses, con la sangre de sus semejantes.

Creian en la existencia de un espíritu maligno enemigo del género humano al cual llamaban *Hacatecolotl* ó ave nocturna racional: y decian que muchas veces se hacia visible para dañar á los hombres. Confesaban la inmortalidad del alma distinguiendo tres lugares para los espíritus de los que morian: era el primero la casa del Sol para los soldados que morian en guerra ó sacrificados por sus enemigos y para las mugeres que morian de

parto: otro, el lugar llamado Tlalocan ó residencia del dios Tlaloc, sitio fresco y ameno donde disfrutaban toda clase de placeres, los sacrificados á este dios, los que morian á causa de un rayo, ahogados, hidrópicos y para las almas de los niños; y por último para los que morian de cualquiera otro modo, un sitio muy oscuro llamado Mitlan donde reinaban Mictlanteuctli y la diosa Mictlancihuatl señores del infierno, aunque no creian que las almas sufrieran en aquel lugar, sino la pena de la oscuridad.

Tributaban adoracion en primer lugar á un dios invisible que por ser espíritu no le daban culto externo y en esto se conformaban á la creencia que se conservó hasta Nezahualcoyotl, Nezahuapili y sus hijos. Entre las divinidades á quienes se daba culto externo y adoracion en los templos, era la primera el dios Tezcatlipoca, dios de la providencia, alma del mundo, y Señor de todas las cosas: lo representaban jóven para significar que ni envejecia, ni se debilitaba por los años: creian que premiaba á los justos con muchos bienes y castigaba á los viciosos con enfermedades y otros males: su nombre significa espejo reluciente, y por esto lo formaban de una piedra negra y muy vistosa llamada *Teotetl* ó piedra divina: lo vestian de gala con adornos de oro en las orejas, pendiente del labio inferior un cañoncito de pluma dentro del cual se trasparentaba una plumita azul ó verde: tenia atados los cabellos con un cordón de oro, del cual pendia una oreja hecha del mismo metal y que tenia pintados ciertos vapores que representaban los ruegos de los afligidos: una lámina de oro le cubria el pecho; y tenia brasaletes de oro, una esmeralda en el ombligo y en la mano izquierda un avanico de oro y plumas, de tanto brilló como un espejo, con lo cual significaban que aquel dios veía cuanto pasaba en el mundo.

Ometeuctli y Omecihuatl un dios y una diosa, que

segun ellos habitaban una Ciudad gloriosa y abundante de placeres, desde donde velaban sobre el mundo para dar á los mortales sus respectivas inclinaciones.

Cihuacohuatl ó muger culebra, la primera muger que habia parido en el mundo.

Adoraban al Sol ó la Luna bajo los nombres Tonatiuh y Meztli: esta adoracion tuvo lugar de una antigua fábula entre los indios, que segun Boturini fué inventada en los tiempos que llamaron segunda época ó segunda edad del Sol; pero Veytia con mas probabilidad la supone despues de introducida la idolatría. Decian que en un extenso campo habia una hoguera que vomitaba formidables llamas y estando en torno de ella reunidos muchos sábios, los dioses les dijeron: que los que tuvieran esfuerzo para arrojarse al fuego, serian transformados en dioses y los mortales les tributarían honores divinos: al oír la proposicion los sábios entraron en disputa sobre cual debia arrojarse primero; y entre tanto el dios Inopintzín se asereó á uno de los que allí estaban y que por muchos años estaba sufriendo los dolores de una enfermedad, diciéndole “¿Qué haces tu aquí?” ¿Cómo no te apresuras á echarte á las llamas mientras tus compañeros se detienen en disputas inútiles? Arrojáte, en esa hoguera para dar fin á tus males, que así como tan heroicamente has sufrido tantos años, lograrás gozar la adoracion de los mortales. El infeliz enfermo alentado con la esperanza de cambiar sus dolores en felicidad, se arrojó al fuego donde se fué derritiendo su cuerpo y transformando en llamas: cuando ya no habia vestigio alguno de cuerpo humano, una aguilta corpulenta bajó del cielo y sacó entre sus garras el globo de fuego en que se habia transformado el enfermo, el cual colocó en el cielo y fué el Sol. Animado entonces uno de los sábios con el prodigio que habian visto, se hechó tambien á la hoguera; pero como esta habia empleado la mayor in-

tensidad de su fuego en la primera trasformacion, aquel sábio solo adquirió una claridad menor y fué la Luna, la cual aunque puesta tambien en el cielo ocupó un lugar muy inferior al Sol.

Quetzalcohuatl, representado en una sierpe ó culebra adornada de plumas, era adorado como dios del aire. En el tomo primero se ha dicho ya quien fué este personaje segun la opinion de Veytia y el origen de esta divinidad que los mexicanos y demas pueblos recibieron de los Ulmecas primeros habitantes de la Ciudad de Cholula.

Tlaloc dios de las aguas fué representado en una estatua de color negro para designar la tierra y tenia los signos de la abundancia: esta divinidad fué inventada en el reinado de Mitl y colocada en las alturas de la sierra que llevó su nombre. Nezahualpilli por complacer á sus súbditos, cambió el ídolo colocado allí por los Toltecas, con uno de piedra negra y muy dura, pero siendo poco tiempo despues desfigurado por un rayo y diciendo los sacerdotes, que esta era señal del desagrado con que veía el Cielo aquel cambio, se volvió á colocar la estatua antigua hasta que en la venida de los españoles se destruyó esta falsa deidad por orden del Señor Zumárraga primer obispo de méxico. Tambien habia una diosa de las aguas llamada Chalchiucueyé que era tenida como compañera de Tlaloc.

Giuhteuccli, era reverenciado como númen del fuego, del año y de la yerva: al comer se le ofrecia el primer vocado de todo manjar y lo mismo de la bebida.

Centoteotl, dios de la tierra y del maiz á quien tambien se llamaba Tonacayohua, Gilomen ó con algunos otros nombres segun la variacion que iba haciendo el maiz en las sementeras. Este dios principalmente tenia veneracion entre los Totonagues, ofreciéndole sacrificios de tórtolas, codornices, conejos y otros animales; y esperaban

que él los librase de los demas dioses que exigian tantas víctimas humanas.

Mitlanteuctli y Mitlanzihuatl dioses del infierno: en México tenian dedicado un templo y una fiesta; y el sacerdote principal ministro de aquel culto llamado Tliltlantlenamacai se pintaba de negro para ofrecer las oblaciones y sacrificios que eran nocturnos.

Joalteuctli ó Joalticitl, dios de la noche y de las cunas á quien se encargaban los niños para que les diera sueño y guardara de todo mal.

Huitzilopochtli, dios de la guerra y principal divinidad de los mexicanos á quien consagraron su templo mayor, ya hemos dicho de donde tuvo origen. Lo representaban en una estatua de colosales dimensiones sentado en un banco azul de cuatro ángulos saliendo de cada uno de ellos una gran serpiente: la frente tenia tambien azul y la cara cubierta con una máscara de oro: en la cabeza un penacho de hermosísimas plumas figurando un pico de pájaro: tenia un collar de oro compuesto de figuras de corazones humanos: un bastón azul de figura espiral, se veía en su mano derecha; y en la izquierda el escudo adornado con cinco bolas de plumas y una banderola con cuatro flechas, que se creían mandadas del cielo para las azañas de aquel dios. Una gran serpiente de oro rodeaba su cuerpo y por todas partes le ponian adornos de diversas figuras de oro y piedras preciosas. Las fiestas en honor de este dios eran: una al principio de cada siglo: otras cada cuatro y trece años; y tres anuales en los meses quinto, nono y decimo quinto. Se imploraba su proteccion siempre que se trataba de llevar la guerra á otra parte: y tenia como teniente suyo á otra divinidad llamada Painalton, esto es veloz ó apresurado; y se recurría á pedir sus favores en los casos de guerra repentina.

Habia dioses para proteger el comercio, la caza, la

pezca y otros oficios y objetos: estos se llamaban Jacateuctli dios del comercio ó el señor que guía, Mixcuatl diosa de la casa, Opoctli de la pezca, Huiztozihual dios de la sal, Tzapotlatenan diosa protectora de la medicina á cuyo templo se llevaban los niños enfermos, haciéndolos bailar á su presencia y diciendo al mismo tiempo distintas oraciones para pedir la salud: Tezcalzoncatl era el dios del vino y Tlazolteotl era el que se invocaba para conseguir el perdon de las culpas y evitar la infamia que de ellas resultaba. Hay en esto cierta analogia con la doctrina católica, que distingue en el pecado la pena temporal de la eterna: y es probable que los sacerdotes consagrados á este dios eran los que oian las confesiones de las faltas y daban las penitencias correspondientes: Gipe era el dios de los plateros, en cuyo honor mandaba la ley sacrificar á los que hurtaban algun metal precioso: Nappateuctli lo era de los alfareros; y Omacatl cuidaba de los banquetes y regocijos particulares.

Tonanzin que significa nuestra madre y á quien tambien se daba el nombre de Teotenantzin que quiere decir madre de los dioses, era una deidad muy reverenciada, á cuyo santuario dice Clavijero «acudian en tropel todos los pueblos á venerarla.» En la significacion del nombre de esta divinidad, el culto general que se le tributaba y el lugar de su templo que era el cerro del Tepyac, hay una coincidencia con el objeto que allí se venera actualmente por los católicos, que es la Virgen Maria de Guadalupe, á quien con gran consuelo llamamos todos nuestra madre y de todas partes se ocurre á su santuario para rendirle el homenaje de una tierna veneracion. A los dioses domésticos llamaban Tepiteton, que quiere decir pequeñitos: de estos tenian seis los reyes, cuatro los nobles y dos los plebellos: ademas de estos dioses principales, tenian otros para los caminos,

los montes, y algunos otros sitios. Todos los pueblos en lo general reconocian los mismos dioses y solo variaban en las ceremonias y ritos.

Por lo que respecta á los cascates antiguos pobladores de Zacatecas y los lugares que hoy forman el estado de su nombre, tenian tres dioses principales, segun el reverendo padre Freges apoyado en la obra del padre Fluvia y los manuscritos del Señor Mota Padilla, que refiere la declaracion de un indio llamado Patecatl: el primer dios era Teopilzintli á quien suponian gobernando los elementos: el segundo, Heri, era el dios protector de las ciencias; y Nayarit de quien tomó denominacion el pueblo de este nombre, se tenia como dios de la guerra. El gran templo llamado Teoul, estaba en el Valle de Villanueva; pero entrando despues en guerra los cascates y Nayaritas, estos últimos fueron reducidos á las cimas que actualmente habitan, fundando ellos para sí otro templo ó Teoul el cual dió nombre al lugar que hasta hoy subsiste conocido por San Juan del Teul.

En todas partes los ídolos eran generalmente monstruosos, porque haciéndolos significar multitud de atributos y funciones de los dioses que representaban, tenian que darles una estravagante composicion; pero algunos habia bien trabajados y de un valor extraordinario principalmente entre los menores. En una elevacion de la sierra de la Mixteca, fué hallado un ídolo pequeño, cuyo nombre significaba *corazon del pueblo*: era una esmeralda de tres pulgadas de largo y mas de una de ancho, teniendo esculpida la figura de un pájaro rodeado de una culebra: algunos españoles ofrecian por él gran suma de dinero; pero el padre dominico Benedicto Fernandez, para dar una idea del horror con que debia verse la idolatria, lo mandó pulverizar en presencia de todo el pueblo.

La adoracion que se daba á todas estas fingidas divi-

nidades, consistian en genuflecciones, vigili-
as, ayunos y toda clase de austeridades y privaciones, sacrificios así de víctimas humanas como de animales, flores, frutos, inciensos y otros muchos objetos, siendo la parte principal del culto las oraciones que eran muy fervorosas y reverentes. Hacian votos en todas ocasiones y con mas frecuencia si se hallaban en algun peligro, los cuales cumplian con religiosa exactitud. Era tan general el respeto á las divinidades, que al nombrar alguno de los dioses principales se tocaba el suelo con la mano besándola despues, y no se creia que alguno pudiera abusar del nombre de dios sin sentir un horrible y ejemplar castigo: por estose tenia en gran valor el juramento hecho en los tribunales ó en alguna otra parte, siendo esta su fórmula mas general *¿cuix amo nechitla inlotioltzin?* ¿Acaso no me está viendo nuestro dios?

CAPITULO II.

Templos, sacerdotes y fiestas.

El principal templo de los mexicanos, fué el mayor, dedicado en el reinado de Ahuitzotl, de cuya estructura y dedicacion dimos razon en el tomo primero. Habia ademas el grandioso templo de Tlaltelolco dedicado tambien al dios de la guerra; y los demas de la ciudad eran tantos, que segun el testimonio de Bernal Diaz y otros escritores de aquella época, pasaban de dos mil. En todas las demas poblaciones habia varios, segun la categoría de los lugares y el número de habitantes; pero en ningun pueblo por pequeño que fuese dejaba de haber cuando menos uno. En todo el país eran los templos mas famosos los de Cholula, que por las tradiciones conserva-

das de Quetzalcohuatl, eran venerados por todos los pueblos formando grandes romerías para visitarlos: los de Teotihuacan, cuya antigüedad se remontaba á la dinastía de los Toltecas y que despues fueron sirviendo de modelo para la construccion de los demas; y sobre todos el que en Tezcoco fué construido por Nezahualcoyotl en honor del Dios Criador del Universo.

Habia tambien muchos en los bosques y en las simas de los montes, para ofrecer los sacrificios de sus divinidades protectoras y para que tuviera lugar la idólatra devocion de los caminantes.

Todos los templos, segun el aprecio que aquellos hombres hacian de su religion y el profundo respeto con que honraban á sus divinidades, estaban provistos de cuantiosas rentas en poseciones de tierras propias y gente destinada para su cultivo. Con estos frutos se atendia á la subsistencia de los sacerdotes, á los crecidos gastos de la magnificencia del culto y al sostenimiento hospicios que habia en todos los lugares principales para los enfermos y demas gente menesterosa: el sobrante, junto con las oblaciones voluntarias de los pueblos y las primicias que todos ofrecian de sus frutos, se alsaban en los almacenes contiguos al templo, para distribuirlo entre los pobres al finalizar el año. ¡Es vergonzoso para una generacion que se precia de ilustrada tener que abrir la historia de la gentilidad y, con ella recordarle el respeto á la religion, el esmero para cuidar del esplendor del culto y del socorro á los necesitados.

Aquel pueblo gentil en medio de la cruel y sanguinaria idolatría en que desgraciadamente habia caido, sabia tener al sacerdocio el respeto que merece su elevada dignidad: la nobleza principal, dedicaba sus hijos al servicio de los santuarios; y los demas señores destinaban los suyos para llevar la leña, atizar el fuego y demas

nidades, consistian en genuflecciones, vigili-
as, ayunos y toda clase de austeridades y privaciones, sacrificios así de víctimas humanas como de animales, flores, frutos, inciensos y otros muchos objetos, siendo la parte principal del culto las oraciones que eran muy fervorosas y reverentes. Hacian votos en todas ocasiones y con mas frecuencia si se hallaban en algun peligro, los cuales cumplian con religiosa exactitud. Era tan general el respeto á las divinidades, que al nombrar alguno de los dioses principales se tocaba el suelo con la mano besándola despues, y no se creia que alguno pudiera abusar del nombre de dios sin sentir un horrible y ejemplar castigo: por estose tenia en gran valor el juramento hecho en los tribunales ó en alguna otra parte, siendo esta su fórmula mas general *¿cuix amo nechitla inlotioltzin?* ¿Acaso no me está viendo nuestro dios?

CAPITULO II.

Templos, sacerdotes y fiestas.

El principal templo de los mexicanos, fué el mayor, dedicado en el reinado de Ahuitzotl, de cuya estructura y dedicacion dimos razon en el tomo primero. Habia ademas el grandioso templo de Tlaltelolco dedicado tambien al dios de la guerra; y los demas de la ciudad eran tantos, que segun el testimonio de Bernal Diaz y otros escritores de aquella época, pasaban de dos mil. En todas las demas poblaciones habia varios, segun la categoría de los lugares y el número de habitantes; pero en ningun pueblo por pequeño que fuese dejaba de haber cuando menos uno. En todo el país eran los templos mas famosos los de Cholula, que por las tradiciones conserva-

das de Quetzalcohuatl, eran venerados por todos los pueblos formando grandes romerías para visitarlos: los de Teotihuacan, cuya antigüedad se remontaba á la dinastía de los Toltecas y que despues fueron sirviendo de modelo para la construccion de los demas; y sobre todos el que en Tezcoco fué construido por Nezahualcoyotl en honor del Dios Criador del Universo.

Habia tambien muchos en los bosques y en las simas de los montes, para ofrecer los sacrificios de sus divinidades protectoras y para que tuviera lugar la idólatra devocion de los caminantes.

Todos los templos, segun el aprecio que aquellos hombres hacian de su religion y el profundo respeto con que honraban á sus divinidades, estaban provistos de cuantiosas rentas en poseciones de tierras propias y gente destinada para su cultivo. Con estos frutos se atendia á la subsistencia de los sacerdotes, á los crecidos gastos de la magnificencia del culto y al sostenimiento hospicios que habia en todos los lugares principales para los enfermos y demas gente menesterosa: el sobrante, junto con las oblaciones voluntarias de los pueblos y las primicias que todos ofrecian de sus frutos, se alsaban en los almacenes contiguos al templo, para distribuirlo entre los pobres al finalizar el año. ¡Es vergonzoso para una generacion que se precia de ilustrada tener que abrir la historia de la gentilidad y, con ella recordarle el respeto á la religion, el esmero para cuidar del esplendor del culto y del socorro á los necesitados.

Aquel pueblo gentil en medio de la cruel y sanguinaria idolatría en que desgraciadamente habia caido, sabia tener al sacerdocio el respeto que merece su elevada dignidad: la nobleza principal, dedicaba sus hijos al servicio de los santuarios; y los demas señores destinaban los suyos para llevar la leña, atizar el fuego y demas

funciones exteriores, satisfechos de que ninguna ocupacion mas honorífica podian dar á sus familias, que consagrarlas al servicio de los dioses.

Cada templo tenia número fijo de ministros; y ciertamente el total vendria á ser fabuloso si lo pudiéramos saber, pues solo al servicio de Tescatzoncatl habia cuatrocientos; y cinco mil para las funciones del templo mayor. No se habian descuidado de arreglar la gerarquía, y todo el estado sacerdotal estaba dividido en varios grados. El primero ocupan los dos sumos sacerdotes, llamando á uno *Teoteuctli*, Señor divino y al otro *Hueiteopiesqui*, gran sacerdote: solo las personas mas ilustres por su nacimiento, buena conducta y sabiduría podian llegar á esta elevada dignidad; y en Tescoco estaba reservada para el hijo segundo del rey. A mas de gobernar al estado sacerdotal y cuidar de todo lo que tuviera relacion con la religion, desempeñaban el cargo de consultores en los negocios mas graves de los reyes y ninguna guerra podia emprenderse sin su consentimiento, para no atraerse la cólera de los dioses, ellos ungián á los soberanos en su coronacion; y en los sacrificios de las fiestas mas solemnes, á ellos estaba reservada la bárbara prerrogativa de abrir el pecho de las victimas y arrancar su corazon para ofrecerlo: eran nombrados por eleccion: su distintivo, era una borla de algodón pendiente del pecho; y en las fiestas solemnes usaban trajes ricamente adornados con las insignias del dios á quien se celebraba, llevando en la cabeza un penacho de plumas verdes con algunas figuras de los dioses, y pendiente de los hombros un lienzo donde se representaban los principales sucesos de la mitología.

Seguia luego la dignidad de Mexicoteohuatzin conferida por el gran sacerdote: y el que la obtenia velaba por la observancia de los ritos, ceremonias y la conducta de los sacerdotes, castigando á los delinquentes; para lo

qual tenia dos ayudantes *Huitznahuateohuatzin* y *Tepanteohuatzin*, este último era el rector de los seminarios. Habia un economo de los templos, que se llamaba *Tlatquimiloteuctli*: el compositor de los himnos, denominado *Ometochtli*: un maestro de ceremonias, *Epcoaquiltzin*; y el *Tlapixcatzin* ó maestro de capilla que arreglaba y dirigía los cantores. Cada colegio tenia tambien un inmediato director, y el resto de los sacerdotes llamados *Teopixque* que significa ministro de Dios, estaban encargados inmediatamente del culto: entre estos se repartian los cargos de sacrificadores, adivinos, cantores, instructores de la juventud, tambien arreglaban el calendario y pinturas mitológicas, turnandose para hacer el servicio de los templos de dia y de noche; y de ellos habia un superior en cada barrio que cuidaba de los sacerdotes que estaban bajo su jurisdiccion, así como de las fiestas y demas actos religiosos. Al amanecer, al mediodia, en la tarde y media noche, se insensaban los ídolos con copal ó algunas otras resinas olorosas, usando insensarios de barro para los dias comunes y de oro para los dias de fiesta: al sol se insensaba cuatro veces en el dia, y cinco en la noche: los sacerdotes debian bañarse todas las noches y en el dia pintarse el cuerpo con humo de ocote, ocre y cinabrio: los de los seminarios traian todo el vestido negro; pero los demas solo se diferenciaban del pueblo en una gorra negra de algodón y todos usaban el cabello largo y trenzado.

En un edificio anexo al templo, preparaban una uncion de insectos venenosos quemados y mezclados con tabaco, humo de ocote y la yervallamada *Teopatti* ó medicamento divino: con esto se untaban el cuerpo para las ridículas y supersticiosas ceremonias de adivinacion y tambien para los sacrificios que hacian en los montes ó en cabernas subterráneas.

Los sacerdotes debian observar gran recato y modes-

tia en todas sus acciones, como que su vida servía de norma al pueblo, y porque se creía una falta muy grave á las divinidades, que sus mas inmediatos servidores no guardaran la pureza y santidad debida que exigía la delicadeza de su estado: estaban obligados á frecuentes ayunos, toda clase de austeridades muchas de ellas sangrientas, jamas se embriagaban y aun raras veces les era permitido tomar vino. De los cuatrocientos que servían al dios Tezcatzoncalt, trecientos tres eran cantores y cada uno tenia una caña de las cuales habia una marcada con un agujero: todos los dias al concluir el canto las arrojaban al suelo y el que levantaba la caña agujerada, era el único á quien le permitian tomar vino.

Todos eran casados, pero durante el tiempo del servicio en el templo, (pues no era perpetuo el sacerdocio y solo duraba el tiempo que queria consagrarse á él) no podian tomar otra muger que la legitima; y cualquiera falta contra la honestidad, era en ellos castigada con mucho mas rigor que en lo comun del pueblo. Tambien se corregia severamente la pereza en las funciones sacerdotales y á los que tocaba el servicio en la noche y no lo hacian con la exactitud debida, se les bañaba la cabeza con agua hirviendo ó le agujeraban las orejas y los labios, y si reincidían los ahogaban en la laguna.

Entre las órdenes religiosas una era la de Tlamacaxcayotl en honor de Quetzalcohuatl y se componia de los niños que sus padres consagraban desde su infancia al servicio de este dios. Cuando se queria consagrar á alguno, el padre del niño convidaba al superior de la comunidad; y llendo este á la casa tomaba al niño en sus brazos, le ponía un collar y hacia por él al dios algunas oraciones: á los dos años se hacia una incision en el pecho y á los siete entraba á la congregacion, para cuyo acto era exhortado por su padre. Los individuos

de esta comunidad portaban un traje muy honesto, se bañaban todos á media noche, despues seguian cantando himnos á su dios y pasaban el dia en ejercicios de una continuada penitencia. Esta rigidez de vida les habia creado gran reputacion de virtud, y como un privilegio por ella les era permitido derramar su propia sangre.

Habia otra orden consagrada á Tezcatlipoca llamada Telpochtiliztli que quiere decir coleccion de jóvenes, pues todos los que la formaban eran jóvenes y niños que desde su infancia se consagraban como los de Quetzalcohuatl; pero no vivian en comunidad sino cada uno en su casa: y solo al ponerse el Sol se reunian en casa de un sacerdote encargado en cada barrio de dirigirlos, y todos bailaban y cantaban los elogios de su dios.

Tambien habia mugeres que ejercian las funciones sacerdotales; pero nunca podian sacrificar, ni obtener las altas dignidades del sacerdocio, solo se dedicaban á preparar las oblacones de comestibles que diariamente se ofrecian, y labraban las telas que adornaban los ídolos y los altares.

Estas sacerdotisas vivian en comunidad muy vigiladas y cualquiera accion contra la honestidad, ó las buenas costumbres, era imperdonable y castigada con muchísimo rigor: de suerte que los padres tenian allí un establecimiento de educacion para sus hijas y casi los mas las ponian en él, cuando menos hasta los diez y siete años, en cuyo tiempo les habian buscado esposo. Entonces el padre les presentaba al Tepanteohuatzin, ó rector de los seminarios, algunos platos de codornices, copal, flores y algunos otros objetos, segun la proporcion de cada uno y le daba las gracias en una arenga, por el tiempo que habia estado su hija recibiendo educacion en el colegio, y el rector con otra arenga devolvía á la niña, amonestándole á la virtud y á cumplir con los deberes del matrimonio.

Respecto de los sacrificios, habia muchos y de mu-

chas clases; pero en lo general eran todos como los dos de que se habló al describir la dedicacion del templo mayor.

Entre las fiestas religiosas de los mexicanos una de las mas notables era la que hacian en el quinto mes que correspondia al 11 de Mayo al gran Dios Tezcatlipoca. Diez dias antes se vestia y adornaba un sacerdote como estaba representado aquel númen, y salia del templo con un ramo de flores en la mano, y una flautilla de barro, que daba un son agudísimo. Despues de haber vuelto el rostro primero á levante y despues á los otros tres puntos cardinales tocaba con fuerza aquel instrumento, y tomando del suelo un poco de polvo, lo llevaba á la boca y lo tragaba. Al oír el son del instrumento todos se arrodillaban. Los que habian cometido algun crimen, llenos de espanto y consternacion, rogaban llorando al dios, que les perdonase su culpa y que no permitiese fuese descubierta por los hombres. Los militares le pedian valor y fuerza para combatir con los enemigos de la nacion, grandes victorias, y muchos prisioneros para los sacrificios; y todo el pueblo repitiendo la ceremonia de tragar polvo, imploraba con amargo llanto la clemencia de los dioses. Repetíase el toque de la flauta todos los otros dias que precedian á la fiesta. El dia antes, los nobles llevaban un nuevo traje al ídolo, del cual lo vestian inmediatamente los sacerdotes, guardando el viejo como reliquia en un arca del templo, despues lo adornaban de ciertas insignias particulares de oro y plata, y plumas hermosas y alzaban el portalon que cerraba siempre el ingreso del templo, á fin de que todos los circunstantes viesen y adorasen la imágen. Llegado el dia de la fiesta, el pueblo concurría al atrio inferior del templo. Algunos sacerdotes, pintados de negro y vestidos como el ídolo, lo llevaban sobre una litera, que los jóvenes y doncellas ceñian con cuerdas

gruezas hechas de hileras de granos de maiz tostado, y de ellas se le hacia un collar y una guirnalda. Esta cuerda simbolo de la sequedad que era muy temida entre aquellas gentes, se llamaba Tojcatl, nombre que por aquella razon se dió al mes. Todos los jóvenes y doncellas del templo, y los nobles llevaban hileras semejantes al cuello y á las manos. De alli salian en procesion por el atrio inferior cuyo pavimento estaba provisto de flores, y yerbas fragantes: dos sacerdotes incensaban al ídolo que otros llevaban en hombros. En tanto el pueblo estaba de rodillas, azotándose las espaldas con cuerdas gruesas y anudadas. Terminada la procesion y con ella la disciplina, volvian á colocar el ídolo en el altar, y haciánle copiosas oblaciones de oro, joyas, flores, animales y manjares, que preparaban las doncellas y otras mugeres dedicadas por voto particular á servir el templo en aquellos dias. Las doncellas llevaban en procesion aquellos platos, conducidas por un sacerdote de alta gerarquía, vestido de un modo extravagante, y los jóvenes los distribuían en las habitaciones de los otros sacerdotes á quienes estaban destinados.

Hacíase despues el sacrificio de la víctima que representaba al dios Tezcatlipoca. Este era el joven mejor parecido, y mas bien conformado de todos los prisioneros. Escogiánlo un año antes, y durante todo aquel tiempo iba vestido con ropa igual á la del ídolo. Paseaba libremente por la ciudad, aunque escoltado por una buena guardia, y era generalmente adorado como una imágen viva de aquella divinidad suprema. Veinte dias antes de la fiesta, aquel desgraciado se casaba con cuatro hermosas doncellas, y en los cinco últimos, le daban comidas ó piparas, y le prodigaban toda clase de placeres. El dia de la fiesta lo conducian con gran acompañamiento al templo: pero antes de llegar, despedían á sus mugeres: Acompañaba al ídolo en la procesion, y á la hora del sacrificio, lo estendian en el altar,

y el gran sacerdote le abría con gran reverencia el pecho, y le sacaba el corazón. Su cadáver no era arrojado por las escaleras, como el de las otras víctimas, sino llevado en brazos de los sacerdotes al pie del templo y allí decapitado. El cráneo se ensartaba en el Tzompantli donde se conservaban todos los de las víctimas sacrificadas á Tezcatlipoca, y las piernas y brazos, cocidos y condimentados, se enviaban á las mesas de los Señores. Después del sacrificio había un gran baile de los colegiales y nobles que habían asistido á la fiesta. Al ponerse el sol, las doncellas del templo hacían otra oblación de pan amasado con miel. Este pan, con no sé que otra cosa, se ponía delante del altar, y servía de premio á los jóvenes que, en la carrera que hacían por las escaleras del templo salían victoriosos. También se les galardonaba con ropas y eran muy festejados por los sacerdotes, y por el pueblo. Dábase fin á la fiesta, licenciando de los seminarios á los jóvenes y doncellas que estaban en edad de casarse. Los que se quedaban, los ultrajaban con expresiones satíricas y burlescas, y les tiraban con haces de juncos, y otras yerbas, echándoles en cara el abandonar el servicio de los dioses por los placeres del matrimonio. Los sacerdotes les permitían estos excesos, como desahogos propios de la edad.

Se le hacían tres fiestas á Huitzilopochtli y casi á todos los dioses principales, pero con algunas pequeñas variaciones en lo sustancial eran como la que queda referida. La más famosa era la fiesta secular que tenía lugar cada cincuenta y dos años por ser éste el número de años de su siglo. La última noche del siglo apagaban el fuego en todas partes y rompían todas las vasijas y utensilios de la casa, preparándose de este modo á esperar el fin del mundo que creían sería al fin de este siglo. Los sacerdotes vestidos con las insignias de todos los dioses, salían de los templos acompañados de un

numeroso concurso del pueblo, y caminaban á un monte cerca de la ciudad de Iztapalapan, á más de dos leguas de la capital: iban arreglando su marcha según el curso de las estrellas, para llegar un poco antes de media noche, para que á esta hora precisa se hiciera la renovación del fuego, que era la señal de que se les concedía la duración del mundo. Había un sacerdote á quien estaba encargada esta ceremonia exclusivamente y la practicaba sobre el pecho de un prisionero, para lo cual escogían el de más alta gerarquía: al aparecer el nuevo fuego era saludado con mil aclamaciones de regocijo, se encendía luego una hoguera grande cuya luz se advirtiera por los habitantes de los lugares inmediatos que en las azoteas de las casas esperaban este acontecimiento; y en ella arrojaban á la víctima con cuyo sacrificio se consagraba el fuego nuevo. Los sacerdotes tomaban el fuego sagrado para el templo mayor de México, de donde se proveía toda la ciudad y los habitantes de los demás pueblos corrían á proporcionarse en la hoguera el elemento tan necesario.

Los trece días siguientes que eran intercalares y se introducían entre uno y otro siglo, según se explicó en la parte respectiva del tomo primero, los destinaban á reparar y blanquear los edificios, componer sus ropas, renovar los útiles del servicio de la casa y en preparar la fiesta del nuevo siglo: esta comenzaba el veintiseis de Febrero; y nadie podía tomar agua antes de medio día, en cuya hora comenzaban los sacrificios y seguían teniendo en medio del mayor regocijo suntuosos banquetes, juegos, bailes, iluminaciones en todas las noches y cuantas demostraciones de alegría podían inventar todos los días hasta concluir la fiesta.

CAPITULO III.

Costumbres y ritos para los nacimientos, matrimonios y exequias.

Luego que nacia un niño, la misma muger que le cortaba el cordon umbilical, le lavaba el cuerpo diciendo estas palabras: "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiuhcueye: este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazon y te dará una vida buena y perfecta." Hacia una plegaria á la diosa y tomando despues agua, con la mano derecha, la soplaba y con ella humedecia al niño la boca, la cabeza y el pecho, volviéndole á dar otro baño general durante el cual le decia. "*Descienda el Dios invisible á esta agua y te borre los pecados, las inmundicias y te libre de la mala fortuna.*" Hijo mio, los dioses Ometeuctlu y Omecihuatl Señores del cielo, te han mandado á este triste y calamitoso mundo, recibe esta agua que ha de darte la vida." Despues de este primer baño se le debia dar otro en la casa con las mismas formalidades, despues de lo cual los llevaban á los templos en los dias y fiestas señalados para estas ceremonias y los sacerdotes hacian las formalidades prescritas por la religion para el bautismo, que fuera de algunas ceremonias ridiculas hijas de espíritus supersticiosos, venian á reducirse á un baño con el cual creian que el infante adquiria alguna virtud en su espíritu, pues como ya hemos explicado en otra parte, habia pueblos donde usaban para este acto de una palabra que verdaderamente indica la regeneracion espiritual porque equivalia á decir nacer de nuevo.

Parece que ningun pueblo ha tomado como el mexicano tanto empeño en la educacion de la juventud. Desde el momento de nacer el niño, sus costumbres se muestran con un acierto tal, que bajo este respecto, ellos pudieron dar elocuentes lecciones á los que tuvieron el atrevimiento de negarles la razon. Ninguna madre podia dejar de crear á su hijo á sus pechos, y cuando se lo impedia alguna enfermedad, se usaban muchos requisitos para asegurarse de la buena leche de la nodriza, de su salud, su índole y cuanto pudiera afectar á la delicada naturaleza del infante. Los mexicanos, acostumbraban á sus hijos desde los primeros años á tener hambre, frio, calor, y saber sobrellevar toda clase de sufrimientos: continuamente les inspiraban horror al vicio, les castigaban muy severamente las faltas, con particularidad la mentira, los hacian huir de la ociosidad, eran muy cautos para dejarlos entregar á los placeres, solo les permitian dormir en una estera y no les permitian en la comida y vestido sino lo preciso para alimentarse y cubrirse. Desde que el niño estaba capaz de escuchar las instrucciones de su padre, éste le daba las siguientes exhortaciones. "Hijo mio, has salido á la luz del vientre de tu madre como el poyo del huevo, y creciendo como él, te preparas á volar por el mundo, sin que nos sea dado saber por cuanto tiempo nos concederá el cielo el goce de la piedra preciosa que en ti poseemos; pero el que fuere, procura tú vivir rectamente rogando de continuo á Dios que te ayude. El te creó y te posee; es tu padre y te ama mas que yo; y pon en él tus pensamientos, y dirígele noche y dia tus suspiros. Reverencia y saluda á tus mayores, y nunca les des señales de desprecio. No estés mudo con los pobres y atribulados; antes bien date prisa á consolarlos con buenas palabras. Honra á todos especialmente á tus padres, á quienes debes obediencia, temor y servicio. Guárdate

de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos que, á guisa de brutos privados de razon, no reverencian á los que les han dado el ser, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correcciones; porque quien siga sus huellas tendrá un fin desgraciado y morirá lleno de despecho, ó lanzado en un precipicio, ó entre las garras de las fieras. No te burles de los ancianos ni de los que tienen alguna imperfeccion en su cuerpo. No te mofes de aquel quien veas cometer una culpa ó flaqueza, ni se la heches en cara; confúndete, al contrario, y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas donde no te llaman, ni te ingieras en lo que no te importa. En todas tus palabras y acciones procura demostrar tu buena crianza. Cuando converses con alguno no lo molestes con tus manos ni hables demasiado, ni interrumpas, ni perturbes á los otros con tus discursos. Si oyes hablar á alguien desacertadamente y no te toca corregirlo, calla; si te toca, considera antes lo que vas á decirle, y no le hables con arrogancia, á fin de que te agradezca la correccion.

“Cuando alguno hable contigo, óyelo atentamente y en actitud comedida, no pegando con los piés ni mordiendo la copa, ni escupiendo demasiado, ni alzándote á cada instante si estás sentado, pues tales acciones son indicio de ligereza y mala crianza. Cuando te pongas á la mesa no comas aprisa, ni des señales de disgusto si algo no te agrada. Si á la hora de comer viene alguno, parte con él lo que tienes, y cuando alguno coma contigo, no fijas en él tus miradas.”

“Cuando andes mira por donde vas para que no te encuentres con los que pasan. Si ves venir alguno por el mismo camino, desvíate un poco para hacerle lugar. No pases nunca por delante de tus mayores, sino cuando sea absolutamente necesario, ó cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía no bebas antes

que ellos, y sírveles lo que necesiten, para grangearse su favor.”

“Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud, y si es grande no te envanezcas, ni si pequeña la desprecies, ni te indignes ni ocasiones disgusto á quien te favorece. Si te enriqueces no te insolentes con los pobres ni los humildes, pues los dioses que negaron á otros las riquezas, disgustados de tu orgullo pueden quitártelas para darlas á otros. Vive del fruto de tu trabajo, porque así te será mas agradable el sustento. Yo, hijo mio, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo á las obligaciones de padre, te he dado lo necesario sin quitarlo á otros: haz tú lo mismo.”

“No mientas jamas, que es gran pecado mentir. Cuando refieras á alguien lo que otro te ha contado, dí la verdad pura, sin añadir nada. No hables mal de nadie. Calla lo malo que observes en otro sino te toca corregirlo. No seas noticiero ni amigo de sembrar discordias. Cuando llesves algun recado, si el sugeto á quien lo llevas se enfada y habla mal de quien lo envia, no vuelvas á él con esta respuesta, si no procura suavizarla, y disimula cuanto puedas lo que hayas oido, á fin de que no se susciten disgustos y escándalos de que tengas que arrepentirte.”

“No te entretengas en el mercado mas del tiempo necesario, pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos. Cuando te ofrezcan algun empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte; así que no lo aceptes de pronto, aunque te reconozcas mas apto que otro para ejercerlo, sino que escúsate hasta que te obliguen á aceptarlo, que así serás mas estimado.”

“No seas disoluta, porque se indignarán contra tí los dioses y te cubrirán de infamia. Reprime tus apetitos, hijo mio, pues aun eres jóven, y aguarda que llegue á

edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para muger. Déjalo á su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que mas te convenga. Cuando llegue el tiempo de casarte no te atrevas á hacerlo sin el consentimiento de tus padres porque tendrás un éxito infeliz."

"No hurtes ni te des al robo, pues serás el oprobio de tus padres debiendo servirles de honra en galardón de la educación que te han dado. Si eres bueno tu ejemplo confundirá á los malos."

"No mas, hijo mio: esto basta para cumplir las obligaciones de padre. Con estos consejos quiero fortificar tu corazón. No los desprecies ni olvides, pues de ellos dependen tu vida y felicidad.»

La exhortación de una madre á su hija.

«Hija mia muy amada, muy querida palomita: ya haz oído y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho: ellas son palabras preciosas, y que raramente se dicen y se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazón en que estaban atesoradas, y tu muy amado padre bien sabes que eres su hija engendrada de él, eres su sangre y su carne, y sabe Dios nuestro Señor que es así: aunque eres muger é imagen de tu padre, ¿qué mas te puede decir, hija mia de lo que ya está dicho? ¿Qué mas puedes oír de lo que has oído de tu señor y padre, el cual te ha hablado copiosamente, lo que te cumple hacer y guardar, ni ninguna cosa ha quedado de lo que te conviene que no la haya tocado? pero para hacer lo que soy obligada para contigo, quírote decir algunas pocas palabras. Lo primero que te encargo mucho es, que guardes y que no olvides lo que tu señor padre ya dijo: porque son todas cosas muy preciosas, y las personas de su suerte raramente publican tales cosas y que son palabras de señores y sabios apreciables como piedras ricas y muy labradas: mira, pues, que las tomes y guardes en tu corazón, y las escribas en tus entrañas. Si Dios te

diere vida, con aquellas mismas palabras has de doctrinar á tus hijos é hijas si Dios te los diere. Lo segundo que te quiero decir es, que mires que te amo mucho: que eres mi querida hija, acuérdate que te traje en mi vientre nueve meses, y de que naciste, y te criaste en mis brazos: yo te ponía en la cuna, y de allí en mi regazo, y con mi leche te crie. Esto te digo porque sepas que yo y tu padre, somos los que te engendramos, y ahora te hablamos doctrinándote. Mira que tomes nuestras palabras, y las guardes en tu pecho. Cuida que tus vestidos sean honestos y como conviene: mira que no te atavies con cosas curiosas y muy labradas, porque esto significa fantasía, poco seso y locura. Tampoco conviene que tus atavíos sean muy viles, sucios ó rotos, como son los de la gente baja, porque estos andrajos son señal de gente vil, y de quien se hace burla. Tus vestidos sean honestos y limpios, de manera que no seas fantástica ni vil. Cuando hablares no te apresurarás á hablar con desasociado, sino poco á poco y sosegadamente: cuando hablares no alzarás la voz, ni hablarás muy bajo, sino con mediano sonido, ni adelgazarás mucho cuando hables, ni cuando saludes, ni hablarás por las narices, sino haz que tus palabras sean honestas y de buen sonido y la voz mediana. No seas curiosa en tus palabias. Mira hija mia, que en el andar haz de ser honesta, no andes con apresuramiento ni con demasiado espacio, porque es señal de pompa andar despacio, y al andar aprisa tiene resabio de desasociado y poco asiento. Andando llevarás un medio, que ni andes muy de prisa ni muy despacio; y cuando fuere necesario andar de prisa, hacedlo así por eso tienes discreción. Para cuando fuere menester saltar algún charco, saltarás honestamente de manera que ni parecerás pesada, torpe ni liviana. Cuando fueres por la calle ó por el camino, no lleses inclinada mucho la cabeza porque es señal de mala crianza: irás de-

recha y la cabeza poco inclinada. No llesves la boca cubierta, ó la cara con vergüenza: no vayas mirando á manera de cegatona, ni hagas con los piés meneos de fantasía por el camino: anda con sosiego y con honestidad por la calle. Lo otro que debes notar, hija mia, es, que cuando fueres por la calle no vayas mirando acá ni acullá, ni volviendo la cabeza á mirar á una parte y á otra, ni irás mirando al cielo ni tampoco irás mirando la tierra. A los que encontrases no los mires con los ojos de persona enojada, ni hagas semblante de persona incómoda, sino que mira á todos con cara serena: haciendo esto no darás á nadie ocasion de enojarse contra tí. Muestra tu aspecto y disposicion como conviene, de manera que ni llesves el semblante como enojada ni tampoco como risueña. Mira tambien hija, que no se te dé nada por las palabras que oyeres yendo por el camino, ni hagas cuenta de ellos, digan lo que dijeren los que van ó vienen. No cures de responder ni de hablar: mas haz como que no lo oyes ni los entiendes, porque haciendo de esta manera nadie podrá decir con verdad que dijiste tal cosa. Mira tambien hija, que nunca te acontezca afeitar la cara ó poner colores en ella ó en la boca por parecer bien porque esto es señal de mugeres mundanas y carnales. Los afeites y colores son cosas que las malas mugeres usan, las desvergonzadas que ya han perdido el pudor y aun el seso, que andan como locas y borrachas, estas se llaman rameras, y para que tu marido no te aborrezca, ataviáte, lávate, lava tus ropas y esto se con regla y discrecion, porque si cada día te lavas y tambien tus ropas, decirse ha de tí que eres relimpia y que eres demasiado regalada llamarte han tapepetzon tinezoch. Hija mia este es el camino que haz de llevar porque de esta manera nos crearon tus señores antepasados de donde vienes. Las señoras nobles, ancias,

nas, canas y abuelas no nos dejaron tantas cosas como yo te he dicho; no nos decian sino algunas pocas palabras y nos hablaban de esta manera. «Oid hijas mias, en este mundo es menester vivir con mucho aviso y recato, oye esta comparacion que ahora te diré y guárdala y de ella toma ejemplo y dechado para vivir. Acá en este mundo vamos por un camino muy angosto, muy alto y peligroso, el cual es como una loma altisima y que por lo empinado de ella va un camino muy estrecho: á la una mano está gran profundidad y hondura sin suelo, y si te desviases del camino caerás en el profundo; por tanto, conviene seguir el camino. Hija muy tiernamente amada y palomita mia, guarda este ejemplo en tu corazon y no te olvides que será como candela que te alumbre todo el tiempo que vivieres en este mundo. Solo una cosa, hija mia, me resta por decirte para acabar mi plática. Si Dios quiere que vivas algunos años sobre la tierra, no des tu cuerpo á algun hombre y guárdate mucho que nadie llegue á tí ni tome tu cuerpo: si perdieres tu virginidad y despues de esto te demandare por muger alguno, y te casares con él, nunca se habrá bien contigo ni te tendrá verdadero amor; siempre se acordará de que no te halló virgen, y esto será causa de grande afficion y trabajo: nunca estarás en paz, siempre estará tu marido sospechoso de tí. Oh hija mia mi muy amada palomita si vivieres sobre la tierra, mira que en ninguna manera te conozca mas que un varon; y esto que ahora te quiero decir guárdalo; como mandamiento estrecho. Cuando fuere Dios servido de que tomes marido, estando en su poder no te altivezcas; mira que no lo menosprecies ni des licencia á tu corazon para que se incline á otra parte: no te atrevas á él: mira que en ningun tiempo ni en ningun lugar le hagas traicion que se llame adulterio; mira que no le des tu cuerpo á otro por-

que esto hija mia muy querida y muy amada es una caída en una sima sin suelo, que no tiene remedio ni jamas se puede sanar. Segun es el estilo del mundo, si fuere sabido y si fueres vista, por este delito matarte han, hecharte han en una calle para ejemplo de toda la gente, donde serás por justicia machucada la cabeza y arrastrada; de estas dice un refran. . . . Probarás la piedra, serás arrastrada, y tomarán ejemplo de tu muerte: de aqui sucederá infamia y deshonor á nuestros antepasados, señores y senadores de donde venimos y de donde naciste: ensuciarás su ilastre fama y su gloria con la inmundicia y polvo de tu pecado. Asimismo perderás tu fama, tu nobleza y tu generosidad; tu nombre será olvidado y aborrecido: de tí se dirá el refran que fuiste enterrada en el polvo de tus pecados, y mira bien hija mia, aunque nadie te vea ni tu marido sepa lo que pasa, te ve Dios que está en todo lugar; enojarse ha contra tí, y tambien despertará la indignacion del pueblo contra tí, y te vengará como él quisiere, ó te tullirás por su mandado, ó cegarás ó se te podrirá el cuerpo, ó vendrás á la última pobreza, porque te atreviste y arrojaste á obrar contra tu marido, que por ventura te dará la muerte, ó te pondrá debajo de sus piés enviándote al infierno. Nuestro Señor misericordioso es; pero si hicieres traicion á tu marido aunque no se sepa, aunque no se publique, Dios que está en todo lugar tomará venganza, y permitirá que nunca tengas contento ni reposo, ni vida sosegada, y él provocará á tu marido que siempre estará enojado contra tí, y que siempre te hablará con enojo. Mira, hija mia, muy amada, á quien amo tiernamente; mira que vivas en el mundo con paz, reposo y contento, los días que vivieres; mira que no te infames, que no amancilles tu honra, que no ensucies el lustre y fama de nuestros señores antepasados, de los cuales vienes; mira que á mí y á tus padres nos honres, y nos des fama con

tu buena vida. Hágate Dios muy bienaventurada, hija mia primogénita, y llégate á Dios el cual está en tu lugar.»

Cuando los niños tenian cinco años, estaban obligados sus padres á llevarlos á las escuelas, que como los seminarios, estaban cercanas á los templos; y ahí se instruian en la religion y buenas costumbres, hasta la edad de ocho. Los hijos de los nobles y algunos otros, estaban en los seminarios hasta los diez y siete años; pero la generalidad salia de las escuelas para ocuparse en el ejercicio de sus padres, sin eximir ni los peligrosos de la guerra. Así se perpetuaban en las familias los mismos oficios: los que debian seguir la carrera de la magistratura, asistian desde chicos con sus padres á los tribunales; y los hijos de los reyes y señores que gobernaban los pueblos, antes de tomar las riendas del gobierno, se habian ejercitado ya á mandar en alguna ciudad ó pueblo.

Estando ya los jóvenes para contraer matrimonio, los padres lo ajustaban y nunca era permitido celebrarlo sin su consentimiento: y estaba prohibido por la ley tenerlo entre parientes consanguineos en primer grado. Antes de solicitar el consentimiento de la novia, se consultaban algunos adivinos, para que confrontando los signos de los días, meses y años en que habian nacido ambos, dijieran si podia esperarse una buena union: y si era infausta, se abandonaba aquella pretension, buscándose otra esposa. Cuando ya el agüero era feliz, las mas respetables mugeres de la casa del pretendiente á quienes llamaban *cihuatlanque* ó solicitadoras, pasaban á pedir el consentimiento de los padres de la doncella, siendo esto á media noche y llevando un regalo segun las facultades de las personas. Era costumbre negar la voluntad á esta primera solicitud; pero cuando se presentaba la segunda, los mismos padres de la novia mandaban la

respuesta decisiva, con algunas personas de su familia.

Si se otorgaba el consentimiento, se señalaba día para las bodas; los padres exhortaban á sus hijos sobre los deberes del estado y conducta que en él debían observar; y cuando llegaba el día señalado, se conducía la novia á la casa de los suegros en medio de gran acompañamiento, con música y por delante iban cuatro mugeres con luces en las manos. A la llegada, se incensaban mutuamente los novios, y el pretendiente conducía á su futura á la sala donde debía celebrarse el matrimonio: en medio de esta sala se preparaba una estera nueva, que servía de asiento á los contrayentes y frente á ellos se encendía fuego: el sacerdote que celebraba el enlace anudaba la estremidad de la camisa ó *huipili* de la muger con la de la capa ó *tilmatli* del hombre: á los dos se cortaba una parte de los cabellos; y el hombre llevaba á su esposa para dar siete vueltas en derredor del fuego, volviendo en seguida á sentarse á la estera, donde ofrecían á los dioses un poco de topal y se hacían algunos regalos mutuamente.

Después seguía el banquete, comiendo los convidados cada uno en su asiento y los novios en la estera: cuando la comida había concluido, salían á bailar en el patio; y los esposos permanecían en la sala por cuatro días, sin salir más de en la noche para ofrecer á los ídolos, incienso y diversas oblaciones. En estos días estaban obligados á el ayuno, oración y hacer otras penitencias: al fin de ellos los sacerdotes preparaban las camas y en la cuarta noche quedaba consumado el matrimonio: á la mañana del día siguiente, los esposos se vestían de gala, hacían algunos regalos á los convidados y pasaban luego al templo para ofrecer á los dioses la estera y los manjares destinados para la oblacion.

Los reyes, nobles y algunos otros señores principales, podían tener gran número de mugeres; pero solo con la

principal se observaba este ceremonial y con las demás, solo se practicaba la formalidad de anudar los vestidos: los hijos de la esposa principal eran considerados legítimos, y los de las otras, solo podían suceder al padre en muy limitados derechos.

Con tales costumbres para la juventud, fué como aquel pueblo llegó á tanta grandeza, porque desde la más tierna infancia recibían los individuos, máximas de una sana moral, que hacía nacer en sus corazones las virtudes que es posible tenga el hombre, sin el auxilio de la religión revelada. Huyendo todos de la ociosidad, el estado tenía continuamente la acción de todos sus individuos y esta le daba una fuerza tal, que pudo llevar á cabo las empresas que dejaron consignadas en sus monumentos. Si este pueblo hubiera podido fomentar estas virtudes y sus naturales inclinaciones, con el auxilio de la religión civilizadora, sin el esterminio y la devastación que por todas partes sembraba la codicia de los conquistadores, habría asombrado al mundo con su poder y sus prodigiosos adelantos; pero el infinito poder que regula todos los acontecimientos, permitió las cosas de otra manera, tal vez reservando la acción de este pueblo para un momento más oportuno y cuando está amenazado el mismo, con el peligro de la desaparición del catálogo de los pueblos.

En lo que más se notaba la superstición de los antiguos mexicanos, era en las ceremonias para celebrar sus exequias fúnebres: y nada más natural. El paso del alma á la eternidad, es un misterio que solo la religión católica puede explicar satisfactoriamente; y en este punto como en ningún otro, tiene que manifestarse no solo lo falso de cualquiera otra religión, sino el ridículo que la acompaña. Ya en otra parte dejamos explicado como se celebraban las exequias de los reyes y con algunas pequeñas variaciones, se hacían lo mismo las de los no-

bles y grandes señores; pero el ceremonial usado por la generalidad del pueblo, era del todo distinto.

Cuando alguno se enfermaba, se hacian votos por su salud á los dioses; y si el enfermo se restablecia, se cumplian las promesas con esactitud, en medio de grandes regocijos; pero si el enfermo moria, luego se llamaban algunos maestros de ceremonias fúnebres, quienes cubrian el cadáver con pedazos de papel y tomando un vaso de agua, le hacian una asperción por la cabeza. Segun las facultades del difunto, eran los vestidos que se le ponian, adornándolo con las insignias del dios protector de su oficio: si era militar, llevaba las de Huitzilopochtli, si de mercader las de Jacateuctli, si platero las de Gipe y así de los demas. Le ponian en las manos unos pedazos de papel esplicándole el uso que debia hacer de ellos, y eran otros tantos pasaportes para que el muerto pasara sin peligro, primero por los dos montes que están peleando, despues por el camino defendido por la gran serpiente, por el lugar donde está el cocodrilo *jochitonatl*, por los ocho desiertos, por los ocho coyados y por el lugar del viento agudo, pues fungian un sitio que llamaban *Itzhecayan* donde hacia un aire tan fuerte que levantaba las piedras y cortaba como el filo de un cuchillo. Para preservarlo de este frio quemaban los vestidos, las armas y algunos otros objetos de los que en vida habia usado el difunto.

Le ponian entre sus vestidos un vaso de agua y algunos comestibles para el viaje al otro mundo: mataban un animal llamado Techiche semejante al perro en la figura, para que acompañase al muerto: le ataban al cuello una cuerda para que pudiese pasar el profundo rio *Chihuahuapan* ó de las nueve aguas; y no descuidaban de que la religion santificase aquel acto solemne, pues los sacerdotes asistian á él y mientras unos encendian la hoguera para quemar el cadáver otros entonaban los can-

tos fúnebres de los cuales tambien hablamos al tratar de las exequias de los reyes. Cuando el cadáver se consumia en el fuego se recogian las cenizas en una oya, se depositaban tambien en ella algunas alhajas segun la proporción de la familia y la enterraban ó en algun templo é en los lugares donde se hacian los sacrificios en los montes: y por cuatro dias se hacian sobre aquel sepulcro oblaçiones de pan y vino. Cuando los conquistadores tuvieron noticia de las costumbres y ritos funerales, empezaron á cabar los sepulcros de los señores, sacando de ellos grandes cantidades de oro. Cortés dice que de uno se sacaron doscientas cuarenta onzas; y el conquistador anónimo, asegura haber presenciado otra escavacion de donde sacaron cerca de quinientas.

CAPITULO IV.

Gobierno político.

En todo lo que se deja referido en el tomo primero se puede tener una idea de lo que forma la materia del presente capítulo; mas aquí se volverá á dar razon de todo aunque sea superficialmente para que en el conjunto aparezca el cuadro de las costumbres generales del pueblo de que nos ocupamos.

Los primeros que se enseñorearon de este territorio fueron los toltecas que establecieron su reino en Tolan el cual en el reinado de Topilzín fué destruido por la guerra que le movieron los régulos del Sur. Vinieron luego los chichimecas mandados por Xolotl, quien estableció su corte en Tenayocan dejando subsistir el reinado de Culhuacan donde se refugiaron los restos de la nacion tolteca: y este gefe como supremo señor del ter-

bles y grandes señores; pero el ceremonial usado por la generalidad del pueblo, era del todo distinto.

Cuando alguno se enfermaba, se hacian votos por su salud á los dioses; y si el enfermo se restablecia, se cumplian las promesas con esactitud, en medio de grandes regocijos; pero si el enfermo moria, luego se llamaban algunos maestros de ceremonias fúnebres, quienes cubrian el cadáver con pedazos de papel y tomando un vaso de agua, le hacian una asperción por la cabeza. Segun las facultades del difunto, eran los vestidos que se le ponian, adornándolo con las insignias del dios protector de su oficio: si era militar, llevaba las de Huitzilopochtli, si de mercader las de Jacateuctli, si platero las de Gipe y así de los demas. Le ponian en las manos unos pedazos de papel esplicándole el uso que debia hacer de ellos, y eran otros tantos pasaportes para que el muerto pasara sin peligro, primero por los dos montes que están peleando, despues por el camino defendido por la gran serpiente, por el lugar donde está el cocodrilo *jochitonatl*, por los ocho desiertos, por los ocho coyados y por el lugar del viento agudo, pues fungian un sitio que llamaban *Itzhecayan* donde hacia un aire tan fuerte que levantaba las piedras y cortaba como el filo de un cuchillo. Para preservarlo de este frio quemaban los vestidos, las armas y algunos otros objetos de los que en vida habia usado el difunto.

Le ponian entre sus vestidos un vaso de agua y algunos comestibles para el viaje al otro mundo: mataban un animal llamado Techiche semejante al perro en la figura, para que acompañase al muerto: le ataban al cuello una cuerda para que pudiese pasar el profundo rio *Chihuahuapan* ó de las nueve aguas; y no descuidaban de que la religion santificase aquel acto solemne, pues los sacerdotes asistian á él y mientras unos encendian la hoguera para quemar el cadáver otros entonaban los can-

tos fúnebres de los cuales tambien hablamos al tratar de las exequias de los reyes. Cuando el cadáver se consumia en el fuego se recogian las cenizas en una oya, se depositaban tambien en ella algunas alhajas segun la proporción de la familia y la enterraban ó en algun templo é en los lugares donde se hacian los sacrificios en los montes: y por cuatro dias se hacian sobre aquel sepulcro oblaçiones de pan y vino. Cuando los conquistadores tuvieron noticia de las costumbres y ritos funerales, empezaron á cabar los sepulcros de los señores, sacando de ellos grandes cantidades de oro. Cortés dice que de uno se sacaron doscientas cuarenta onzas; y el conquistador anónimo, asegura haber presenciado otra escavacion de donde sacaron cerca de quinientas.

CAPITULO IV.

Gobierno político.

En todo lo que se deja referido en el tomo primero se puede tener una idea de lo que forma la materia del presente capítulo; mas aquí se volverá á dar razon de todo aunque sea superficialmente para que en el conjunto aparezca el cuadro de las costumbres generales del pueblo de que nos ocupamos.

Los primeros que se enseñorearon de este territorio fueron los toltecas que establecieron su reino en Tolan el cual en el reinado de Topilzín fué destruido por la guerra que le movieron los régulos del Sur. Vinieron luego los chichimecas mandados por Xolotl, quien estableció su corte en Tenayocan dejando subsistir el reinado de Culhuacan donde se refugiaron los restos de la nacion tolteca: y este gefe como supremo señor del ter-

ritorio fundó el poderoso imperio chichimeca y el feudalismo. Con el trascurso de los años vino este poder inmenso á manos del usurpador Tetzotzomoc y oprimidos todos los pueblos por tan pesada tiranía, rompieron este yugo volviendo la corona á Nezahualcoyotl heredero legítimo de ella: entonces se formó la triple alianza de las naciones acolhua, mexicana y tecpaneca, y desde allí los reyes de estas tres naciones representaban la suprema autoridad de todo el imperio, mandando cada uno con absoluta independencia y libertad en los estados de su corona y los mas pueblos á quienes iban sujetando por la fuerza de sus armas.

De los tres aliados, el rey de Tlacopan, por conveniencia de sus mismos estados tenia que limitarse á su propia conservacion y emplear sus armas en el engrandecimiento de sus aliados: la ambicion del prudente Nezahualcoyotl heredada por su hijo Nezahualpili, solo era para conservar sus antiguos estados haciendo la felicidad de sus súbditos por una sabia legislacion; y quedando así, libre el carácter belicoso de los mexicanos y merced á su infatigable atrevimiento, estendieron su poder hasta las playas de los dos mares que con sus aguas encierran este continente.

Al hablar del reinado del sabio Nezahualcoyotl dimos una idea del gobierno político del reino de Acolhuacan; y como estas acertadas disposiciones casi en su generalidad se aceptaron por sus dos colegas, al hablar ahora del gobierno de los mexicanos solo espresaré aquellos puntos que aun no quedaron comprendidos en la esplicacion referida.

La monarquía mexicana era electiva como ya se ha dicho. Los reyes al principio como ni tenían territorio, pues aun el estrecho islote en que fundaron su ciudad pertenecia al soberano de Azcapozalco á quien pagaban tributo, tenían mucha limitacion en el mando y su con-

ducta para con el pueblo era humana y verdaderamente paternal; pero en proporeion que las conquistas ensanchaban su poder crecia el lujo y la magnificencia en la corte, pesando por consiguiente sobre los pueblos, mayores cargos para sostenerlo. Esto fué lo que hizo llegar á tan alto grado al despotismo en tiempo de Moctehuzuma II.

El rey tenia la suprema autoridad en toda la nacion: y para ejercerla tenia como auxiliares algunos consejos y tribunales á semejanza de los establecidos en Tezococo por Nezahualcoyotl. La corona tenia algunas tierras propias en que el rey tenia el dominio directo: y estas eran dadas á varios señores que solo pagaban en señal de vasallaje algunos ramos de flores; pero pesaba sobre ellos el deber de reparar los palacios reales y cultivar por medio del pueblo de su demarcacion los jardines del rey. Los mercaderes tenían que dar á la corona parte de sus géneros, los artesanos contribuian tambien con sus manufacturas, y de todas las producciones de los estados fueran naturales ó artificiales, se debia pagar una parte al rey, para lo cual habia recaudadores que recorrian todos los pueblos llevando por insignia un baston y un abanico; pero la principal riqueza de la corona consistia en los tributos que pagaban los pueblos conquistados: tenían que pagar cantidades fijas y excesivas de toda clase de granos y ropas de algodón y á mas cada pueblo pagaba de los productos que les eran peculiares. Clavijero trae la noticia de los impuestos á solo algunos y es la siguiente.

“Joconochco, Huehuetlan, Mazatlan, y otras ciudades de aquella costa, daban anualmente á la corona ademas de las ropas de algodón, cuatro mil manojos de hermosas plumas de diversos colores, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre y ciento sesenta pájaros de cierta y determinada especie. Huaxya.

cac, Coyalapam, Atlacuechahuajan y otros lugares de los zapotecas, cuarenta pedazos de oro de ciertas dimensiones y veinte sacos de cochinilla. Tlachquiahuco, Axotlan y Teotzapotlan veinte vasos de cierta medida llenos de polvo de oro. Tochtepec, Otlaitlan, Cosamaloapan, Michapan y otros lugares de la costa del golfo mexicano, ademas de las ropas de algodón, del oro y el cacao, veinticuatro mil manojos de bellisimas plumas de diversos colores y calidades, sus collares, dos de esmeraldas finisimas y cuatro de ordinarias, veinte pendientes de ambar engarzados en oro y otros tantos de cristal, cien botes de líquid-ambar y diez y seis mil cargas de hule ó resina elástica. Tepyacac, Quecholac, Tecamachaleo, Acatzinco y otros lugares de aquel país, cuatro mil sacos de cal, cuatro mil cargas de otatli ó cañas sólidas para los edificios y otras tantas de las mismas cañas mas pequeñas para dardos y ochenta mil cargas de acajetl, ó sea cañas llenas de materias aromáticas. Malinaltepec, Tlalcozauhtitlan, Olinalan, Yehcatlan, Qualac y otros lugares meridionales de los países calidos, seiscientas medidas de miel, cuarenta cántaros de tecozahuatl ó sea ocre amarillo para la pintura, ciento sesenta escudos de cobre, cuarenta hojas redondas de oro de ciertas dimensiones, diez pequeñas medidas de turquesas finas y una carga de las ordinarias. Quauhnahuac, Panchimalco, Atlacholoaxan, Jiuhtepec, Huitzilac y otros pueblos de los Tlahuiques diez y seis mil hojas grandes de papel y cuatro mil gícalis ó vasos naturales de diferentes tamaños. Quauhtitlan, Tehuiloaxan y otros pueblos vecinos, ocho mil esteras y otros tantos banquillos. Otros pueblos contribuian con leña piedras y vigas para los edificios: otros con copal y habia algunos obligados á enviar á los bosques y casas reales cierto número de pájaros y de cuadrúpe-

dos como Gilotepec, Michmaloxan y otros de los otomites, los cuales debian mandar cada año al rey cuarenta águilas vivas. De los Matlatzínques sabemos, que habiendo sido sometidos á la corona de México por el rey Axayacatl, se les impuso, ademas del tributo representado en la pintura vigésima sétima de la coleccion de Mendoza la obligacion de cultivar un campo de setecientas toesas de largo y la mitad de ancho, para suministrar víveres al ejército real. Finalmente al rey de México se pagaba tributo de todas las producciones útiles, naturales y artificiales de sus Estados.»

Estos cuantiosos objetos se distribuian en pagar á los consejeros, ministros y todos los servidores de la corona: en socorrer á los necesitados, particularmente en tiempo de grande escasez de granos; pero la mayor parte servian para la pompa de los palacios del rey. Y lo pesado de la carga se agravaba con la severidad con que se exigia, pues el que no pagaba el tributo correspondiente perdia su libertad y era vendido como esclavo. Esta dureza para exigir el pago de los tributos, las enormes cantidades que pagaban de todos los géneros y sobre todo, la inmensidad de víctimas que estos desdichados pueblos tenian que suministrar para los cruentos sacrificios, fué lo que hizo insoportable el yugo de los mexicanos y causó su ruina.

El pueblo mexicano estaba dividido en nobles y plebellos: tambien la nobleza se dividia en varias clases perteneciendo la primera á las personas inmediatamente enlazadas con la familia real: formaban otra especie los señores feudales que se llamaban *Tlatoqui*, y otra los que se distinguian en sus servicios ya en el órden militar ó civil á quienes la gracia del soberano admitia entre los señores del reino como un premio á sus servicios y estos se llamaban *Pilli*. Como la nobleza era hereditaria se fué aumentando sucesivamente y á la caida de

la monarquía era una clase de mucha consideración: á ella pertenecieron en todo tiempo los principales puestos; pero particularmente cuando subió al trono Mocteuhtzuma II, porque cerró las puertas de estos empleos á los plebeyos, no permitiendo sino á los nobles traer en sus vestidos adornos de oro y piedras preciosas.

Las embajadas siempre las desempeñó la nobleza y aun entre ella se elegían las personas más elocuentes: regularmente se nombraba una comitiva de tres ó cuatro personas: las insignias que usaban eran unas mantas verdes con flecos de algodón y se las ponían á manera de escapularios, sombreros adornados de hermosas plumas y flecos de varios colores, una flecha en la mano derecha, la rodela en la izquierda y pendiente del mismo brazo la bolsa de las provisiones. Según el derecho de gentes ó costumbres de aquellos pueblos, el carácter de los embajadores era generalmente respetado y en todas partes recibían á estos personajes con notables consideraciones sirviéndoles y proporcionándoles lo necesario: al llegar al lugar de la embajada esperaban que la nobleza saliera á recibirlos y conducirlos á la casa pública en que se preparaba su alojamiento y donde eran servidos según su categoría: los nobles del lugar insensaban á los embajadores, les regalaban ramos de flores, algunos perfumes; y cuando habían descansado, los conducían á la casa del rey ó señor á quien se dirigían, el cual los recibía acompañado de sus consejeros. Al entrar hacían una profunda reverencia y se sentaban en el suelo en medio del salón, guardando silencio hasta que se diera la señal de poder hablar: entonces el que presidía la embajada y en voz baja esponía su objeto, cuyo elocuente discurso oían todos sentados y con la cabeza inclinada hasta las rodillas. Acabando de hablar el presidente de la embajada, volvía á su alojamiento con sus compañeros y el rey ó señor discutía en su consejo lo que se

debía resolver: hecha saber la respuesta á los embajadores, se les proveía de víveres para el viaje, se les hacían otros muchos regalos y los nobles salían á despedirlos fuera del lugar con las mismas cortesías con que los habían recibido.

Para transmitir los mensajes se habían establecido por los caminos principales de la corte unas torrecillas cada dos leguas, habiendo en todas un correo: el primero que recibía el mensaje ya fuera de palabra ó en alguna pintura, corría con la mayor velocidad hasta la torrecilla siguiente, allí comunicaba al que estaba, en la posta, la noticia según la llevaba; y así sucesivamente se iba transmitiendo hasta llegar á su destino. Este medio de comunicación, según la ligereza de los que desempeñaban este oficio era muy rápido; y de este mismo medio se valía Mocteuhtzuma para proveerse constantemente de pescado fresco del seno mexicano.

El gobierno de los pueblos estaba á cargo de un gobernador que tenía otros agentes inferiores que velaban sobre la conducta de los individuos y daban cuenta de todo al superior. La administración de justicia se desempeñaba por tribunales inferiores, un tribunal superior llamado *tlacatecatl* y compuesto de tres magistrados, el cual residía en la corte y el supremo magistrado de justicia llamado *Cihuacohuatl* de cuyas sentencias ya no cabía apelación alguna. Los que tenían alguna contienda fuera civil ó criminal, comparecían á los tribunales á esponer cada uno sus alegatos, los jueces examinaban los testigos ó figuras si la cuestión era sobre términos, de posesiones que eran las dos pruebas que se admitían al actor, y al reo á más el juramento de su inocencia: cuando ya la sentencia debía ejecutarse se publicaba por el pregonero y se hacía efectiva por una de los jueces. El tribunal de primera instancia, lo formaba un solo juez que se renovaba anualmente por nombramiento de los vecinos en cada barrio

de la capital y lo mismo en los lugares de fuera. Habia otros agentes, *Tequitlatoquis*, para notificar las órdenes de los tribunales y citar á las partes; y habia otros llamados *tópiles*, que hacian los arrestos.

Las leyes de Tezcoco, en su mayor parte fueron adoptadas en México; y por haber hablado ya de ellas, solo daremos noticia de otras en que se nota alguna variacion. El ladron de objetos de poco valor, solo estaba obligado á la restitucion; pero quedaba esclavo del robado, si el robo era en materia de gran consideracion. El que robaba oro ó plata, debia sacrificarse al dios Gipe: el que hacia daño en campo ageno ó robaba maiz, quedaba esclavo del dueño del campo. Los plagiarios y los que vendian los bienes que tomaban en alquiler ó arrendamiento, perdian la libertad y sus bienes; y tenian pena de muerte, los que se atrevian á usar de las insignias de los reyes aliados, los que maltrataban á los embajadores, ministros ó correos del rey, los sediciosos, los tutores que no daban cuenta esacta de los bienes de sus pupilos y los que disipaban en vicios la herencia de sus padres. Respecto de los esclavos, dice Clavijero.

«Habia entre ellos tres clases de esclavos: los prisioneros de guerra, los que se vendian, y ciertos malhechores, que en castigo de sus delitos quedaban privados de su libertad. La mayor parte de los primeros eran sacrificados á los dioses. El que en la guerra quitaba á otro su prisionero, ó lo ponía en libertad, era reo de muerte.»

«La venta de un esclavo no era válida, sino se hacia delante de cuatro testigos de edad madura. Comunmente acudian en mayor número, y esta clase de contrato se celebraba con gran solemnidad. El esclavo podía tener bienes, adquirir posesiones, y aun comprar otros esclavos que lo sirviesen, sin que el amo pudiera impedirsele, ni servirse de ellos, pues la esclavitud no era

mas que una obligacion de servicio personal, limitada á ciertos términos. Tampoco era hereditaria. Todos nacia libres aun los de las esclavas. Si un hombre libre tenia comercio ilícito con la esclava agena y esta quedaba preñada y moria en la preñez, aquel quedaba esclavo del dueño de esta; pero si la esclava paria felizmente, el hijo y el padre eran libres.»

«Los pobres podian vender alguno de sus hijos para remediar sus miserias y á cualquiera hombre libre era lícito venderse con el mismo objeto; pero los amos no podian vender un esclavo sin su consentimiento. Los esclavos fugitivos, contumaces y viciosos eran amonestados dos ó tres veces por sus amos, los cuales, para su mayor justificacion hacian llamar testigos en aquellas ocasiones. Si el esclavo no se enmendaba, le ponian un collar de madera y entonces podian venderlo en el mercado sin su consentimiento. Si despues de haber mudado de amo dos ó tres veces, persistian en su indocilidad, se vendian para los sacrificios, pero esto ocurría muy pocas veces. El esclavo de collar que se escapaba del encierro en que su amo lo tenia, y se acogia al palacio del rey, era libre y todo el que le impedia tomar ese asilo, quedaba privado de la libertad, escepto su amo, y los hijos de este, que estaban autorizados á estorbárselo.»

«Las personas que mas comunmente se vendian eran los jugadores, para satisfacer con el precio su pasion dominante; los que por su pereza ó sus infortunios se hallaban reducidos á la miseria y las mugeres públicas, para comprar trajes de lucimiento, pues las de aquel país no buscaban otro interes en sus desórdenes que la satisfaccion de sus perversos apetitos. No era tan dolorosa á los mexicanos la esclavitud como en otros pueblos, por no ser allí tan dura la condicion de esclavo. El trabajo que hacian era moderado, y benigno el trato que les daban los dueños, los cuales comunmente les concedian li-

bertad cuando morian. El precio ordinario de un esclavo era una carga de ropa.»

«Había además en México una especie de esclavitud que se llamaba huehuetlatlacolli, y era cuando una ó dos familias se obligaban por su pobreza á suministrar perpetuamente un esclavo á cualquier señor. Para esto le daban uno de sus hijos, y despues de haberle servido cierto número de años, lo retiraban para casarlo ó con cualquier otro objeto y ponian otro en su lugar. Hacíase esto sin repugnancia del amo: antes bien solia dar espontáneamente otro precio por el nuevo esclavo. Muchas familias hicieron este contrato el año 1506 de resultas de la carestía que afligió aquellos países: pero Nezahualpilli rey de Acolhuacan, los puso á todos en libertad, por los inconvenientes que se esperimentaron, y á su ejemplo, Moctehzuma II hizo lo mismo en sus estados.»

Los conquistadores, que se creían poseedores de todos los derechos de los antiguos señores mexicanos, tuvieron muchos esclavos de aquellas naciones: pero los reyes católicos, informados por personas doctas, celosas del bien público, y bien instruidas en los usos de aquellos países, los declararon libres á todos, prohibieron bajo las mas severas penas atentar á su libertad, y recomendaron enérgicamente tan importante negocio á la conciencia de los vireyes, de los tribunales supremos y de los gobernadores. Ley justísima y digna del celo cristiano de aquellos monarcas: porque los primeros religiosos, que se emplearon en la conversion de los mexicanos, entre los cuales habia hombres de gran doctrina, declararon despues de un diligente exámen, no haberse hallado entre tantos esclavos uno solo que hubiera sido privado de su libertad por medios legítimos.»

«Lo que hemos dicho hasta ahora es cuanto sabemos de la legislacion de los mexicanos: quisieramos dar razon mas extensa de un punto tan importante, sobre todo, en lo relativo á contratos, á juicios y á testamentos: pe-

ro la pérdida deplorable de la mayor parte de las pinturas mexicanas y de algunos preciosos manuscritos de los primeros españoles, nos ha privado de las luces con que pudieran aclararse estas materias." (1)

La profesion mas estimada en aquel pueblo era la militar: ningun rey se eligió sin haber antes esperimentado su valor en muchas batallas; y ninguno llegó al trono sino despues de mandar el ejército como general. La suprema dignidad militar era la de general en gefe del ejército; y el que la desempeñaba era llamado *Tlacatecatl*; despues seguian tres grados de generales y subalternados á ellos estaban los capitanes, que cada uno mandaba un número determinado de soldados.

Para recompensar los servicios en la guerra, se adoptó del reino de Acolhuacan la órden militar de los tecahltis creado por el emperador Xolotl, de la cual dimos noticia cuando se concedió por primera vez al general Tochinticutli: los que pertenecian á esta órden eran considerados entre los mas distinguidos nobles, pero por las penitencias á que se sujetaban para obtenerla y por los gastos que ella erogaba, pocas personas la adquirian. Despues fueron creadas otras tres exclusivas del reino de México, *Achcautin*, *Quauhtin* y *Ocelotl*, príncipes, águilas y leones: cada una tenian arios grados y el superior de todos era el de Quachictin en el órden de los príncipes. Estos se distinguian por una cuerda roja con que se ataban la parte superior de la cabeza, con tantas borlas de algodón pendientes, cuantas eran las acciones gloriosas que habian tenido: á esta órden pertenecieron los reyes Tizoc y Moctehzuma II y se jactaban de ostentar estas insignias. Los que pertenecian á estas órdenes se distinguian tambien en que ocupaban en palacio habitaciones preferentes y podian usar útiles de oro y telas finas que no eran permitidas sino á los nobles. Tambien habia un traje de honor que se concedia al que

[1] Clavigero.

animaba al ejército cuando había en él algun desorden ó desmoralizacion.

Para salir á campaña usaban los oficiales una armadura que les cubria la caja del cuerpo y otra que defendia los muslos y medio brazo: los señores se ponian una especie de saco formado de plumas y cubierto con una coraza de planchas de oro; y defendian la cabeza con un casco de madera, figurando la cabeza de un tigre, serpiente ó algun otro animal, con la cual tambien querian inspirar terror á los contrarios. La arma defensiva de los soldados era un escudo formado de cuero ó de otatli cubierto de plumas, que se llamaba chimali: los escudos de los nobles se cubrian con láminas de oro ó plata dorada. El rey para salir á campaña, se ponía medias botas con planchuelas de oro: en los brazos algunos adornos del mismo metal, pulceras de piedras preciosas: una esmeralda en el labio inferior: un collar de oro y piedras; y en la cabeza un penacho de plumas que caian sobre la espalda. Este último adorno podian tambien usarlo los nobles y los oficiales.

Las armas ofensivas comunes á todos los pueblos, eran la flecha, la macana ó maza, las picas, y la espada *moquahuítl* que era la mas terrible y formada de un palo de mas de una vara de largo armado por uno y otro lado con agudas navajas de piedra *itethi*, pegadas con goma laca y sugetas con cuerdas: el primer golpe de esta arma era mortá y en la guerra con los españoles se vieron repetidos ejemplos de partirse con ella la cabeza de un caballo. La música militar se componia de unos tambores y algunos caracoles marítimos que usaban como cornetas y que tenian un sonido agudísimo. El estandarte era una hasta de mas tres varas de larga, sobre el cual se llevaba la insignia del imperio, que era una águila en actitud de arrojar sobre su presa: este lo llevaba por obligacion, el general del ejército coloca-

do en el centro; y cuando moria éste ó le quitaban el estandarte se daba por perdida la batalla y no habia poder que contuviera á los soldados. Ademas de este estandarte general, cada compañía tenia el suyo el cual debian llevarlo los capitanes.

Sobre el modo de declarar la guerra se ha dado ya noticia al tratar del reinado de Izcohuatl que para sostener su eleccion de rey de México la declaró á Maxtlaton tirano de Azcapozalco. Cuidaban mucho en la guerra de no dar á conocer los muertos y heridos ni á sus soldados ni á sus enemigos, para lo cual se empleaba en el ejército un cierto número de hombres, equivalentes á la ambulancia de los ejércitos actuales que recogian y ocultaban así los muertos como los heridos. Las mazas de soldados procuraban no perder la union y como el honor principal consistia en presentar mayor número de prisioneros, mas empeño tenian en esto que en matar á los enemigos. Tal práctica sin duda habria sido benéfica y hubiera ahorrado mucha sangre sino fuera por la bárbara costumbre de los sacrificios humanos, pues en ellos no era menos triste la suerte de los infelices prisioneros, que si hubieran caído exánimes al peso de la macana ó al terrible golpe del Macahuítl.

CAPITULO V.

Agricultura, caza, pesca y comercio.

Quando los toltecas se revelaron contra el imperio chichimeca de la corte de Huehuetlapalan, consta que ya ejercitaban la agricultura y las artes, pues aun por eso tomaron la denominacion de Toltecatl, que como ya en otro lugar hemos dicho significa diestro artífice. Du-

animaba al ejército cuando había en él algun desorden ó desmoralización.

Para salir á campaña usaban los oficiales una armadura que les cubria la caja del cuerpo y otra que defendia los muslos y medio brazo: los señores se ponian una especie de saco formado de plumas y cubierto con una coraza de planchas de oro; y defendian la cabeza con un casco de madera, figurando la cabeza de un tigre, serpiente ó algun otro animal, con la cual tambien querian inspirar terror á los contrarios. La arma defensiva de los soldados era un escudo formado de cuero ó de otatli cubierto de plumas, que se llamaba chimali: los escudos de los nobles se cubrian con láminas de oro ó plata dorada. El rey para salir á campaña, se ponía medias botas con planchuelas de oro: en los brazos algunos adornos del mismo metal, pulceras de piedras preciosas: una esmeralda en el labio inferior: un collar de oro y piedras; y en la cabeza un penacho de plumas que caian sobre la espalda. Este último adorno podian tambien usarlo los nobles y los oficiales.

Las armas ofensivas comunes á todos los pueblos, eran la flecha, la macana ó maza, las picas, y la espada *moquahuítl* que era la mas terrible y formada de un palo de mas de una vara de largo armado por uno y otro lado con agudas navajas de piedra *itethi*, pegadas con goma laca y sugetas con cuerdas: el primer golpe de esta arma era mortá y en la guerra con los españoles se vieron repetidos ejemplos de partirse con ella la cabeza de un caballo. La música militar se componia de unos tambores y algunos caracoles marítimos que usaban como cornetas y que tenian un sonido agudísimo. El estandarte era una hasta de mas tres varas de larga, sobre el cual se llevaba la insignia del imperio, que era una águila en actitud de arrojar sobre su presa: este lo llevaba por obligación, el general del ejército coloca-

do en el centro; y cuando moria éste ó le quitaban el estandarte se daba por perdida la batalla y no habia poder que contuviera á los soldados. Ademas de este estandarte general, cada compañía tenia el suyo el cual debian llevarlo los capitanes.

Sobre el modo de declarar la guerra se ha dado ya noticia al tratar del reinado de Izcohuatl que para sostener su eleccion de rey de México la declaró á Maxtlaton tirano de Azcapozalco. Cuidaban mucho en la guerra de no dar á conocer los muertos y heridos ni á sus soldados ni á sus enemigos, para lo cual se empleaba en el ejército un cierto número de hombres, equivalentes á la ambulancia de los ejércitos actuales que recogian y ocultaban así los muertos como los heridos. Las mazas de soldados procuraban no perder la union y como el honor principal consistia en presentar mayor número de prisioneros, mas empeño tenian en esto que en matar á los enemigos. Tal práctica sin duda habria sido benéfica y hubiera ahorrado mucha sangre sino fuera por la bárbara costumbre de los sacrificios humanos, pues en ellos no era menos triste la suerte de los infelices prisioneros, que si hubieran caído exánimes al peso de la macana ó al terrible golpe del Macahuítl.

CAPITULO V.

Agricultura, caza, pesca y comercio.

Quando los toltecas se revelaron contra el imperio chichimeca de la corte de Huehuetlapalan, consta que ya ejercitaban la agricultura y las artes, pues aun por eso tomaron la denominacion de Toltecatl, que como ya en otro lugar hemos dicho significa diestro artífice. Du-

rante su larga peregrinacion hasta establecer la antigua ciudad de Tolan ó Tula, hicieron macion en muchas partes para establecer sus cementeras y proveerse de granos con que sustentar á los millares de peregrinos que formaban su pueblo: así es, que los pueblos que despues fueron emigrando al Valle del Anahuac ya encontraban en él la agricultura y artes tan necesarias para la vida civil, y todos fueron aventajando en ellas hasta el grado en que las encontró la expedicion de Cortés.

Los últimos que llegaron fueron los aztecas ó mexicanos y hallando ya ocupado aquel ameno territorio, no tuvieron otro en que establecerse sino un pequeño izlote en el lago, donde fundaron la monarquía mas poderosa á costa de ingeniosos esfuerzos dignos de ser admirados por todas las generaciones.

La agricultura que es la base de la subsistencia para un pueblo, no tenian donde ejercitarla, porque toda su tierra era un pedazo tan insignificante que no les bastaba ni para fabricar sus albergues; pero su ingenio y laboriosidad suplió esta falta, volviendo fecunda la superficie de las aguas por medio de los huertos flotantes de que ya hemos hablado, y los cuales les daban los frutos necesarios no solo para el alimento de su pueblo sino para cambiar con los otros los demas objetos que les eran necesarios y satisfacer al rey de Azcapozalco, que les habia concedido el terreno en cambio de los productos de su trabajo.

Cuando la fortuna de sus armas les proporcionó tierras, se dedicaron á su cultivo lo mismo que los demas pueblos, sembrando todas las semillas que les eran usuales, toda clase de árboles frutales y otras plantas de suma utilidad como el maguey que por sí solo les proporcionaba grandes ventajas: pues con él cercaban las sementeras: les daba madera; y sus hojas las empleaban como teja para algunos edificios, de ella sacaban papel, hilo, agu-

jas, vestido, calzado y cuerdas: de su jugo hacian vino, miel, azúcar y vinagre: la parte mas gruesa de las hojas cocidas debajo de la tierra, les daba un alimento que hasta el dia es conocido con el nombre de mescal de penca, y de la misma planta hacian uso en la medicina para las enfermedades de la orina y del pecho.

Para sembrar los granos aflojaban la tierra con unos instrumentos de cobre que llamaban *Coa ó Coatl* el cual tenia un mango de madera y era semejante al azadon: despues el sembrador hacia un hoyo de la profundidad correspondiente con un baston de madera á propósito con la punta endurecida al fuego: en este hoyo se echaba el grano y cubriéndolo con la tierra necesaria se seguia adelante, repitiendo la misma operacion que hacian con demasiada prontitud. Cuando la planta habia crecido algo, cubrian el pié de su tallo con un monton de tierra, y cuando sazónaba el fruto cortaban las plantas con una hoz de cobre, semejantes á las que se usan actualmente. Entonces deshojaban las mazorcas en la era y llevaban los granos á los graneros, que eran unos edificios de madera bien labrada que no daba lugar á que pasara ni la luz, y las semillas se conservaban bastante.

Las plantas medicinales ó flores aromáticas y esquisitas y todos los árboles frutales se cultivaban en huertos y jardines espaciosos y bien trabajados.

Entre todos conservaban la fama principalmente los de los reyes de México y Tezcoco, y los de los señores de Iztapalapan y Huactepec: de este último dijo Cortés en su carta de 15 de Mayo de 1522 á Carlos V, que era el mayor, mas bello y delicioso que habia visto en su vida.

La conservacion de los bosques ocupaban tambien de preferencia su atencion y el mas escrupuloso cuidado de los monarcas y sus ministros segun hablamos ya en la legislacion del reino de Tezcoco, dada por Nezahual-

coyotl. Merced á este cuidado: tenían en abundancia el combustible necesario para todos sus usos, madera para la construcción de sus edificios y demás objetos en que la empleaban, conservándose siempre los bosques, para cría de los animales de caza que era un elemento de su riqueza.

La caza la hacían los particulares por diversión ó para proporcionarse víveres, pero hacían algunas generales y en ellas se proveían toda clase de animales, para los sacrificios, para el sustento de las familias, y para las crías que tenían en los bosques y jardines, particularmente los grandes señores y los reyes. Para estas se juntaban millares de cazadores, quienes rodeaban al bosque en que se hacía, preparando en el centro los lazos para toda clase de animales: hacían fuego por distintas partes, y al mismo tiempo sonaban sus tamboriles y cornetas, con cuyo ruido aumentado por millares de gritos y silvidos, hacían que los animales corrieran hácia el centro, donde se les estrechaba el círculo hasta acirlos casi en las redes ó matarlos con las flechas y servatana. De este modo hacían una caza abundantísima tomando vivos muchos animales y otros muertos. Una de estas corridas hácia el país de los Otomites entre Gilotepec y San Juan del Río que se hizo después de la conquista en presencia del primer virrey de México, dió lugar al nombre que hasta hoy conserva del llano del cazadero; y todos los españoles que lo presenciaron según el testimonio del P. Benavente, quedaron maravillados del prodigioso número de todas especies de animales que cazaron, habiéndoles formado un cerco de cinco leguas.

Para cazar monos ponían fuego en el bosque: colocando en su centro la piedra *cacalotell* y esparciendo en rededor algunos granos: las monas se acercaban á recogerles viniendo cargadas con sus pequeños hijos; pero al estrepitoso

estallido de la piedra, cuando estaba inflamada, corrían las monas abandonando las crías, que eran presa luego de los indios que se ocultaban en el bosque.

El modo de cazar los patos y animales acuáticos era hechando en las lagunas calabazas que sobrenadaban entre ellos y los hacían acostumbrarse á su vista sin espantarlos: después entraba el cazador cubriéndose todo el cuerpo con el agua y llevando la cabeza oculta entre una calabaza vacía: las aves acostumbradas ya á verla se acercaban á picarlas; y entonces tomándalas por las patas, las sumergían en el agua sin que hicieran estrépito y así podían cazar cuantas querían.

Para la pesca se servían del anzuelo y la red, la ejecutaban proporcionándose abundantes peces en los lagos del valle de México, y en todos los demás lagos y ríos y en las costas de los mares.

En los primeros años de la monarquía toda su riqueza consistía en la pesca del lago de Chalco, los productos de sus chinampas, y las esteras que construían con los juncos de las lagunas. Estos objetos los cambiaban con los demás pueblos por algodón y demás objetos de que ellos carecían y les era necesario, así para la construcción de sus casas como para sus vestidos y demás usos domésticos. Después en proporción que creció el poder de sus armas se aumentó su comercio que era ejercido en todos los lugares por multitud de mexicanos dedicados á este tráfico. Este se hacía por algunas carabanas de mercaderes, que para proporcionarse seguridad, antes de salir al viaje era costumbre dar un banquete á los demás de su profesión que no salían, de los cuales recibían algunas instrucciones útiles; y al salir cada uno llevaba un bastón negro en el cual querían simbolizar á sus dios *jacatectli* á quien en cada posada le rendían culto en la reunión, de todos aquellos bastones, siendo uno de los

principales actos para honrar á su númen protector, sacarse sangre dos ó tres veces en la noche.

Para el desarrollo de este tráfico tan útil al estado, el gobierno cuidaba de construir caminos que se mandaban rehacer anualmente á la salida de las lluvias: en los desiertos se construian casas para que posaran estos transeuntes, y en los grandes rios habia canoas preparadas ó puentes que los hacian de piedra, de madera y mas comunmente de un tejido de cuerdas de bejuco, cuya estremidad se ataba á los árboles que habia por ambos lados de los rios; y conducian las mercancías en los lugares donde no habia modo de trasportarlas por agua por medio de hombres de carga que dedicaban á ese penoso trabajo y se llamaban Tlamame: desde niños se acostumbraban á este ejercicio; y cuando ya eran grandes, con mucha facilidad hacian estas jornadas: viajaban cinco leguas y con una carga de cerca de tres arrobas de peso, usando para los géneros de algodón, maiz y otros efectos, unas cajas de caña formadas en pieles que se llamaban *petlacali*, ó petacas. El comercio en los puebls y ciudades se hacia todo en el mercado llamado *Tlanquistli* y por corrupcion Tianguis: el de México tenia lugar en la plaza de Tlatelolco. Para cuidar el orden y decidir cualquier diferencia que ocurriera en el mercado habia jueces propios: y para evitar confusion, se tenia un sitio dedicado á cada especie de mercancía que consistian en todas las producciones naturales y del arte que eran conocidas en aquellos lugares. «Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza, dice Clavigero, todas las producciones del imperio mexicano y de los paises vecinos, que podian servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban, todos los metales y piedras preciosas que conocian; todos los sim-

ples medicinales, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales; todos los medicamentos que sabian preparar como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y unguentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma de monte, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedras, de oro, de plata y de cobre. Vendianse tambien esclavos y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendia en la ciudad, pues no habia tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, sino eran los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula; los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcoco, los zapateros de Tenayocan, los cazadores de Gilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los fruteros de los paises cañientes, los fabricantes de esteras y bancos de Quauhtlan y los floristas de Xochomilco.»

Habia diariamente mercado; pero se tenia uno mayor cada cinco dias. Segun el testimonio del conquistador anónimo y otros testigos presenciales, concurrían al primero de veinte á veinticinco mil personas y de cuarenta á cincuenta mil al mercado grande. A pesar de aquella multitud de gente rara vez tenia lugar un robo, algun fraude en un contrato ó cualquiera otro desorden, porque los jueces y sus ministros castigaban con severidad allí mismo á cualquier delincuente: en cambio de esta buena policia y seguridad, los mercaderes tenian que pagar al rey los derechos impuestos, segun la cantidad y clase de las mercancías.

En los tiempos muy antiguos solo se hacia el comercio por medio de cambios; pero la necesidad los hizo despues inventar la moneda para proporcionar la compra y venta y hacer mas espedito el tráfico. Tenian los mexicanos cinco clases de moneda corriente representando diversos valores, aunque ninguna acuñada: la primera

eran unas almendras de cacao diferentes del que les servia para las bebidas y estas giraban sin cesar entre los traficantes, como la moneda de cobre y plata menuda entre nosotros: contaban el cacao por *xiquipiles* que eran ocho mil granos; y para ahorrarse el trabajo de contar cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimando cada uno de ellos en valor de tres *xiquipiles* ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistia en unos pedazos de tela de algodón que llamaban *patolcuachtli* y que solo servian para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera, eran granos de oro contenidos en cañones de plumas de ánade, los cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal y segun su grueso eran de mas ó menos precio. La cuarta que mas se aproximaba á la moneda acuñada consistia en unos pedazos de cobre cortados en figura de T y solo servia para los objetos de poco valor. La quinta, eran unos pedazos de estaño. Se vendian y permutaban las mercancías por número y por medida, pero no sabemos que se sirvieran de peso ó por que lo creyeron espuesto á fraudes, como dicen algunos escritores ó porque no lo juzgaran necesario como dicen otros.

CAPITULO VI.

*Oratoria, poesia, música, baile, fundicion
y obra de mosaico.*

Ya hemos dicho el cuidado con que los mexicanos veian la educacion de su juventud; y el esmero con que procuraban su adelanto en todos los ramos los hacia no descuidarse del progreso en las artesasi mecánicas como liberales. Entre estas cultivaban la oratoria y la poesia:

de la primera cuidaban mucho, particularmente para las embajadas, los consejos, las fiestas en la coronacion de los reyes y todas aquellas veces en que debian hablar delante de los grandes personajes ó exitar de algun modo el sentimiento general del pueblo. Ya hemos citado varios trozos de sus arengas, que pueden hacer formar una idea de su oratoria, que sin carecer de rasgos elocuentes, estribaba principalmente en razonamientos graves y bien cordinados.

La antigua poesia mexicana es casi generalmente desconocida; pero los historiadores mas antiguos que tuvieron ocasion de ver muchas de las poesias indígenas, elogian su estilo puro, ameno y lleno de figuras y comparaciones con los objetos mas agradables de la naturaleza como las flores, el curso de los rios y la elevacion de los montes. El verso era bien medido y cadencioso, usando muchas veces de algunas interjecciones, que entre las voces significativas solo servian para completar el métro.

Las poesias eran compuestas en honor de los dioses para cantarlas en los templos y en las fiestas sagradas: otras eran históricas y por ellas se conservaban noticias de muchos acontecimientos de su nacion y de las acciones de sus héroes, las cuales enseñaban á los niños para que por su medio se conservara aquella historia; y habia otras composiciones amatorias ó descriptivas de sus costumbres para cantarlas en los regocijos públicos. En el reino de Tezcoco un delincuente fué condenado á muerte por los tribunales: estando en la cárcel compuso una tierna poesia despidiéndose del mundo; y cantándosela á *Nezahualcoyotl* los músicos de la corte, se enterneció el monarca y mandó dar libertad al reo.

Entre las poesias compuestas por el mismo *Nezahualcoyotl* y que han conservado los autores, es célebre la que dijo el dia de sus bodas y que ya hemos citado comenzando *Xochitl mamani in Ahuchuetitlan*, Traducida al

eran unas almendras de cacao diferentes del que les servia para las bebidas y estas giraban sin cesar entre los traficantes, como la moneda de cobre y plata menuda entre nosotros: contaban el cacao por *xiquipiles* que eran ocho mil granos; y para ahorrarse el trabajo de contar cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimando cada uno de ellos en valor de tres *xiquipiles* ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistia en unos pedazos de tela de algodón que llamaban *patolcuachtli* y que solo servian para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera, eran granos de oro contenidos en cañones de plumas de ánade, los cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal y segun su grueso eran de mas ó menos precio. La cuarta que mas se aproximaba á la moneda acuñada consistia en unos pedazos de cobre cortados en figura de T y solo servia para los objetos de poco valor. La quinta, eran unos pedazos de estaño. Se vendian y permutaban las mercancías por número y por medida, pero no sabemos que se sirvieran de peso ó por que lo creyeron espuesto á fraudes, como dicen algunos escritores ó porque no lo juzgaran necesario como dicen otros.

CAPITULO VI.

*Oratoria, poesia, música, baile, fundicion
y obra de mosaico.*

Ya hemos dicho el cuidado con que los mexicanos veian la educacion de su juventud; y el esmero con que procuraban su adelanto en todos los ramos los hacia no descuidarse del progreso en las artesasi mecánicas como liberales. Entre estas cultivaban la oratoria y la poesia:

de la primera cuidaban mucho, particularmente para las embajadas, los consejos, las fiestas en la coronacion de los reyes y todas aquellas veces en que debian hablar delante de los grandes personajes ó exitar de algun modo el sentimiento general del pueblo. Ya hemos citado varios trozos de sus arengas, que pueden hacer formar una idea de su oratoria, que sin carecer de rasgos elocuentes, estribaba principalmente en razonamientos graves y bien cordinados.

La antigua poesia mexicana es casi generalmente desconocida; pero los historiadores mas antiguos que tuvieron ocasion de ver muchas de las poesias indígenas, elogian su estilo puro, ameno y lleno de figuras y comparaciones con los objetos mas agradables de la naturaleza como las flores, el curso de los rios y la elevacion de los montes. El verso era bien medido y cadencioso, usando muchas veces de algunas interjecciones, que entre las voces significativas solo servian para completar el métro.

Las poesias eran compuestas en honor de los dioses para cantarlas en los templos y en las fiestas sagradas: otras eran históricas y por ellas se conservaban noticias de muchos acontecimientos de su nacion y de las acciones de sus héroes, las cuales enseñaban á los niños para que por su medio se conservara aquella historia; y habia otras composiciones amatorias ó descriptivas de sus costumbres para cantarlas en los regocijos públicos. En el reino de Tezcoco un delincuente fué condenado á muerte por los tribunales: estando en la cárcel compuso una tierna poesia despidiéndose del mundo; y cantándosela á *Nezahualcoyotl* los músicos de la corte, se enterneció el monarca y mandó dar libertad al reo.

Entre las poesias compuestas por el mismo *Nezahualcoyotl* y que han conservado los autores, es célebre la que dijo el dia de sus bodas y que ya hemos citado comenzando *Xochitl mamani in Ahuchuetitlan*, Traducida al

castellano dice así. «Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan á la duracion, al fin un repentino fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un ciervo los derriba y la avanzada edad y decrepitud los agovia y entristece. Siguen las púrpuras, las propiedades de la rosa en el color y la suerte: dura la hermosura de estas, en tanto que sus castos botones avaros, recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la aurora, y económica deshace en líquidos rocios; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el mas ligero rayo de sus luces, las despoja de su belleza y lozanía, haciendo que pierdan por marchitas, la encendida y purpurea color con que agradablemente ufanas se vestian. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados porque las que por la mañana ostentan soberbiamente engreidas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste pérdida de su trono y los repetidos parasismos que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término, porque en la mas festiva carrera de goces y brillantes, calman sus alientos y se despeñan en el abismo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los rios, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceleranse con ansia para los vastos dominios de Tluloa [el mar] y cuando mas se acercan á sus dilatadas márgenes, tanto mas van labrando sus urnas melancólicas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se asegura que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes cenizas, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma: ocupando estos los tronos, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, inventando cul-

tos, lisongeándose con el fausto, la magestad, la fortuna y el poder. Pasaron estas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego del Popocatepetl, sin otros monumentos que recuerden su existencia que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah! Y si yo os introdujera á los oscuros senos de esos panteones y os preguntara cuales eran los huesos del poderoso Chalchiuhtlanetzin, primer caudillo de los antiguos toltecas, de Necaxecmitl reverente cultor de los dioses! Si os preguntara donde está la incomparable belleza de la emperatriz Xiuhztal y por el pacífico Topitzin, último monarca del infeliz reino Tolteco! Si os preguntara cuales eran las sagradas cenizas de nuestro primer padre Xolotl y aun por el caliente polvo de mi glorioso inmortal, aunque infeliz y desventurado padre Ixtlixochitl! Si así os fuese preguntando por todos nuestros augustos progenitores, qué me responderiais? Lo mismo que yo respondiera: *indipohdi; indipohdi*: nada sé, nada sé, por que los primeros y últimos están confundidos en el barro. Lo que fué de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieren. Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos, aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisongera cuna para el sol, y las funestas sombras, brillantes luces para los astros. No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven á la grandeza del Criador, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la pretericion y registrará nuestra posteridad.»

Este cantar de Nezahualcoyotl, da una idea bastante clara de su admirable ingenio, la prodigiosa elevacion de su espíritu, su fertilidad de sentimientos y la firmeza de sus ideas religiosas: lo mismo que el que afortunadamen-

te se salvó de la destrucción general de todas las obras indígenas y que fué recogido por el caballero Boturini.

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasión y el tiempo ofrece;
Ser admitido espero
Si intento lo merece;
Y comienzo mi canto
Aunque fuera mejor llamarle llanto.

Y tú, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores,
Alégrate conmigo;
Deshechemos de penas los temores,
Que el gusto trae medida,
Por ser al fin con fin la mala vida.

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoro.
Tu de flores gozando
Danza, y festeja á Dios que es poderoso:
Gozemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

De Oeblehacan pusiste
En esta noble corte, y siendo tuyo,
Tus sillas, y quisiste
Vestirlas: donde arguyo,
Que con grandeza tanta
El imperio se aumenta y se levanta.

Oyoyotzin prudente,
Famoso rey y singular monarca.
Goza del bien presente,
Que lo presente lo florido abarca;
Porque vendrá algun día
Que busques este gusto y alegría.

Entonces tu fortuna
Te ha de quitar el cetro de la mano,

Ha de menguar tu luna,
No te verás tan fuerte y tan ufano;
Entonces tus criados
De todo bien serán desamparados.

Y en tan triste suceso
Los nobles descendientes de tu nido,
De príncipes el peso,
Los que de nobles padres han sido,
Faltando tu cabeza
Gustarán la amargura de pobreza.

Y traerán á la memoria
Quien fuiste en pompa de todos envidiada
Tus triunfos y victoria,
Y con la gloria y magestad pasada
Cotejando pesares

De lágrimas harán crecidos mares,
Y estos tus descendientes
Que te sirven de pluma y de corona,
De tí viéndose ausentes,
De Culhuacan extrañarán la cuna;
Y tenidos por tales
Con sus desdichas crecerán sus males.

Y de esta grandeza rara
Digna de mil coronas y blazones,
Será la fama avara;
Solo se acordarán en las naciones,
Lo bien que gobernaron
Tas tres cabezas que el imperio honraron.

En México famosa
Moctehuzuma, valor de pecho indiano;
A Tezcoco dichosa
De Nezahualcoyotl rigió la mano;
A Tlacopan la fuerte
Totoquillahuatzin salió por suerte.
Y ningun olvido temo

De lo bien que tu reino dispusiste,
 Estando en el Supremo
 Lugar, que de la mano recibiste
 De aquel Señor del mundo
 Factor de aquestas cosas sin segundo.

Y goza pues, muy gustoso
 Oh Nezahualcoyotl, lo que ahora tienes:
 Con flores de este hermoso
 Jardín, corona tus ilustres sienas;
 Oye mi canto y lira
 Que á darte gustos y placeres tira.

Y los gustos de esta vida,
 Sus riquezas, y mandos son prestados,
 Son sustancia fingida
 Con apariencias solo matizados;
 Y es tan gran verdad esta
 Que á una pregunta me has de dar respuesta.

¡Y qué es de Cihuapan,
 Y Quantzinecomtzin el valiente
 Y Conahuatzin;
 Qué es de toda esa gente?
 Sus voces; ¡Ahora acaso!
 Ya están en la otra vida, este es el caso.

¡Ojalá los que ahora
 Juntos los tiene del amor el hilo,
 Que amistad atesora,
 Viéramos de la muerte el duro filo!
 Porque no hay bien seguro,
 Que siempre trae mudanza á lo futuro.

Tambien habia entre ellos piezas dramáticas que se representaban en un terraplen cuadrado y descubierto, que servia de teatro y estaba formado en las plazas del mercado ó en el atrio inferior de los templos. Estas representaciones tenian lugar en las fiestas solemnes: se adornaba el teatro con arcos formados de ramas verdes

guarnecidos con flores, plumas, pájaros, y algunos otros objetos curiosos; y concluida la representacion se ponía un baile entre todos los actores.

La música que fué el arte en que menos adelantaron los antiguos mexicanos, estaba reducida al *huehuetl* y la *teponaxtli*, dos especies de tambores: el primero era un cilindro de madera cubierto por la parte superior con la piel de un ciervo, la cual se apretaba ó aflojaba para que el sonido fuera mas ó menos fuerte; y el segundo tambien era un cilindro hueco con dos aberturas en el centro, en medio de las cuales se tocaba con dos palos cuyas estremidades estaban cubiertas de goma elástica. No conocian instrumento de cuerda, y de sopro, solo las cornetas ó caracoles marítimos y el ayotl, que era una flautilla de madera, de un sonido agudísimo y que hasta hoy los usan los indígenas. El ruido poco armonioso de estos deformes instrumentos, era lo único con que acompañaban sus cantos religiosos, profanos ó militares.

A pesar de esta imperfeccion de la música, los bailes eran alegres y animados, y los sacerdotes los enseñaban á los niños desde chicos: habia distintas especies de baile segun el objeto con que lo hacian y en ellos tomaban parte, unas veces solo los hombres y otras tambien las mugeres. Los nobles se ponian sus trajes de gala para estas diversiones y se adornaban con plumas, y braceletes de oro: en una mano llevaban el escudo adornado con plumas, y en la otra el *ayacaxtli*, que sacudiéndolo producía un sonido agradable para acompañar á los instrumentos. Habia bailes pequeños que se ejecutaban en los palacios de los reyes y en las casas particulares, en los dias de las bodas ó cualquiera funcion doméstica: otros llamados *tocotin* se usaban en los templos y aun llegó hasta nuestros dias esta costumbre de los naturales, teniendo en los templos cristianos estos bailes religiosos, que aunque sencillos son graves y causan una

grata emoción á los corazones que estiman en su valor los sentimientos por la patria y la religión.

«El baile grande que se hacia en las plazas principales ó en el atrio inferior del templo mayor, era diferente del pequeño en el órden, en la forma, y en el número de los que lo componian. Este era tan considerable que solian bailar juntos muchos centenares de personas. La música ocupaba el centro del atrio ó de la plaza: junto á ella bailaban los señores, formando dos ó tres círculos concéntricos, segun el número que de ellos concurría. A poca distancia de ellos se formaban otros círculos de personas de clase inferior, y despues de un pequeño intervalo, otros mayores compuestos de jóvenes. Todos estos círculos tenian por centro el *huchuetl* y el *teponaxtlí*. Los rayos de la rueda son tantos cuantos son los que bailan en el círculo menor próximo á la música. Todos describian un círculo bailando y ninguno salia de su rayo ó línea. Los que bailaban junto á la música se movian con lentitud y gravedad por ser menor el giro que debian hacer y por esto era aquel el sitio de los señores y de los nobles mas provecos; pero los que formaban el círculo exterior ó mas lejos de la música se movian velosísimamente, para no perder la línea recta ni faltar al compas que hacian y dirigian los señores.»

«El baile se hacia casi siempre con acompañamiento de canto; pero tanto este, quanto los movimientos de los que bailaban se sujetaban al compas de los instrumentos. En el canto dos entonaban un verso y les respondian todos. Comunmente empesaba la música en tono grave y los cantores en voz baja: progresivamente apresuraban el compas y levantaban la voz, y al mismo tiempo era mas vivo el movimiento de los bailarines y mas alegre el argumento de la cancion. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines solian bailar algunos bufones, imitando á otros pueblos en el trage ó con disfraces

de fieras y otros animales, procuraban hacer reir al pueblo con sus bufonadas. Cuando una comparsa ó cuadrilla de bailarines se causaban, la reemplazaba otra y así continuaba el baile seis y ocho horas. Tales eran las formas de la danza ordinaria; pero habia otras muy diferentes en que representaban algun misterio de su religion ó algun suceso de su historia, ó alguna escena alusiva á la guerra, á la caza ó á la agricultura.»

«No solo bailaban los señores, los sacerdotes, y las muchachas de los seminarios, sino tambien el rey en el templo, por ceremonia de su religion ó para recreo en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado por respeto á su carácter.»

«Habia entre otros, un baile muy curioso: plantaban en el suelo un árbol de quince ó veinte piés de alto, de cuya punta suspendian veinte ó mas cordones (segun el número de bailarines) largos y de colores diversos; cada cual tomaba la estremidad colgante de un cordon, y empesaban á bailar al son de los instrumentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol, un tegido con los cordones, observando en la distribucion de sus colores cierto dibujo y cimetría: cuando á fuerza de vueltas se habian acertado tanto los cordones que apenas podian sujetarlos, aun alzando mucho los brazos, deshacian lo hecho con otras figuras y pasos.»

La pintura, fué sin duda una de las artes mas antiguas entre los naturales, pues como con ella suplían la escritura, desde los mas remotos tiempos usaron de ella para representar todos los objetos y por ese medio perpetuar su memoria. Los que llegaron á ver estas obras dicen haber visto algunas pinturas bastante regulares, principalmente entre los retratos de los reyes; pero en lo general eran defectuosas. Preparaban las tintas con sustancias vegetales y minerales y tambien hacian mucho uso de la cochinilla, por cuya causa atendian con

mucho esmero á la cria de estos animales. Hacian el papel con hilo de maguey ó de palma, con las cortezas sutiles de algunos árboles preparados con goma y tambien de algodón y otras varias materias; los pliegos que eran muy grandes los conservaban en rojos; y sobre este papel ó en pieles adobadas, hacian sus pinturas, que eran de diversas clases, pues no habia objeto que no representaran por este medio.

Habia algunas de retratos de los reyes y de todos los hombres ilustres de aquellas naciones: otras figurando pájaros, toda clase de animales, plantas y diversos objetos de la naturaleza; éntre las de esta clase, se hace especial mencion de la coleccion que conservaba el emperador Nezahualcoyotl en su palacio de Tezcoco. Habia otras mitológicas en que constaban los principales misterios de su religion. De este medio se valian tambien para formar las colecciones de sus leyes, espresar sus usos y costumbres y consignar los tributos á que estaban obligados cada pueblo. Otras representaban la esplicacion de su calendario, el curso y posicion de los astros, las faces de la luna y los eclipses del sol. En otras representaban la division y límites de las propiedades, y de estas se hacia uso frecuente en los tribunales para decidir las causas civiles sobre propiedad y posesion de terrenos. Tambien formaban mapas en que constaba la situacion de los pueblos, la direccion de las costas y el curso de los rios: y algunos de estos en que estaban representados los lugares de la costa desde Coatzacoalco, sirvieron á Cortés para su viaje á Honduras. Pero las que eran mas estimables, eran las históricas en que constaban los principales sucesos de cada pueblo desde su mas remota antigüedad. Como este era el medio de conservar sus noticias, se tenia gran cuidado de enseñar á los niños, así el modo de formar estas figuras como el de interpretarlas; y las cosas que no podian espresarse por medio

de la pintura las conservaban en arengas, y para perpetuar por este medio las historias, se enseñaban en las escuelas con diligente escrupulosidad.

Estas pinturas con gran razon eran muy estimables en aquellos pueblos, y se conservaban en los palacios y los templos al cuidado de archiveros que se mantenian á espensas del estado. «Si se hubieran conservado, nada se ignoraria de la historia de México; mas los primeros predicadores del evangelio, sospechando que hubiese en ellas, figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Tezcoco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado tan crecido número que parecia un monte y le pegaron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad fué amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron cuando hecharon de ver el desacierto que habian cometido.» Así deplora esta gran desgracia para la historia nacional, el padre Clavijero. Muchas pinturas se escaparon de esta catástrofe; pero los que las tenian cuidaban tanto de ocultarlas á la vista de los desapiadados españoles, que no pocas perecieron ocultas sin que hubieran sido conocidas.

En la escultura lograron mayores ventajas que en la pintura, y se practicó desde el reinado de los toltecas: pues consta que entonces construyeron la estatua de piedra que representaba al dios Tlaloc, y las dos del sol y la luna que coronaban los antiguos y famosos templos de Teotihuacan.

Hacian estatuas de piedra, de madera y barro: para la construccion de las primeras, no empleaban mas instrumento que uno de piedra dura, lo cual es la mayor prueba del carácter esforzado y perseverante de aquellos pueblos; y para las de madera hacian uso de instru-

mentos de cobre. También esculpian algunas figuras en la piedra, y de este trabajo se citan por el padre Acosta los retratos de Moctezhuma II y uno de sus hijos, en una peña del monte de Chapoltepec.

Todos estos objetos siguieron la misma suerte que las pinturas; y los fragmentos de las muchas estatuas que habia en México, sirvieron para llenar los cimientos del primer templo católico que se construyó en la capital.

Los plateros eran de los artífices mas estimados en México, tanto por el mayor valor de las obras como por ser de las mas bien construidas, pues fué una de las artes que llegó á mejor grado de perfeccion: algunas veces labraban la plata y oro á martillo, pero como los útiles de que para esto se valian eran solo piedras, la obra salia con la imperfeccion correspondiente á la tosquedad de los instrumentos. Lo que llamó verdaderamente la atencion de los europeos, fué la obra hecha por fundicion, y segun los escritores contemporáneos á la conquista, los mejores artífices europeos confesaron ser inimitable. A la vez se fundían peces con escamas alternadas de oro y plata: un papagallo con la cabeza, la lengua y las alas movibles; y un mono moviendo la cabeza y que tenia en las manos el huso en actitud de hilar. Engarsaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacian joyas que á su gran valor, reunian la curiosidad y la rareza, pero de tantas preciosidades, solo queda una memoria amarga y cruel, por el modo con que desaparecieron. La codicia de los conquistadores no solo devoró estos monumentos de las artes en la antigua nacion mexicana, sino que sacrificó á su ambicioso capricho, á los hábiles artistas, tratando como béstias de carga á los autores de algunas obras, que las artes de los países civilizados no podrian producir en muchos siglos. ¡Nunca el vil interes ha llevado otro camino que el del inundo fango! Aun eran de un mérito mas sobresaliente los trabajos

de mosaico que hacian con conchas, con las hojas de las flores, y sobre todo con las mas esquisitas plumas de los pájaros de cuya eria cuidaban mucho, teniendo los mas estimados en los palacios reales y en las casas de los nobles y muchas de los particulares: en la estacion conveniente recogian las plumas que de los pueblos mas distantes traian á vender á los mercados; y en esta variada multitud se proveían de todos los colores de que podian necesitar para estas obras. Primero se hacia el dibujo de la figura que se debia hacer, y se tomaban las medidas y proporciones de todas las partes, y se empeñaba la labor de cada una de ellas colocando las plumas pegadas con alguna sustancia glutinosa: en este trabajo eran muy escrupulosos, para guardar la conveniente simetría en los colores y muchas veces pasaban hasta un dia para colocar una sola pluma. Terminadas así estas partes que se distribuian entre muchas artistas, se juntaban y acomodaban todas en una lámina de tabla ó cobre; y si se advertia alguna imperfeccion se desbarataba aquella parte hasta dejarla perfecta. Despues se pulia suavemente la figura hasta que la superficie quedara tan tersa que pareciera haberse hecho á pincel. Estas obras maestras del ingenio mexicano llamaron tanto la atencion á los españoles, que no quedó una sola en el suelo que las produjo; y fueron á enriquecer los gabinetes y recrear la vista de los que negaban la razon á los autores de aquellas producciones que nunca podrian superar los pintores de Europa. Al Señor Sixto V se presentó uno de estos cuadros que era un San Francisco hecho despues de la conquista, y se maravilló de que solo el tacto pudiera desengañarlo, de no ser aquello obra de un hábil pincel. Y Clavijero, cita estas palabras de un docto italiano, que habla de estas producciones. «Entre otras me ha causado gran admiracion un San Gerónimo con su crucifijo y un leon, que me enseñó la Sra. Diana Lofreda,

tan notable por su hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor en los antiguos ni en los mejores pintores modernos.» Después de la conquista, con la destrucción y envilecimiento de la raza conquistada, fué decayendo este ramo: á fines del siglo pasado, solo se practicaba en Pátzcuaro, capital del antiguo reino de Michoacan, aunque sin la perfección que se le daba en los antiguos tiempos. Actualmente no sé si aun queden algunos restos de este ramo tan importante; pero es probable que por ser una producción esencial y exclusivamente nacional, habrá cedido al poderoso y funesto influjo extranjero, que con tan furioso encono se ha ensañado contra nuestra infortunada nación, porque habiendo sido débiles nuestros gobiernos, han subalternado los grandes y sagrados intereses de la patria á las mezquinas ambiciones de una nacionalidad extraña.

CAPITULO VII.

Arquitectura y demas artes de los mexicanos: vestido, alimento y diversiones

La arquitectura fué conocida y practicada en estos países, desde tiempos muy remotos, segun consta de la historia de los toltecas: al principio fué muy imperfecta; pero con el trascurso de los años se fué adelantando, como todas sus demas artes. Las casas de los pobres eran de adobe, ó de piedra y lodo como son actualmente; y las de los señores principales aunque muy inferiores á los edificios europeos, eran regulares y bastante cómodos, particularmente cuando descubrieron la cantera de *Tetzontli*. La construcción de las paredes, era de piedra y

cal: se distribuian en salas y otras piezas para los demas usos domésticos, formando algunas veces dos pisos: los techos eran de madera labrada de ciprés ó de cedro; tenían varios patios, jardines y estanques: se usaban las cornizas y otros adornos, que como lazos labraban en torno de las puertas y ventanas, y en algunos una gran serpiente, que después de girar su cuerpo rodeando todas las ventanas del edificio, venia á concluir en actitud de morderse la cola; y no usaban puertas de madera, porque creian que el respeto á la ley, garantizaba la seguridad de los hogares, poniendo solo unas cortinas de lienzo ó de estera, para evitar la vista de los que pasaban. Los palacios de los reyes y de los grandes señores se adornaban con columnas cilíndricas ó cuadradas, de mármol ó de alabastro, y que muchas veces hacian de una sola pieza: el pavimento era de una especie de mezcla muy blanca, la cual servia tambien para cubrir las paredes, quedando tan relucientes por su bruñido, que les daba una vista como si fueran de plata; y la primera vez que un espectáculo semejante se presentó á los ojos de los conquistadores, sintieron latir su corazón agitado por el interés de tanta riqueza.

Entre las obras públicas, son dignas de llamar la atención, las que empleaban para dar solidez al fango sobre que levantaban sus edificios: los acueductos para proveer de agua potable las ciudades, siendo de ellos los mas célebres, el que conducia el agua á los jardines reales del palacio de Tecutzinco, sitio de recreo para los reyes de Tezcoco; y los dos de Chapoltepec á México, de los cuales el primero fué dirigido por el célebre Netzahualcoyotl, durante su permanencia en Tenoxtitlan, cuando se hacia la guerra contra la nación tecpaneca. A mas, los grandes diques para preservar á la capital de las inundaciones, y otros muchos edificios, como el palacio de Mictlan en la Mixteca que tenia una gran sala,

tan notable por su hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor en los antiguos ni en los mejores pintores modernos.» Después de la conquista, con la destrucción y envilecimiento de la raza conquistada, fué decayendo este ramo: á fines del siglo pasado, solo se practicaba en Pátzcuaro, capital del antiguo reino de Michoacan, aunque sin la perfección que se le daba en los antiguos tiempos. Actualmente no sé si aun queden algunos restos de este ramo tan importante; pero es probable que por ser una producción esencial y exclusivamente nacional, habrá cedido al poderoso y funesto influjo extranjero, que con tan furioso encono se ha ensañado contra nuestra infortunada nación, porque habiendo sido débiles nuestros gobiernos, han subalternado los grandes y sagrados intereses de la patria á las mezquinas ambiciones de una nacionalidad extraña.

CAPITULO VII.

Arquitectura y demas artes de los mexicanos: vestido, alimento y diversiones

La arquitectura fué conocida y practicada en estos países, desde tiempos muy remotos, segun consta de la historia de los toltecas: al principio fué muy imperfecta; pero con el trascurso de los años se fué adelantando, como todas sus demas artes. Las casas de los pobres eran de adobe, ó de piedra y lodo como son actualmente; y las de los señores principales aunque muy inferiores á los edificios europeos, eran regulares y bastante cómodos, particularmente cuando descubrieron la cantera de *Tetzontli*. La construcción de las paredes, era de piedra y

cal: se distribuian en salas y otras piezas para los demas usos domésticos, formando algunas veces dos pisos: los techos eran de madera labrada de ciprés ó de cedro; tenían varios patios, jardines y estanques: se usaban las cornizas y otros adornos, que como lazos labraban en torno de las puertas y ventanas, y en algunos una gran serpiente, que después de girar su cuerpo rodeando todas las ventanas del edificio, venia á concluir en actitud de morderse la cola; y no usaban puertas de madera, porque creían que el respeto á la ley, garantizaba la seguridad de los hogares, poniendo solo unas cortinas de lienzo ó de estera, para evitar la vista de los que pasaban. Los palacios de los reyes y de los grandes señores se adornaban con columnas cilíndricas ó cuadradas, de mármol ó de alabastro, y que muchas veces hacian de una sola pieza: el pavimento era de una especie de mezcla muy blanca, la cual servia tambien para cubrir las paredes, quedando tan relucientes por su bruñido, que les daba una vista como si fueran de plata; y la primera vez que un espectáculo semejante se presentó á los ojos de los conquistadores, sintieron latir su corazón agitado por el interés de tanta riqueza.

Entre las obras públicas, son dignas de llamar la atención, las que empleaban para dar solidez al fango sobre que levantaban sus edificios: los acueductos para proveer de agua potable las ciudades, siendo de ellos los mas célebres, el que conducia el agua á los jardines reales del palacio de Tecutzinco, sitio de recreo para los reyes de Tezcoco; y los dos de Chapoltepec á México, de los cuales el primero fué dirigido por el célebre Netzahualcoyotl, durante su permanencia en Tenoxtitlan, cuando se hacia la guerra contra la nación tecpaneca. A mas, los grandes diques para preservar á la capital de las inundaciones, y otros muchos edificios, como el palacio de Mictlan en la Mixteca que tenia una gran sala,

sostenido su techo por columnas de piedra como de veinte varas de altura; y los de Quauhuahuac de que hablé en el tomo primero. En todos estos edificios, á mas del mérito de la arquitectura, hay que admirar la habilidad para cortar y labrar las piedras sin los instrumentos necesarios, y el esfuerzo para colocar en grandes alturas aun aquellas de tamaño desmesurado.

Labraban tambien la piedra itztli, de la cual hacian espejos, los dientes de su terrible *Maquahuítl* ó espada, los cuchillos para los sacrificios y demas usos domésticos, y las navajas de los barberos. Pulian con esmero las piedras preciosas, como las esmeraldas, turquesas, cornerinas, chalchihuitl y otras, dándoles admirables figuras. Clavijero hablando de la inmensidad de estas alhajas que fueron llevadas á la corte de España dice. «Una de las esmeraldas de Cortés tenia la forma de una rosa: otra la de una corneta: otra la de un pez con los ojos de oro: otra era una campanilla con una perla fina en lugar de badajo y en la orla esta inscripcion con letras de oro: *Bendito quien te crió*. La mas preciosa y por la cual ofrecian los genoveses los cuarenta mil ducados, era una copa con el pié de oro, y cuatro cadenillas del mismo metal que se unian en una perla á guisa de boton: la orla era un anillo de oro con esta inscripcion *Internatos mulierum non surrexit major*. Estas cinco piedras trabajadas por los mexicanos de órden de Cortés fueron señaladas por él, á su segunda muger la noble Sra. D^{ca} Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga: joyas superiores á cuantas tenian las señoras españolas.»

Los alfareros y carpinteros labraban el barro y la madera haciendo toda clase de objetos necesarios para los usos domésticos y otros de pura curiosidad.

Los tejedores hacian telas de algodón, de pelo de conejo, liebres y otros animales, de hilo de palma y de una especie de maguey llamado *quetzalichtli*, y otras de plu-

ma con que suplian la seda. Unas telas eran burdas y gruesas que servian para el vestido del pueblo, y otras habia muy finas para los nobles. Las mugeres pobres solo usaban una camisa llamada *huipili* y una manta cuadrada que sel lamaba *cueíll* con la cual se ceñian desde la cintura hasta media pierna: los hombres usaban el *maxtlat* ó faja larga puesta en la cintura y con las estremidades pendientes delante y detras, y el *tilmatli* especie de capa puesta sobre la espalda cuyas estremidades se ataban al pecho. Los ricos se vestian con telas finas y usaban dos ó tres capas, teniendo sus ropas varias figuras de pájaros ó de otra clase, ó algunas entre telas de pluma, y se adornaban con vistosos flecos de algodón, ó figuras de oro que guarnecian principalmente el *maxtlat*; y llevaban en las orejas y el labio inferior, pendientes de esmeraldas, perlas y otras piedras engastadas en oro, poniéndose tambien collares, pulseras y otros adornos en las piernas. Las mugeres de los ricos, hacian de estas mismas telas sus vestidos, pero llevaban dos ó tres *huipilis*, otras tantas enaguas, siendo mas largas las de abajo, para que pudieran verse todas, que iban muy adornadas por la parte inferior: en el invierno llevaban sobre el *huipili* un ropon hasta medio muslo, con las mangas anchas y adornado de plumas, flores y otras alhajas segun la comodidad de sus familias. El calzado era una sandalia con la planta de alguna piel y sujeta al pié con cordones de algodón ó hilo de maguey. Las mugeres usaban el pelo suelto, y los hombres lo llevaban regularmente trenzado. Tambien ocupaba su atencion el estudio de la naturaleza, para conocer las distintas enfermedades á que el cuerpo humano estaba sujeto, así como las virtudes de los objetos de los tres reinos de la naturaleza, animal, vegetal y mineral, para aplicarlos convenientemente á sus necesidades. Estos maravillosos conocimientos se enseñaban de padres á hi-

jos y su general aprendizaje eran las obras de medicina indígena. También aplicaban con mucha destreza las sangrías y los baños no solo de agua, sino los que llamaban de *temaczali*, que era una especie de horno donde el enfermo recibía un sudor tan copioso, que hacía salir los humores más gruesos y tenaces. Conocían el uso de la cirugía y curaban toda clase de heridas, llagas, tumores, luxaciones y fracturas. La herida grave que el conquistador Hernán Cortés, recibió en la cabeza en la batalla de Otumba, le fué hábilmente curada por los médicos de México.

Los mexicanos usaban alimentos muy frugales y eran sóbrios en la comida, aunque tenían gran provisión de comestibles para sus banquetes. El pan de que hacían uso era de maíz: uno amasado con huevos que llamaban *tamali*, y otro que es la tortilla que actualmente se usa entre nosotros: Su método para cocer el maíz en agua de cal, el de molerlo en el *metatli* y de cocerlo en el *comali*, es el mismo empleado hasta hoy. Algunas veces á las tortillas se mezclaba la flor *Cualzonlijochitl* ó alguna otra planta medicinal para hacer más gustoso el alimento y exitar el calor en el estómago. Los nobles y los ricos hacían otro pan con la harina del maíz rojo. También usaban la bebida llamada *atoli*, que hasta hoy se usa entre nosotros, con bastante generalidad en el pueblo y como el más propio alimento para los enfermos. Era muy común entre los ricos, la bebida preparada con el cacao molido con igual cantidad de una semilla llamada *pochotl*, aromatizada con *Hilzochitl* ó *baenilla* y endulzado con miel: esto puesto al fuego en una vasija con la correspondiente cantidad de agua, la agitaban con un instrumento que en español se llama molinillo. Esta bebida llamada *chocolatl* no solo está generalizada entre nosotros, sino en las naciones de ambos continentes.

Los demás alimentos, eran toda clase de peces, insectos,

aves acuáticas, conejos, liebres, venados, techiches, y multitud de animales recogidos en la caza, los pavos y codornices, el frijol, una variada multitud de legumbres y raíces; todo lo cual condimentaban con sal, chile de diversas clases y tomate. Tenían gran provisión de frutas como el mamey, piña, chirimoya, varias clases de zapotl ó zapote, aguacatl, pitalla, capulín, ó tunas de innumerables clases y algunas otras. Tenían en abundancia la miel, así de colmena como de maguey y tuna; y de las mismas plantas y algunas otras sacaban el azúcar. Fabricaban el vino del jugo de la caña, de la tuna, de la pitalla, de la palma y principalmente del maguey. Al de esta última planta llamaban *octli* y los españoles pulque.

Lo que absolutamente no correspondía ni al esplendor de sus adornos y joyas de oro y piedras finas, ni á la magnificencia de sus palacios eran los muebles y servicio de la casa: sus asientos eran unos banquillos de madera y otros de junco ú otatl, que entre ellos tenían el nombre de *icpali* y en español equipales: la gente pobre no usaba otra cama que una estera, y por cubierta la capa ó *tlimatli*: los ricos también se servían de las esteras para acostarse, y tal vez de pieles de algunos animales; pero usaban sábanas ó colchas de algodón, y se cubrían con telas de la misma clase, de plumas y de palma. Las mesas comunes para comer eran las esteras, y los reyes y nobles usaban unos almohadones: tenían servilletas y manteles de algodón; y sus platos eran de barro de diferentes clases y también de oro. Los vasos, eran cascós de una especie de calabaza que se producía por un árbol de tierra caliente: partido este fruto por la mitad, resultaban dos vasijas iguales, unas redondas que se llamaban *gicali*, hoy jícaras, y otros cilíndricos llamados *tecomatl*. Estos vasos se componían dándoles un barniz permanente.

El único alumbrado de que se servían, era de teas de ocotl el cual como es bien sabido, da muy buena luz, pero con el inconveniente de producir humo que ennegrece las habitaciones; sin embargo poco uso tenían que hacer de este alumbrado, porque así como cada uno trabajaba todo el día en las tareas que le correspondía, también se daban al reposo todas las horas de la noche.

Para lavar las ropas, en lugar de jabón usaban el fruto del árbol *copajocotl*: quitada la corteza de esta fruta y echada en agua sepulpa, hace espuma y quita las manchas como el jabón; y también usaban el *amolli*, que es una raíz usada todavía en muchas partes.

De la planta del tabaco que era de dos especies, llamadas *picietl* y *cuauxetl*, también hacían uso, unas veces aspirando el humo y otros tomando el polvo por la nariz. Para el primer uso, tenían unos tubos de carrizo bien barnizados, en donde ponían el tabaco mezclado algunas veces con otras plantas olorosas y principalmente con resina de liquidambar; de cuya costumbre ya he dado noticia al hablar de la persecución de Nezahualcoyotl y del reinado de Moctezuma II.

A más de los bailes y cantos con que los mexicanos celebraban sus fiestas religiosas y profanas usaban de otros muchos juegos, como el de la carrera y algunos militares, en los que se ejercitaban desde niños para el mejor desempeño de algunas ocupaciones cuando fueran grandes, como la de correos y la peligrosísima de la guerra.

Había otros que solo se empleaban por diversión entre ellos como el juego tan celebrado de los voladores, que lo tenían en muchas ocasiones y principalmente en las fiestas seculares y la coronación de los reyes: Su descripción nos la trae Clavigero en estos términos. «Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y después de haberle quitado las ramas, y la corteza lo

llevaban á la ciudad y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la estremidad superior metían un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron mortero, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado también de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas alrededor del árbol, cuantas debían dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas, ó de otra clase de pájaros subían con extraordinaria agilidad al árbol por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subían de uno á uno sobre el cilindro y después de haber bailado un poco, divirtiéndose á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la estremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas extendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor, y al cilindro; el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores, así que mientras más se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una bandera sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez ó doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solían para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar más próximas, podían hacerlo con seguridad. Lo esencial de este juego consistía en pro-

porcionar de tal modo la elevacion del árbol y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de 52 años, compuesto segun he dicho, de cuatro períodos de trece años cada uno.»

Tambien les eran muy comunes otra clase de juegos: como el de ponerse un hombre de espaldas en la tierra y alzando los piés, bailar en ellos una viga arrojándola á cierta altura para volverla á recibir y sostener en los piés: despues la hacia girar con gran velocidad, aun estando un hombre montado en cada una de sus estremidades. Ejecutaban tambien otro juego que en nuestros dias lo desempeñan algunos acróbatas, aunque tal vez con menos destreza: puesto un hombre de pié, se paraba otro sobre sus hombros y un tercero en la cabeza del segundo: el primero bailaba al son de la música, el segundo lo acompañaba con algunos movimientos y el último bailaba tambien sobre la cabeza del segundo. Semejante á este ejercicio desempeñaban otros muchos que hacia variada su diversion, y era una de tantas pruebas de su fuerza y de su estremada agilidad.

Pero el mas célebre de todos sus juegos era el del balon ó la pelota que muchos decian habérselos enseñado su dios *Huitzilopochtli*, y que Veytia afirma haber sido su caudillo *Huitziton* que los condujo de su patria de Aztlan y que segun las fábulas de sus tlamacazquis, fué trasformado en su principal divinidad. Para este juego usaban una bola de la goma de un árbol que despues, por la figura de la pelota, tomó el nombre de *Olli ó Ulli* de sus verbos *Ollinea ó Ollala* que significa moverse al rededor ó redondear. En este juego eran muy diestros y lo jugaban unas veces con la mano, otros con la rodilla, la muñeca ó el codo: las apuestas entre los pobres eran porciones de maiz, ropas de poco valor y muchas veces

la libertad; pero entre los ricos se apostaban trajes de algodón y plumas ó alhajas de oro y piedras preciosas.

Se cuenta del rey Axayacatl que despues de la guerras contra Tlaltelolco quiso vengarse del auxilio que muchos señores habian ofrecido á Moquihuix, aunque los mas nollegaron á hacerlo efectivo. *Xihuiltemoc* señor de Xochimilco y que habia sido de los aliados del infortunado rey Tlaltelolque, despues del triunfo se vió precisado á ir á Tenoxtitlan para fingir su felicitacion al rey el cual buscando ocasion para hacer sentir su enojo á *Xihuiltemoc*, lo desafió á jugar una partida de pelota, poniendo de apuesta las rentas del lago contra las de la ciudad de xochimilco: el señor de este estado se resistia, conociendo el lazo que le ponía el astuto rey; pero teniendo al fin que ceder, se jugó la partida y la perdió Axayacatl: *Xihuiltemoc* renunció la ganancia, creyendo con eso escapar la vida; pero el reyno lo consintió y dió orden á los recaudadores para que se las entregaran. Estos viles empleados sabiendo cual habia sido la intencion del rey, hicieron dar muerte á *Xihuiltemoc* cuando regresaba á Xochimilco.

Tambien refieren los historiadores que Moctezhuma II y Nezahualpilli jugaron tambien una partida célebre por su apuesta, de la cual me ocuparé en el capítulo siguiente, lo mismo que de otros acontecimientos semejantes.

CAPITULO VIII.

Presagios de la guerra con los españoles.

Con este epigrafe escribe Clavigero un párrafo, donde da cuenta de algunos hechos que llama «Presagios

porcionar de tal modo la elevacion del árbol y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de 52 años, compuesto segun he dicho, de cuatro períodos de trece años cada uno.»

Tambien les eran muy comunes otra clase de juegos: como el de ponerse un hombre de espaldas en la tierra y alzando los piés, bailar en ellos una viga arrojándola á cierta altura para volverla á recibir y sostener en los piés: despues la hacia girar con gran velocidad, aun estando un hombre montado en cada una de sus estremidades. Ejecutaban tambien otro juego que en nuestros dias lo desempeñan algunos acróbatas, aunque tal vez con menos destreza: puesto un hombre de pié, se paraba otro sobre sus hombros y un tercero en la cabeza del segundo: el primero bailaba al son de la música, el segundo lo acompañaba con algunos movimientos y el último bailaba tambien sobre la cabeza del segundo. Semejante á este ejercicio desempeñaban otros muchos que hacia variada su diversion, y era una de tantas pruebas de su fuerza y de su estremada agilidad.

Pero el mas célebre de todos sus juegos era el del balon ó la pelota que muchos decian habérselos enseñado su dios *Huitzilopochtli*, y que Veytia afirma haber sido su caudillo *Huitziton* que los condujo de su patria de Aztlan y que segun las fábulas de sus tlamacazquis, fué trasformado en su principal divinidad. Para este juego usaban una bola de la goma de un árbol que despues, por la figura de la pelota, tomó el nombre de *Olli ó Ulli* de sus verbos *Ollinea ó Ollala* que significa moverse al rededor ó redondear. En este juego eran muy diestros y lo jugaban unas veces con la mano, otros con la rodilla, la muñeca ó el codo: las apuestas entre los pobres eran porciones de maiz, ropas de poco valor y muchas veces

la libertad; pero entre los ricos se apostaban trajes de algodón y plumas ó alhajas de oro y piedras preciosas.

Se cuenta del rey Axayacatl que despues de la guerras contra Tlaltelolco quiso vengarse del auxilio que muchos señores habian ofrecido á Moquihuix, aunque los mas nollegaron á hacerlo efectivo. *Xihuiltemoc* señor de Xochimilco y que habia sido de los aliados del infortunado rey Tlaltelolque, despues del triunfo se vió precisado á ir á Tenoxtitlan para fingir su felicitacion al rey el cual buscando ocasion para hacer sentir su enojo á *Xihuiltemoc*, lo desafió á jugar una partida de pelota, poniendo de apuesta las rentas del lago contra las de la ciudad de xochimilco: el señor de este estado se resistia, conociendo el lazo que le ponía el astuto rey; pero teniendo al fin que ceder, se jugó la partida y la perdió Axayacatl: *Xihuiltemoc* renunció la ganancia, creyendo con eso escapar la vida; pero el reyno lo consintió y dió orden á los recaudadores para que se las entregaran. Estos viles empleados sabiendo cual habia sido la intencion del rey, hicieron dar muerte á *Xihuiltemoc* cuando regresaba á Xochimilco.

Tambien refieren los historiadores que Moctezhuma II y Nezahualpilli jugaron tambien una partida célebre por su apuesta, de la cual me ocuparé en el capítulo siguiente, lo mismo que de otros acontecimientos semejantes.

CAPITULO VIII.

Presagios de la guerra con los españoles.

Con este epigrafe escribe Clavigero un párrafo, donde da cuenta de algunos hechos que llama «Presagios

de la guerra que debia arruinar aquellas monarquías.» Seria faltar á la verdad ó imparcialidad históricas, si se hiciera punto omiso la relacion y acontecimientos que merecieron tanta consideracion de los mas respetables historiadores. El Sr. Ortega editor de Veytia en el apéndice con que completa la obra, refiere uno de estos hechos, probando haber sido inventado por los españoles para consolidar su dominacion; y dice que lo refiere por su singularidad, para que se vea como se manejaban los resortes de la religion para conservar á los mexicanos en la dependencia de sus conquistadores. Así pues, para no defraudar á la narracion, referiremos todos estos acontecimientos indicando de cada uno el juicio que parezca mas fundado.

Estas siniestras señales las hacen empezar desde los últimos tiempos del reinado de Ahuizotl, cuando se abrieron los manantiales de Huitzilopochco, porque entonces las aguas de los lagos formaron olas espumosas como las de los mares, derramándose por varias partes, causando graves perjuicios á los lugares inmediatos y dejando seco su antiguo lecho; y todo esto sin ser impedidas por vientos ni terremotos. Despues hubo un fuerte y terrible huracan, que derribando árboles y peñascos, causó la ruina de un ejército mexicano que iba á sujetar á los rebeldes en la remota provincia de Amatlan. Tambien se refiere un incendio repentino en las dos torres del templo mayor de México, que se consumieron en medio de los inútiles esfuerzos del pueblo para contener el fuego: y otro, ocasionado por un rayo en el templo de Zomoli, que tambien fué devorado por las llamas. Yo no dudo, que estos terribles acontecimientos que sucesivamente fueron teniendo lugar, causaran gran consternacion en el ánimo de aquellos pueblos radicalmente supersticiosos; pero nada encuentro de notable, ni en la realizacion de hechos que tienen su sencilla explicacion

en el órden comun y natural, ni tampoco, en que un pueblo supersticioso los tuviera como presagios de otras mayores calamidades; pero si, no hallo razon para fundar en ellos, la opinion de que los indígenas esperaran por su causa la destruccion de sus monarquías y la ruina comun de todos los pueblos.

Mas alarmante fué la aparicion de un cometa ó auro-
ra boreal, que por espacio de un año estuvo causando el terror de aquellos pueblos. El abate Brasseur citado por el Sr. Roa Bárcena, dice. "Por este tiempo se señala la aparicion de aquella inmensa luz piramidal de que hablan todas las historias. Su brillo y estension consternaron á todo el Anahuac; se dejaba ver á media noche, elevándose con rapidez sobre el horizonte del lado del oriente hasta el centro del cielo y lanzando llamas por todas partes y chispas semejantes á las de los fuegos de artificio. Poco antes del alva desaparecia el fenómeno y se repitió casi por espacio de un año, mostrándose noche con noche á la vista de los atemorizados pueblos. Al reaparecer, toda la gente lanzaba gritos y lamentos, hiriéndose la boca como cuando sentian horror ó querian infundir miedo á sus enemigos. Habia la persuacion de que tal prodigio, no podia menos que pronosticar funestidades al imperio. Entre los autores que de esto hablan, algunos han creido reconocer en aquel fenómeno la aparicion de una aurora boreal: otros mas instruidos en las cosas de México, pretenden que no era visible sino en las costas marítimas, y que las noticias exageradas que llegaban á la capital, fué lo que causó el hondo espanto de sus pobladores; no habiendo habido en sustancia, ni luz, ni aurora boreal, sino la lejana aparicion de algun buque español que navegaba hácia las costas de Veragua, y cuyos disparos de artillería, ó sea las luces vistas de noche, pudieron haber inspirado estos relatos

á imaginaciones supersticiosas, tan predisuestas á preocuparse en aquella época.»

Parece inverosímil la opinion de este autor, porque si el fenómeno como él mismo dice, se repetia noche con noche, desde una hora fija hasta otro poco antes del alba, no es creible que se produjera por la luz de algun buque, que no pudo permanecer estacionado un año repitiendo constantemente un mismo fenómeno, el cual por otra parte era muy superior á la luz que á larga distancia pudieran producir los fuegos de un buque.

Clavigero supone la aparicion de un cometa y refiere el hecho en estos términos. «Esta y otras calamidades, unidas á la aparicion de un cometa, pusieron en gran consternacion á aquellos pueblos. Mocteuhezuma que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astrólogos; y no habiendo podido éstos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á la astrología y á la adivinacion. Estos reyes, aunque parientes y perpetuamente aliados, no vivian en muy buena armonía desde que el de Acolhuacan habia mandado dar muerte á su hijo Huexotzincatl, sin dar oidos á los ruegos de Mocteuhezuma, que como tío de este príncipe habia implorado su perdon. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que antes, pero en aquella época, el vano terror que se apoderó del ánimo de Mocteuhezuma, lo exitó á valerse del saber de Nezahualpili: así es que le rogó, que pasase á México para tratar de aquel asunto, que á uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan, y despues de haber trascurrido largo tiempo con Mocteuhezuma, fué de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas. Pero no agradando tampon-

co esta interpretacion á Mocteuhezuma, Nezahualpili lo desafió á jugar al balon, que era juego muy comun en aquellas gentes aun entre los mismos monarcas; y convinieron en que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaria á su interpretacion y la creeria falsa; pero si ganaba este, aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verdaderamente ridícula de aquellos hombres, como si el éxito de una prediccion dependiese de la destreza del jugador ó de la suerte del juego; pero menos pernicioso que la de los antiguos europeos, que hacian depender de la barbarie del duelo y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpili vencedor en el juego, y Mocteuhezuma desconsolado por la pérdida y por la confirmacion de tan triste baticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas esperando hallar una esplicacion mas favorable que contrapesase la del rey de Acolhuacan. Hizo pues consultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinacion, con las que habia adquirido tanto influjo y celebridad, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo á los potentados y á los reyes. Este hombre sabiendo lo que habia ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar á su soberano una respuesta favorable ó equívoca á lo menos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacan; con lo cual se indignó de tal manera Mocteuhezuma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.»

La aparicion de un cometa es un efecto natural, y no hay dificultad en creer, que alguno de estos astros errantes se dejaría ver en los últimos tiempos de la monarquía azteca: menos dificultad encuentro en que su vista causara algunos temores á un pueblo supersticioso: ni siquiera la hallo, en que Nezahualpili y Moc-

teuhzuma jugaran la partida que se refiere; aunque sí no creo, apesar de la ridícula credulidad que se supone en estos hombres, que fiaran al azar del juego, el conocimiento de la verdad de sus opiniones. Lo que parece muy probable es, que como por este tiempo ya no era desconocida en las cortes de Tezcoco y México la llegada de los españoles á varios puntos de la costa del seno mexicano; y recordando la profesía hecha por Quetzalcohuatl, la cual consta haberse conservado en todos los pueblos, facilmente conoció el sábio Nezahualpili estar muy cerca el término de su trono y el de su aliado de Tenoxtitlán, sobre cuya creencia y la vista del cometa ó aurora boreal, se inventó la leyenda que acabamos de referir: y me confirmo en esta opinion, que cuando Moctehuzuma le hacia ver al rey de Tezcoco, que la inaccion en que tenia las fuerzas de su reino, era adversa á las glorias del imperio y motivo de enojo para los dioses, en cuyos altares hacian falta las víctimas, Nezahualpili contestó: "que bien sabia que no por falta de valor habia hecho deponer las armas á sus soldados; pero que estando ya tan próximo el año *ce acatl* una caña, que correspondia al de 1519, *designado por las antiguas profesias* como el en que rodarian á la par sus coronas, deseaba pasar en quietud y descanso los pocos dias que le quedaban de ejercer el mando."

Son muchas las anécdotas que de esta clase se cuentan; pero la mas notable y sobre la cual el editor de Veytia forma el juicio que indicamos al principio, la refiere así Clavijero tomándola de Torquemada.

"Papantrín, princesa mexicana y hermana de Moctehuzuma se habia casado con el gobernador de Tlatelolco, y muerto éste permaneció en su palacio hasta el año de 1509, en que murió tambien de enfermedad. Celebraron sus exequias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento con asistencia del rey, su her-

mano, y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea que estaba en los jardines del mismo palacio, y próxima á un estanque en que aquella señora solía bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El dia siguiente, una muchacha de cinco ó seis años, que vivía en palacio tuvo el capricho de ir desde la habitacion de su madre, á la del mayordomo de la difunta, que estaba mas allá del jardin, y al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de este, y oyó que la llamaba con la palabra cocoton, de la que se sirven en aquel país para llamar y acariciar á los niños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que esta iba á bañarse, como lo tenia de costumbre, se acercó sin recelo y la princesa le dijo: que fuese á llamar á la muger del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta muger, sonriendo y haciéndole cariños, le dijo "hija mia, Papantrín ha muerto y ayer la hemos enterrado." Mas como la muchacha insistia y aun la tiraba del trage, que allí llaman *huepilli*, ella, mas por complacerla, que por creer lo que le decia, la siguió al sitio á que la condujo; y apenas llegó á presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó á su madre, y esta con otras dos mugeres, acudieron á socorrer á la del mayordomo, mas al ver á la princesa quedaron tan desparvoridas, que tambien se hubieran desmayado, si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le encargó que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano: mas él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia, y sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad. "Id pues á Tezcoco, le dijo la princesa, y rogad en mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme." Obe-

deció el mayordomo, y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina habia entrado en uno de los aposentos de palacio. Saludóla el rey lleno de temor; y ella le rogó que pasase á México, y dijese al rey su hermano, que estaba viva y que necesitaba verlo, para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comision, y Moctehuzuma apenas podia creer lo que estaba oyendo. Sin embargo por no faltar al respeto debido á su aliado, fué con él y con muchos nobles mexicanos á Tlaltelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. "Soy, respondió, vuestra hermana Papan, la misma que habeis enterrado ayer, estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto porque os importa." Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demas en pié, maravillados de lo que veian."

"Entonces la princesa volvió á tomar la palabra y dijo: «despues que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, despues que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, á la cual por ninguna parte se descubria término. En medio observé un camino, que se dividia en varios senderos, y por un lado corría un gran rio, cuyas aguas hacian un ruido espantoso. Queriendo echarme á él para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven de gallarda presencia, vestido con un ropage largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol. Tenia dos alas de hermosas plumas, y llevaba esta señal en la frente (al decir esto, la princesa hizo con los dedos la señal de la cruz) y tomándome por la mano me dijo. «Detente, aun no es tiempo de pasar este rio. Dios te ama aunque tu no lo conoces.» De allí me condujo por las orillas del rio, en las que ví muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros, que me movieron á compasion. Volviendo despues los ojos al

rio, ví en él unos barcos grandes y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos paises en traje y color. Eran blancos y barbudos y tenian estandartes en las manos y yelmos en la cabeza. «Dios, me dijo entonces el jóven, quiere que vivas; á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos paises. Los clamores que has oido en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven y vivirán siempre atormentados en castigo de sus culpas. Estos hombres que ves venir en barcos, son los que con las armas se harán dueños de estos paises y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero Dios, Creador del cielo y de la tierra. Cuando se halla acabado la guerra, y promulgado el baño que lava los pecados, tu serás la primera que lo reciba, y guie con su ejemplo á todos los habitantes de estos paises.» Dicho esto desapareció el jóven, y yo, me encontré restituida á la vida: me alzé del sitio en que yacia, levanté la lápida del sepulcro y salí del jardín, donde me encontraron mis domésticos.»

"Atónito quedó Moctehuzuma al oír estos pormenores y turbada la mente con los mas tristes pensamientos, se levantó y se dirigió á un palacie que tenia para los tiempos de luto."

La prodigiosa resurreccion de Papantzin, la hago notar como se encuentra el pasage en los historiadores citados; pero me parece fundada la opinion del Sr. Ortega, que la supone fábula. Uno de los fundamentos en que este autor se apoya, es la diferencia que se nota en los autores respecto de la persona á quien se atribuye la resurreccion, pues el P. Sahagun, que llegó á México ocho años despues de la conquista, en el lib. 8º de su historia general de la N. España, refiere el acontecimiento, hablando solo de una muger "de México Tenochtitlan," sin mencionar que fuera una persona tan notable como la hermana del rey; y Boturini atribuye la resurreccion á

la hermana de Catzonzin, rey de Michoacan. Este argumento, algo debilita la opinion de los que suponen á la princesa resucitada; pero no me parece de tanto peso, que por él solo hubiera de desecharse el supuesto prodigio, porque en esta diversidad de opiniones, solo hay variacion en los accidentes, estando todos conformes en el fondo que forma la sustancia del caso; pero lo que sí nos hace fuerza para no admitir el tan ponderado presagio, es que D. Fernando Alba Ixtlixochitl que nació el año de 1570: en su relacion sobre la venida de los españoles, habla del bautismo de Papantzin. sin hacer mérito de la supuesta resurreccion, que de seguro habria sabido siendo un hecho tan notable y no habria dejado de referirlo; tanto mas, cuanto que despues de muerto el gobernador de Tlaltelolco que fué su primer esposo, pasó á ser legítima muger de Ixtlixochitl hijo del rey Nezahualpili, de quien descendia el citado D. Fernando Alba. En todo esto lo que si parece tenerse como cierto, era la tradicion general de las predicciones de Quetzalcohuatl que conservaron siempre todos los pueblos y la del sábio Huemantzin, que particularmente guardaron los toltecas, la cual designaba la venida de gentes extrañas que se apoderarian del territorio y aun fijaban el año en que esto aconteciera, marcado como se ha dicho, con el gerglífico *ce acatl*, correspondiente al de 1519 como efectivamente sucedió.

CAPITULO IX.

Del descubrimiento de este continente.

Antes de seguir la narracion de los acontecimientos en el reinado de Moctehzuma, donde quedó pendiente en

el fin del tomo primero, conviene dar idea del descubrimiento de estas regiones que por tantos siglos estuvieron ocultas á los pobladores del antiguo mundo.

En el año de 1435 en la familia nació en la ciudad de Cologusto en el estado de Génova, de un pobre tejedor, el inmortal Cristobal Colon, genio privilegiado y destinado por la Providencia, para trazar la línea de comunicacion entre los dos mundos. Desde muy niño manifestó su inclinacion á la marina y su diversion era construir pequeños navios que hacia flotar sobre la superficie de las aguas: conforme lo fué permitiendo su edad, se iba dedicando al estudio de la geografia, la astronomía y demas ciencias auxiliares al arte de navegar, pero sobre todo su ardiente y atrevida imaginacion, se complacia en leer las relaciones en que los viageros contaban sus aventuras y sus viages. Entre estos particularmente le agradaba la del veneciano Marco Polo en su viage á la China y diversas regiones de la India Oriental: y no teniendo recursos para comprar aquella obra, se dedicó á copiarla y siempre traia consigo este manuscrito que daba pábulo á su idea favorita de descubrir estas encantadoras regiones, caminando hácia el Oeste.

Para mejor conseguir la realizacion de su bello ideal, rogó á su familia lo dedicara á la marina, en que en poco tiempo adquirió gran destreza y conocimientos, y cuando ya se creyó capaz de ejecutar su grandioso pensamiento, empezó á comunicarlo á sus compatriotas, que por estar enteramente dedicados al comercio, vieron con desprecio el proyecto de Colon. Este pasó á Portugal á implorar los auxilios del rey Juan II, porque hasta ese tiempo los portugueses habian hecho los viages mas atrevidos en el mar; mas sin embargo, la mala acogida que en aquella corte halló la gigantesca empresa de Colon, lo hicieron pasar á España, llegando con su hijo Diego al puerto de Palos, en la provincia de Andalucía,

la hermana de Catzonzin, rey de Michoacan. Este argumento, algo debilita la opinion de los que suponen á la princesa resucitada; pero no me parece de tanto peso, que por él solo hubiera de desecharse el supuesto prodigio, porque en esta diversidad de opiniones, solo hay variacion en los accidentes, estando todos conformes en el fondo que forma la sustancia del caso; pero lo que sí nos hace fuerza para no admitir el tan ponderado presagio, es que D. Fernando Alba Ixtlixochitl que nació el año de 1570: en su relacion sobre la venida de los españoles, habla del bautismo de Papantzin. sin hacer mérito de la supuesta resurreccion, que de seguro habria sabido siendo un hecho tan notable y no habria dejado de referirlo; tanto mas, cuanto que despues de muerto el gobernador de Tlaltelolco que fué su primer esposo, pasó á ser legítima muger de Ixtlixochitl hijo del rey Nezahualpili, de quien descendia el citado D. Fernando Alba. En todo esto lo que si parece tenerse como cierto, era la tradicion general de las predicciones de Quetzalcohuatl que conservaron siempre todos los pueblos y la del sábio Huemantzin, que particularmente guardaron los toltecas, la cual designaba la venida de gentes extrañas que se apoderarian del territorio y aun fijaban el año en que esto aconteciera, marcado como se ha dicho, con el gerglífico *ce acatl*, correspondiente al de 1519 como efectivamente sucedió.

CAPITULO IX.

Del descubrimiento de este continente.

Antes de seguir la narracion de los acontecimientos en el reinado de Moctehuzuma, donde quedó pendiente en

el fin del tomo primero, conviene dar idea del descubrimiento de estas regiones que por tantos siglos estuvieron ocultas á los pobladores del antiguo mundo.

En el año de 1435 en la familia nació en la ciudad de Cologusto en el estado de Génova, de un pobre tejedor, el inmortal Cristobal Colon, genio privilegiado y destinado por la Providencia, para trazar la línea de comunicacion entre los dos mundos. Desde muy niño manifestó su inclinacion á la marina y su diversion era construir pequeños navios que hacia flotar sobre la superficie de las aguas: conforme lo fué permitiendo su edad, se iba dedicando al estudio de la geografia, la astronomía y demas ciencias auxiliares al arte de navegar, pero sobre todo su ardiente y atrevida imaginacion, se complacia en leer las relaciones en que los viageros contaban sus aventuras y sus viages. Entre estos particularmente le agradaba la del veneciano Marco Polo en su viage á la China y diversas regiones de la India Oriental: y no teniendo recursos para comprar aquella obra, se dedicó á copiarla y siempre traia consigo este manuscrito que daba pábulo á su idea favorita de descubrir estas encantadoras regiones, caminando hácia el Oeste.

Para mejor conseguir la realizacion de su bello ideal, rogó á su familia lo dedicara á la marina, en que en poco tiempo adquirió gran destreza y conocimientos, y cuando ya se creyó capaz de ejecutar su grandioso pensamiento, empezó á comunicarlo á sus compatriotas, que por estar enteramente dedicados al comercio, vieron con desprecio el proyecto de Colon. Este pasó á Portugal á implorar los auxilios del rey Juan II, porque hasta ese tiempo los portugueses habian hecho los viages mas atrevidos en el mar; mas sin embargo, la mala acogida que en aquella corte halló la gigantesca empresa de Colon, lo hicieron pasar á España, llegando con su hijo Diego al puerto de Palos, en la provincia de Andalucía,

donde fué hospedado en un convento y tratado con la mayor consideracion por el monge Juan Perez, prior de aquella comunidad. Colon en medio del aire magestuoso y grave con que lo habia dotado el cielo y la franqueza de su carácter, refirió al prior la historia de su vida y las ideas que devoraban su imaginacion, las cuales hallaron buena acogida en el humilde religioso y lo alentó á realizar su empresa, ofreciéndole una recomendacion para alguna persona de valimiento cerca de los reyes católicos D. Fernando y D^a Isabel que se hallaban en Córdoba dirigiendo la guerra contra los moros.

Partió luego el genovés alentado con los buenos oficios de su protector; pero ni la persona á quien lo recomendó el monge de Palos, ni los demas cortesanos prestaban la menor atencion á sus solicitudes calificadas de importunas, por lo cual no logró una entrevista de los soberanos, sino á costa de una heróica paciencia y de una resignacion constantemente animada por el fuego de su voluntad. Fernando oyó con desprecio la esposicion de Colon; mas la reina Isabel, mas prudente que su marido, hizo convocar una junta de los mas distinguidos sabios, para examinar la idea de aquel extranjero, que para realizarla, solo pedia el auxilio bien pequeño para un soberano. Divulgada esta noticia, el rey de Portugal mandó hacer en secreto ventajosas proposiciones al marino genovés; pero este con su natural dignidad los rechazó y desde este momento cambió su suerte y fué el objeto de las mayores atenciones en la corte de los reyes católicos.

A pesar de esto aun pasaron cinco años, sin que se vencieran las dificultades de tan árdua empresa, hasta que con la toma de granada se facilitaron los medios, y en el mismo palacio de la Alhambra, donde los reyes recibian las ovaciones por su victoria, dieron orden para que en el mismo puerto de Palos se dieran á Colon los tres navios que habia pedido, confiriéndole el título de Almi-

rante del Oceano y gobernador de todos los paises que descubriera.

El sufrido Colon partió á Palos, lleno de gozo porque iba á dar principio á la obra mas arriesgada en aquella época, sin saber que aun le faltaban nuevas dificultades donde ejercitar las virtudes que con una luz inestinguible, marcan su gloriosa tumba á las miradas de todas las generaciones. Era tal el asombro con que se veia en aquellos tiempos el mar, que no se creia penetrar en él á grandes distancias, sin esponerse á una muerte segura: tales preocupaciones propias del atrazo en que se hallaba la navegacion, hicieron que todos los marineros de Palos opusieran una gran resistencia á las órdenes de sus soberanos; pero la fé que Colon tenia en su proyecto, le inspiró razones para domar aquel pueblo que con su cobarde insolencia podia hacer fracasar su grande obra, y logró alistar las tres embarcaciones, yendo una á su cuidado inmediato y las otras al de los dos hermanos Pinzon, Vicente y Alonso. El dia 9 de Agosto de 1492 se dió á la vela llevando en las tres naves, solo ciento veinticinco hombres, resuelto á descubrir aquellas tierras que su ardiente imaginacion presentaba, como un manantial inagotable de riquezas.

Tocó en su viage las islas canarias, donde su tripulacion renovó sus provisiones y siguiendo de allí la ruta que él se habia propuesto, despues de un mes de bogar bajo la misma direccion sin encontrar la tierra tan deseada, empezó á decaer el ánimo de sus compañeros, cuando dos aves se pararon en los mastiles de los buques y las yerbas de distintas especies que fluctuaban en la superficie de las aguas, indicaron estar cerca la playa que buscaban; pero echando la sonda sin que encontrara fondo, conocieron estar lejos aun el término de su penoso y arriesgado viage. Este desaliento se vino á convertir en un verdadero espanto, cuando las ondas de

aquel inmenso mar; presentaron á la vista de los atemorizados marineros un mastil de nave; despojo que tuvieron como un seguro indicio de su naufragio, quedando en el fondo de aquel remoto abismo sin que siquiera llegara á su país noticia de su fatal destino.—Solo Colon con la grandeza de su alma y alentado con la sublimidad de sus ideas, se hacia superior á los peligros de los furiosos elementos y de los temores de sus compañeros; pero en estos crecia mas y mas su miedo hasta que formaron la resolucion de arrojarlo á las aguas si no convenia en volver á su patria de donde los habia alejado. En aquel grave conflicto, el Almirante revestido de su serenidad les dijo á los amedrentados marinos. “Amigos míos, tengo la seguridad de que antes de tres dias habremos descubierto esta tierra que hasta hoy parece huye de nuestra vista.” A estas palabras estalló un grito general llenando á Colon de furiosas imprecaciones y él con su misma calma, continuó: “Pues bien, si dentro de tres dias no hemos descubierto la costa *consiento* en abandonar una empresa que nos prometia tanta gloria y riquezas para volver á España.” Algo se aquietó con esto la rabia de aquellos animosos y continuaron su viaje entre las alternativas de considerar un grave peligro y la esperanza aunque remota de tocar aquella fuente de riqueza que determinó á la tripulacion para una travesía tan difícil. Colon no se inmutaba á vista del riesgo á que estaba espuesto y la víspera del tercer dia, dió orden á los pilotos de marchar con la mayor precaucion, á fin de no estrellarse en las rocas que coronaban estas costas desconocidas. Los marineros creyeron que en esto preparaba el Almirante algun engaño; pero siempre alentados por alguna esperanza, nadie durmió esa noche. A la madrugada empezaron á percibir los perfumes que en alas de la suave brisa, venia de una selva de árboles aromáticos que se presentó á su vista á los primeros rayos

de la aurora. En vista de la costa á una distancia tan inmediata, un grito unánime de regocijo pobló los aires: y todos corrian á depositar en los pies de Colon las lágrimas de su arrepentimiento, pidiendo les perdonase las ofensas que le habian hecho. El grande hombre recibia con indulgencia y humildad aquellas demostraciones y participando de la alegría general, levantaba al cielo sus manos en accion de gracias, por haberlo conducido libre de tantos riesgos á la tierra desconocida que era el término de sus deseos.

Era el dia 8 de Octubre, despues de 65 de bogar en aquellos remotos mares: se arribó á la costa: los habitantes de aquel país enteramente desnudos y sorprendidos del arribo de los españoles corrian á ocultarse en el centro de los bosques; y como Colon, estaba preocupado que la tierra era parte de la India descrita por Marco Polo, llamó indios á sus habitantes y desde entonces, fueron así conocidos y la tierra por India Occidental. El descubridor, vestido con su gran uniforme de grana y llevando el pabellon real en que estaban bordados los nombres de Fernando é Isabel, saltó á tierra con sus compañeros, en la que se postró á rendir gracias á la Providencia: despues desenvainó su espada, y plantando su bandera en aquel suelo, declaró en alta voz que aquella tierra pertenecia desde entonces á los reyes de España. El suelo que pisaban por la primera vez, era una isla, que llamaron San Salvador, en agradecimiento del feliz desembarco.

Los indios parados á cierta distancia, obserbaban aquellas ceremonias, las raras figuras de los recién llegados y sobre todo les llamaba la atencion el vestido de Colon: este les hizo señas para que se aproximaran; pero los indios atemorizados huyeron y solo uno pudieron alcanzar los marineros, que lo trajeron á presencia del Almirante. Este recibió con agrado al desnudo habitan-

te de aquella isla, y poniéndole un gorro de color, un collar de cuentas de vidrio y algunos cascabeles en las orejas, lo mandó dejar libre y por señas le hizo entender que llamara á sus compañeros para hacerles iguales regalos. Los tímidos y sencillos naturales, admirados de aquellos hombres que creyeron bajados del cielo, y alhagados por los presentes hechos á su compañero, pronto volvieron á la playa, rodeando á los marineros; tocando sus vestidos y sus armas y pidiéndoles cascabeles y collares, en cambio de lo que, ellos les daban pedazos de oro puro, que por adorno llevaban colgados á las narices y en las orejas. Entonces todos recordaron la promesa de Colon, de conducirlos á una tierra abundante en oro y otras riquezas é informados por señas de donde sacaban aquel precioso metal, comprendieron que un pais situado al mediodia. Por esta noticia determinó el almirante embarcarse y seguir la navegacion con el rumbo indicado, logrando con algunas dádivas, llevarse á muchos indios para que lo dirigieran en su viaje. Salieron las embarcaciones de las islas Lucayas y siguiendo el rumbo indicado por los naturales, descubrieron otra tierra mas vasta, cuyos dilatados bosques embalsamaban el aire y á cierta distancia de la playa, se presentaban á su vista grandes parvadas de papagayos cuyo matizado plumaje brillaba á los rayos del sol. Aquella nueva tierra cuya hermosura y fertilidad agradó tanto á los marineros, es la isla de Cuba: ahí tambien saltó á tierra la tripulacion y por los mismos regalos de cascabeles y cuentas de vidrio, conseguian de los naturales pedazos de oro ya en planchas sueltas ó en adornos de unas máscaras de madera. Pero aquí sobre todo llamó la atencion de los españoles, ver como los indios enroyaban las hojas aromáticas del tabaco, planta desconocida en Europa y encendiéndola por una punta, aspiraban con la otra el humo: uso que hoy está tan generalizado en to-

do el mundo y que ha dado tan crecidas rentas al gobierno español, por el tabaco de aquella isla.

Queriendo siempre Colon llegar á la tierra que los de S. Salvador le habian indicado, volvió á hacer á la vela sus naves y en ese mismo dia antes de ponerse el sol, advirtió que la nave de Alonzo Pinzon habia desaparecido; pero como el tiempo habia estado sereno, conoció que su separacion fué intencional tal vez con ánimo de volverse á España para atribuirse el mèrito de los descubrimientos hechos. Sin embargo, el descubridor siguió su camino y pronto arribó á la isla de Santo Domingo, habitada por un pueblo cuya fiereza inspiraba serios temores á los de S. Salvador; que con señas y gestos querian disuadir al almirante de que llegara á ella. Pero como este hombre intrépido despreciaba todos los peligros, por conseguir el objeto que se proponia en su viaje, sin detenerse por estos temores, llegó á las playas de donde huyó una multitud de pueblo, que logró atraerlo con la misma astucia que se atrajo al de S. Salvador. Colocó sus naves en un punto donde se resguardaran de cualesquiera tormenta y se dirigió al lugar donde residia Guacanagari, uno de los cinco gefes que tenian repartida aquella isla y que los indios llamaban Cacique: de aquí tomó origen, el que los españoles en México, llamaran con el mismo nombre á todos los nobles y gefes de los pueblos, no obstante que en todo el imperio era desconocido este nombre.

El cacique Guacanagari recibió hospitalariamente á Colon y gracias á su generosidad que al dia siguiente le mostró prácticamente, pudo salvarse el mismo almirante y muchos de sus compañeros, de un naufragio en que pereció uno de sus dos bajeles. Guacanagari para obsequiar á sus huespedes hizo reunir á su pueblo para que manifestara su agilidad en diversas clases de juegos: y por su parte el cacique de los hombres blancos, como

los naturales llamaban á Colon, mandó disparar los cañones que se habian salvado del naufragio, lo cual causó tal espanto á los indios, que se dejaban caer al terrible estallido, creyendo ser heridos por un rayo y ofrecieron vivir siempre en amistad con estos estrangeros, que creian ser bajados del cielo supuesto que llevaban consigo el relámpago y el trueno.

De ahí pensó el almirante volver á España para traer el número de gente bastante para asegurar al rey el dominio de toda aquella tierra y la mas que pudieran descubrir segun los informes de los indios; mas como solo le quedaba un navio y no era suficiente para todos sus marineros, cañones y demas objetos determinó dejar al abrigo de la hospitalidad de Guacanagari una parte de su gente, construyéndoles en la playa, una pequeña fortaleza de madera defendida por sus cañones, y al mando de un valiente oficial llamado Arana.

En Marzo de 1493 se embarcó el descubridor para volver á España, llevando consigo gran cantidad de oro del que habia recogido de los indios en cambio de las baratijas que les daba para sus adornos y ademas muchas coronas, máscaras, planchas y polvo todo del mismo metal que le habia regalado el hospitalario, Guacanagari, que sintió gran pena á la salida de su noble huésped: tambien llevó consigo algunos indios y gran cantidad de primorosos pájaros, plantas olorosas y las mejores frutas que halló en los fértiles países que acababa de descubrir.

A su regreso encontró la nave de Alonzo Pinzou, respecto de quien no se habia engañado el almirante; pero su perverso designio, fué desvaratado por sí mismo, pues perdido en aquellos mares desconocidos, vagaba acá y allá sin direccion fija, hasta que la Providencia le volvió á deparar la compañía del grande hombre á quien habia tratado de usurpar su mérito por el descubrimiento.

Colon sin manifestarle ninguna reconvencion, le ordenó seguirlo; y Pinzon no insistió en su desobediencia, por temor de no volverse á estraviar. En este regreso, una nueva tempestad puso en conflicto á la pequeña flota de Colon: y este héroe, temeroso de quedar ahí sepultados en el abismo, llevándose consigo la importante noticia de los descubrimientos que habia hecho, envolvió el diario de su viaje en un pan de cera, y puesto en un tonel, estaba dispuesto á hecharlo al mar en sus últimos momentos, para que aunque fuera con el transcurso de muchos años, pudiera llegar á Europa la noticia del resultado de su viaje. Pero felizmente, esta precaucion fué inútil, porque al fin calmó la tempestad y con mejor acierto caminaron hasta arribar al mismo puerto de Palos de donde hacia siete meses habia salido.

Por todas partes donde pasaba, se agrupaban los pueblos para conducir en triunfo al descubridor de un nuevo mundo y para admirar los seis indios que lo acompañaban y las cuantiosas riquezas que en tan poco tiempo habia podido recoger. Llegó á Barcelona donde lo esperaban los reyes: fué introducido á su presencia en un salon magníficamente adornado para esta ceremonia: y los grandes del reino rodeaban el trono en que estaban sentados Fernando é Isabel. La costumbre entonces en aquella corte era de que cualquiera que se presentara á la presencia del rey debia postrarse á sus plantas; pero los soberanos dispensaron á Colon de esta ceremonia y antes le mandaron que se sentara en un sillón al frente del trono, de donde contó el resultado de su espedicion, que hizo derramar lágrimas de regocijo á los reyes, y postrados todos en tierra entonaron á la Providencia un himno de gracias por haber concedido á España nuevas regiones donde estender sus dominios. Se colmó de honores al intrépido navegante que con su génio inmortal abrió las puertas de un mundo desconocido para que re-

cibiera las luces de la verdadera civilizacion: y dándole otras naves y mayor provision de marineros y demas objetos que podia necesitar, volvió á la tierra descubierta por la constancia de su ingenio, para concluir la gloriosa empresa que habia comenzado.

CAPITULO X.

Siguen los viajes de Cristóbal Colon.

Despues de algunos meses de estar Colon en España, se prepararon las embarcaciones prometidas, suficiente número de marineros, artesanos de todas clases, instrumentos de labranza, animales no conocidos en las nuevas tierras y semillas útiles para la vida del hombre: un gran número de aventureros estimulados por la riqueza de las tierras descubiertas por el almirante, corrian de todas partes para tomar parte en su segundo viaje; y con todo este acompañamiento y en medio de las declamaciones de una muchedumbre maravillada de los esfuerzos de Colon, salió este héroe de las costas de Andalucía para volver al nuevo mundo.

Un mes tardó este segundo viaje, durante el cual descubrió las otras antillas; pero sin detenerse en ellas se dirigió á la de Santo Domingo donde habia dejado á sus compañeros. Luego que estuvo cerca de la costa, mandó disparar sus cañones, para indicar su llegada; pero sin recibir contestacion alguna, desembarcó y fué á la fortaleza que habia dejado, la cual encontró destruida, las armas de sus soldados rotas y algunos huesos humanos: y es, que apenas salió Colon para España, cuando Arana y sus compañeros se entregaron á mil exesos con los indios por apoderarse del oro que les veian, y no contentos con pagar con esta ingratitud la hospitalidad del

afable Guacanagari, se avanzaron hasta la rica provincia de Cibao, donde habian oido decir que los arroyos arrastraban arenas de oro y la tierra contenia por todas partes este estimable metal; *Cuonabo*, cacique de aquella provincia, de un carácter feroz, exitado por aquellos exesos armó un considerable número de indios y cargó sobre los españoles, persiguiéndolos hasta su fortaleza, que destruyó con los últimos que la defendian. Esta fué la primera sangre española derramada en el mundo de Colon, en castigo de las maldades de sus compañeros: y eran las primicias que se pagaban, de la mucha que debia costar la lucha que por algunos siglos emprendian con aquellos pueblos para cargarlos con el yugo de su dominacion.

Guacanagari recibió á su amigo Colon con muestras de regocijo y le esplicó como habia pasado la destruccion de sus compañeros: y el almirante satisfecho de la sinceridad del cacique, mandó desembarcar todo su acompañamiento. Luego entre aquellos bosques cuya antigüedad se remontaba al origen de los tiempos, empezó á fundar una ciudad á la que dió el nombre de Isabela, en honor de la reina de Castilla su protectora: la cercó con altas murallas como una plaza europea; y comenzaron luego á cultivar aquella fértil tierra, sembrando el trigo de España y plantando la caña de azúcar de Sicilia.

La docilidad del carácter de los indios, les proporcionaba auxiliares bastantes para sus trabajos: y los cascabels y demas objetos que llevaban, les proporcionaba recoger grandes cantidades de oro que les cambiaban los naturales. Mas con todo, no era la abundancia de este metal, como se la habia figurado la multitud de aventureros que siguieron al descubridor, y no contentos con aquella vida laboriosa á que el almirante los queria sujetar, se desagradaron muchos y volvieron á España, donde por medio de viles calumnias, prepararon una in-

justicia para recompensar el mérito de aquel grande hombre.

La reina rehusaba dar crédito á las imposturas de aquellos calumniadores; pero fueron tantos los crímenes que le imputaron á Colon, que cedió la credulidad del rey y luego mandó á un oficial llamado Bobadilla, para que lo sustituyera en el mando y lo mandara á España para juzgarlo. Este comisionado real, prevenido contra el almirante por sus enemigos, antes de desembarcar en Santo Domingo llamó á Colon á la nave en que habia llegado: y notificárdole allí la orden del rey, lo remitió á España cargado de cadenas como al mayor criminal. Esta injusticia con que se veia tratado el hombre que llenaba al mundo con su fama, no le arrancó una sola queja: los soldados que lo custodiaban vencidos ante la dignidad del héroe, muchas veces le propusieron romper sus cadenas y acompañarlo donde quisiera huir; pero él prefirió llegar con ellos á la corte y dejar sentada su buena reputacion en una defensa hecha en presencia de sus mismos calumniadores.

Colon volvió á desembarcar como un miserable, en el puerto de Palos donde antes se recibió en triunfo, y un grito de horror de toda la nacion, contestó á semejante injusticia, con el hombre que habia creado un mundo para enriquecer la corona de sus reyes. Aun ellos mismos se atemorizaron á la presencia de la víctima y ordenaron, que se les presentara libre y sin guardas; pero el ilustre acusado no permitió que le quitaran las cadenas, hasta no hacer patente su justificacion. Al fin accedió á quedar en libertad, por la orden de la reina, cuya cólera descargó sobre los malvados que á esta condicion redujeron al hombre á quien la nacion debia la causa de su mayor engrandecimiento.

El alma de aquel intrépido navegante que desafió el furor de los elementos y de los peligros de unos mares

jamas surcados por algun buque europeo, no pudo resistir la amarga pesadumbre de que se penetró por tamaña injusticia; y no quiso separar de su vista, los hierros con que habian cargado los piés que señalaron la ruta para un mundo vírgen y las manos que tan diestramente habian manejado el timon y la aguja en las embravecidas olas á donde no habia osado penetrar ningun marino. Siempre los tuvo á los piés de su cama, para que sin cesar le recordaran, que ante los hombres la ingratitud y la injusticia, son la recompensa de la virtud y de los grandes servicios de las almas privilegiadas. ¡Si no hubiera otras innumerables pruebas, esta sola bastaria para demostrar la existencia de un premio y un castigo eterno!

A instancias de la reina Isabel emprendió otro viage en que descubrió algunos otros puntos, entre ellos el golfo de las Perlas, donde los indios se sumerjen en el mar y á una gran profundidad recojen las conchas en que se encierran las perlas preciosas, cuya pesca hizo á Colon dar á este golfo el nombre que dijimos: y penetrando en el país de los *Párias*, marcó sobre un mapa geográfico el camino que debia seguirse para arribar á todas las costas de aquel vasto suelo. Descubierta el continente recorrió la costa desde la embocadura del Orinoco hasta Caracas y penetró hasta el golfo Darien.

Cuando supo que en 1504 habia muerto su bienhechora la reina Isabel, volvió á España, y quebrantado por los pesares que le ocasionó una desenfrénada turba de ambiciosos, cayó enfermo y murió el año de 1506 dejando á su hijo Diego que lo acompañó en sus últimos viages, los muchos bienes que habia adquirido y su título de almirante de las indias. Fatigado hasta sus últimos momentos con la pena de la injusticia que lo hizo sucumbir, mandó á su hijo, que sobre su féretro, colocara los hier-

ros que habia llevado en su vida, por la envidia de sus enemigos. Ni siquiera tuvo este hombre, el gusto de dar su nombre al mundo que descubrió la combinacion de su genio, su constancia y su atrevimiento, pues el Florentino Américo Vespucio, guiado por el mismo mapa de Colon, penetró hasta el golfo de las Perlas y el país de las Párias; y con los datos que adquirió en sus viages y los informes que tuvo de los naturales de todos aquellos pueblos, escribió una obra describiendo la tierra que era el objeto de la curiosidad de los habitantes del viejo continente. Esta obra era leida con tanta avidez, que generalmente el mundo descubierto por Colon, fué llamado la tierra de Américo y de aquí tomó despues el nombre de América, con que hasta hoy es conocido este continente.

Los españoles siguieron poblando los países descubiertos: y alentados con este ejemplo los portugueses, emprendieron tambien las mismas peligrosas navegaciones: el arrojado Vasco de Gama logró doblar el cabo de Buena Esperanza; y Alvarez Cabral, descubrió el país en que despues fundaron el reino del Brasil. Siguieron así los dos pueblos descubriendo nuevas tierras de donde sacaban grandes riquezas en oro, plata y piedras preciosas: y para evitar un día alguna disputa entre los dos pueblos descubridores, ocurrieron al Papa Alejandro VI para que designase cuales regiones debian pertenecer á cada uno. El Santo Padre, en un mapa les trazó la línea de demarcacion, tomando por punto de partida para ella uno de los polos de la tierra; y pasando cien leguas al este de las islas Azores, las tierras comprendidas al este de aquella línea, pertenecian al rey de Portugal y todas las del oeste, al de España; pero antes hizo que ambos prestasen juramento de que en todas las tierras de que se posesionasen, debian propagar la religion cristiana.

Esta resolucion de la silla apostólica, ha sido objeto de una emponzoñada crítica, de algunos espíritus que se agradan de afectar tanto ódio á la religion como ignorancia de la historia. Seria el error mas grosero; creer, como lo quieren hacer entender algunos, que las conquistas de estos países se hicieron por órden de la Santa Sede: confundiendo el acto de conceder dominio, al de decidir un punto entre dos partes que quieren su aclaracion. En aquellos tiempos en que el catolicismo era mejor apreciado, se tenia como es natural, gran respeto al Santo Padre, como autoridad suprema de la tierra: y siempre que entre dos potencias habia alguna diferencia antes que inútilmente se sacrificara por ella la sangre de los pueblos, preferian llevarla á Roma para que la decidiera la palabra del sucesor de Pedro, que era padre comun de todos los fieles. Esto hicieron los reyes de España y Portugal: ellos descubrian y se posesionaban del territorio: quisieron prevenir una disputa funesta para ambos, porque la codicia de uno y otro podia estenderse fuera de lo que él hubiera tomado; y el Santo Padre, al dar su decision en aquel punto, no hizo sino trazar una línea, que sirviera de valla á la ambicion y al rencor de dos pueblos, y exigirles por medio de juramento, que propagaran la religion cristiana, en beneficio de los países descubiertos y de la civilizacion en general.

Entre las poblaciones que contaban los españoles, era una el puerto de Ajaruco hoy Habana, en la isla de Cuba: en ella era gobernador Diego Velasques, quien constantemente estaba despachando algunas espediciones para descubrir y esplotar las costas vecinas. Una de estas salió el año de 1517 al mando de D. Francisco Hernandez de Córdoba, quien descubrió el cabo Catoche en la peninsula de Yucatan: quiso desembarcar para internarse en aquel territorio; pero los indios se le echaron encima y lo obligaron á embarcarse, aunque hizo algu-

nos prisioneros, por los que tuvo razon de Mocteuhezuma y de su vasto y dilatado imperio, teniendo idea de sus riquezas, porque á estos indios no los hallaron desnudos como los de las antillas, sino vestidos con las mantas de algodón y de otros objetos segun queda descrito el traje de los mexicanos. Al año siguiente, envió el gobernador Velasques á su pariente Juan de Grijalva con cuatro buques y mas de doscientos soldados, quien se acercó á la costa oriental de Yucatan hasta la isla de Cozume: y de ahí se vino costeando el país, hasta el islote que hoy se llama S. Juan de Ulua, frente de Veracruz, y al cual pusieron este nombre, porque lo descubrieron el día del santo de Grijalva y habiendo hallado dos víctimas humanas acabadas de sacrificar, preguntaron la causa de aquel bárbaro sacrificio y los indios para significar que lo hacian por orden de los mexicanos respondieron Acolhua, Acolhua, con cuyo nombre eran conocidas las naciones del Valle, por los pueblos mas distantes.

Los gobernadores de los lugares inmediatos á la costa llamada *Chalchiuheucan* hicieron luego unas pinturas que representaban á los españoles, sus buques y sus armas y mandaron la noticia á Mocteuhezuma, quien se turbó mucho de aquella nueva. La generalidad de los historiadores, dice: que el rey mandó reunir su consejo y convinieron en que era Quetzalcohuatl el Dios del aire á quien era tradicion general esperar: y que considerándose todos los reyes, como vicarios y representantes de aquella divinidad, mandaron luego una embajada de cinco personajes con cuantiosos regalos, para felicitar al supuesto dios por su feliz llegada. Pero siguiendo nosotros, la opinion de Veytia respecto de la creencia que generalmente se tuvo del referido personaje, me persuado que no creyeron en la llegada de Quetzalcohuatl, sino en la de las gentes que el mismo profeta les habia anunciado, con la cual estaba de acuerdo la

prediccion de Huemantzin. Y me confirmo en esto, porque los mismos historiadores dicen de acuerdo: que al mismo tiempo dió orden el rey, para que puestos los centinelas en los montes de Nauhtlan, Quauhtla, Mistlan y Tochtlan, observaran los movimientos de aquellas nuevas gentes y dieran pronto aviso á la corte de cuanto ocurriese.

Los comisionados mexicanos no pudieron llegar oportunamente, pues los españoles, haciendo en aquella costa el cambio de sus cuentas por el oro de los indios, siguieron costeando hasta la embocadura del Pánuco, de donde regresaron á Cuba.

CAPITULO XI.

Llegada de Hernan Cortés.

El primero que llegó á la Villa de Santiago en la isla de Cuba, donde residia el gobernador, fué Pedro de Alvarado, dando una idea muy favorable de la hermosura, fertilidad y riqueza de la tierra que habian reconocido en su viage desde el cabo Catoche hasta la embocadura del Pánuco: acompañando á su relacion una prueba práctica en la diversidad de objetos adquiridos en la espedicion á muy poca costa, entre lo cual llamaba particularmente la atencion, la cantidad de oro, cuyo valor fijan los autores de diez á quince mil pesos: el dicho de Alvarado fué confirmado en todo con la llegada de Grijalva; y ya entonces pensó el gobernador Diego Velasques en mandar una espedicion mas formal, que utilizara las ricas tierras descubiertas.

Vacilaba Velasques en la persona á quien confiara esta empresa; y despues de una larga irresolucion, su

nos prisioneros, por los que tuvo razon de Mocteuhezuma y de su vasto y dilatado imperio, teniendo idea de sus riquezas, porque á estos indios no los hallaron desnudos como los de las antillas, sino vestidos con las mantas de algodón y de otros objetos segun queda descrito el traje de los mexicanos. Al año siguiente, envió el gobernador Velasques á su pariente Juan de Grijalva con cuatro buques y mas de doscientos soldados, quien se acercó á la costa oriental de Yucatan hasta la isla de Cozume: y de ahí se vino costeando el país, hasta el islote que hoy se llama S. Juan de Ulua, frente de Veracruz, y al cual pusieron este nombre, porque lo descubrieron el día del santo de Grijalva y habiendo hallado dos víctimas humanas acabadas de sacrificar, preguntaron la causa de aquel bárbaro sacrificio y los indios para significar que lo hacian por orden de los mexicanos respondieron Acolhua, Acolhua, con cuyo nombre eran conocidas las naciones del Valle, por los pueblos mas distantes.

Los gobernadores de los lugares inmediatos á la costa llamada *Chalchiuheucan* hicieron luego unas pinturas que representaban á los españoles, sus buques y sus armas y mandaron la noticia á Mocteuhezuma, quien se turbó mucho de aquella nueva. La generalidad de los historiadores, dice: que el rey mandó reunir su consejo y convinieron en que era Quetzalcohuatl el Dios del aire á quien era tradicion general esperar: y que considerándose todos los reyes, como vicarios y representantes de aquella divinidad, mandaron luego una embajada de cinco personajes con cuantiosos regalos, para felicitar al supuesto dios por su feliz llegada. Pero siguiendo nosotros, la opinion de Veytia respecto de la creencia que generalmente se tuvo del referido personaje, me persuado que no creyeron en la llegada de Quetzalcohuatl, sino en la de las gentes que el mismo profeta les habia anunciado, con la cual estaba de acuerdo la

prediccion de Huemantzin. Y me confirmo en esto, porque los mismos historiadores dicen de acuerdo: que al mismo tiempo dió orden el rey, para que puestos los centinelas en los montes de Nauhtlan, Quauhtla, Mistlan y Tochtlan, observaran los movimientos de aquellas nuevas gentes y dieran pronto aviso á la corte de cuanto ocurriese.

Los comisionados mexicanos no pudieron llegar oportunamente, pues los españoles, haciendo en aquella costa el cambio de sus cuentas por el oro de los indios, siguieron costeando hasta la embocadura del Pánuco, de donde regresaron á Cuba.

CAPITULO XI.

Llegada de Hernan Cortés.

El primero que llegó á la Villa de Santiago en la isla de Cuba, donde residia el gobernador, fué Pedro de Alvarado, dando una idea muy favorable de la hermosura, fertilidad y riqueza de la tierra que habian reconocido en su viage desde el cabo Catoche hasta la embocadura del Pánuco: acompañando á su relacion una prueba práctica en la diversidad de objetos adquiridos en la espedicion á muy poca costa, entre lo cual llamaba particularmente la atencion, la cantidad de oro, cuyo valor fijan los autores de diez á quince mil pesos: el dicho de Alvarado fué confirmado en todo con la llegada de Grijalva; y ya entonces pensó el gobernador Diego Velasques en mandar una espedicion mas formal, que utilizara las ricas tierras descubiertas.

Vacilaba Velasques en la persona á quien confiara esta empresa; y despues de una larga irresolucion, su

secretario Andres de Duero y el contador real Amador de Laris, le alabaron y recomendaron á Fernando Cortés amigo de los dos. Cortés habia tenido á su llegada á la isla, grandes desavenencias con el gobernador y aun habia tenido que sufrir una prision; pero otras circunstancias restablecieron la amistad entre ambos y Cortés en el cultivo de un campo que le fué señalado, habia ganado grandes riquezas. Esta feliz posicion, el atrevimiento é intrepidez de Fernando y la gran popularidad de que disfrutaba, decidieron á Velazquez á seguir el dictámen de sus consejeros: y mandándolo llamar, le hizo saber su determinacion, que Cortés acogió con crecidas muestras de regocijo, porque nada era mas conforme con su carácter para gozar de la independenciam y vida de aventuras que era lo que ardentemente deseaba su corazon insaciable de riquezas.

Luego se preparó la flota á cuyo equipo contribuyó eficazmente el mismo Fernando, así con sus propios recursos, como con los que le proporcionó su crédito y el de sus amigos: y se componia de once buques de que fué nombrado primer piloto, Antonio Alaminos que habia acompañado en sus viages á Colon: ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, doscientos indios de la isla, entre los que iba uno llamado Melchor que habia servido de intérprete á Grijalva: algunas indias para preparar el alimento á la tropa, diez y seis caballos, que con dificultad y á muy crecido precio se pudo proporcionar; y diez cañones gruesos, con otros cuatro menores llamados falconetes, con el suficiente número de provisiones.

Si no fuera un hecho perfectamente probado en la historia, pareceria increíble, que un tan corto número de fuerza hubiera derrocado la monarquía mas poderosa del nuevo mundo y hubiera sujetado este vasto país á la corona de España.

El primer objeto de la espedicion de Cortés, era rescatar seis españoles, de los caribes que habitaban la península de Yucatan, los cuales fueron hechos prisioneros en sus costas, en el naufragio del infortunado Nicuesa que volvia de una espedicion del Darien: hacer el cambio de efectos por el oro de los indios: procurar su conversion á la fé cristiana; y establecer una alianza entre ellos y el monarca español, lo cual debia servirles para tomar esactas noticias de todos los productos del país, el carácter de las diversas razas de sus pobladores, la clase de sus gobiernos, grado de civilizacion de cada uno y reconocer todas las costas, dando de todo noticias esactas para guia y conocimiento de las ulteriores disposiciones.

Con estas instrucciones y provisiones salió Cortés, acompañado de los gefes Diego de Ordaz, Pedro Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso Hernandez Portocarrero, Rodrigo Rangel, Juan Velasquez de Leon, pariente del gobernador, Bernal Diaz del Castillo, con otros muchos caballeros á quienes habian atraído de su patria las maravillas del nuevo mundo, y los capellanes el Lic. Juan Diaz y el religioso mercedario Fr. Bartolomé de Olmedo. Apenas salió la armada, cuando los intrigantes y enemigos de Cortés, dieron principio á enemistarlo en el ánimo del gobernador; en quien se despertó la desconfianza por los antiguos resentimientos con el comandante de la espedicion: mandó luego órdenes al alcaide mayor de la Trinidad, que lo era Francisco Verdugo cuñado de Velazquez, para que ahí destituyeran á Cortés de la autoridad que se le habia conferido y apriisionándolo lo remitiera para la Villa de Santiago; pero Verdugo en vista de los ánimos de los soldados espedicionarios, no se resolvió á cumplir la orden. Pasó la flota á la Habana, en donde el delegado del gobernador Pedro de Barba, recibió las mismas órdenes de la auto-

ridad de la Trinidad con las cuales no cumplió por las mismas causas; y salió Cortés de aquel puerto con dirección á la isla de Cozumel, el día 10 de Febrero de 1519.

Llegaron los españoles á la citada isla, donde por medio de algunos regalos de los objetos de poco valor que llevaban consigo, se fueron atrayendo á los isleños, hasta que lograron emplearlos en la consecucion de sus fines. Mandó entonces á Diego Ordaz con su bajel, acompañado de algunos indios que le proporcionó el cacique de Cozumel, para que fueran á la península de Yucatan á tratar el rescate de sus compañeros de quienes se tenia noticia estaban cautivos entre los caribes. Antes de que Ordaz saliera con el fin indicado, Cortés reunió á toda su gente y le dirigió la siguiente arenga. «Cuando considero, amigos y compañeros míos, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad; cuantos estorbos y precauciones dejamos atras; y como se nos han desecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos y entiendo que en su altísima Providencia es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos. Su causa y la de nuestro rey, nos lleva á conquistar regiones no conocidas; y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros.»

«No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos, combates nos esperan sangrientos, acciones increíbles, batallas desiguales en que habreis menester socorridos de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra en que os será necesario el sufrimiento que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razón tuvo Hércules el nombre de invencible y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estáis á padecer y hechos á pelear en las islas que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa y debe-

mos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los montes el templo de la Fama y su simulacro en lo mas alto del templo: dando á entender, que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos.»

«Pocos somos, pero la union multiplica los ejércitos y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere, una la mano en la ejecucion, comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualesquiera de nosotros se ha de componer y fabricar la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy y seré el primero en aventurar la vida, por el menor de los soldados; mas tendreis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero y aun me lo promete el corazón con no sé que movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto pues, á convertir en obras las palabras, y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi lado y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros.»

Tal es el discurso que Solís hace poner en boca del caudillo español, que con un puñado de hombres se lanzaba á una colosal empresa. Ya está descubierto, que su mira no se limitaba al comercio, que en las costas pudiera hacer con los naturales, ni era tampoco el celo de la conversion de los infieles; sino emprender una conquista, que les diera á todos gloria y utilidad. Parece que fiaba mucho en el auxilio de la Providencia; pero en que podria apoyarse para justificar, no ya ante la falible conciencia de los hombres, sino ante la rectitud infinita de la misma eterna Providencia que invocaba, la usurpacion de millares de pueblos? Sigamos la narracion, antes que perdernos en la difícil tarea de medir la responsabi-

lidad de hechos de semejante magnitud: sus autores han comparecido ante el tribunal de un juez incorruptible que con su sabiduría infinita penetra los humanos corazones y pesa en la balanza de su inalterable justicia hasta la mas mínima de sus acciones. ¡Adoremos los insondables arcanos de su inmensa sabiduría!

Diego de Ordaz salió para Yucatan á desempeñar su comision que no produjo sino el rescate de Gerónimo Aguilar, diácono que hacia ocho años estaba cautivo entre los caribes: y entre tanto, Cortés para divertir el inquieto espíritu de sus soldados, en compañía del cacique y otros naturales, se internó á reconocer el interior de la isla. Visitaron un templo, donde por primera vez, puso en práctica Cortés las instrucciones de destruir la idolatría y sus capellanes se esforzaban en probar á los indios la falsedad de su religion é inclinarlos á demoler sus fingidas divinidades; pero como estos supersticiosos espiritus se resistian á un acto que calificaban de profanacion que seria vengada con terribles castigos, Cortés resolvió la cuestion probándoles lo infundado de sus temores, y á la menor señal, los soldados derribaron aquellos dioses inanimados, erigiéndose ahí mismo un altar para dar á conocer el culto de la Virgen María, mostrando á su Divino Hijo que redimió á todo el género humano. Los isleños de pronto prorumpieron en enormes gemidos; pero convencidos de la impotencia de sus dioses para castigar lo que ellos creyeron el mayor desacato, fueron docilitándose para recibir los primeros fundamentos de la fé católica de boca de los capellanes. En esta misma isla, segun el testimonio de Cortés y de Bernal Diaz, en cuyos testimonios se apoyan Gomara, Herrera y Las Casas fué donde se halló la primera Cruz, de la cual hablamos ya y que era objeto de un culto antiquísimo como Dios del aire: haciendo de pueblos muy remotos, grandes romerías para tributar adoracion al mismo signo

que todos los cristianos veneran como signo de su redencion y signo sagrado de su religion.

Con la ventaja que habian adquirido en el rescate de Aguilar, teniendo ya un intérprete seguro, siguió Cortés su marcha, doblando el cabo Catoche y costeano hasta venir al rio de Tabasco: ahí se vió precisado á anclar sus buques, por el poco fondo de las aguas á la entrada del rio y embarcando en botes una parte de su fuerza, caminó rio arriba hasta encontrar con una multitud de indios dispuestos al parecer á no recibirlos de paz. Cortés sorprendido con aquella inesperada actitud de amenaza y satisfecho por su intérprete de que los indios estaban resueltos á no dejarlo desembarcar, se retiró con sus tropas para preparar su desembarco al dia siguiente.

Al romper el otro dia, vió Cortés las canoas que estaban á lo largo de la costa llenas de gente de guerra, y en ambas riberas un ejército mayor que el de la tarde anterior, ordenado en diversas filas: dió á sus capitanes las órdenes de ataque; pero antes de comenzarlo intimó al enemigo por medio de su intérprete, para que dejara libre el paso de su ejército y cargándolo con la responsabilidad de la sangre que se derramara, providencia necesaria decia el caudillo español «para obrar con total arreglo á la justicia y en obediencia de las instrucciones del consejo real.» Esto dió ocasion al apostólico Las Casas, para decir: que era locura é imbecilidad del real consejo, querer hallar en la repulsa de los indios un buen pretexto para la guerra.

La respuesta de los naturales, fué un general y amenazante grito, acompañado de una nube de flechas. De este acto de natural defensa se hizo depender la justicia de la empresa; y la lucha comenzó terriblemente, en la que los indios se repetian sin cesar «herid al gefe;» pero al fin cediendo á la mejor táctica de los europeos y ate-

morizados por las armas de fuego que les eran desconocidas, huyeron á la ciudad de Tabasco, bien fortificada con una muralla de gruesos troncos de árboles puestos en la tierra: ahí se repitió otro sangriento combate en que tambien quedó el triunfo por los españoles y se hicieron dueños de la ciudad.

Cortés dió tres golpes con su espada en un corpulento árbol de Ceiba, proclamando en alta voz, que tomaba posesion de la ciudad para los soberanos católicos: se repitió por los soldados la protesta de defenderla con sus armas de cualesquiera que contradijese los derechos de la corona de Castilla y todo se autorizó por el notario. Esta fórmula quedó adoptada para asegurar la dominacion de todos los terrenos conquistados en el Nuevo Mundo. Despues de esto, y en medio de un silencio sospechoso en toda la ciudad, la tropa se acuarteló en el atrio de un templo y con las precauciones necesarias, se entregó al reposo ese dia.

El intérprete Melchor, dejando colgados sus vestidos en un árbol, se fugó al campo enemigo, lo cual inquietó mucho á Cortés; y al dia siguiente, mandó reconocer el terreno por dos compañías que marchaban en distintas direcciones. Antes de caminar una legua, uno de los cuerpos exploradores al mando de Francisco de Lugo, lo atacaron con tal ímpetu por todas direcciones, que probablemente hubieran todos sucumbido ante el inmenso número de enemigos; pero los feroces gritos con que los indios acompañaban su asalto, hicieron volver luego sobre aquel punto á Pedro de Alvarado gefe de la otra compañía, á la vez que la fuerza de la ciudad salió á proteger su retirada. Algunos prisioneros que se tomaron ese dia, les hicieron saber que todo el país estaba sobre las armas y que contando con muchos miles de hombres de las provincias vecinas, estaba convenido un asalto á la ciudad para el siguiente dia.

Cortés no queria comprometerse en una guerra dudosa, lejos de la corte de Moctehzuma, que era el objeto de su empresa; pero no queriendo fracasar antes de dar principio á su grande obra, determinó no retirarse de allí sin conseguir un completo triunfo, para lo cual á fin de dar la mañana siguiente un combate general, mandó desembarcar el resto de su tropa, los caballos y seis cañones de grueso calibre. Con el primer destello de la mañana, el ejército asistió á la misa y luego marchó contra el enemigo sin esperar el ataque en la ciudad: la infantería se confió á las órdenes de Diego de Ordaz, la artillería á un ingeniero llamado Mesa y el mismo Cortés con los valientes capitanes, Alvarado, Velazquez de Leon, Portocarrero, Olid y Montejo, marchó con su pequeña caballería, dando una vuelta á las llanuras de Ceutla en que estaba el ejército enemigo, en una estensísima línea que apenas podia abarcar la vista. Luego que la infantería fué descubierta en un terreno incómodo, fueron acometidos con el furor con que siempre lo hacian los indios: en tan inmenso número que se agitaba como las olas del océano dice Prescott, y la nube de flechas que arrojaban, por espacio de una hora estuvo á punto de acabar con el pequeño ejército de Ordaz que se defendia con una resistencia vigorosa. Al fin llegó la caballería por la retaguardia del enemigo, y con la vista de los hombres montados en los caballos que por serles desconocidos hasta entonces, los creyeron unos mónstruos, empezó á huir aquella muchedumbre despavorida: y alentados los españoles, al grito de guerra «Santiago y S. Pedro» herian á derecha é izquierda, esparciendo el terror por todas partes, hasta obtener una completa victoria. «Los ojos de la fé añade Prescott, pudieron tambien distinguir al mismo santo patron de España, cabalgando en su corcal blanco de guerra, dirigiendo el combate y hollando los cuerpos de los mori-

bundos infieles.» Otros autores aseguran, que Cortés supuso ser S. Pedro su santo tutelar; pero Bernal Dias en el cap. 34 de su historia esclama «pecador de mí, que no se me permitió ver en esta ocasion á ninguno de los dos apóstoles.» El dia de la accion fué el 25 de Marzo y en honor de la Virgen Madre del Redentor, se mandó fundar allí una ciudad llamada «Santa María de la Victoria.» Luego que la accion concluyó, Cortés y sus soldados se dirigieron á un bosquecillo de palmas, á cuya sombra rindieron acciones de gracias al Todopoderoso. Luego acarició á los prisioneros entre los que estaban dos gefes; y dándoles libertad les mandó proponer la paz á sus compatriotas si venian á prestarle sumision; pero que de lo contrario arrasaria el pais pasando á cuchillo á todos sus habitantes. A esta proposicion fueron los principales gefes acompañados de una numerosa comitiva, llevando algunos regalos no muy cuantiosos, veinte mugeres que el gobernador destinaba para el servicio de los españoles, entre las cuales iba la célebre D^a Marina. Esta india célebre por su raro ingenio, descendia de una familia noble, del pueblo de Goatzacoalco: su padre feudatario de la corona de México y señor de muchos pueblos, murió dejando muy pequeña á su hija: la madre contrajo segundo matrimonio con otro noble del cual tuvo un hijo; y queriendo hacerlo dueño de toda la herencia, ambos convinieron en vender á la niña como esclava, haciendo el duelo como si hubiera muerto, para lo cual se valieron del cadáver de una jóven esclava. Marina fué vendida á unos mercaderes xicalancas y estos la vendieron en la ciudad de Tabasco, de donde el gobernador la entregó á Cortés, á quien sirvió de intérprete por su conocimiento en las lenguas maya y mexicana, habiendo aprendido muy pronto la española: tambien recibió el bautismo, donde se le dió el nombre de Marina, que los mexicanos pro-

nunciaban Malintzin con la particula reverencial, y que despues los españoles corrompieron en el de Malinche, con el que es generalmente conocida. Sirvió fielmente á los españoles, cooperando á librarlos de muchos riesgos y facilitarles su triunfo; á la vez que por la simpatía con los naturales, contribuyó mucho para aliviar sus infortunios, y con justicia, fué siempre respetada su memoria, por conquistadores y conquistados. Mas tarde, Cortés la hizo entrar con él en una union ilícita, de la cual resultó el infortunado D. Martin Cortés, que murió en México, siendo víctima de una infundada acusacion.

Estando ya restablecida la confianza en los tabasqueses, dispuso Cortés su salida para el dia siguiente que era Domingo de la semana mayor, llamado de ramos: por la mañana se formó en procesion solemne, todo el ejército, llevando cada uno sus ramos de palma, cuyo concurso se aumentó con millares de indios que Cortés tuvo cuidado de hacer venir, para que en medio de una fiesta tan solemne de la iglesia católica, recibieran la primera semilla de la fé. La comitiva se dirigió al templo principal, del cual se habian arrojado los ídolos, erigiendo en su lugar un altar á la Madre de Dios, donde se celebró por el P. Olmedo el santo sacrificio que borra los pecados del mundo y desarma la justicia del terrible Jehová. Algunos soldados entonaron los cantos sagrados para acompañar las ceremonias del sacerdote: y en medio de aquel profundo silencio, la magestad de las ceremonias cristianas, la dulzura de los patéticos cantares y sobre todo la gracia que se derramaba de la sagrada víctima, heria muy vivamente los sencillos corazones de los hijos de la naturaleza, que no olvidaron aquella solemne fiesta, estuvieron prontos á recibir las instrucciones de una religion, que por la eficacia del sacrificio, amaban ya antes de comprenderla.

Concluida la fiesta hubo un momento de expansion entre indios y españoles, como si sus corazones estuvieran ya unidos por los vínculos de una fé comun: se hicieron mútuos regalos; y los soldados castellanos, con sus ramos de palma volvian á sus embarcaciones satisfechos de su expedicion y anciosos de llegar á la corte del famoso Mocteuhezuma, aunque temian bastante su poder que tanto ponderaban todos los pueblos.

Caminó la flota por el golfo á poca distancia de la costa, reconociendo sus tortuosas orillas: las aguas se mantenian en una apacible calma; y al débil impulso de una suave y deliciosa brisa llegó la armada española la tarde del juéves santo, al frente de la provincia de Chalchihuecan, lugar que agradó al comandante español para efectuar su desembarco y mandó anclar sus naves á sotavento de la isla de S. Juan de Ulúa.

CAPITULO XII.

Desembarca de Cortés y negociaciones con Mocteuhezuma.

Apenas se situaron los buques españoles, en el lugar donde anclaron, cuando se desprendió de la costa una gran piragua con algunos de los muchos naturales que observaban la llegada de los estrangeros: se dirigieron á la nave en que las insignias reales indicaban estar el gefe, presentándole un regalo de flores y frutas; pero queriendo Cortés entablar con ellos conversacion, se halló con que su idioma no era entendido por el intérprete Aguilar. Mucho contristó á ambos esta circunstancia; mas advirtiéndole su turbacion D^a Marina, dijo en lengua maya, lo que los indios habian dicho en la mexicana,

lo cual trasmitió Aguilar á Cortés en español. De esta manera se siguió valiendo el conquistador de los dos intérpretes, hasta que el uno comprendió el mexicano y la otra el español.

Impuesto Cortés de las noticias que deseaba, los mandó avisar á Teuhtlile gobernador de su provincia, del deseo que tenia de hablar con él: y la mañana siguiente cuyo día era Viérnes santo, desembarcó la fuerza en el lugar en que se fundó la ciudad que hasta hoy es conocida con el nombre de Veracruz. En aquel hermoso plano de arena, se construyeron chozas con troncos y ramas de árboles, con el auxilio de los indios: se plantó en el centro del campamento una gran cruz de madera; y en los bancos de arena que habian formado los huracanes, se colocó la artillería, dominando aquella estensa y arenosa playa. Los indios de los lugares inmediatos venian cargados de toda clase de objetos, de los cuales unos regalaban y otros cambiaban por las baratijas de los españoles, pasándose así dos dias en una pacífica y alegre feria.

El Domingo de resurreccion llegó Teuhtlile con gran acompañamiento en los momentos que se iba á celebrar la misa, á la cual asistieron mezclados los españoles y los indios: despues Cortés obsequió al gefe indígena en su tienda y le manifestó ser súbdito de un poderoso monarca á quien obedecian príncipes y reyes, y el cual teniendo noticia del poderoso rey Mocteuhezuma, lo habia mandado para entablar con él comunicacion y presentarle un regalo que lo asegurara de su amistad. Teuhtlile se sorprendió de saber que hubiera un rey tan poderoso como el suyo y ofreció hacerle saber al monarca mexicano la pretension del comisionado español, despues de lo que le presentó unos regalos que consistian en dos cargas de ropas finas de algodón, algunos preciosí-

Concluida la fiesta hubo un momento de expansion entre indios y españoles, como si sus corazones estuvieran ya unidos por los vínculos de una fé comun: se hicieron mútuos regalos; y los soldados castellanos, con sus ramos de palma volvian á sus embarcaciones satisfechos de su expedicion y anciosos de llegar á la corte del famoso Mocteuhezuma, aunque temian bastante su poder que tanto ponderaban todos los pueblos.

Caminó la flota por el golfo á poca distancia de la costa, reconociendo sus tortuosas orillas: las aguas se mantenian en una apacible calma; y al débil impulso de una suave y deliciosa brisa llegó la armada española la tarde del juéves santo, al frente de la provincia de Chalchihuecan, lugar que agradó al comandante español para efectuar su desembarco y mandó anclar sus naves á sotavento de la isla de S. Juan de Ulúa.

CAPITULO XII.

Desembarca de Cortés y negociaciones con Mocteuhezuma.

Apenas se situaron los buques españoles, en el lugar donde anclaron, cuando se desprendió de la costa una gran piragua con algunos de los muchos naturales que observaban la llegada de los estrangeros: se dirigieron á la nave en que las insignias reales indicaban estar el gefe, presentándole un regalo de flores y frutas; pero queriendo Cortés entablar con ellos conversacion, se halló con que su idioma no era entendido por el intérprete Aguilar. Mucho contristó á ambos esta circunstancia; mas advirtiéndole su turbacion D^a Marina, dijo en lengua maya, lo que los indios habian dicho en la mexicana,

lo cual trasmitió Aguilar á Cortés en español. De esta manera se siguió valiendo el conquistador de los dos intérpretes, hasta que el uno comprendió el mexicano y la otra el español.

Impuesto Cortés de las noticias que deseaba, los mandó avisar á Teuhtlile gobernador de su provincia, del deseo que tenia de hablar con él: y la mañana siguiente cuyo día era Viérnes santo, desembarcó la fuerza en el lugar en que se fundó la ciudad que hasta hoy es conocida con el nombre de Veracruz. En aquel hermoso plano de arena, se construyeron chozas con troncos y ramas de árboles, con el auxilio de los indios: se plantó en el centro del campamento una gran cruz de madera; y en los bancos de arena que habian formado los huracanes, se colocó la artillería, dominando aquella estensa y arenosa playa. Los indios de los lugares inmediatos venian cargados de toda clase de objetos, de los cuales unos regalaban y otros cambiaban por las baratijas de los españoles, pasándose así dos dias en una pacífica y alegre feria.

El Domingo de resurreccion llegó Teuhtlile con gran acompañamiento en los momentos que se iba á celebrar la misa, á la cual asistieron mezclados los españoles y los indios: despues Cortés obsequió al gefe indígena en su tienda y le manifestó ser súbdito de un poderoso monarca á quien obedecian príncipes y reyes, y el cual teniendo noticia del poderoso rey Mocteuhezuma, lo habia mandado para entablar con él comunicacion y presentarle un regalo que lo asegurara de su amistad. Teuhtlile se sorprendió de saber que hubiera un rey tan poderoso como el suyo y ofreció hacerle saber al monarca mexicano la pretension del comisionado español, despues de lo que le presentó unos regalos que consistian en dos cargas de ropas finas de algodón, algunos preciosí-

simos mosaicos de plumas y un cestoleno de primorosas figuras de oro.

Cortés dió gracias por este presente y le entregó el regalo destinado á Mocteuhezuma, que consistia en una silla de brazos, pintada y con algunas figuras esculpidas: un gorro de paño carmesí con una medalla de oro y algunos collares de cuentas de vidrio. El gefe indio habia visto á un soldado español un reluciente yelmo, semejante al que tenia en México la estátua que representaba al dios Quetzalcohuatl, que por las tradiciones que habia, respecto de esta divinidad, manifestó deseo de llevárselo á su soberano. Cortés accedió con la condicion de que se le volviera lleno de polvo de oro, con pretesto de reconocer si este metal era semejante al de su tierra. Gomara dice: haberle espuesto que los españoles padecian una enfermedad de corazon, para la que era un remedio especifico el oro; y el S. Las Casas espone: "que trató de manifestar muy claramente al gobernador su necesidad de oro."

Mientras todo esto pasaba, Cortés observó que un indio delineaba una pintura y sabiendo que el objeto era dar al rey por este medio una noticia mas esacta de lo que ahí pasaba, hizo que su ejército practicara algunas evoluciones, haciendo disparar los cañones, cuyas balas hacian un formidable estrago en los bosques inmediatos; todo lo que llenó de espanto á los indígenas y con la mayor exactitud fué representado en la pintura. Entonces Teuhtlile en medio de sus ceremonias acostumbradas salió del campamento español, ofreciendo volver pronto con la respuesta de su rey, ordenando á sus súbditos proporcionaran á los estrangeros, todo lo que exigia la buena hospitalidad, virtud que poseian los indios en grado eminente.

La embajada azteca comunicada por las postas, llegó á México con extraordinaria prontitud: y esta nueva no-

ticia de las gentes estrañas de quienes esperaban los mexicanos la ruina de su monarquía los consternó sobremanera. Ya antes habia llegado la noticia de la guerra de Tabasco y esto causó gran division en el senado, porque á la vez que unos querian ver en los españoles algunos pacíficos negociantes, otros en virtud de las hostilidades en Tabasco no veian sino declarados enemigos: en esta division, Mocteuhezuma, que arrebatado por su natural orgullo y la grandeza de su poder, contenia su vuelo por la supersticion de su espíritu, se inclinó ante una medida impolitica de las que causan siempre la ruina de los imperios; y sin permitirles entrar á sus dominios, se negó á tratarlos como enemigos y los mandó un regalo tan rico que exitó mas la codicia de los recién llegados.

Despues de ocho dias se volvió á presentar Teuhtlile en el campo de Cortés, acompañado de dos nobles y cien esclavos que conducian el régio regalo que le mandaba Mocteuhezuma y el cual se componia de multitud de escudos, yelmos y corazas con adornos de oro: collares y brazaletes del mismo metal: sandalias y penachos con cimeras de vistosas plumas atadas con hilos de oro y plata y adornados con figuras de los mismos metales y piedras preciosas: ropas finísimas de algodón y plumas: la celada del soldado español llena de polvo de oro como lo habia pedido el comandante, y dos ruedas tan grandes como la de un coche, una de oro en que se representaba el siglo mexicano y la otra de plata significando el año. Solo la primera fué avaluada en 20,000 pesos de oro, que segun el valor que entonces tenia el peso de oro español, equivalia esta suma, á la de 240,000 pesos mexicanos. (Bernal Diaz cap. 39. Las Casas lib. 3. cap. 120. Prescott lib. 2º cap. 6º) Entre los esclavos iba uno que fué mandado por la semejanza que tenia con Hernan Cortés segun la figura que de este

se puso en el cuadro presentado á Mocteuhezuma y al llegar al campo, los soldados reconocieron de tal modo esta semejanza, que distinguieron al indio con el nombre de "Cortés mexicano." (Prescott lug. cit.)

Este rico obsequio que fué puesto sobre unas esteras finas á presencia del gefe español, le causó bastante satisfaccion; pero no así la respuesta del soberano azteca, en la que manifestaba mucho placer por entablar relaciones de amistad con el poderoso monarca de los españoles; mas la distancia á que estaba su capital y las dificultades para el viaje, le hacian no admitir la visita que Cortés se proponia y les suplicaba volvieran á su pais con las pruebas de amistad que habian recibido. Cortés ocultó la pena que le causaba esta repulsa é insistió manifestando ser muy pequeños los obstáculos para poner fin á su viaje, despues que habia vencido los peligros de mas de dos mil leguas de navegacion; y añadiendo otro obsequio de poco valor obligó á los embajadores volver á recabar el consentimiento de su soberano para poder pasar á su corte.

La riqueza del presente que estaba á vista de todos los gefes españoles, hizo creer á unos, que el poder de un monarca que hacia regalos de esta clase, seria incapaz de vencerse con tan poca fuerza y opinaban por el regreso á Cuba, para pedir mayor refuerzo; pero otros vislumbraban los temores de los mexicanos y estimulados por el poderoso incentivo de las riquezas, querian marchar cuanto antes á tomar posesion de un terreno tan adecuado á sus deseos. Cortés entretanto guardaba una prudente reserva y para esperar la respuesta de la segunda embajada y tomar tiempo de conocer mejor la intencion de sus soldados, determinó esperar; mas para ocupar la atencion de los que se manifestaban inquietos, hizo salir dos buques al mando de Montejo y dirigido por su piloto Alaminos para explorar la costa adelante.

A los diez dias volvieron los comisionados mexicanos, trayendo otro regalo de menos valor que el primero y por respuesta la misma oposicion de Mocteuhezuma para que los españoles penetraran en sus dominios. El se disgustó mucho de esta resistencia; pero sin manifestar á los aztecas su desagrado, dijo á los suyos "éste en verdad es un rico y poderoso príncipe, y aun cuando sea difícil, algun dia le pagaremos una visita en su capital."

Mientras volvia Montejo, Cortés hacia que sus capellanes fueran derramando la semilla de la fè cristiana entre los naturales; pero éstos recibian friamente aquellas instrucciones y fuera por esto ó por las órdenes que tuvieran de sus gefes, se fueron retirando del campo, hasta quedar solos los españoles, recelosos de una conducta tan sospechosa. Con esto, la ociosidad en que se mantenia la tropa y los ardores del sol en aquel descubierta arenal, alimentaban en muchos el descontento; y á la llegada de Montejo y Alaminos, el campo estaba en una verdadera y alarmante division: Cortés procuraba calmarla sin resolverse á determinacion alguna, cuando llegan al campamento cinco indios, que por su modo de vestir y su lenguaje indicaron luego no ser mexicanos. Dijeron que eran de Cempoala, capital de los totonecas, nacion poderosa que hacia mucho ocupaba aquellos sitios; pero que teniendo que sufrir como otros muchos pueblos el pesado yugo de los mexicanos, el cual era ya insoponible por el despotismo de los reyes de Tenoxtitlan, y habiendo llegado á oidos de su señor la fama de los españoles, los mandaba invitar para que pasaran á su capital. Cortés hasta este momento ignoraba el estado de cosas en el interior; pero estas ligeras indicaciones, le hicieron descubrir la poderosa palanca con que habia de remover los obstáculos que se oponian á la realizacion de sus miras: y dando á los emisarios totonecas algunos

regalos, les prometió que pronto iría á visitar á su señor como lo deseaba.

Los disturbios seguian entre los soldados, queriendo unos el regreso á Cuba y otros el que se estableciera allí una colonia. Cortés se hallaba algo embarazado para salir de aquella crítica situacion y seguramente fué una de las veces que con mas astucia y habilidad se manejó para hacer servir á su intento los mismos elementos que se lo estorbaban. Se condujo de tal modo, que por determinacion unánime de los soldados, se estableció allí la colonia en nombre de los soberanos de España. Se eligieron alcaldes á Portocarrero y Montejo, se nombraron regidores, alguacil, tesorero y demas funcionarios de la ciudad que debia fundarse, á la cual se le designó el nombre de Villa Rica de Veracruz. Las autoridades de esta nueva comunidad civil, prestaron el juramento respectivo y luego Cortés compareció ante ellas para hacer dimision del empleo de capitán general que le habia conferido el Gobernador Velazquez, el cual habia terminado en virtud de haber ya en aquel lugar, autoridad que representara la persona del rey. Los funcionarios deliberaron y llamando luego á Hernán Cortés, le hicieron saber que en nombre de los reyes católicos lo nombraban capitán general y justicia mayor de la colonia, autorizándolo para tomar el quinto de todo el oro y la plata que para lo sucesivo pudiera adquirirse fuera por comercio ó por conquista. De este modo, el astuto Cortés, se libró de los que lo estaban importunando para el regreso y quedaba con una autoridad mas amplia tanto en lo político como en lo militar, desprendiéndose de su enemigo Velazquez y cubriendo su responsabilidad con los mismos funcionarios que lo habian elegido.

Ligadas así las voluntades de todos aquellos espíritus turbulentos, hizo Cortés poner á bordo de sus buques la artillería gruesa y ordenó que éstos hicieran algunos

nuevos reconocimientos por la costa, mientras él con su ejército hacian á Cempoala el viaje proyectado. En el primer dia de su marcha, encontraron doce totonecas que venian por su señor, encargados de servirle de guías á los españoles: y ellos mismos proporcionaban víveres á la tropa. Los soldados partidarios del capitán general, á cada paso encontraban un nuevo aliciente para seguir su empresa: á la vez que los del partido opuesto encantados con la belleza de las nuevas perspectivas que en el camino se les iban presentando, olvidaban sus antiguos resentimientos y estrechaban mas y mas la alianza que aquella pequeña porcion de aventuros necesitaba para realizar la gran empresa que acometian.

Al llegar á la ciudad, salieron hombres y mugeres vestidos cada uno segun su clase lo mejor que les fué posible, ostentando las familias principales su multitud de joyas de oro y piedras preciosas, así como las finísimas telas que les servian de adorno en sus casi desnudos cuerpos. Con gran satisfaccion presentaban á los soldados guirnaldas y ramilletes de flores: y coronaron el yelmo del general con una diadema de rosas, poniendo tambien un collar á su fogoso corcel. Embriagados con tanta felicidad, algunos soldados de caballería que se habian adelantado observaron las casas principales tan blancas y relucientes por su esquisito bruñido, que se volvieron locos de contento creyendo haber descubierto una ciudad con edificios de plata: credulidad que los hizo ser objeto de risa para sus camaradas, y que ha descubierto demasiado en el estado de su imaginacion, que no era una chanza lo que decia Cortés á Teuhtlile, de que sus compañeros padecian un mal de corazón, que solo podia curarse con oro. (Prescott lug. cit.) Solís lib. 2º cap. 8º

CAPITULO XIV.

Cortés entabla negociaciones con el Señor de Cempoala y otros señores: fundacion de Veracruz: embajada azteca: y destruccion de las naves.

Al entrar el ejército español en la ciudad, salió el señor de ella á recibirlos: éste era un hombre alto y de extraordinaria gordura, por lo cual para andar tenia que apoyarse en los nobles que formaban su comitiva; pero de un carácter afable y de una inteligencia despejada. Recibió cortesmente al comandante, incensándolo segun la costumbre del pais, le señaló alojamiento para su ejército que fué en el espacioso patio de un templo, con las habitaciones inmediatas, y se retiró ofreciéndole volver á visitarlo. Los españoles recibieron ahí abundantes provisiones y un regalo para el capitán general, en adornos de oro y telas finas de algodón. Sin embargo de estas demostraciones de amistad, el gefe español estuvo con la vigilancia necesaria, colocando sus centinelas y artillería, de modo que estuvieran á cubierto de una sorpresa y ordenó bajo pena de muerte, que ningún soldado saliera del campamento sin espresa orden suya.

Después de la comida el gefe indio conducido en unas andas, fué á visitar al comandante español: y ambos tuvieron una secreta conferencia, con solo el auxilio de los intérpretes. Cortés con bastante astucia, le ponderó al cempoalés el poder de su soberano: y le dijo que entre las importantes instrucciones que traía, era la principal proteger con su fuerza la inocencia oprimida, y concluyó ofreciéndose á sus órdenes así en su persona

como en las de sus soldados. El indígena se desahogó refiriendo las desventuras que sufrían los totonecas y otros muchos pueblos por la dura opresión de los mexicanos: los cuales, no solo los privaban de una gran parte de sus riquezas en los crecidos tributos que se les exigían, sino que inhumanamente disponían del honor de sus hijas y de la sangre de su pueblo, que sin cesar tenía que proporcionar víctimas para sus sangrientos sacrificios. El capitán general le aseguró no volvería á permitir semejantes atrocidades y que solo pedía la lealtad de los totonecas, para ayudarlos á sacudir aquel pesado yugo: en esta conferencia se impuso Cortés del estado de conflagración en que se hallaba toda la monarquía, y todos los pueblos que podían aliarse para librarse de la opresión de los mexicanos, entre los cuales, se contaba la belicosa república de Tlaxcala. Pero como el indio se manifestaba muy temeroso del poder del gran Moctezuma, Cortés lo calmó, y asegurándole que tenía necesidad de pasar á ver el estado de sus embarcaciones, le ofreció volver para concertar entre ambos las medidas convenientes para romper los lazos con que los tenía esclavizados el despotismo de los mexicanos.

Muy satisfecho quedó el ejército así que supo por su general, la facilidad con que podrían seguir sus operaciones con el auxilio de tan numerosos pueblos, prontos á volver sus armas contra la corte de Moctezuma, que era su dorado ensueño: Cortés se detuvo un día para pagar su visita al hospitalario indio que con sus avisos le había descubierto el gran enigma, que tanto había fatigado su imaginación; y al siguiente emprendió su marcha, para lo cual se le dieron por el señor de la ciudad, cuatrocientos hombres de carga, que ayudaron á llevar la artillería y las abundantes provisiones de que fueron abastecidos. Se dirigieron los españoles á la ciudad de Chiahuiztla distante cuatro leguas y muy cerca del lu-

gar donde estaban anclados los buques: al llegar á la ciudad, los habitantes la abandonaron por temor de ver á los españoles armados sin saber el objeto de su ida; pero al llegar al templo salieron al encuentro los sacerdotes que se habian quedado para cuidar del respeto á sus divinidades. Impuestos del objeto de los españoles, los alojaron é hicieron que el pueblo volviera á sus hogares; pero el señor de la ciudad receloso de alguna oculta red, no quiso presentarse sino hasta que lo vino á apadrinar el de Cempoala conducido en sus andas. Ambos señores conferenciaron con el caudillo europeo, quien ratificó las noticias que ya antes habia adquirido del descontento de muchos pueblos para con la corona de México.

Estaban en esta conferencia, cuando se notó en la calle un movimiento en el pueblo, ocasionado por la llegada de cinco ministros de la corte recaudadores de tributos: en su altivo porte demostraban bastante la opresion de que eran víctimas aquellos desgraciados pueblos: iban con los ricos trajes que usaba la nobleza mexicana, llevando ramos de flores en las manos, y una gran multitud de criados los seguian, ocupándose muchos de ellos en agitar unos primorosos abanicos para que los muchos insectos que hay en aquellos lugares, no molestaran á sus amos. Los españoles se acercaron á su paso, pero apenas les dirigieron una orgullosa mirada. Impuestos de lo que pasaba en el lugar, llamaron al señor de ahí y al de Cempoala á quienes reprendieron por haber admitido á su amistad á los españoles contra la voluntad del soberano de todos aquellos pueblos: y para espiar aquel delito, pidieron veinte víctimas humanas que sacrificar en honor de los dioses nacionales. Confusos estaban los señores y toda la ciudad turbada, cuando advertido Cortés de lo que pasaba por Doña Marina, aconsejó á los señores apoderarse de los ministros reales y ponerlos en la cárcel: aquellos tí-

midos indígenas no se atrevian á irritar tanto el furor de Moctezhuma, con semejante atrevimiento; pero cediendo al fin á las instancias del comandante, los ataron de piés y manos y los entregaron á una guardia.

Los sirvientes de los recaudadores llenos de temor, huyeron refiriendo por todas partes el insulto que se habia hecho á la magestad del rey en las personas de sus ministros: y todos los que no podian soportar ya la dureza de la dominacion azteca, lisonjeándose de hallar un medio de sacudirla, corrieron á Chiahuitztlá para conferenciar sobre lo que debia hacerse en una cuestion de tanta importancia. Pero mientras, Cortés entrada la noche de ese dia, hizo traer á su presencia á dos de los ministros encarcelados y espresándoles gran sentimiento por el ultraje que habian sufrido, les proporcionó medio para que pudieran fugarse y les ofreció hacer porque tambien sus tres compañeros salieran libres. Y les encargó hicieran saber á sus soberanos, como los españoles estaban siempre bien dispuestos en favor de sus súbditos, á pesar de la resistencia que él habia puesto para que pasaran á visitarlo en su corte. Aquellos dos nobles, con el auxilio de los extranjeros y la obscuridad de la noche, se vieron libres del furor de los totonecas, quienes se manifestaron al dia siguiente muy indignados por la fuga de los dos aztecas, y Cortés para calmarlos les ofreció encargarse de la guardia de los otros tres, que poco despues fueron á reunirse con sus camaradas.

Reunidos los señores principales de las ciudades de los totonecas, para conferenciar sobre la conducta que debian observar para lo sucesivo, opinaban los mas tímidos aplacar la ira del rey, mandándole una embajada que imploraba su clemencia para con toda la nacion; pero otros no creian ablandar el duro corazon de Moctezhuma y mas dispuestos estaban á recobrar su libertad,

aceptando la protección de los españoles. ¡Cuán lejos estaban estos desgraciados, de pensar que al servir de palanca para derrumbar el trono del orgulloso azteca, debían sepultarse entre sus ruinas, el opresor y el oprimido, y que los depojes de ambos, servirían para enriquecer á sus mentidos protectores! Todos juraron obediencia á los soberanos de Castilla y el notario real levantó acta de esta ceremonia y la autorizó con su firma.

Contento el capitán general, con una victoria obtenida solo á costa de un momento de intrigas en cuya red hizo caer á tantos pueblos, salió para el puerto donde anclaban sus buques, en cuya playa determinó luego fundar la ciudad: fijó el lugar del templo, de los edificios públicos, de las fortalezas y murallas, en todo lo cual trabajó muy activamente con todos sus soldados y todos los indios sus amigos venían á traer piedra, cal y maderas para aquella fundación, ayudando también con sus servicios personales. De manera que con tanta actividad y tal número de operarios, en pocas semanas quedó concluida la primera ciudad española, que sirvió de base para las atrevidas operaciones de los conquistadores. Moctezuma había recibido la noticia del arresto de sus ministros, teniéndose como una ofensa hecha por los extranjeros, y desde luego pensó levantar un numeroso ejército, para ir á castigar la osadía de los aventureros esterminándolos y reducir á la obediencia á los pueblos que bajo su sombra se habían revelado contra su autoridad; pero antes de concluir los preparativos para la ejecución, llegaron los dos nobles que primero fueron puestos en libertad los cuales repitieron las bondadosas muestras de consideración que habían recibido del comandante español. Esto hizo cambiar la resolución de aquel rey pusilánime en los momentos de mayor peligro: y solo se limitó á mandar una embajada, que al mismo tiempo de presentar un nuevo regalo á los españoles, les

instase á salir de sus dominios, para poder castigar á los súbditos que bajo su sombra se habían atrevido con tanta insolencia á rebelarse contra su autoridad. La embajada se componía de dos jóvenes sobrinos de Moctezuma y cuatro personajes de la nobleza azteca, los cuales llegaron á la nueva colonia española y fueron recibidos por Cortés con fingidas muestras de verdadera amistad. Les hizo algunos regalos de poca consideración: y protestando la más sincera conducta para con su soberano, les despidió ofreciendo que muy pronto pasaría á la capital para hacer una visita á tan poderoso monarca, donde quedara disipada cualquiera mala inteligencia que entre ambos pudiera haber habido. Los totonecas tenían tal temor al formidable poder del monarca mexicano, que no se consideraban exentos de castigo ni al abrigo de los españoles; pero cuando vieron el influjo que estos ejercían sobre aquel aun á tanta distancia, no vacilaron en entregarse abiertamente bajo su protección.

En esos mismos días, tuvo el señor de Cempoala, una desavenencia con otro señor de los de su nación: y luego imploró el auxilio de las fuerzas españolas en su favor. Cortés salió sin pérdida de tiempo para la ciudad hostil á su favorecedor: y antes de entrar en ella salió el jefe á recibirlo: una sola explicación por su parte, fué bastante para reconciliar los ánimos sin recurrir á la fuerza de las armas; y luego regresó á Cempoala donde lo recibió todo el pueblo con verdadero regocijo. Su aliado el señor de aquella ciudad, para darle una prueba de su gratitud, le presentó ocho doncellas ricamente vestidas y adornadas con joyas de oro y piedras preciosas para que se casaran con los capitanes de su ejército entre las cuales una era sobrina suya y destinada para el general.

Cortés rehusó admitir aquel presente, si antes no

consentían en destruir sus ídolos y separarse de las máximas abominables de su falsa religion, pues no era lícito á los hijos de la iglesia tener comercio con idólatras. Le esplicó en seguida, probablemente por medio de los capellanes, las verdades de la religion santa y afeó con energía el culto á los ídolos, especialmente el que se les daba con los horribles sacrificios humanos. El gefe cempoalés manifestó que sus dioses eran muy buenos y que de ellos recibía el pueblo la salud y la abundancia de los frutos, por lo que creía una ingratitud abandonar su culto, que justamente excitaria la cólera de ellos y les mandarian severos castigos: y que estaba dispuesto á resistir cualquiera violencia que se cometiera contra sus dioses. Esta respuesta irritó el orgullo del capitán general y dijo á sus soldados: que no era posible tolerar por mas tiempo aquel perverso foco de supersticion, ni el cielo les prestaria sus ausilios si permitian que á su vista se tuviera un culto tan abominable, que él por su parte estaba resuelto á demoler los ídolos, aun cuando en aquel acto tuviera que hacer sacrificio de su vida. El gefe de Cempoala no entendia las palabras de Cortés; mas adivinando su intento en sus movimientos, hizo señal á su pueblo para que se preparara á la defensa de su religion y de sus dioses. El pueblo se alarmó y Cortés para prevenir un mal resultado, mandó asegurar al gefe y á los sacerdotes con órden de que se les quitara la vida si se disparaba contra ellos una sola flecha. El furor seguía á mas y el pueblo llenaba de injurias á los españoles por la profanacion que intentaban cometer en sus *teocallis*, cuando Doña Marina les hizo saber: que si se oponian á la resolucion de los estrangeros, no solo dejarían su alianza, sino que se unirían á los mexicanos y la ruina de su nacion seria inevitable. A esta razon cedió el ardiente celo de los

cempoaleces y aunque no quisieron con sus manos derrocar los ídolos, consintieron en que lo hicieran los españoles: inmediatamente cincuenta soldados subian las escaleras del teocali y derribaron entre los gemidos del pueblo, aquellos simulacros que eran la causa de la supersticion de su espíritu. Los restos de las divinidades fueron quemadas, quitadas las manchas de sangre que en las paredes del templo se ostentaban como un trofeo religioso y se mandó blanquear todo de nuevo para erigir ahí un altar, en que se puso despues de una solemne procesion la imágen de la Madre de Dios y una gran cruz de madera, signo de la redencion del género humano, Seis de los mismos sacerdotes del lugar, vestidos con ropas blancas quedaron encargados de cuidar del aseo del templo y un soldado llamado Juan Torres, que por su edad ya no podia soportar las fatigas de la guerra, quedó al cuidado de dirigir el culto que se debía tributar ahí á la divinidad. Entonces las ocho doncellas fueron instruidas en las máximas del cristianismo y fueron regeneradas en las sagradas aguas del bautismo. Estas fueron las primicias que se recogian de la religion católica en el suelo mexicano.

Luego regresó el ejército á Veracruz, donde tuvieron el gran regocijo de encontrar un refuerzo de diez y ocho soldados que habian ido de Cuba á tomar parte en las aventuras de sus compañeros y seis que se tomaron de un buque de Jamaica: este refuerzo era bien insignificante; mas en aquellas circunstancias se estimaba en mucho, porque como habia dicho Cortés al gefe de Cempoala, que uno solo de sus soldados valia por un ejército de aztecas.

Estos nuevos compañeros hicieron saber á Cortés, que el gobierno español habia autorizado al gobernador de Cuba, para que fundara una nueva colonia en los países descubiertos: y como esto podia estorbar la reali-

zacion de sus planes, porque volvia á caer bajo la autoridad de su enemigo Velazquez, determinó mandar luego un buque á España, escribiéndole al rey todo lo que habia hecho allí y pidiendo para todo su real autorizacion y confirmacion de la autoridad de que él y sus compañeros se habian investido nuevamente. Para hacer mas eficaz la súplica y captarse la buena voluntad del rey, determinó mandarle todo el oro y jayas que se habian recogido, cediendo para esto la parte que á él se le habia asignado y estimulando á todos los soldados para que cada uno cediera lo que tuviera. Todos conocieron las ventajas de esta sagaz medida y no hubo uno que se opusiera, siendo comisionados para presentar este regalo, los dos gefes Montejo y Portocarrero.

Los ricos y curiosos objetos que debian rendir el ánimo del rey Carlos V en favor de Hernan Cortés y sus compañeros, eran los siguientes.

«Dos ruedas de diez palmos de diámetro, una de oro, con la imágen del sol, y otra de plata, con la de la luna, formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera seria probablemente la figura del siglo, y la segunda la del año, segun lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.»

«Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas, y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendian de ella veinte y siete campanillas de oro, y algunas perlas.»

«Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubies, ciento setenta y dos esmeraldas, y diez hermosas perlas engarzadas, y veinte y seis campanillas de oro. «Estos dos collares, dice Gomara, eran

dignos de verse, y tenian otras preciosidades ademas de las referidas.»

«Un morrion de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinte y cinco campanillas de oro que de él pendian, y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los piés y el pico de oro.»

«Una celada de oro cubierta de pedreria, de la que pendian algunas campanillas.»

«Un brazaletes de oro muy fino. Una vara á guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos estremidades, guarnecido de perlas.»

«Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.»

«Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itztli blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice espresamente que la piedra fuese itztli: pero se infiere de su descripcion. Es probable que estos zapatos no se hacian sino por curiosidad, aunque tambien puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera como solian hacerlo.»

«Una rodela de madera y cuero con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veia esculpida la imágen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de leon, de tigre, de aguilá, y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y plumas.»

«Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.»

«Veinte y cuatro rodelas bellas y curiosas de oro, de plumas, y de perlas menudas, y otras cinco solo de plumas y plata.»

«Cuatro peces, dos patos, y otros pájaros de oro fundidos.»

«Dos lagartos de oro, y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.»

«Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos pe-

queños. Muchas mitras, y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.»

«Muchos penachos grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro, y de piedras pequeñas.»

«Muchos abanicos de oro y plumas, ó plumas solas; de diversas hechuras, pero todos hermosísimos.»

«Una capa grande de algodón, y de plumas de varios colores, con una rueda negro en medio, con sus rayos.»

«Muchas capas de algodón, enteramente blancas ó blancas y negras á cuadros, ó rojas, verdes, amarillas y azúles, peludas por de fuera, como felpa, y por dentro lisas y sin color.»

«Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.»

«Todos estos objetos eran, segun dice Gomara, mas preciosos por su artificio que por su materia. «Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundicion, nuestros artifices no podian comprender como habian sido ejecutados. Este regalo, que era parte del que hizo Moteuczoma á Cortés, pocos dias despues de haber desembarcado este en Chalchiuhcuecan, fué enviado por el conquistador á Carlos V en Julio de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo Mundo envió al Antiquo: pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debía enviar en el porvenir.»

No pareció mal al altivo monarca español, un regalo en que rivalizaba el valor de los objetos con su mérito artístico: y fácilmente accedió á la peticion del atrevido conquistador, para que abriera en el corazon de este continente, una fuente de riqueza para los hijos de la envejecida Iberia, á costa de reducir al pueblo que produjo tantas curiosidades, al envilecimiento de muchos siglos y que debe ser el eterno oprobio del pueblo que

lo causó y un amargo reproche á la fementida civilizacion de los reformadores del siglo diez y nueve.

Apenas salieron los comisionados para la corte de España, cuando algunas personas descontentas con la administracion de Cortés y desconfiando en la peligrosa empresa que se acometia, determinaron tomar un buque y clandestinamente volverse á Cuba: ya estaban tomadas las medidas para ejecutar este proyecto cuando uno de los mismos comprometidos lo descubrió á Cortés; y en el acto hizo dar la muerte á dos de los principales en aquel plan, al piloto se condenó á perder los piés y los demas sufrieron la pena de azotes. De pronto el mal quedaba remediado con el castigo de los autores del plan; pero aquello causó una profunda impresion en el ánimo del general, que veia sembrada la semilla entre sus soldados y consideraba, que este desafecto produciria mas tarde un obstáculo insuperable á su empresa.

En esta vez tomó la resolucion mas audaz y atrevida que pueda mencionarse en las páginas de la historia: este solo paso haria á Hernan Cortés digno de la mayor estimacion por su grandeza de alma, si en la vida pública de este hombre, no hubiera faltas tan graves que eclipsa la gloria de que lo coronaban sus acciones, si es que alguna gloria puede haber en usurpar sus derechos á un pueblo y presentarlo con los mas odiosos coloridos, para sancionar su esclavitud.

Marchó para Cempoala con su ejército y por medio del oro y de los manejos de sus mas adictos, hizo que los pilotos barrenaran el fondo y los costados de sus buques, presentándole luego un informe de este deterioro en que se hallaban las naves á causa de los gusanos que habia en la costa, quedando á causa de esto y por lo que habian sufrido con los vientos contrarios, incapaces de entrar en alta mar. Se hizo todo como el general lo deseaba, y cuando le presentaron el informe, afectó sor-

prenderse y sentir mucho un atrazo tan grande; pero dando á conocer un grande esfuerzo de su voluntad, para sobreponerse, exclamó «Si es así, hágase la voluntad del cielo; pero saquemos de esta desgracia el mayor partido.» Mandó que se sacara á tierra la artillería, cordelaje, velas, el avuzon y todo lo que fuera movible, echando á pique los deteriorados cascos de sus embarcaciones, no esceptuando mas de un buque pequeño. Con esta medida que supera á todo atrevimiento, se iba á encerrar con un puñado de hombres, en el corazon de poderosas y enemigas monarquías, sin tener mas esperanza de salvarse, que consiguiendo el triunfo para el cual habia que pasar tan extraordinarios riesgos, que hacian la empresa un punto menos que imposible. El ejército veia cerrada toda esperanza de salir de aquella dificultosa situacion y desfalleció el ánimo hasta de los mas esforzados: las murmuraciones se fueron generalizando y á cada paso tomaban un aspecto mas imponente, porque decian haberlos conducido su general como ovejas al matadero: y para escapar de lo que todos llamaban una muerte sugura y estéril, llegaron amotinados á amenazar la vida de su comandante. Pero este ante la idea de conquistar un pais que le habia dado muestras de tanta riqueza, despreciaba todos los peligros y creia que solo colocando á su tropa en aquella posicion desesperada, podia contar con su eficaz cooperacion para consumir su gran pensamiento.

Se vistió de toda su presencia de ánimo y reuniendo á toda su tropa, les presentó en un persuasivo discurso, la necesidad de dar aquel paso: y al que estaba acostumbrado á dominar aquellos espíritus imprecionables con las aventuras caballerescas, particularmente cuando el resultado fuera adquisicion de las riquezas, no le fué difícil salir airoso en esta crisis: las adoradas ilusiones de gloria y de riquezas exaltaron sus mentes, é infla-

mando de nuevo su corazon, se avergonzaron de su timidez; y volvieron á estar prontos para secundar los gigantescos planes de su general. Los encargados de la destruccion de la flota, partieron al puerto para ejecutar la órden, y el ejército entusiasmado figurándose ya ver tremolar su estandarte victorioso en los palacios del opulento Moctezuhzuma, alegres poblaban el aire con el grito de «A México á México.»

CAPITULO XIV.

Marcha de Cortés á Tlaxcallan.

Con la destruccion de las embarcaciones, ya no habia esperanza de que los soldados pensaran retroceder: el establecimiento de la colonia, servia de base á las operaciones: se contaba con la alianza de los señores de las principales ciudades del pais de los totonecas, y no habia que hacer sino penetrar al interior de la monarquía, agitar los elementos de discordia que habia creado el despotismo de los reyes mexicanos y cargar á todos con una pesada cadena, confundiendo en sus estrechos y sofocantes anillos, el cuello de los déspotas con los oprimidos.

Volvió el ejército á Veracruz para tomar de ahí su camino: la colonia resguardada con cincuenta hombres, quedó al mando de uno de los oficiales que le era mas adicto á Cortés llamado Juan Escalante: se renovó la alianza de los cempoaleses y demas señores totonecas; para que prestaran su auxilio al gefe de la colonia, y el 16 de Agosto se puso en camino para México, llevando cuatrocientos quince soldados y diez y seis caballos, doscientos hombres de carga para conducir la artillería

prenderse y sentir mucho un atrazo tan grande; pero dando á conocer un grande esfuerzo de su voluntad, para sobreponerse, exclamó «Si es así, hágase la voluntad del cielo; pero saquemos de esta desgracia el mayor partido.» Mandó que se sacara á tierra la artillería, cordelaje, velas, el avuzon y todo lo que fuera movable, echando á pique los deteriorados cascos de sus embarcaciones, no esceptuando mas de un buque pequeño. Con esta medida que supera á todo atrevimiento, se iba á encerrar con un puñado de hombres, en el corazon de poderosas y enemigas monarquías, sin tener mas esperanza de salvarse, que consiguiendo el triunfo para el cual habia que pasar tan extraordinarios riesgos, que hacian la empresa un punto menos que imposible. El ejército veia cerrada toda esperanza de salir de aquella dificultosa situacion y desfalleció el ánimo hasta de los mas esforzados: las murmuraciones se fueron generalizando y á cada paso tomaban un aspecto mas imponente, porque decian haberlos conducido su general como ovejas al matadero: y para escapar de lo que todos llamaban una muerte sugura y estéril, llegaron amotinados á amenazar la vida de su comandante. Pero este ante la idea de conquistar un pais que le habia dado muestras de tanta riqueza, despreciaba todos los peligros y creia que solo colocando á su tropa en aquella posicion desesperada, podia contar con su eficaz cooperacion para consumir su gran pensamiento.

Se vistió de toda su presencia de ánimo y reuniendo á toda su tropa, les presentó en un persuasivo discurso, la necesidad de dar aquel paso: y al que estaba acostumbrado á dominar aquellos espíritus imprecionables con las aventuras caballerescas, particularmente cuando el resultado fuera adquisicion de las riquezas, no le fué difícil salir airoso en esta crisis: las adoradas ilusiones de gloria y de riquezas exaltaron sus mentes, é infla-

mando de nuevo su corazon, se avergonzaron de su timidez; y volvieron á estar prontos para secundar los gigantescos planes de su general. Los encargados de la destruccion de la flota, partieron al puerto para ejecutar la órden, y el ejército entusiasmado figurándose ya ver tremolar su estandarte victorioso en los palacios del opulento Moctezuhzuma, alegres poblaban el aire con el grito de «A México á México.»

CAPITULO XIV.

Marcha de Cortés á Tlaxcallan.

Con la destruccion de las embarcaciones, ya no habia esperanza de que los soldados pensaran retroceder: el establecimiento de la colonia, servia de base á las operaciones: se contaba con la alianza de los señores de las principales ciudades del pais de los totonecas, y no habia que hacer sino penetrar al interior de la monarquía, agitar los elementos de discordia que habia creado el despotismo de los reyes mexicanos y cargar á todos con una pesada cadena, confundiendo en sus estrechos y sofocantes anillos, el cuello de los déspotas con los oprimidos.

Volvió el ejército á Veracruz para tomar de ahí su camino: la colonia resguardada con cincuenta hombres, quedó al mando de uno de los oficiales que le era mas adicto á Cortés llamado Juan Escalante: se renovó la alianza de los cempoaleses y demas señores totonecas; para que prestaran su auxilio al gefe de la colonia, y el 16 de Agosto se puso en camino para México, llevando cuatrocientos quince soldados y diez y seis caballos, doscientos hombres de carga para conducir la artillería

y los bagajes, algunas tropas totonecas y mas de cuarenta nobles, que al mismo tiempo de servir de guias á Cortés en sus operaciones, le sirvieran de rehenes para que sus nacionales guardaran la fe debida en sus tratados.

La tropa fué experimentando en medio de una fatigosa marcha, las diferentes perspectivas que le iban presentando las alegres y floridas praderas de la tierra caliente, el continuo verdor que se mantiene en la subida de Jalapa, la magestuosa altura de la sierra madre, «el elevado Orizava con su blanca vestidura de nieve desarrollada por sus lados, descollando su solitaria grandeza como el espectro gigantesco de los Andes» los ásperos desfiladeros donde sentian los frios de las montañas, el agreste y triste Cofre de Perote y las umbrosas selvas donde estaba la multitud de las poblaciones indias, que tenian que reducir. Despues de cuatro dias de esta marcha, llegaron á la Xocotla, hoy Tlatlanquitepec, era ciudad populosa y con buenos edificios de cal y canto, bruñidos como los de Cempoala, con trece teocallis y el palacio del Señor: á mas de la poblacion que con los inmediatos caserios excedia de veinte mil habitantes, habia una guarnicion de cinco mil mexicanos. El señor de aquel lugar llamado Olintetl, salió á recibir á los españoles, franqueándoles cómodos alojamientos, aunque por no saber la voluntad de su soberano estuvo frio en su recepcion y en la provision de víveres. En la entrevista que tuvo con Cortés, éste le preguntó si era súbdito de Mocteuhezuma, y Olintetl contestó sorprendido si habia alguno que no lo fuera. El Gefe español le manifestó quien era su monarca y que tenia por vasallos algunos mas poderosos que el mismo soberano azteca, á cuya arrogancia contestó Olintetl ponderando la grandeza de su rey. Despues de aquella jactanciosa conferencia, el español pedia al indio prestara

obediencia al rey católico y le diera algun oro en señal de vasallage, á lo que se negó este, diciendo. "Tengo mucho oro, pero no quiero darlo sin consentimiento expreso de mi rey." "Yo haré, dijo Cortés, que dentro de poco os mande darme el oro y cuantas riquezas tienes." Olintetl añadió. "Si él me lo manda, hasta mi persona pondré á vuestra disposicion." Este tono amenazante, el temor que infundian aquellos hombres con sus diferentes vestidos, sus caballos y máquinas de guerra, y las noticias que Marina y los totonecas difundian del valor de aquellos soldados, ablandaron algo al gefe indio y dió á Cortés algunos regalos aunque de poco valor y algunas tropas que lo acompañaran á su llegada á la capital del imperio. El general español, entró con Olintetl en una esplicacion de las principales verdades de la revelacion; y escuchándolo el indio con fria indiferencia, Cortés quiso hacer uso de la fuerza como en Cempoala; pero el P. Olmedo obrando con juicio, se opuso á que en aquel estado de ignorancia, se plantara el signo sagrado de la cruz dejándolo espuesto á las profanaciones de los naturales. "Afortunadamente para Cortés, dice Prescott, no era Olmedo de aquellos que hubieran en tales ocasiones dado pábulo á su carácter impetuoso. Habria ejercido esto una influencia dasastrosa en su suerte, pues Cortés veia todas las consecuencias temporales, como ligeras, comparadas con la grande obra de la conversion: y para efectuarla, la conciencia escrupulosa del soldado, acostumbrada á la severa disciplina del campo, hubiera empleado la fuerza si los medios suaves resultaban ineficaces. Pero Olmedo era de aquellos benéficos misioneros de quienes la Iglesia romana, *pura crédito suyo ha proporcionado* muchos ejemplos, que confiaban en las armas espirituales para llevar al cabo su grande obra, inculcando aquellas doctrinas de amor y caridad, que pueden conmover á un rudo auditorio y ga-

nar sus afecciones. Estas son ciertamente las verdaderas armas de la religion; las armas empleadas en los primeros siglos de la Iglesia, con las cuales hizo ondear su estandarte de paz sobre las regiones mas remotas del globo. Otros fueron, sin embargo, los medios de que se valieron los conquistadores de América, quienes siguiendo mas bien la política adoptada por los victoriosos musulmanes al principio de su carrera, llevaban en una mano la espada y en la otra la biblia.....»

«La semilla vertida de este modo hubiera perecido sin duda, á no ser por los misioneros de la misma nacion que en tiempos posteriores cultivaron el propio terreno, viviendo entre los indios como hermanos y haciendo con largo y pacífico trabajo, que el gérmen de la verdad echara raíces y fructificara en sus corazones.»

De ahí se decidió á seguir su camino por Tlaxcala, queriendo utilizar la enemistad que sabia guardaban los señores de aquella república con los mexicanos, pero quiso anticipar una embajada de cuatro de los nobles cempoaleses, para pedir al senado el permiso de atravesar por su país. Mientras volvian los embajadores, el ejército siguió lentamente su marcha recibiendo buena acogida en los lugares que á su paso visitaba.

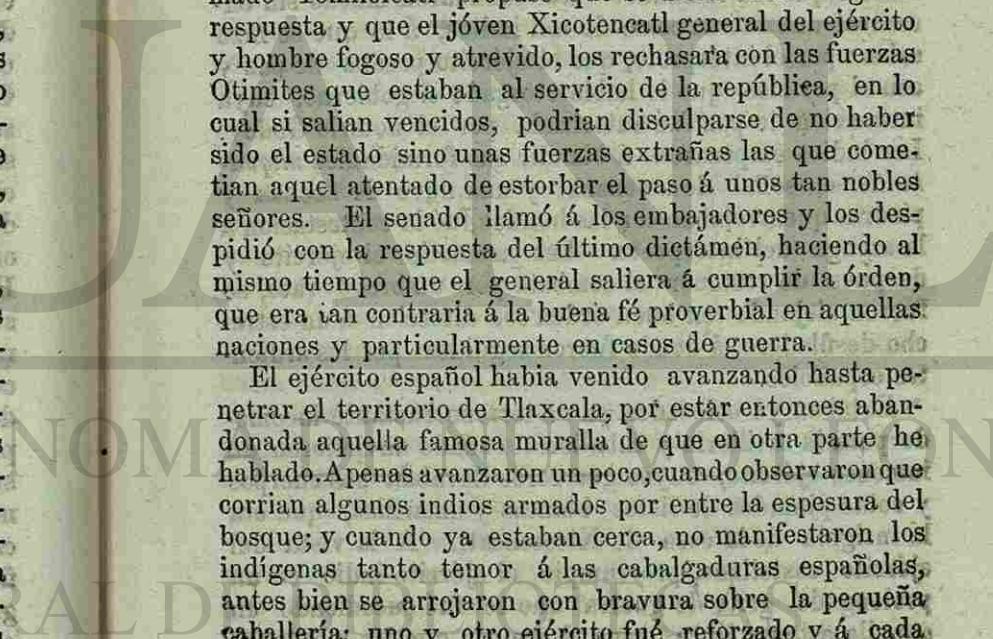
Regian entonces la república de Tlaxcala, Xicotencatl, Maxincatzin, Tlhuexolotzin y Citlalpopocatzin: Los embajadores fueron recibidos con la cortesía de costumbre y alojados en la casa destinada para estos personajes: y luego que empesaron á divulgar la noticia del poder de los españoles y de la fuerza de sus caballos y sus armas, la ciudad entró en inquietud por saber su aproximacion. Cuando regresaron los cempoaleses, fueron recibidos ante el senado, y con todas las ceremonias de costumbre espusieron su mensaje, manifestando una carta que el general mandaba á los gefes de la República explicándoles sus sentimientos amistosos y ofreciéndoles su auxilio para sacudir el yugo de los mexicanos: documen-



to que no podian entender los tlaxcaltecas; pero que hicieron entender los embajadores, segun las instrucciones de Cortés.

Maxincatsin habló primero aconsejando recibir el auxilio que se les ofrecia, porque sin duda aquellos extranjeros eran los que las tradiciones nacionales anunciaban que debian llegar á aquellos países. Esta opinion de un hombre que disfrutaba del general aprecio, fué bien recibida de pronto; pero el anciano Xicotencatl expresó la desconfianza con que se debian ver á unos hombres que con tanta avidéz buscaban el oro y que al parecer estaban de acuerdo con los mexicanos, supuesto que los acompañaban fuerzas de ellos, lo cual no podia ser sino para causar su ruina. Otro de los senadores llamado Temiloleatl propuso que se diera una amigable respuesta y que el jóven Xicotencatl general del ejército y hombre fogoso y atrevido, los rechasara con las fuerzas Otimites que estaban al servicio de la república, en lo cual si salian vencidos, podrian disculparse de no haber sido el estado sino unas fuerzas extrañas las que cometian aquel atentado de estorbar el paso á unos tan nobles señores. El senado llamó á los embajadores y los despidió con la respuesta del último dictámen, haciendo al mismo tiempo que el general saliera á cumplir la orden, que era ian contraria á la buena fé proverbial en aquellas naciones y particularmente en casos de guerra.

El ejército español habia venido avanzando hasta penetrar el territorio de Tlaxcala, por estar entonces abandonada aquella famosa muralla de que en otra parte he hablado. Apenas avanzaron un poco, cuando observaron que corrian algunos indios armados por entre la espesura del bosque; y cuando ya estaban cerca, no manifestaron los indígenas tanto temor á las cabalgaduras españolas, antes bien se arrojaron con bravura sobre la pequeña caballería: uno y otro ejército fué reforzado y á cada



paso se enardocia mas y mas el combate, pero cuando la artillería por primera vez hizo escuchar su terrible trueno, aquellas huestes asombradas huyeron y quedó la victoria por los españoles. Poco despues llegaron sus embajadores noticiándoles tener el permiso para pasar el territorio de la república, al mismo tiempo que dos nobles tlascaltecas cargaban con la responsabilidad del combate á los otomites, y ofreciendo pagar dos caballos que supieron haber muerto en la accion y que era una pérdida muy grande para la pequeña caballería.

El dia siguiente 4 de Setiembre, se puso en marcha la columna, siempre en órden de batalla para no ser sorprendidos, y Cortés les daba á todos instrucciones del modo de pelear mas provechosamente, segun la experiencia que iba tomando. No caminaron mucho sin encontrar una fuerza como de mil indios, á la que se hizo saber por el intérprete, que el ejército pasaba de paz y con el permiso que le habia otorgado el gobierno, cuya intimacion de paz fué autorizada por el notario Godoy. Los indios empezaron á blandir sus formidables *miquauhuitls* en señal de amenaza: y una nube de flechas y piedras que arrojaban con las hondas, fué la contestacion á la arenga del intérprete. Les acometió el ejército y despues de sostener el combate por un breve rato, se fueron alejando en buen órden con direccion á un estrecho desfiladero, á donde fueron seguidos por los ardientes españoles.

Estaban ya colocados en un terreno bastante incómodo para la artillería y caballería cuando advirtieron un inmenso ejército, cuyos guerreros llevaban sus cuerpos y cotas pintados de listas blancas y amarillas, que era la insignia de la casa de Xicotencatl. A la vista del ejército castellano, prorrumpió el ejército indio en un prolongado grito de guerra que se fué sucediendo en aquella estensa línea, como el eco con que las montañas

reproducian el prolongado trueno de la tempestad: el espanto se aumentó con el bronco y salvaje sonido de los instrumentos militares; y á estas melancólicas músicas fué seguido el choque de aquellas formidables huestes, con el pequeño ejército de Cortés. Grandes esfuerzos hacian los españoles animados con el ejemplo de su capitán general y mas que todo por el convencimiento de una muerte segura en caso de ceder el triunfo á sus feroces enemigos; pero no podian vencer fácilmente la escabrosidad del terreno, defendido por un número tan crecido de indios, que Cortés graduó con su vista en cien mil, aunque otros autores los hacen bajar hasta treinta mil. Siendo estos números tan inciertos, no me atrevo á fijar un número exacto en ninguna de las acciones, ni creo fácil hallar la exactitud en tanta variedad de pareceres. Los cempoaleses y demas indígenas aliados ya no creian posible escapar de la muerte, pero alentados por Marina ofreciéndoles el triunfo con la proteccion del Dios de los cristianos, peleaban con el esfuerzo poderoso de la desesperacion. Y alentados los españoles por la voz y el ejemplo de su general, lograron llegar hasta la llanura, donde el fuego de su artillería y el ímpetu de sus caballos, esparció el terror en los indígenas que al fin tuvieron que ceder á la superioridad de la táctica, y se retiraron en buen órden contra lo que habia sucedido en las demas acciones. Concluida la accion, Cortés se retiró á una altura llamada *Tzompachtepetl*, la cual estaba defendida por una torre y de ahí segun su costumbre, dió libertad á varios prisioneros para que llevaran á sus nacionales proposiciones de paz.

Volvió la embajada trayendo la noticia de que á una corta distancia estaba el jóven Xicotencatl con un ejército aun mas numeroso, resuelto, segun las órdenes del senado, á decidir la suerte de la nacion en una accion campal, por lo cual seria desesperado el combate, que

en caso de ser favorable para las armas de Tlaxcala, sería celebrado con un banquete en que se gustarian las carnes blancas de los españoles. El gefe indio tenia dividido su ejército en cinco cuerpos calculado cada uno en diez mil hombres y estaba resuelto á dar un asalto al dia siguiente á los cuarteles de Cortés. Esto intimidó bastante á los españoles, que en presencia de un enemigo tan numeroso y tan pertinaz en la defensa de su nacion, no veian medio de escapar: y en verdad, que en esta ocasion debió ser grande el temor del ejército, porque el P. Olmedo gastó el dia y la noche en administrar los sacramentos á todos los soldados convencidos de que iban á morir, y Bernal Diaz á pesar de su espíritu caballeresco con que exalta siempre la decision de sus compañeros, en esta vez confiesa «temiamos la muerte porque eramos hombres.»

Supuesto que el combate era inevitable, Cortés quiso contar con la ventaja del asalto y al dia siguiente 6 de Setiembre, pasó revista á sus tropas, les dió nuevas instrucciones para el acto de la batalla y alentándolos con la confianza en la Providencia, en un elocuente discurso como se necesitaba en tan crítica situacion, marchó á encontrar á su enemigo. Antes de un cuarto de legua avistaron un estenso llano en que se hallaba el numeroso ejército, que presentaba un raro é imponente aspecto á la vista del soldado europeo. Innumerables batallones en que el cuerpo de los soldados razos se manifestaba desnudo, haciendo ostentacion de los vivos colores con que cubria sus carnes: multitud de nobles guerreros, cubiertos con hermosas cotas de algodón y plumas, donde en diversos colores llevaban las insignias de su familia: á los rayos del sol brillaban las láminas de oro con que se adornaban los gefes y los dardos y lanzas de encendido bronce: sobre aquella multitud que se movia como las olas de un mar, se veian las celadas

figurando cabezas de animales con hermosos morriones de plumas, para dar mas fuerza al soldado; y á la retaguardia venian todos los estandartes entre los que sobresalian el de la garza blanca sobre una peña, insignia de los Xicotencatl; y el de la república, que era una hermosa águila de oro, estendiendo sus alas embellecidas con esmeraldas relucientes.

Aquella inmensa multitud, se precipitó sobre los castellanos con el ímpetu de un torrente; y por un momento éstos estuvieron á punto de ser arrollados, pero la artillería vomitaba la muerte en las confusas masas indígenas, y llevando á las últimas filas, los despojos y mutilados miembros de sus compañeros que venian delante, se llenaban de terror antes de emplear sus armas y su valor. Su falta de táctica los hacia entrar en un gran desorden que inutilizaba á todo el ejército y preparaba el triunfo de los españoles: varias veces se repitió aquel furioso choque en que al fin hubiera cedido la disciplina europea al número y tenacidad de los tlaxcaltecas, á no ser porque uno de los gefes de aquel ejército, ofendido en otra ocasion por el intrépido Xicotencatl, para tomar venganza de su agravio se retiró del campo, arrastrando en su fatal proceder al gefe de otro cuerpo, y disminuido así el ejército de la república, se desmoralizó y tuvo que abandonar el campo á su victorioso enemigo. El funesto ejemplo de los dos gefes tlaxcaltecas, no ha dejado de tener imitadores, y hasta los últimos dias, esto ha dado el triunfo á los enemigos de México.

Cortés se retiró á su fuerte posicion *Tzompachtepetl* y de ahí mandó nueva embajada á los tlaxcaltecas para atraerlos al campo de la paz y de la amistad. Esta proposicion fué bien acogida por Maxixcatzin que desde el principio estuvo dispuesto á recibir la alianza de los españoles; pero el partido belicoso, lejos de humillarse con las derrotas de su ejército, se habia enfurecido y

buscaba con ansia la ocasion de saciar su cólera sobre los extranjeros, principalmente el jóven Xicotencatl, cuyo orgullo estaba irritado con la mancha que por primera vez caía sobre las armas de la república. Para conciliar esta diversidad de pareceres, ocurrieron á los sacerdotes consultando su ciencia que era tenuta como un oráculo infalible y ellos ocurrieron á un medio fácil de adoptar por aquellos espíritus supersticiosos. Dijeron: que los españoles aunque no eran dioses, eran hijos del sol, y al influjo de sus rayos era como adquirian su fuerza, la cual se acababa luego que aquel astro escondia su luz; por lo cual solo podian vencerse en un ataque nocturno. Esta respuesta que parece haber sido sugerida por la astucia del resentido Xicotencatl y fomentada por sus partidarios, fué acogida en el senado y se dieron las órdenes al general para que la ejecutase, el cual andubo con tal tino, que preparó todo sin que pudiera bismbrarse nada de este plan en el campo español.

La noche señalada para este asalto estaba iluminada por la claridad de la luna y los soldados españoles para descansar de sus crecidas fatigas y dar tregua á las penas que los abrumaban en la vigilia, estaban entregados á un profundo sueño; pero la febricitante imaginacion de Cortés, no le permitia tomar el descanso de que disfrutaban sus camaradas: y estando en vela se apercibió de la venida del enemigo así por el ruido que se dejaba observar en el silencio de la noche, como por la débil luz de la luna. Pronto puso en pie á su ejército y cuando los tlaxcaltecas se habian aproximado al pie del cerro, salieron los soldados castellanos animados con su grito de guerra y blandiendo en alto sus armas, parecieron á los atemorizados indios unos hombres tan extraordinarios y de gigantescas proporciones, que luego huyeron llenos de terror dejando que se hiciera en ellos una horrible carnicería.

Se volvió á mandar otra embajada al senado tlaxcalteca, quien convencido del mal exito de su ataque nocturno, que era ya su única esperanza, admitió la paz, mandando cuatro personas de su nobleza para llevar la respuesta á los extranjeros, los cuales debian tocar antes el campo de Xicotencatl para hacerle saber esta resolucion y que suspendiera las hostilidades. Pero los reveses que hasta ahí habian sufrido las tropas de la república, no habian sido bastante eficaces á quebrantar en lo mas mínimo el indomable espíritu del animoso general, que sin cesar maquinaba planes para esterminar aquel puñado de extranjeros, que él creia funestos para su pais á pesar de la insidiosa amistad que sin cesar ofrecian al estado. Llevado del noble patriotismo de salvar á su patria, se decidió á contener los embajadores para tentar otra nueva lucha con esperanza de mejor éxito: y para cerciorarse del campo enemigo y dar el asalto con provecho, mandó cincuenta señores que con pretexto de ofrecer algunos regalos al general, se impusieron de los datos que él deseaba tener.

Cuando estos gefes llegaron al campamento español, Teuch noble cempoalés, sospechando que el verdadero objeto de su viaje, fuese espiar los movimientos de su ejército lo comunicó á Cortés: y éste examinándolos con separacion y satisfecho de ser ciertos los temores de su aliado Teuch, mandó cortar las manos á los espías y hacerlos volver á su ejército, para atemorizar á Xicotencatl y sus soldados. Estos efectivamente á vista de un rigor tal, abandonaron toda esperanza de seguir la guerra con ventaja, y se dió paso á los cuatro nobles tlaxcaltecas que iban á ofrecer la paz en nombre del senado.

A este tiempo se presentaban tambien cinco nobles mexicanos, que en nombre de su rey Mocteuhezuma, daban á Cortés la enhorabuena por sus triunfos, presentándole un regalo que acreditara su amistad y le ofre-

cian pagar al rey de España un tributo anualmente; pero sobre todo instaban de nuevo para que abandonase el proyecto de ir á su ciudad, para no esponerse á los furios de un pueblo que el mismo rey no podría contener. Cortés recibió afable este obsequio y á cada paso del supersticioso y pueril Moctezuma, se avivaba mas el deseo de llegar á su corte, donde contaba con grandes riquezas y un rey pusilánime, á la vez que para hacer bambolear su monarquía, contaba con el firme punto de apoyo de la union de su fuerza; y por poderosa palanca, la division de los pueblos, contando ya entre sus aliados á los bravos tlaxcaltecas, atraidos á su partido por una serie de triunfos. Despues de algunos dias en que hizo sus preparativos para poder abandonar su fortaleza de *Tzompach*, mandó celebrar el santo sacrificio de la misa, á que asistieron con gran asombro los nobles mexicanos y tlaxcaltecas, y luego emprendió su marcha para la capital de aquella república, conduciendo sus trenes de guerra por medio de quinientos *tlamames*, hombres de carga, que el mismo senado mandaba para facilitar el viaje de los españoles.

CAPITULO XV.

Entrada y permanencia de Hernan Cortés en Tlaxcala; su viaje á Cholula: horrible catástrofe en esta ciudad.

Auxiliado el ejército castellano por los hombres de carga tlaxcaltecas y acompañado Cortés de los nobles de esta república, de sus aliados los totonecas y de los embajadores mexicanos, hizo su entrada á Tlaxcala en medio de las mayores demostraciones de júbilo, y mas

bien parecia que celebraban el triunfo de la república, que el de sus enemigos. La gran ciudad de Tlaxcala una de las mas populosas de la antigüedad; presentaba el risueño aspecto con todas las casas adornadas de festones de flores y multitud de arcos formados de verdes ramas, cubiertos con rosas y madre selvas, y la multitud vestida cada uno lo mejor que pudo, acompañada de sus roncros instrumentos de música con que acompañaban sus bailes y cantares, salia á recibir á los extranjeros: las mugeres presentaban ramos de flores á los soldados, y los sacerdotes los perfumaban con las gomas aromáticas que se quemaban en los incensarios. La comitiva se dirigió al palacio del viejo Xicontecatl, que aunque casi ciego por su avanzada edad, salió á cumplimentar á los gefes españoles y les mandó servir un almuerzo en que se reprodujeron los testimonios de una alianza perpetua y sincera. El pueblo de la ciudad mezclado con el ejército de los aliados se entregaba á toda clase de regocijos y por algunos dias se prolongó la fiesta, que se fué reproduciendo por cada uno de los cuatro gefes entre quienes estaba distribuido el mando de la ciudad.

Los tlaxcaltecas ofrecieron á los españoles en señal de amistad, algunas jóvenes paraesposas y en esto halló Cortés ocasion para entrar en explicaciones sobre las verdades de la religion y disuadir á los nativos para abandonar el culto de las falsas divinidades: estos se conformaban en recibir y dar adoracion al Dios de los cristianos; porque en la elasticidad del politeismo no es difícil acomodar una nueva divinidad; pero se rehusaron negar el culto á los suyos de los cuales hicieron grandes elogios; principalmente de su Dios Camaxtle y su famosa diosa Matlalcueye, que con tanta abundancia les mandaba las aguas para fecundizar sus fértiles campiñas. El ánimo impetuoso del general no consentia estas esperas y queria allanar un asunto tan grave, con la misma violencia

cian pagar al rey de España un tributo anualmente; pero sobre todo instaban de nuevo para que abandonase el proyecto de ir á su ciudad, para no esponerse á los furios de un pueblo que el mismo rey no podría contener. Cortés recibió afable este obsequio y á cada paso del supersticioso y pueril Moctezuma, se avivaba mas el deseo de llegar á su corte, donde contaba con grandes riquezas y un rey pusilánime, á la vez que para hacer bambolear su monarquía, contaba con el firme punto de apoyo de la union de su fuerza; y por poderosa palanca, la division de los pueblos, contando ya entre sus aliados á los bravos tlaxcaltecas, atraidos á su partido por una serie de triunfos. Despues de algunos dias en que hizo sus preparativos para poder abandonar su fortaleza de *Tzompach*, mandó celebrar el santo sacrificio de la misa, á que asistieron con gran asombro los nobles mexicanos y tlaxcaltecas, y luego emprendió su marcha para la capital de aquella república, conduciendo sus trenes de guerra por medio de quinientos *tlamames*, hombres de carga, que el mismo senado mandaba para facilitar el viaje de los españoles.

CAPITULO XV.

Entrada y permanencia de Hernan Cortés en Tlaxcala; su viaje á Cholula: horrible catástrofe en esta ciudad.

Auxiliado el ejército castellano por los hombres de carga tlaxcaltecas y acompañado Cortés de los nobles de esta república, de sus aliados los totonecas y de los embajadores mexicanos, hizo su entrada á Tlaxcala en medio de las mayores demostraciones de júbilo, y mas

bien parecia que celebraban el triunfo de la república, que el de sus enemigos. La gran ciudad de Tlaxcala una de las mas populosas de la antigüedad; presentaba el risueño aspecto con todas las casas adornadas de festones de flores y multitud de arcos formados de verdes ramas, cubiertos con rosas y madre selvas, y la multitud vestida cada uno lo mejor que pudo, acompañada de sus roncros instrumentos de música con que acompañaban sus bailes y cantares, salia á recibir á los extranjeros: las mugeres presentaban ramos de flores á los soldados, y los sacerdotes los perfumaban con las gomas aromáticas que se quemaban en los incensarios. La comitiva se dirigió al palacio del viejo Xicontecatl, que aunque casi ciego por su avanzada edad, salió á cumplimentar á los gefes españoles y les mandó servir un almuerzo en que se reprodujeron los testimonios de una alianza perpetua y sincera. El pueblo de la ciudad mezclado con el ejército de los aliados se entregaba á toda clase de regocijos y por algunos dias se prolongó la fiesta, que se fué reproduciendo por cada uno de los cuatro gefes entre quienes estaba distribuido el mando de la ciudad.

Los tlaxcaltecas ofrecieron á los españoles en señal de amistad, algunas jóvenes paraesposas y en esto halló Cortés ocasion para entrar en explicaciones sobre las verdades de la religion y disuadir á los nativos para abandonar el culto de las falsas divinidades: estos se conformaban en recibir y dar adoracion al Dios de los cristianos; porque en la elasticidad del politeismo no es difícil acomodar una nueva divinidad; pero se rehusaron negar el culto á los suyos de los cuales hicieron grandes elogios; principalmente de su Dios Camaxtle y su famosa diosa Matlalcueye, que con tanta abundancia les mandaba las aguas para fecundizar sus fértiles campiñas. El ánimo impetuoso del general no consentia estas esperas y queria allanar un asunto tan grave, con la misma violencia

con que lo terminó en Cempoala; pero en tales ocasiones ocurría el P. Olmedo con su prudencia y así se resolvían á tomar el camino de la persuasión, con la cual al fin lograron el bautismo de algunas de las jóvenes destinadas á los españoles y cinco de ellas entre las que se hallaban las hijas de los dos gefes Xicotecatl y Maxixcatzin, fueron dadas por esposas á los gefes Alvarado, Velasquez de Leon, Cristobal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Tambien consintieron los tlaxcaltecas en que se erigiera un altar para el culto católico, donde se colocó una cruz que era públicamente venerada por los cristianos, y ante ella se ofrecía el Santo y tremendo sacrificio. Solís refiere hablando de esta cruz, que cuando los españoles salieron de Tlaxcala, se le instaba á Cortés porque se deshiciera para no exponerla á las profanaciones de aquel pueblo idólatra; pero que él no quiso acceder y se conformó con recomendar á los gefes del estado que cuidaran de su veneracion; probablemente no hubiera sido muy eficaz este encargo, si el cielo no hubiera cuidado de asegurar con un prodigio el respeto al signo de la redencion. En la noche descendía una nube de una esquisita blancura y se colocaba sobre la cruz en forma de columna, despidiendo un suave resplandor que permitía distinguir aquel prodigio entre las tinieblas de la noche. Los indios contemplaban aquella maravilla llenos de admiracion y esto facilitó en aquella provincia hacer con mas fruto la predicacion del evangelio. Este milagro lo cuentan Herrera y Solís y entre los autores modernos lo hallamos referido por Prescott, cuya autoridad nos parece de mucho peso por sus sentimientos contra esta clase de acontecimientos.

Durante la permanencia de Cortés en Tlaxcala, le llegó otra embajada de México; y ya que sus regalos anteriores no habian bastado á disuadirlo de su viaje al

centro de la nacion, ahora queria por lo menos evitar su alianza con los tlaxcaltecas, enemigos irreconciliables del imperio. Tanto los nuevos embajadores, como los que lo habian acompañado desde *Tzonpachtepetl* se esforzaban en presentar á los tlaxcaltecas con muy siniestros colores, aconsejándole saliera cuanto antes de una ciudad tan pérfida y pasara á Cholula donde el rey habia mandado prepararle cómodos alojamientos y toda clase de proporciones. A su vez, los tlaxcaltecas, que tenian su odio represso contra los choluleses por haber vuelto contra ellos sus armas en una batalla que como aliados daban los dos pueblos contra México, le inspiraban los mas serios temores en aquella ciudad pérfida, y le aconsejaban marchara mejor por Huexutzinco, poblacion franca y amiga de Tlaxcala. Cortés oia estos discursos de ambas partes y sin rechazar abiertamente á cualesquiera de las dos partes, estuvo sobrellevándolas y dando muestras de sincera amistad con ambos pueblos.

A pesar de esta confianza tan ilimitada con que veian los tlaxcaltecas á Cortés, este no dejaba de vigilar continuamente sobre el cuidado de su tropa, para que nunca abandonara sus armas, ni saliera de los cuarteles sin orden suya, ni faltaran los centinelas en todos los puntos necesarios para prevenir cualquier ataque repentino. Los gefes de la ciudad se ofendieron por este recelo que creyeron ofensivo para ellos y que indicaba desconfianza en su buena fe, y en este sentido presentaron sus quejas al general; pero él se escusó con demasiada política, haciéndoles creer, que era un deber prescrito por sus ordenanzas militares: y tanto aplaudieron una determinacion tan prudente, que desde luego la adoptó el jóven Xicotencatl para el ejército de la república, así como otros muchos puntos de la disciplina europea de que con sagacidad se imponia, para introducir en sus soldados.

Dejando ya Cortés bien asegurada la alianza en Tlax-

cala con la cual creía llegar al término de su objeto, determinó irse por Cholula á pesar de los informes malos que tenia de aquella poblacion, para manifestar en esto el desprecio con que veia los peligros. Sus nuevos aliados le pusieron á sus órdenes un numeroso ejército; pero el general rehusó llevarlo todo, aceptando solo seis mil hombres y el número de *tlamames* necesario, para conducir los cañones y bagajes; y acompañado de algunos nobles de la república y de la embajada de México que permanecia á su lado, salió para Cholula, en donde fué recibido con aparentes muestras de un sincero regocijo, pues salieron muchas señoras á ofrecer flores al ejército á su entrada y los sacerdotes á quemar el incienso con que debia perfumarse á los extranjeros para darles la enhorabuena por su llegada, pero el semblante público, estaba muy lejos de darles las señales de franqueza y sinceridad, que habia presentado Tlaxcala. Los señores encargados de recibir al general, le ofrecieron cuarteles para el ejército castellano y el de sus aliados los totonecas; pero no así para los tlaxcaltecas, á quienes no quisieron alojar dentro de la ciudad, temiendo que por la enemistad tan profunda de ambos pueblos, se entregarán algunos actos de venganza: así es, que éstos acamparon fuera de la ciudad y los españoles y cempoaleses, en los cuarteles que dentro les señalaron.

Cholula era la ciudad mas antigua de esos contornos y con la permanencia de Quetzalcohuatl en ella por algunos dias, tomó un incremento tal, que ya en el reinado de Mitl, durante la dinastía tolteca, ya figuraba con esplendor, por el concurso que de todos los pueblos se reunia en sus santuarios á venerar y dar el culto debido á sus divinidades.

Segun lo que se ha dicho, es probable que por algun tiempo se tributó ahí el culto del verdadero Dios; y esto ocasionó la celebridad que adquirió la ciudad, que Cla-

vijero llama, la Roma del Anahuac: y de la cual dice Prescott. «No solo concurría á Cholula el devoto indigente: muchos de los otros pueblos indios tenian templos fabricados por ellos en la ciudad, de la misma manera que algunas naciones cristianas en Roma y cada uno de esos santuarios estaba asistido por los ministros consagrados al servicio de la deidad á quien estaba dedicado. En ninguna otra capital se veia el mismo concurso de sacerdotes, tantas procesiones, tan augusta pompa de ceremonias, sacrificios y festividades religiosas.

En suma era Cholula lo que Meca entre los Mahometanos, ó Jerusalem entre los cristianos, era la ciudad santa del Anahuac.»

Las torres contadas por Cortés segun lo refiere en una de sus cartas á Carlos V fueron cuatrocientas y todas eran de teocallis, pero el mas célebre, así por su antigüedad, como por la divinidad que ahí se veneraba era el de Quetzalcohuatl, construido sobre las ruinas de la gran pirámide, destruida pocos dias despues de la salida de aquel misterioso personage. Por mucho tiempo, Cholula se mantubo mas cerca de la verdad, tributando un culto espiritual y ofreciendo solo sacrificios de flores y frutos; pero contagiado despues con el ejemplo de los otros pueblos, introdujo en sus ritos la sangrienta idolatría de los mexicanos y las aras de sus teocallis se mancharon tambien con la sangre de víctimas humanas.

Ademas era célebre esta ciudad por sus adelantos en las artes, especialmente en fundir los metales, dar color y tejer el algodón y fabricar loza de barro, que era la mas estimada en todas partes.

A la llegada de los españoles, se les dieron cómodos alojamientos en el atrio de un gran teocalli y sus edificios adyacentes: ahí los visitaron los principales señores de la ciudad, manifestándoles su espresiva consideracion;

y por muchos dias, se les proveyó abundantemente su mesa, por cuyas grandes atenciones, Cortés y sus compañeros fueron alejando de sí, la idea que los tlaxcaltecas habian procurado infundirles en contra de aquel pueblo. Pasados algunos dias, llegó otra embajada mexicana, habló con el general, con los otros embajadores aztecas que permanecian á su lado y salió luego del lugar. Con este incidente, coincidió el cambio de conducta que los españoles recibieron de parte de los choluleses, pues gradualmente se fueron alejando de su trato y negándoles sus atenciones, hasta el grado de no darles ya ni las provisiones mas precisas con el pretexto de la escasez del maiz y otros víveres.

Estas demostraciones de desafecto tenian ya inquieto el ánimo de Cortés, cuando supo por los cempoaleses, que se estaban fortificando muchas calles, que en las azoteas se estaba haciendo gran acopio de piedras arrojadizas, y en algunas calles poniendo agudas estacadas cubiertas con rancas de árboles como para impedir los movimientos de la caballería. En seguida, del campamento de los tlaxcaltecas se dió aviso que las mugeres y los niños se estaban llevando á los montes como cuando se esperaba una guerra en la ciudad: y que cerca de allí estaba un ejército numeroso de aztecas, que parecia estar en ocultas conbinaciones con los choluleses. Aun tuvo Cortés mayor certidumbre del plan que allí se tramaba para su destruccion, porque la simpática D^{ca} Marina, con sus amables maneras se habia grangeado el afecto de la esposa de uno de los señores principales de la ciudad: esta señora le anunció el terrible destino que aguardaba á los españoles y le ofreció su casa para que en ella se salvase; pero la fiel intérprete, manifestando su deseo de separarse de la compañía de aquellos hombres se interiorizó bien del proyecto y dió cuenta esacta de todo al general.

Cortés se alarmó sobre manera, porque habia caido en una emboscada, de donde tan difícil era huir como defenderse: todo le era hostil tanto dentro como fuera de la ciudad; y no viendo venir á su lado sino precipicios, citó á sus oficiales á una junta, para deliberar el camino que los salvara de tantos peligros. Diversos pareceres se manifestaron en este consejo, en el que prevaleció la idea del general, para no salir de allí sino despues de tomar una terrible venganza de sus enemigos. Entonces llamó á dos sacerdotes invitándolos á que visitaran con él sus cuarteles: por medio de un trato afable, regalos cuantiosos y la superioridad de su ingenio, logró que los sacerdotes le confirmaran las noticias que se le habian dado; y supo que las primeras órdenes de Mocteuhezuma, habian sido de recibir amigablemente á los españoles; pero que consultando despues los oráculos y recibiendo de ellos la respuesta que Cholula seria el sepulcro de los estrangeros, habia mandado dar aquellas disposiciones y aun habia remitido unas varas con correas que usaban en lugar de grillo y esposas, para asegurar á los prisioneros, de los cuales unos debian ser allí sacrificados y otros llevados con el mismo fin á los principales teocalli de México. Cortés les manifestó su decision de dejar la ciudad y por su mismo conducto invitó á los señores de ella para conferenciar con ellos el modo de hacer su salida.

Los señores comparecieron y Cortés les reprochó su falta de lealtad, asegurándoles que no pensaba ya ser por mas tiempo gravoso á la ciudad, pensando hacer su salida al dia siguiente para lo cual solo les pedia dos mil hombres que le ayudasen á trasportar sus trenes. Los gefes choluleses no pudiendo ya negar un secreto de que el general estaba bien impuesto, se escusaron con decir habian sido instigados á ello por los embajadores aztecas de orden de su soberano; pero ofrecieron obsequiar los

deseos del general, en presentar al día siguiente la gente que les había pedido.

Esa noche se pasó en la mayor alarma por el ejército español: estaban en un campo sembrado de pólvora y una sola chispa podía causar un incendio en que todos perecieran. Los centinelas se doblaron, la artillería se situó en lugar conveniente como si ya estuvieran en el combate, el general y todos los gefes cuidaron esa noche de la vigilancia, estando los caballos encillados y cada soldado tendido sobre sus armas, esperando con gran ansiedad á cada momento, la señal que se tuviera combinada para su destruccion. En esta general inquietud se pasó la noche cuyo silencio no fué turbado y á pesar de ser una ciudad tan populosa, ningun ruido se escuchaba sino el ronco grito de los sacerdotes, que de las torres de los teocallis, anunciaban por el curso de las estrellas las horas de la noche á los habitantes entregados á un profundo sueño.

A los primeros rayos de luz, Cortés situó su fuerza en las tres puertas de aquel estenso atrio en que estaban acuartelados: colocó la artillería convenientemente y distribuyó el resto de la fuerza como le pareció para ejecutar el terrible castigo que había concebido su acalenturada imaginacion. Llegaron luego los gefes choluleses con mayor número de gente del que Cortés les había pedido y fueron colocados en el recinto del átrio. Entonces llamó á los embajadores aztecas y dijo con semblante airado. «Estos malvados para escusar su delito, acusan de traicion á vosotros y á vuestro rey: pero ni yo os creo capaces de tanta maldad, ni puedo persuadirme que el gran Moctehuzuma quiera ser tan cruel enemigo mio, al mismo tiempo que me concede las pruebas mas reelevantes de amistad, ni que pudiendo abiertamente oponerse á mis pensamientos, se valga de la traicion para frustrarlos. Yo haré respetar vuestras per-

sonas en el escarmiento que voy á dar á estos perversos. Hoy perecerán y su ciudad será destruida. Llamo al cielo y á la tierra por testigos, que su perfidia es la que arma nuestros brazos, para una venganza tan opuesta á nuestro carácter.»

Clavijero cree, que el rey de México no tubo parte en esta combinacion; pero los mas antiguos lo suponen autor de ella; y si Cortés habló en estos términos, fué solo por dar una terrible leccion á los mexicanos en las personas de aquella ciudad, para guardar siempre la amistad del rey azteca, aleccionado con aquella catástrofe. Despues de las razones con que los embajadores pudieron disculpar á su soberano, se dió la terrible señal que era un tiro de mosquete.

«En un instante azestáronse todos los fusiles y armas de fuego á los infortunados choluleses que se hallaban en el atrio, y se les dirigió una horrible descarga estando reunidos en el centro como una manada de ciervos. Fueron tomados por sorpresa, pues no habían oido el diálogo que procedió con los gefes. Casi no hacian resistencia á los españoles, que siguieron la descarga de sus piezas usando de las espadas; y como los cuerpos medio desnudos de los indios no presentaban resistencia, los herian con tanta facilidad como el labrador siega sus mieses en tiempo de cosecha. Algunos procuraban escalar los muros, pero solo ofrecian así un blanco mas seguro á los arcabuceros y archeros. Otros se precipitaban á las puertas, y allí eran recibidos con las largas picas de los soldados que las guardaban. Unos pocos tuvieron mejor suerte ocultándose en los montones de cadáveres de que estaba regado el suelo.»

«Mientras se verificaba esta horrible carnicería, los compañeros de los asesinados indios, atraídos por el ruido de la matanza, emprendieron desde afuera un furioso ataque sobre los españoles; pero Cortés había co-

locado su gruesa batería en una posición que dominaba las avenidas y arrasaba las filas de los asaltantes tan pronto como se acercaban. En el intervalo de una descarga á la otra, que en el estado de imperfección que en aquella época tenia la ciencia de la guerra era mucho mas largo que en la nuestra, los hacia retroceder cargando con la caballería. Los fogosos corceles, los cañones, las armas de los españoles, todo era desconocido para los choluleses; quienes no obstante la novedad de aquel horrible espectáculo, de la luz de las armas de fuego mezclada con el sordo estruendo de la artillería, que retumbaba entre los edificios, se apresuraban á ocupar el puesto de los que habian perecido.

Mientras se verificaba esta horrible lucha, los tlaxcaltecas, oyendo la señal concertada, habian avanzado apresuradamente hácia la ciudad. Traian por órden de Cortés atadas alrededor de sus frentes, hojas de esparto para poder así distinguirse de los choluleses; y llegando en el ardor del combate, cayeron sobre la indefensa retaguardia de éstos, que pisoteados, heridos por las heridas de la caballería castellana y atacados por sus vengativos enemigos, no pudieron mantener el terreno por mas tiempo. Cedieron, refugiándose á los edificios inmediatos, los cuales siendo en parte de madera, fueron prontamente incendiados. Otros huyeron á los templos; y un fuerte destacamento con algunos sacerdotes á su cabeza, se apoderó del gran teocalli. Habia una tradición vulgar, que ya se ha referido, de que removiéndose parte de las murallas, la deidad tutelar enviaria una inundacion que envolviera á sus enemigos. Los supersticiosos choluleses lograron arrancar algunas de las piedras de los muros del edificio; pero polvo y no agua produjeron. Su falsa divinidad los abandonó en la hora del peligro. Poseidos de desesperacion se refugiaron á las torres de madera que coronaban el templo, y arroja-

ban piedras, jabalinas y flechas encendidas sobre los españoles, que subian la escalera principal de ciento veinte escalones, abierta en el frente de la pirámide. Pero aquella terrible lluvia caia sin hacer daño en los aceros cascos de los cristianos, y antes bien se aprovecharon de los dardos incendiados para poner fuego á la ciudadela, que pronto se convirtió en cenizas. Todavía la guarnición se sostuvo, y se dice, que aunque se les ofreció cuartel, un solo cholules lo admitió. El resto se precipitó de los parapetos y pereció miserablemente entre las llamas.»

«Todo era desolacion y desórden en la hermosa ciudad que poco antes reposaba segura y en paz: Los gemidos de los moribundos, las súplicas del vencido implorando piedad, se mezclaban con el grito de guerra de los españoles, y con el penetrante aullido de los tlascaltecas, que desahogaban su rencor y rivalidad tanto tiempo alimentados. Crecia mas la confusion con el incesante trueno del fusil y el crujido de la madera, la cual al caer esparcia una flama que aumentaba la nacarada luz de la mañana, haciendo todo una horrible mezcla de llantos y gemidos que convirtieron á la ciudad santa en un *pandemonium*. Luego que la resistencia cesó, los vencedores se arrojaron á las casas y lugares sagrados, saqueando cuanto contenian de valor, plata y joyas que encontraron en bastante cantidad, trajes y provisiones, codiciadas mas que las primeras por los sencillós tlascaltecas, lo que facilitó la division de los despojos á satisfaccion de sus confederados los cristianos. Es digno de notar que en medio de esta universal licencia se respetaron las órdenes del general sobre que ninguna violencia se cometiera con las mugeres y niños aunque los tlascaltecas habian hecho prisioneros á muchos de estos y de aquellas, así como á los hombres con el fin de reducirlos á esclavitud. Estas escenas de horror duraren

algunas horas; hasta que Cortés movido de las súplicas de los gefes choluleses que se habian escapado de la matanza y de los enviados mexicanos, consintió, por consideracion, segun dijo, á los representantes de Moteuhzuma, en llamar á sus soldados é impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrages. Se permitió tambien á dos de los caciques fueran á prometer perdon y proteccion á todos aquellos de sus camaradas que volvieran á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por los concertados esfuerzos de Cortés y de los caciques se apaciguó el desórden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunian bajo sus banderas respectivas, y los choluleses; descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos despues de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlaxcaltecas para que libertaran á sus prisioneros. Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuracion, contentándose con los ricos despojos de los choluleses, que consistian en varios efectos de lujo desconocidos hacia mucho tiempo en Tlaxcala. El segundo objeto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los nas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los choluleses á elegir su sucesor. Con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su poblacion disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comuni-

dad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad, y los muros que presenciaron la escena de la carnicería en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula.»

«Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los excesos de una ruda y cruel soldadesca; pero para juzgar exactamente del hecho, debemos trasportarnos al tiempo en que aconteció.» (1)

CAPITULO XVI.

Marcha de Cortés á México

Despues de la horrible carnicería que se esperimentó en toda la ciudad, volvió Cortés á su alojamiento donde cuarenta señores de la nobleza habian quedado aprisionados: y éstos rogando al general hiciera concluir tan formidable castigo, le propusieron salir algunos á llamar las mugeres y niños que andaban huyendo por los montes. Cortés mandó publicar un bando en que hacia suspender el estrago de las armas en toda la ciudad y se concedia un indulto general. Entonces empezaron á ocurrir todas las familias fugitivas, lamentando cada cual alguna víctima en aquella espantosa catástrofe: y de entre los muertos se levantaron muchos que solo fingieron estarlo para salvar la vida, y el general mandó poner en libertad á todos los prisioneros de ese dia y abrir las pri-

(1) Prescott lib. 3.º cap. 7.º

algunas horas; hasta que Cortés movido de las súplicas de los gefes choluleses que se habian escapado de la matanza y de los enviados mexicanos, consintió, por consideracion, segun dijo, á los representantes de Moteuhzuma, en llamar á sus soldados é impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrages. Se permitió tambien á dos de los caciques fueran á prometer perdon y proteccion á todos aquellos de sus camaradas que volvieron á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por los concertados esfuerzos de Cortés y de los caciques se apaciguó el desórden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunian bajo sus banderas respectivas, y los choluleses; descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos despues de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlaxcaltecas para que libertaran á sus prisioneros. Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuracion, contentándose con los ricos despojos de los choluleses, que consistian en varios efectos de lujo desconocidos hacia mucho tiempo en Tlaxcala. El segundo objeto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los nas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los choluleses á elegir su sucesor. Con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su poblacion disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comuni-

dad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad, y los muros que presenciaron la escena de la carnicería en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula.»

«Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los excesos de una ruda y cruel soldadesca; pero para juzgar exactamente del hecho, debemos trasportarnos al tiempo en que aconteció.» (1)

CAPITULO XVI.

Marcha de Cortés á México

Despues de la horrible carnicería que se esperimentó en toda la ciudad, volvió Cortés á su alojamiento donde cuarenta señores de la nobleza habian quedado aprisionados: y éstos rogando al general hiciera concluir tan formidable castigo, le propusieron salir algunos á llamar las mugeres y niños que andaban huyendo por los montes. Cortés mandó publicar un bando en que hacia suspender el estrago de las armas en toda la ciudad y se concedia un indulto general. Entonces empezaron á ocurrir todas las familias fugitivas, lamentando cada cual alguna víctima en aquella espantosa catástrofe: y de entre los muertos se levantaron muchos que solo fingieron estarlo para salvar la vida, y el general mandó poner en libertad á todos los prisioneros de ese dia y abrir las pri-

(1) Prescott lib. 3.º cap. 7.º

siones en que se guardaban las víctimas para los sacrificios. La noticia se circuló con la velocidad del rayo, y los tlaxcaltecas, huexotzincas y otros pueblos, mandaron al general la enhorabuena y renovar los testimonios de una sincera alianza. Los mismos choluleses juraron obediencia á los reyes católicos: se hizo la reconciliación entre los dos pueblos de Tlaxcala y Cholula; y se plantó el árbol de la cruz, en el lugar del templo mayor formado sobre la cima de la famosa pirámide.

Pronto llegaron tambien los embajadores mexicanos protestando la inocencia de su rey en el proyectado exterminio del ejército castellano: y para asegurar mas la fuerza de su palabra, traian un cuantioso regalo, de adornos de oro y plata, entre los que figuraban diez platos de oro y algunos pavos del mismo metal perfectamente trabajados, mil quinientos vestidos y algunos combustibles. Así que, con la severa lección dada á los choluleses y los testimonios de adhesión que recibió de todos los pueblos, conoció no dejar ya á su espalda enemigo alguno poderoso, y emprendió su marcha á la capital, acompañado solo de los bravos tlaxcaltecas, pues los totonecas no se creyeron seguros ni en la compañía de los terribles extranjeros, por el temor que tenían de que Moctehuzuma castigara los insultos hechos á sus colectores de tributos y los auxilios que habían prestado á los españoles. En el camino recibía el ejército embajadas de distintos pueblos que deseaban obtener su protección ó lo que es mas probable de escapar de un castigo tan terrible; y todas estas demostraciones eran acompañadas de diversos regalos mas ó menos valiosos segun la posibilidad de cada pueblo. De estos mismos pueblos que estaban quejosos tambien del despotismo de Moctehuzuma, dieron aviso al general de que el camino mas recto y seguro para llegar á México estaba obstruido por orden del mismo rey, con árboles cortados y estacadas

para impedir el paso del ejército; pero estos débiles obstáculos no podían detener ya la marcha de un hombre que para llegar á la rica corte del imperio azteca había arrollado ejércitos y arrostrado toda clase de peligros y sufrimientos. Cuando encontraron tales embarazos, los allanaron con auxilio de los mismos aliados, y el general disimuló las ideas que ellos le habían sugerido.

Pasó el ejército por entre las altas montañas el *Pococatepetl* la montaña que humea y la sierra nevada *Ixtaccihuatl* ó la muger blanca, á causa de su blanca vestidura de nieve. La supersticiosa credulidad de los indígenas, veía aquellas elevadas montañas como dioses, y tenía un horror que los hacía alejar de ellas, sin que jamás se atrevieran á subirlas. Algunos españoles manifestaron el deseo de trepar aquellas inaccesibles alturas: y Cortés para hacer ver á los indios que ellos eran capaces de acometer cualquiera empresa por atrevida que fuese, dió pábulo á los deseos de sus compañeros; y Diego de Ordaz con nueve españoles y algunos tlaxcaltecas emprendieron la subida, que aunque no fué perfecta del todo, trajeron algunos objetos que atestiguan hasta donde llegaron sus esfuerzos, lo cual aumentó la admiración con que los naturales veían á los extranjeros como una raza singular.

Esa noche se abrigaron de los helados vientos que soplaban, en algunos de los edificios que en varios puntos de los caminos, hacía poner el gobierno para albergue de los pasajeros: y al día siguiente, caminando por la sierra de Ahualco, no tardaron mucho en dar vista al valle de México con cuya vista pintoresca donde se mezclaban los bosques con los lagos y entre unos y otros tantas ciudades florecientes, entre las que se hallaba la gran *Tenoxtitlan*, se creyeron compensados de las fatigas anteriores. El hermoso panorama que se acababa de presentar á los ojos de los soldados, les hacía ver á México como la Ve-

necia de los aztecas y todos exclamaron llenos de entusiasmo, «es la tierra prometida.»

En medio de muy distintos sentimientos á vista de un poder y una civilizaci3n que no esperaban, fueron descendiendo la sierra, recibiendo á cada paso regalos que les venian á presentar los habitantes de las aldeas vecinas, en medio de sus quejas contra el soberano, que les cargaba con pesados tributos á la vez que les arrebatava sus hijos para los grandes ejércitos que le sostenian en su opulencia y á sus hijas para satisfacer la sensualidad de sus cortesanos. Esto era lo que daba mas satisfacci3n al ambicioso coraz3n del conquistador, porque ya no dudaba que el trono del rey azteca estaba colocado en un volcan, pronto á hacer su terrible irrupci3n á la menor seña que él hiciera: y tanto esplendor y grandeza y los ricos tesoros que encerraban los muros de la reina de los lagos, habian de venir á quedar puestas á sus pies. Estos sentimientos que como un fuego eléctrico comunicaba á sus compaÑeros, alentaba el espíritu de aquellos pocos aventureros para acabar de coronar la empresa mas atrevida que debian contemplar los siglos.

Mocteuhezuma consternado por el suceso de Cholula, la resuelta marcha de los españoles y las pruebas de afecto que los pueblos salian á rendirle y que eran para él otros tantos terribles presagios de su ruina, se habia encerrado en el palacio de *Tlittlaucamecatl* destinado solo para los dias de luto en la corte, y con ayunos y penitencias intentaba que los dioses volvieran sus ojos propicios á él y al imperio que habia heredado de sus mayores; pero entonces manifestaron las falsas divinidades su natural impotencia, y mientras los sacerdotes le inquietaban con funestos oráculos, la multitud referia diversas visiones, precursoras de una catástrofe para el imperio.

Movido de estos sentimientos, solo pensaba alejar de su vista á los fatales extranjeros y para conseguirlo, mandó una nueva embajada que encontró al ejército en *Inthualco* presentando á Cortés otro regalo á semejanza de los anteriores y ofreciendo pagar al rey de España un tributo anual, dando al mismo tiempo al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de los soldados españoles, con tal que consintiera en volverse. Cortés dió las gracias á los embajadores y haciéndoles algunos obsequios, les manifestó no poder volverse sin llegar á cumplir con las instrucciones de su soberano. Aun no recibia Mocteuhezuma la respuesta de esta embajada, cuando se celebró un consejo al que asistieron el seÑor de Iztapalapan hermano del rey llamado Cuitlahua y el rey de Tezcoco Cacamatzin: éste opinó porque se recibiera á los españoles como embajadores de su soberano; y el primero quiso que se les negara la entrada, haciendo uso de la fuerza para hacerlos salir si insistian en avanzar. Mocteuhezuma abrazó el consejo de su aliado nombrándolo su representante, para que en su nombre saliera á recibir á los extranjeros, y conducirlos á México, haciendo antes la última tentativa y disuadirlos de su empeño en llegar á la capital. Cuitlahuatzin en vista de aquella resoluci3n, dijo á su hermano «los dioses quieran, seÑor, que no admitais en vuestra casa al que os arroje de ella, y que cuando querais poner remedio al daÑo; tengais medios y ocasi3n de hacerlo.» El tiempo justificó lo acertado de la prevision de este prudente y valeroso príncipe; pero el rey arrastrado por la fuerza de su destino solo contestó. «¿Qué hemos de hacer? Los hombres y los dioses nos abandonan á la vez que amparan á los extranjeros. Yo y los bravos que me rodean, podemos arrostrar la tempestad que nos amenaza y esponer á ella nuestros pechos; pero los an-

cianos y enfermos, las mugeres y los niños, demasiado débiles, no podrán huir ni pelear.»

El ejército había seguido su marcha por Amecamecan y Tlamanalco, donde Cortés recibió presentes de los señores, que esponiéndole sus quejas contra el déspota de Tenoxtitlan, se aliaron con él como los totonecas y tlaxcaltecas, de suerte que cada paso mas hácia la corte, era una nueva victoria por la alianza de algun otro pueblo que-sojo. Llegaron á la ciudad de Axotzinco primera ciudad situada á la orilla del lago de Chalco, donde por primera vez admiraron los españoles el modo que los indígenas tenian para fabricar en las aguas por medio de estacadas. En esta ciudad recibió Cortés la visita de Cacamatzin: iba este jóven rey, conducido en una litera, llevada por algunos nobles, yendo por delante algunos vasallos, para limpiar el camino de cualesquier objeto desagradable: la pompa con que se presentó este soberano indio, infundió serios temores á los estrangeros, pues consideraban cual seria el poder del gran Mocteuhezuma, y sin duda los mas hubieran preferido el regreso á Veracruz, antes que esponerse á contrarestar un poder tan formidable, pero el inflexible ánimo del general ya no podia contenerse en vista de obstáculos que consideraba débiles para el aumento que habia tenido su fuerza y así, despues de recibir cortesmente á Cacamatzin, le manifestó lo mismo que á los nobles de la anterior embajada, y el rey tezcucano se volvió para esperar á Cortés en la capital, dejándole parte de la nobleza para que lo acompañara en su viaje.

El ejército marchó para Cuitlahuac, ciudad situada en una isla pequeña del lago de Chalco, la cual por su hermosura y magnificencia, era superior á todas las que antes habian visitado: y tanto esto, como el aprecio y respeto con que su numeroso vecindario hablaba del rey y de su gobierno, hizo cambiar la escena para los estran-

geros, pues la esperanza que habia nacido en ellos por el desafecto con que hablaban todos los pueblos que hasta entonees habian visitado, se desvanecia ante el poder de aquella ciudad y las muchas que circundaban las aguas del lago, cuya fuerza á primera vista superaba con mucho á la de los pueblos que solicitaban su amistad. Pero ya no era posible retroceder y por el camino que pasa al lado opuesto, siguieron los españoles admirando el hermoso cuadro que á la vez de presentarles grandes espectáculos para su empresa, agusaba mas el deseo de poner término á ella para disfrutar de las prosperidades que les presentaban.

En Iztapalatenco salieron al encuentro de Cortés, los príncipes de la casa de Tezcoco, Ixtlilxochitl y Coanacotzin, con gran parte de la nobleza acolhua ofreciendo sus servicios y su alianza: y el gefe español prometió al primero su auxilio para recobrar la corona de Tezcoco á la que se creia con derecho. Entró luego el ejército á Ixtapalapan donde mandaba Cuitlahuatzin, ciudad que admiró mucho á los españoles, así por su numeroso vecindario, como por la riqueza y magnificencia de sus edificios, que Cortés comparó con los mejores de España; pero particularmente era notable la hermosura de sus jardines, de los cuales ya se dió antes una idea. Allí se dió al general y sus soldados un hospedage digno de la magnificencia de la ciudad, haciéndoles cuantiosos regalos.

Al dia siguiente ocho de Noviembre, dia de grandes recuerdos en la historia de México, porque en él fijó su planta por primera vez el poder de España, se hizo resonar el clarin para reunir el pequeño ejército español bajo el estandarte de la cruz. El fuego perpetuo que se mantenía frente al santuario de los innumerables teocallis de Tenoxtitlan, dicron á conocer el lugar de la capital del famoso imperio azteca; y á los primeros rayos

con que el sol doró el hermoso valle, se descubrió la magnificencia de aquel país sembrado de hermosas ciudades á la orilla de las aguas y entre ellas millares de canoas y las encantadoras islas de flores que fluctuaban sobre la reluciente superficie del lago, las que segun el testimonio de Bernal Diaz parecian á su admirada imaginacion los encantos referidos en la historia de Amadis de Ganla. Tomó el ejército el camino que conduce de Ixtapalapan para México, y á distancia de media legua encontraron el fuerte de Xoloc, donde los encontró una comitiva numerosísima de nobles aztecas, vestidos de gala con sus maxtlatl de finísimo algodón, sus tilmatli de ricos tejidos de plumas y la multitud de jollas con que contentaban la vanidad de su orgullo, los cuales anunciaban la venida del rey y debian conducir el ejército á la capital. Cada uno de los nobles fué haciendo la salutacion acostumbrada en el país, tocando el suelo con la mano que despues se besaba con gran reverencia, ceremonia que detubo por mas de una hora la marcha de los españoles.

Ordenado el ejército como si fuese á dar una batalla, marchó á la capital por aquella estensa calzada, cortada en varias partes con puentes levadizos de madera, lo cual daba á conocer á los estrangeros las pruebas de la civilizacion, y no menos servia para aumentar las inquietudes de los mas tímidos, pues conocian cuan fácil le era á Moctehuzuma poderlos aprisionar entre las aguas del lago, en que se levantaba magestuosa la metrópoli del mundo occidental. Cerca ya de la ciudad, Cortés tuvo aviso que se aproximaba el monarca mexicano: y efectivamente luego se dejó ver una comitiva á la que venian abriendo lugar entre la multitud, tres nobles que elevaban unas varas de oro, insignia con que se daba á conocer al pueblo la presencia del soberano. Moctehuzuma que entonces tendria cerca de cuarenta años, era

alto y delgado, pero de una complexion fuerte y bien formada: su cabello negro y suave estaba recogido con cintas sobre la coronilla de la cabeza, tenía poca barba y la palidez de su color aumentada por los graves cuidados que habian agitado su espíritu, le daban con su melancólica mirada, un aspecto grave, pero su porte era digno de un monarca y la benévola expresion de su semblante se traslucia al través del abatimiento en que su alma habia caido por el temor de sus grandes desgracias. Caminaba en una litera conducida por los nobles, y bajo un hermoso dosel de plumas verdes guarnecido de alhajas de oro y piedras preciosas, sostenido por otros cuatro nobles. Sobre los hombros y atado al cuello llevaba un manto ricamente adornado con preciosas joyas: en la cabeza una corona de oro con un penacho de las mismas plumas que caian sobre su espalda, distintivo del rango militar; y su calzado eran unas láminas de oro atadas al tobillo con correas ricamente guarnecidas: delante de la litera caminaban los nobles con paso lento y mesurado, descalzos en señal de acatamiento á la magestad real: y cuando estuvo á una distancia proporcionada de Cortés, este bajó de su caballo y el rey de su litera, apoyándose en los brazos de Cacamatzin rey de Tezcoco y Cuitlahua su hermano señor de Ixtapalapan: los nobles iban estendiendo ricas esteras para que los piés de su señor no se ofendieran con las asperezas del suelo, y toda la multitud bajaba los ojos durante el paso del rey. ¡Cuán diversas emociones causaria esta entrevista en aquellos dos personajes, cuyos nombres se iban á escribir juntos en la historia, para sellar la ruina de la famosa monarquía azteca! Cortés despues de muchos riesgos, se veía en presencia del señor de aquel dilatado y rico imperio: por la pompa con que se presentaba el soberano, podía medir la grandeza de su poder: tendria como un sueño, avasallar aquel pueblo gigantezco con

el puñado de aventureros que lo acompañaban; pero la fuerza de su voluntad, se hacia superior á todos los obstáculos. Moctehzuma, en aquel hombre de una raza para él desconocida, veía la imágen del que estaba anunciado por los oráculos, para arrazar de un soplo su efímera potestad. Ambos por entonces guardaron en su corazon las emociones de aquella primera entrevista, y cordialmente se saludaron, con espresiones de reconocimiento y un profundo respeto. Cortés puso al cuello del rey una cadena con cuentas de cristal y quiso darle un abrazo, pero Cacama y Cuitlahua asombrados de semejante profanacion lo contuvieron. El rey volvió á ocupar su litera y dejó á su hermano encargado de cumplimentar á los estrangeros, conduciéndolos al lugar que para su alojamiento se habia fijado en la ciudad.

Los españoles continuaron su marcha y entraron llenos de admiracion á la reina del Anahuac, donde contemplaban su estension, la magnífica arquitectura de sus palacios de tetzontli, sus elevados teocalis, las estensas plazas de sus mercados y la hermosura de sus jardines, á la vez que los sencillos naturales de la gran Tenoxtitlan, agolpados en las calles y en las azoteas de las casas, veian con asombro el pequeño ejército de hombres blancos atravesar sus largas y bien cortadas calles, marchando con bandera desplegada y tambor batiente, como una columna de aguerridos veteranos. Al fin se detuvieron en una gran plaza frente á la puerta oriental del templo mayor y en el palacio que habia sido del rey Axayacatl y donde probablemente vió la luz de este mundo el infortunado Moctehzuma su hijo, fueron hospedados los estrangeros que venian á destruir su imperio. El rey estaba á la puerta del palacio; y tomando un vaso de flores que llevaba un oficial de palacio, lo presentó á Cortés, á la vez que le puso al cuello una primorosa cadena de oro, donde estaban figurados algunos animales:

lo tomó de la mano y lo introdujo á una gran sala, sentándolo en un reclinatorio cubierto con delicados tapices de algodón; y despidiéndose luego con cortesía lo dejó para que tomara descanso, ofreciéndole volver luego. Aquel palacio era tan espacioso, que se pudieron alojar los españoles y los seis mil tlaxcaltecas sus aliados. Los muros eran gruesos y tenian algunas torres repartidas en varias distancias, lo cual hacian que fuera una fortaleza: las piezas con un aseo esmerado, tenian todas, camas de estereras de junco, con abrigos de algodón, bancos de madera hechos de una pieza: colgaduras de algodón en las paredes, y las salas principales, tenian el piso estirado. Cortés luego recorrió todo aquel basto edificio, colocó sus centinelas y la artillería para guardar las avenidas, y despues de prohibir bajo pena de muerte que sus soldados salieran del cuartel sin su licencia, vinieron á sentarse á un espléndido banquete que los nobles aztecas sirvieron á los capitanes españoles. En la tarde mandó Cortés hacer una salva con su artillería: el estallido del cañon que hacia estremecer aquellos edificios y el olor de la pólvora, que como una densa columna de humo subia sobre los muros del palacio de Axayacatl, llenó de espanto á los mexicanos y temblaron al considerar que aquellos hombres que abrigaban en su seno conforme á las leyes de la hospitalidad; derramarían entre su pueblo la desolacion y la muerte, con sus terribles máquinas que vomitaban fuego.

Despues se presentó Moctehzuma en el cuartel español, acompañado de su nobleza: el general lo recibió en el salon principal y ambos se sentaron en diversos reclinatorios, entablado una conversacion por medio de D.^o Marina, á la vez que los nobles mexicanos y capitanes españoles permanecian en pié. Cortés dió al rey una noticia de quien era su soberano, de la forma de su gobierno, de las costumbres de su pais y de los motivos

de su venida, que era para entablar relaciones amistosas con el gran soberano del imperio mexicano y de hacerle conocer la grandeza y ventajas de la religion cristiana. Moctezhuma hizo diversas preguntas á Cortés para informarse de la civilizacion de su pais, de los nombres de todos sus compañeros, de la graduacion de cada uno y otras cosas que le pareció conveniente para tener idea esacta de sus huéspedes. Despues sus ministros distribuyeron un regalo de algunas alhajas de oro y ropas de algodón entre todos los españoles, y la comitiva real se retiró con las mismas ceremonias de recíproca consideracion.

Al dia siguiente obtuvo Cortés el permiso de pagar al rey la visita en su palacio, el cual nos describen los autores fundados principalmente en la autoridad del célebre Fr. Toribio Benavente ó Motolina, del modo con que ya antes lo hemos indicado. Cortés se acompañó de los capitanes Alvarado, Velazquez de Leon, Ordaz y Sandoval vestidos con la mayor gala que pudieron; y seguidos de cinco soldados españoles, se encaminó al palacio real, por entre una numerosa multitud. Al llegar á la puerta, se ordenaron en dos filas: pasaron tres patios con sus hermosas fuentes, algunas salas y cuando llegaron á la puerta del salon de la audiencia, los nobles que los recibieron, los obligaron á descalzarse y cubrir sus vestidos con un manto de *nequen* tela tosca con que era necesario presentarse á la presencia del soberano.

Entraron al espacioso salon en cuyo extremo estaba sentado el rey en medio de sus consejeros favoritos y dando la mano al general lo hizo sentar con sus compañeros. Cortés por su intérprete Marina, le espuso con la claridad que le fué posible los misterios principales de la religion cristiana, muchos de los cuales no eran desconocidos para el rey azteca; pero este estuvo resistente en abandonar la multitud de dioses que decia le

eran tan buenos, y en destruir una religion de la que habia sido sacerdote y actualmente gefe supremo por serlo del estado. Hizo algunas esplicaciones sobre su resistencia á recibir ahí á los españoles y procuró echar bases sólidas para una amistad durable entre ellos: les esplicó las predicciones que habia desde tiempo muy antiguo sobre su llegada; y Cortés afirma en su segunda relacion, que dijo estar en la creencia que el monarca español era dueño de todo aquel vasto imperio. El hecho puede ser cierto; pero no debe dársele la absoluta inteligencia que los autores españoles adoptaron de estas palabras, sino como una muestra de deferencia que usaba para con un soberano con quien se empezaba á entrar en relaciones, pues por mucha fuerza que hicieran en su ánimo las predicciones de la llegada de gentes estrañas, nunca hubiera consentido en despojarse de su poder voluntariamente, ni el pueblo lo habria consentido. Los autores españoles, fundados en estas predicciones han querido justificar la conquista; sin considerar que la verdad de la prediccion no daba el derecho de la invasion, ni la profecía podia entenderse de un señorío temporal, sino espiritual por el poder de la verdad en la religion.

El P. Acosta con bastante juicio y prudencia, se espresa así de esta primera conferencia. «Muchos son de opinion que atendido el estado de cosas en aquel primer dia, hubiera sido fácil á los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicarles la ley de Jesucristo con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos.» Efectivamente, aprovechando la buena voluntad con que fueron recibidos, la natural liberalidad de los reyes aztecas y la buena índole del pueblo, se habrian entablado relaciones, que á la España le habrian dado grandes ventajas por los tesoros que abrigaba el imperio mexicano y la conside-

racion con que en él se recibian los súbditos del monarca castellano: y el pueblo azteca, por medio de los ministros del Evangelio que están dotados de una prudencia rara y de una heroica abnegacion, habrian cambiado el aspecto religioso del reino, sin menoscabo de los intereses materiales, y México le seria deudor á España del mas grande de los beneficios; pero en vista de lo que pasó, solo podemos repetir con el P. Acosta, que los juicios del Señor son profundos é inescrutables.

CAPITULO XVII.

Prision del rey Moctezhuma, y otros personajes en México.

Al dia siguiente que Cortés visitó al rey en su palacio, salió acompañado de sus capitanes y algunos soldados á visitar los lugares mas notables de la antigua Tenochtitlan, donde hallaron los españoles tantos objetos de admiracion; pero particularmente les llamó la atencion, el famoso mercado que se hacia en la gran plaza de Tlaltelolco, donde se encontraban tantas pruebas de habilidad mecánica, de industria doméstica y reunidos en un solo foco todos los rasgos de civilizacion que estaban esparcidos en el pais. [1] De este lugar en que estaba perfectamente combinado, el bullicio del activo comercio con el buen orden de la policía, pasaron al gran teocalli ó templo mayor, previo el permiso del rey.

Los sacerdotes recibieron á los españoles y se preparaban á subir á Cortés en sus espaldas, como acostum-

(1) Prescott hist. de la conq. lib. 4.º cap. 2.º Bernal Dias cap. 92.

braban hacerlo con su soberano; pero él se resistió y subió por su pié. Moctezhuma se habia anticipado á ir á aquel lugar y se adelantó á recibirlo acompañado del gran sacerdote: y recibéndole con su acostumbrada complacencia, le dijo: «Malinche, estais fatigado de subir á nuestro gran templo?» Y Cortés que no despreciaba ocasion de hacer resaltar la superioridad de los españoles, le contestó, que los españoles nunca se cansaban. Desde allí le enseñó el rey la estensa ciudad que se presentaba á sus piés como un mapa, con sus calles y canales, cortándose unos á los otros en ángulos rectos y sus azoteas floreciendo cual otros tantos jardines. [2] Aquella vista de las canoas que subian y bajaban por los canales, las calles llenas de gente con sus alegres y pintorescos trages, la posición de la capital bañada por las aguas de los lagos, las floridas y ondulantes selvas, los estensos campos y las cumbres de sus alturas cubiertas de hermosos árboles y una pintoresca línea de vegetacion dilatada hasta la falda de las montañas nevadas donde los primeros rayos del sol brillaban con un fuego mas vivo, hizo prorumpir á Cortés en espresiones llenas de admiracion por tan hermoso espectáculo. [3]

Entonces el gefe español pidió permiso al monarca de aquellos floridos estados, para ver el interior de los dos santuarios que se elevaban sobre el templo, dedicados á Tezcatlipoca y Huitzilopochtli: el rey lo concedió despues de la consulta con los sacerdotes; y Cortés con sus compañeros, al ver los muros y pavimentos de aquellos lugares, manchados con la sangre de las innumerables víctimas que se sacrificaban en honor de aquellas deidades, salieron lamentando la ceguedad y extravío de aquellos pueblos y el horrendo estrago de los sangrientos sa-

(2) Prescott lug. cit.—[3] Bernal Dias lug. cit.

crificios. Cortés dijo á Mocteuhezuma. «Señor me maravillo de que un monarca tan sábio como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio.» (4) El rey disgustado por este discurso que le pareció sacrilego, le contestó. «Estos son los dioses que han conducido á la victoria á los aztecas desde que forman nacion y envian las sementeras y las cosechas en sus respectivas estaciones. Si yo hubiera sabido que habias de hacerles este ultraje, no os hubiera introducido á su presencia.» [5] Cortés al ver el enojo de Mocteuhezuma, procuró escusarse y se despidió de él. «Id en buena hora, le dijo el rey, que yo me quedo aquí para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias.»

Otro dia Cortés pidió licencia al rey para convertir en capilla católica, una de las salas del palacio en que tenia sus cuarteles: y no solo le fué concedido el permiso, sino un número bastante de gente que le ayudara en su obra, con lo cual en breve tuvieron los españoles un lugar donde ofrecer el Santo Sacrificio y tributar el culto de adoracion al verdadero Dios, poniendo en aquel lugar el signo adorable de la Cruz y una imágen de la Santísima Virgen. Esto dió lugar al general para seguir inculcando en el ánimo del rey las verdades de la fé católica; y aunque no se resolvió á abrazarla por entonces, dió orden á sus sacerdotes para que no se sacrificaran mas víctimas humanas. [6] Mientras duraba esta obra, advirtieron los españoles una puerta tapada recientemente, y creyendo que ocultaba algun tesoro, como habian oido decir que aun se conservaba el del rey Axayacatl de quien habia sido aquel palacio, abrieron la puerta y se convencieron de la verdad de aquel rumor, pues la puerta era entrada de un espacioso salon, lleno de ricos y primorosos objetos: telas muy finas de todas clases, alhajas

(4) Clavigero hist. ant. lib. 9.º pag. 69.—(5) Prescott.—6 Clavig. lug. cit.

de gran valor, muchos objetos dedicados al culto de los dioses y sobre todo una enorme cantidad de oro y plata atesorados en mucho tiempo mediante las extorciones que los reyes aztecas ejercian sobre los pueblos tribulados. «Y luego que lo supimos, dice Bernal Diaz, entre todos los demas capitanes y soldados, lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo ví, digo que me admiré, ó como en aquel tiempo era yo mancebo, y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto, que en el mundo no deberia haber otras tantas.»

[6] Solo el oro formaba tres grandes montones: parte en granos, parte en tejos fundidos y lo mas en distintas primorosas figuras de animales y otros objetos, brazaletes, collares, varas y á mas abanicos y preciosas figuras de pluma, donde se prodigaba con profusion el oro y las piedras preciosas. «Las cuales, ademas de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer, que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales y de tal calidad.» [7] Por esa vez Cortés y sus compañeros se contentaron con admirar la riqueza de aquel tesoro, meditando el modo de poderse hacer así de él como de su dueño.

El general español, conocia que no podria permanecer mucho tiempo en aquella ciudad tan populosa, porque el dia que su generoso monarca, haciendo á un lado los sentimientos de benevolencia con que hasta allí se habia conducido, diese la señal de alarma á su belicoso pueblo contra el puñado de estrangeros, estos sin salir de la ciudad quedarian envueltos en aquel torrente ó irian á enrojecer mas las ensangrentadas aras de las terribles divinidades mexicanas: menos podia conformarse con salir,

[6] Hist. de la conq. cap. 93.—[7] Segunda relacion de Cortés. Bernal Diaz cap. 104.

sin dejar consumada la empresa que lo habia hecho arrostrar tantos riesgos y para la cual habian acabado de inclinar su ambicioso espíritu, las preciosidades que en su seno encerraba la metrópoli india; y ponerse en guerra con su pequeño ejército, contra aquella ciudad de valientes guerreros, habria sido la mayor temeridad y un atrevimiento tan imprudente como estéril. Un medio era el que asomaba á su agitada imaginacion: apoderarse de la persona del soberano; y teniéndolo en su poder, librarse con su respeto del furor del pueblo mientras podian llegar los refuerzos que esperaba le mandaria el rey de España. Pero su conciencia no podia tranquilizarse para un tan estraño proceder, porque salian luego la razon, el respeto á los derechos del monarca y el agradecimiento de que le era deudor, porque no se pasaba un dia sin recibir crecidas pruebas de su cordial afecto y de su ilimitada liberalidad.

En los dias antes de su llegada á México, habia habido una discusion entre Quauhpopoca gefe azteca, gobernador de una ciudad cerca de Veracruz y Escalante el gefe español que dejó Cortés al mando de su nueva colonia: hubo un hecho de armas, en el que quedó muerto Escalante con algunos de sus compañeros; y aunque están divididos los autores en el motivo de esta ocurrencia; todos están conformes en el hecho. Cortés tuvo noticia de este acontecimiento; y se valió de él para cubrir su honor y acallar su conciencia, en el atrevido paso que pensaba dar de aprisionar al hospitalario soberano de México. Algunos historiadores españoles, tratan de justificar á Cortés por este acto tan injusto, suponiendo ser hija su resolucion, de la necesidad en que se hallaba ó del derecho que le daba el atentado de Quauhpopoca; pero Clavijero opina de otro modo, y para probar que era un pensamiento bien premeditado desde antes que ocurriera la muerte de Escalante, cita una

carta de Cortés á Carlos V refiriéndose á otra que le escribió desde el puerto. «Certifiqué á V. A. que lo habria [á Moctezhuma] ó preso ó muerto, ó súbdito á la corona real de V. M., y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoala.»

Cualquiera que fuera la causa, el hecho es: que el general reunió en junta á sus capitanes para comunicarles su proyecto; y despues de manifestados diversos pareceres, quedó resuelto ejecutar el pensamiento de Cortés. Para llevar á cabo el arriesgado atentado de poner preso á un rey en su corte y en medio de sus súbditos, se mandó poner sobre las armas á toda la fuerza: y el general eligió para que lo acompañaran á los capitanes Alvarado, Sandoval, Lugo, Velazquez de Leon y Avila, disponiendo que ellos y veinticinco soldados, todos con sus armas, se dirigieran de dos en dos y por distintos caminos, al palacio del rey á donde él tambien concurriria. Todos llegaron á la presencia del soberano, quien los recibió benignamente y mandando darles asiento, entró con ellos en una amistosa conversacion, practicando como siempre su magnificencia, para repartir entre ellos regalos de oro y plata. Ademas presentó á Cortés una de sus hijas; pero el general se negó á admitirla por esposa por estar ya casado en Cuba y prohibir su religion la poligamia; pero al fin por complacer al rey consintió en llevarla con objeto de reducirla al cristianismo, como efectivamente sucedió, lo mismo que con otras hijas de algunos señores que fueron dadas á los capitanes. (8)

El general despues de dar las gracias por aquellos favores, manifestó: que aquella visita tenia por objeto darle cuenta de la desleal conducta de Quauhpopoca gobernador de Nauhtlan, moviendo guerra á los totonecas solo por su amistad con los españoles, de lo qual habia

(8) Clavijero lib. 9. Prescott lib. 4.º cap. 2.

resultado la muerte de Escalante y seis de sus soldados: que teniendo que dar cuenta á su soberano de aquel acto, habia hecho sobre él las respectivas investigaciones, resultando de ellas, que todos atribuian aquel irregular procedimiento á las órdenes del rey. Este se disculpó de tener en tal acto influjo de ninguna clase: y para mejor satisfacer al gefe castellano, llamó á dos de sus ministros, les entregó una joya que traia siempre en la pulsera, en la cual estaba esculpida la imagen del dios de la guerra y servia como de sello para autorizar los reales mandatos, (9) y les ordenó hicieran venir á su presencia, al señor de Nauhtlan.

Cortés no se dió por satisfecho con esta prueba de sinceridad y exigió que el rey pasara con ellos á sus cuarteles, para que con tan extraordinaria demostracion, se hiciera manifiesta su inocencia y justificara su conducta ante el soberano español. La estravagante pretension no pudo estar bastante encubierta en el artificioso razonamiento del general para que el rey no penetrara el ultrage que se queria inferir á su magestad y lleno de turbacion le contestó: que aunque él quisiera envilecer su dignidad y su persona dejándose poner preso en su misma corte, sus vasallos tomarian las armas para librarlo de aquella infamia. Cortés insistia en su propósito y el rey en disuadirlo, ofreciendo dar en rehenes alguno de sus hijos: y viendo Velazquez de Leon, que aquella conversacion demoraba mucho y que si quedaba frustada aquella tentativa una vez hecha ya la declaracion del general, seguiria indefectiblemente su ruina, se paró y dijo «¿por qué gastamos tantas palabras con este bárbaro? Hemos avanzado mucho para retroceder ahora. Apriónémosle, y si se resiste, envainemos nuestras espadas

[9] Clavijero. lug. cit. Iztlixochitl hist. chi. cap. 85.

en su cuerpo.» (10) El colérico semblante de Velazquez, intimidó al desgraciado monarca, que estaba dominado de una extrema pusilanimidad desde el arribo de los estrangeros: preguntó á D^a Marina lo que decia el impaciente español; y ella con la mayor suavidad lo persuadió á que accediera á la pretension de los estrangeros. El que se veia en un aprieto del que su temor le hacia ver no saldria felizmente, se paró y dijo. «Quiero fiarme de voz: vamos, pues los dioses lo quieren así.» El P. Clavijero, confesando el disgusto que le causa referir este pasaje dice «en este, no menos que en otros acaecimientos de nuestra historia, es necesario levantar nuestra mente al cielo, y reverenciar con el mas profundo respeto los altísimos consejos de la Divina Providencia, que se valió de los españoles como de instrumentos de su justicia y de su misericordia, castigando en unos la supersticion y la crueldad, é iluminando á otros con la luz del Evangelio. No cesaremos de inculcar este principio, ni de dar á conocer, aun en las acciones mas irregulares de las creaturas, la bondad, la sabiduría y omnipotencia del Creador.»

Trajeron en seguida las andas: y con la magnificencia con que siempre se presentaba el rey en público, salió de su palacio para no volver á entrar en él. Los españoles marchaban á su lado guardándolo; pero cuando el pueblo supo tan raro acontecimiento, salió en tropel á las calles, asomando en unos el llanto y en otros la desesperacion. El rey manifestó que voluntariamente iba á vivir con sus amigos; y para impedir cualquiera alboroto, que indefectiblemente habia sido la ruina de los insolentes soldados que atropellaban así su dignidad, ordenó á sus ministros despejaren el camino y dió orden de castigar con pena de muerte al que se atreviera á

[10] Bernal Diaz cap. 96 y Prescott lug. cit.

turbar la tranquilidad. (11) Mil ideas se agolpan á la mente al referir hechos semejantes; pero estos por sí solos tienen sobrada importancia, que se rebajaria con cualquiera consideracion, pequeña siempre ante un objeto tan vasto y de tan extraordinaria magnitud.

Al llegar el rey al cuartel de los españoles, eligió el alojamiento que le pareció: su servidumbre llevó todo lo necesario para el servicio; y no solo se permitia entrar á los mexicanos de la casa real, sino á todos los que tuvieran negocio ó quisieran ver á su soberano: de modo que, solo la libertad faltaba á Mocteuhzuma y verdaderamente era un rey preso en el ejercicio de su poder; y nadie como en su palacio, podia acercárcele sino con el ceremonial de descalzarse y cubrirse el manto de nequen: El general dobló sus guardas para impedir alguna sorpresa, pues sabia muy bien el descontento que habia en toda la ciudad; pero dió orden á todos sus soldados de guardar las mayores consideraciones al ilustre preso, y ni él mismo se acercaba al soberano sin descubrirse la cabeza. Un dia que un soldado se espesó con alguna irrespetuosidad delante del rey, le mandó el general dar azotes.

Cortés le proporcionaba diversiones haciendo que sus tropas ejercitaran algunas maniobras militares, ó jugando á un juego español que llamaban *totoloque*, en el que el rey se agradaba de perder para distribuir mayores riquezas entre los españoles, pues no pasaba un dia sin que ejerciera su liberalidad para con ellos.

Pocos dias despues de la prision llegaron los ministros encargados de conducir á la corte al gobernador de Nauhtlan, para dar cuenta de su conducta. La dignidad de la magestad real y el honor nacional, exigian que Quauhpopoca se hubiera juzgado por los tribunales del

(11) Clavijero y Bernal Díaz.

reino: y si resultaba delincuente imponerle el castigo conveniente para la satisfaccion de los españoles ofendidos; pero el envilecimiento del rey, habia llegado á un extremo lamentable, y entregó los reos á sus mismos enemigos, para que á su placer se dieran la satisfaccion deseada. Los acusados fueron interrogados por el general español y confesaron el hecho por su propia autoridad; pero cuando fueron amenazados con el tormento, se cubrieron con las órdenes del rey que habian tenido para su procedimiento. Entonces Cortés seguido de un soldado que llevaba unos grillos en la mano, entró á la sala de Mocteuhzuma y le dijo «Ya señor, han sido examinados los reos y todos han confesado su delito, inculpandoos á vos, como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen y que merecis vos mismo, en virtud de su confesion; pero considerando por otra parte los grandes beneficios que nos habeis hecho, y el afecto que habeis manifestado á mi soberano y á mi nacion, quiero concederos la gracia de la vida: pero no puedo evitar que sufrais una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor por vuestro delito.» En seguida el soldado á una señal de su gefe, puso los grillos al rey, quien conmovido con tanto ultraje á su persona, no pudo articular una sola palabra, y solo algunos suspiros se mezclaron con las mudas lágrimas de los servidores que con sus manos querian aliviar el peso de los grillos á su soberano. (12)

Cortés volvió la espalda y salió luego á consumir su atentado. Quauhpopoca, un hijo suyo y quince nobles cómplices en la muerte de Escalante, debian quemarse vivos para espiar su delito y dar una prueba de que no podia con impunidad tocarse ni el pelo de un español. Las piras funerarias se habian formado con las mismas

(12) Bernal Diaz, cap. 95. Prescott lib. y cap. cit.

armas que estaban almacenadas en las armerías del templo y que tanto temor causaban al ejército: las víctimas fueron atadas de piés y manos; y á presencia de la tropa toda en arma y de una multitud de mexicanos que presenciaban aquella extraordinaria ejecucion, se pusieron sobre la hoguera encendida frente al palacio.

Cuando fueron consumidos aquellos desgraciados en presencia de un pueblo engañado, por que creia ser aquel acerbo suplicio órden del soberano, el gefe español entró con el rey y puesto de rodillas le quitó los hierros que aprisionaban sus piés. [13] El afligido monarca esperimentó en esto un júbilo inesplicable, pues le parecia un incomparable beneficio recibir aquella libertad ultrajada de unos huéspedes á quienes tenia en su casa colmando de favores. Se le ofreció poder volver á su palacio, pero él lo rehusó por no verse comprometido con sus súbditos á vengar en los españoles el agravio que habian hecho á su persona. Este hecho se refiere en la segunda relacion de Cortés y lo citan Solis y Clavijero; pero yo hallo alguna dificultad en creerlo, porque el largo tiempo que duró su prision, salia el rey á divertirse en el ejercicio de la caza; siempre custodiado por los españoles y tlaxcaltecas; y cuando Cortés marchó para Veracruz contra Narvaes, dejó en México á Pedro de Alvarado, recomendándole la vigilancia con el rey. Los mismos historiadores que refieren este hecho, dicen que al rehusar Mocteuhezuma esta gracia, el general lo abrazó dos ó tres veces con crecido entusiasmo, diciéndole: que lo amaba como á un hermano y que todos los españoles defenderian su causa con el mayor celo. «Palabras de miel que Mocteuhezuma sabia lo que valian.» [14]

[13] Bernal Diaz. Solis conq. de la Nueva España. lib. 3.^o cap. 20.—[14] Bernal Diaz cap. 95.

El miserable estado á que el rey estaba reducido y la preponderancia que en su ánimo habian adquirido los españoles, tenia inquieta á la nobleza y á los reyes aliados: y Cacamatzin rey de Tezcoco le habia instado á su tio recobrar su dignidad y sacudiera la opresion de aquellos estrangeros; pero viendo que Mocteuhezuma despreciaba sus consejos resolvió hacer la guerra por sí mismo para arrojar el ejército español. «La ruina de éstos hubiera sido inevitable, si el concepto que tenian aquellos pueblos de Cacamatzin hubiera correspondido á su intrepidez y resolucion: pero los mexicanos sospechaban que bajo color de celo por el honor de su tio, ocultaba miras ambiciosas y el designio de usurparle la corona.» [15]

Cacamatzin convocó en la corte á sus consejeros, para hacerles comprender el lamentable estado del reino de México, por el arrojó de los españoles y la pusilanidad del rey: pintó aquella triste situacion con los mas vivos colores; y manifestó lo espuesto que estaba el reino de Acolhuacan á sufrir las mismas consecuencias. Exhortó á sus compatriotas á combatir á los españoles antes que recibieran refuerzos de su pais ó aumentaran su poder por nuevas alianzas: algunos ancianos le aconsejaban reprimir los ardores de su juventud y caminar con mas prudencia en negocio tan grave; pero la mayoría de los señores aconsejó el partido de la guerra y se empezaron á hacer preparativos para ella.

Aunque estas prevenciones se hacian con el mayor sigilo, no pudo ser tanto que la noticia no llegara á México á oídos de Cortés y Mocteuhezuma. El general, fiado en que salia bien en todas sus empresas por mas temerarias que fueran, pensó marchar luego sobre Tezcoco y reducir por la fuerza aquella capital; pero Mocteuhezuma lo disuadió haciéndole ver la muchedumbre de sus

[15] Clavijero lib. 9.^o

habitantes y lo aguerrido de las fuerzas de aquella corte. Cortés aprovechando el consejo de su prisionero, mandó una embajada, recordando al monarca tezcucano, la amistad que se habían prometido en Ajotzincó y la conveniencia de mantenerse en paz con el rey de Castilla y la nación española. Cacama dió una respuesta violenta, amenazando á Cortés si pronto no salía para su país y á pesar de esto, su tío Moctezhuma con la esperanza de atraerlo á la paz, mandó invitarlo á que pasara á México para conferenciar con él; á lo cual contestó su sobrino con mayor dureza y ofreciendo ir á México, pero empuñando su espada para borrar el oprobio que habían impreso en la frente de los mexicanos, la osadía de cuatro aventureros y el ánimo apocado del rey. Moctezhuma con sus debilidades se colocó en tan difícil situación, que ya para él todos los extremos eran malos y creyó ser víctima ó del furor de Cacama, ó de la venganza de los españoles y se resolvió á tomar el partido de la traición para salvar su vida. Invitó á su sobrino á una conferencia con una comisión de nobles mexicanos, en un palacio que el rey de Tezcoco tenía á orillas del lago, al cual por un canal podían entrar y salir barcos. (16) Cacama ocurrió á esta cita y los ministros mexicanos bien aleccionados, lo hicieron preso en un barco dispuesto con este fin, en el cual fué conducido á México. Prescott fundado en unas palabras del conquistador cree, que el rey de México tenía asalariados algunos nobles tezcucanos en la misma corte de su sobrino y que con auxilio de éstos se pudo hacer caer al rey en la red que se le tendió. Con este motivo dice. "El sostenimiento de un cuerpo de mercenarios en la corte de los príncipes vecinos, muestra que los bárbaros de occidente, entendían la ciencia de las intrigas políticas, tan

(16) Seg. rel. de Cortés pag. 95 y 96.

bien como algunos de sus reales hermanos del otro lado de los mares." (17)

Luego que el soberano de Tezcoco llegó á México, fué entregado á Cortés, quien lo mandó encadenar y poner bajo buena custodia: y entre el general y el rey de México, dieron la corona de Tezcoco á Cuicuitzcatzin hermano de Cacama, que huyendo de la persecución de este, se había refugiado á México. Ambos lo acompañaron hasta la orilla de la ciudad y en unión de algunos nobles de ambas cortes, lo mandaron á tomar posesión de su reino, encargándole guardar con los dos, la mas sincera amistad, como que á ellos debía su corona. [18]

Ya estaban en poder de Cortés los dos monarcas mas poderosos del Anahuac: contaba con la alianza de los tlaxcaltecas y totonecas: con el terror que había inspirado su terrible castigo con los choluleses; pero queriendo aun sacar mas partido del influjo que ejercía en el desgraciado Moctezhuma, lo hizo dar las órdenes necesarias para hacer venir á su presencia al rey de Tlacopan, á los señores de Iztapalapan y Coyoacan hermanos suyos, al señor de Tlaltelolco y uno de los sumos sacerdotes de México. Cuando estos altos personajes y otros de la principal nobleza azteca, estaban en el palacio los mandó poner presos el general.

CAPITULO XVIII.

Sumision de Moctezhuma al rey de España: expedicion de Narvaez.

Teniendo ya Cortés puesta su planta sobre el cuello de los mas poderosos príncipes y señores de las monar-

(17) Lib. 4º cap. 4º —18. Clavijero lib. 9.º pag. 84 y Prescott. lugar cit.

habitantes y lo aguerrido de las fuerzas de aquella corte. Cortés aprovechando el consejo de su prisionero, mandó una embajada, recordando al monarca tezcucano, la amistad que se habían prometido en Ajotzincó y la conveniencia de mantenerse en paz con el rey de Castilla y la nación española. Cacama dió una respuesta violenta, amenazando á Cortés si pronto no salía para su país y á pesar de esto, su tío Moctezhuma con la esperanza de atraerlo á la paz, mandó invitarlo á que pasara á México para conferenciar con él; á lo cual contestó su sobrino con mayor dureza y ofreciendo ir á México, pero empuñando su espada para borrar el oprobio que habían impreso en la frente de los mexicanos, la osadía de cuatro aventureros y el ánimo apocado del rey. Moctezhuma con sus debilidades se colocó en tan difícil situación, que ya para él todos los extremos eran malos y creyó ser víctima ó del furor de Cacama, ó de la venganza de los españoles y se resolvió á tomar el partido de la traición para salvar su vida. Invitó á su sobrino á una conferencia con una comisión de nobles mexicanos, en un palacio que el rey de Tezcoco tenía á orillas del lago, al cual por un canal podían entrar y salir barcos. (16) Cacama ocurrió á esta cita y los ministros mexicanos bien aleccionados, lo hicieron preso en un barco dispuesto con este fin, en el cual fué conducido á México. Prescott fundado en unas palabras del conquistador cree, que el rey de México tenía asalariados algunos nobles tezcucanos en la misma corte de su sobrino y que con auxilio de éstos se pudo hacer caer al rey en la red que se le tendió. Con este motivo dice. "El sostenimiento de un cuerpo de mercenarios en la corte de los príncipes vecinos, muestra que los bárbaros de occidente, entendían la ciencia de las intrigas políticas, tan

(16) Seg. rel. de Cortés pag. 95 y 96.

bien como algunos de sus reales hermanos del otro lado de los mares." (17)

Luego que el soberano de Tezcoco llegó á México, fué entregado á Cortés, quien lo mandó encadenar y poner bajo buena custodia: y entre el general y el rey de México, dieron la corona de Tezcoco á Cuicuitzcatzin hermano de Cacama, que huyendo de la persecución de este, se había refugiado á México. Ambos lo acompañaron hasta la orilla de la ciudad y en unión de algunos nobles de ambas cortes, lo mandaron á tomar posesión de su reino, encargándole guardar con los dos, la mas sincera amistad, como que á ellos debía su corona. [18]

Ya estaban en poder de Cortés los dos monarcas mas poderosos del Anahuac: contaba con la alianza de los tlaxcaltecas y totonecas: con el terror que había inspirado su terrible castigo con los choluleses; pero queriendo aun sacar mas partido del influjo que ejercía en el desgraciado Moctezhuma, lo hizo dar las órdenes necesarias para hacer venir á su presencia al rey de Tlacopan, á los señores de Iztapalapan y Coyoacan hermanos suyos, al señor de Tlaltelolco y uno de los sumos sacerdotes de México. Cuando estos altos personajes y otros de la principal nobleza azteca, estaban en el palacio los mandó poner presos el general.

CAPITULO XVIII.

Sumision de Moctezhuma al rey de España: expedicion de Narvaez.

Teniendo ya Cortés puesta su planta sobre el cuello de los mas poderosos príncipes y señores de las monar-

(17) Lib. 4º cap. 4º —18. Clavijero lib. 9.º pag. 84 y Prescott. lugar cit.

quitas del Anahuac y viendo en Mocteuhezuma un dócil instrumento para favorecer sus designios, le dijo ser ya el tiempo de que reconociese al rey de España por su legítimo soberano y le rindiese la obediencia que era debida. El pusilánime rey, que ya no podía rehusarse á nada de lo que quisiera el general, estuvo pronto á dar el último paso para hundir á sus pueblos en el abismo de una dominacion estraña. Llamó á su presencia á los nobles de la ciudad y demas lugares del reino y en un largo discurso en que primero les manifestó el amor que les tenia como padre, les propuso jurar obediencia al rey de España y reconocer su soberano dominio en aquella tierra, debiendo pagarle tributo en reconocimiento de su autoridad. Les recordó las antiguas profesias de Quetzalcohuatl y Hueman, de que el señorío de aquellas tierras, pararia en manos de unos hombres blancos que vinieran del oriente sobre las aguas del mar: y que segun la declaracion de los sacerdotes, de los sábios y aun de la misma naturaleza por los raros prodigios que se habian visto, era llegado el tiempo de que se cumplieran aquellos oráculos: que aquellos estranjeros venidos de la tierra á donde se habia partido la benéfica deidad de Quetzalcohuatl, venian á reclamar la obediencia de sus antiguos súbditos. (1) «Y mucho os ruego, continuó, pues á todos os es notorio todo esto, que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitan: y todos los tributos y servicios que hasta aquí á mí me hacíades, los haced y dad á él, porque yo así mismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare.» [2]

(1) Prescott. lib. 5.º cap. 5.º Solis. lib. 4.º cap. 3.º Clavijero 2.º tomo pag. 85.—2. seg. rel. de Cortés p. 97.

El rey arrastrado de su fatal destino habia hecho la dolorosa intencion de considerarse como subdito de otro soberano; pero esto no podia menos que llenar de amargura su corazon y varias veces el llanto interrumpió su voz. Los concurrentes enternecidos y asombrados con las palabras del rey, participaban de su misma amargura, deramaban tambien sus lágrimas, y no podian menos de recordar la tradicion que les anunciaba la profesia de Quetzalcohuatl y aun recordaron que uno de los puntos de la tradicion, indicaba que la línea de los reyes aztecas terminaria en Mocteuhezuma, cuya significacion literal de este nombre es *señor triste ó adolorido*. [3] Al fin uno de los señores mas principales, concluyó diciendo: «Pues es llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos antiguos; y los dioses quieren y vos mandais que seamos súbditos de otro señor, ¿qué hemos de hacer nosotros sino someternos á las soberanas disposiciones del cielo, intimadas por vuestra boca?» [4] Cortés dió las gracias por aquella pronta sumision: y Mocteuhezuma á quien se ofreció seguir mandando en nombre del rey de España, no solo en sus estados, sino en los demas que se agregaran á la corona de Castilla, consintió en que algunos españoles acompañaran á los colectores de tributos, para que recorriendo las principales ciudades, recogieran el que pertenecia al nuevo soberano. Pasadas algunas semanas volvieron con gran cantidad de oro, plata, ricos tegidos y otros objetos de que los pueblos pagaban vasallage, á todo lo cual el rey agregó el rico tesoro de su padre Axayacatl, que como ya hemos dicho, se conservaba aun en aquel palacio. De todas estas riquezas se sacó el quinto para el rey, Cortés tuvo con que pagar las deudas que habia contraido en Cuba para prevenir su flota y se distribuyó una par-

(3) Prescott. lug. cit.—4. Clavijero tomo 2.º pag. 86.

te entre los capitanes y soldados, que no dejaron de murmurar, pues creían muy corta recompensa para tan grandes sacrificios.

Pasada esta primera felicidad que envaneció á los españoles, que tan á poca costa creían ya haber conquistado un estado tan poderoso, la nobleza mexicana vuelta de su primera sorpresa, avergonzada de su tolerancia para con los extranjeros y enojada por la humillacion del rey y la desgracia de tantos personajes que gemian aherrajados en la prision empezaron á preparar en silencio algunas tropas para sacudir aquel yugo y algunos se acercaron al rey, exhortándolo á lavar las manchas que á su dignidad habian impreso los soldados extranjeros: muchos mostraron su gran descontento porque el fruto de sus trabajos se ofrecia á un rey desconocido; y los sacerdotes lo amedrentaban con el castigo de los dioses, sino echaba de sus estados aquellos hombres que amenazaban destruir su religion.

Esta general alarma hizo avergonzar al rey de su conducta pusilánime: y haciéndose un esfuerzo, se resolvió á llamar á Cortés. Le manifestó los crecidos testimonios de amor que le habia dado y aun estaba dispuesto á darle por su parte; pero que estando cierto del descontento de los dioses y del ánimo hostil de sus vasallos, no podia permanecer por mas tiempo en sus estados, de los cuales debian salir cuanto antes sino queria quedar envuelto en la ruina que á ambos les amenazaba. El general sentia sobre manera este cambio de ideas en el rey antes de tener asegurado su poder; pero disimulando la profunda pena que le causaba un cambio tan inesperado, se limitó á poner por pretexto la falta de embarcaciones para regresar á su patria. Mocteuhezuma lleno de júbilo por la deferencia del gefe español, le ofreció gente que cortara la madera necesaria para la construc-

cion de sus naves y que trabajaran en aquella obra bajo la direccion de los españoles.

Se dieron luego las órdenes para que un crecido número de aztecas fueran á un pinar cerca de Chiahuitztlan para emprender este trabajo: y apenas habian pasado ocho dias, cuando lo volvió á llamar y le dijo no ser ya necesaria la construccion de naves, porque acababan de llegar al puerto diez y ocho semejantes á las que él habia destruido, por lo cual debia abreviar su salida porque así convenia al bien de su reino. Cortés; en vista de las pinturas que mandaban al rey los gobernadores de la costa, no dudó que la armada que habia arribado al puerto, fueran los auxilios que esperaba de España, por lo cual dió mil acciones de gracias al Ser Supremo que le mandaba auxilio tan oportuno en los momentos de mayor afliccion para él. Así es, que para ganar tiempo, ofreció salir luego que estuviera cierto de que tales buques regresarian á Cuba.

Pocos dias despues recibió cartas de Gonzalo de Sandoval, que habia ido á reemplazar á Escalante en el gobierno de Veracruz, en que le noticiaba ser aquella una armada al mando de Pánfilo Narvaez, mandado por Diego Velazquez gobernador de Cuba, con órdenes de quitar el mando á Cortés y mandarlo como un vasallo rebelde y desleal con su soberano. Esta inesperada dificultad, turbó el ánimo del general; pero él se sobrepuso á los riesgos de que estaba amenazado y no dió á conocerlos ni al rey ni á sus soldados: se valió luego del P. Olmedo para que con su influencia atrajera á Narvaez á un avenimiento, presentándole las ventajas que á ambos les resultaban de la union y la ruina de todos si la discordia los dividia en momentos tan solemnes. El P. Olmedo y sus compañeros iban prevenidos con algunas cartas de Narvaez inclinándolos al mismo partido, y

ademas de buena provision de ricas joyas, para que sus discursos fueran n.as insinuantes con los soldados.

Pánfilo Narvaez habia desembarcado y acuarteládose en Cempoala, donde fué recibido con mu stras de muchas consideraciones, creyéndolo compañero de Cortés con quien habian hecho alianza: y aun el mismo Moctezuma entendiendo lo mismo, le mandó tambien cuantiosos regalos. Narvaez, que recibia estas pruebas de aprecio del rey y sabia cual era la situacion á que Cortés lo habia reducido, quizo entablar con él negociaciones, ofreciéndole sacarlo de aquella humillante posicion y librar á todo su pueblo de la ignominia á que habia llegado por la temeridad de Cortés.

En esta ocasion dieron á conocer el rey azteca y el general español, las mejores cualidades que á cada uno adornaban: y con el auxilio de unas y otras, se efectuó la exaltacion del segundo sobre la ruina del primero, al cual bien pronto siguieron todos los pueblos que habian estado sujetos al cetro de su peder: Cortés se veía amenazado por el formidable poder de los mexicanos y por un ejército regularizado tres veces mayor que su reducido número: prudentemente no podia salir victorioso con ninguno de estos dos enemigos cuya superioridad de fuerza era notoria, y mas segura era su ruina si podia haber entre los dos un acuerdo, á lo menos para destruirlo; pero entonces desplegó la destreza, la penetracion, la serenidad de ánimo, el brío para comunicar el fuego á sus disposiciones, todas esas bellas cualidades que combinadas en un sugeto en un momento dado, lo eleva á la clase de los héroes y lo hace producir las acciones mas asombrosas. Moctezuma se veía humillado por Cortés y la presencia de éste en la capital, estaba á punto de promover una tempestad en la que el rey no tenia grandes probabilidades de salir bien librado: con el auxilio que le brindaba Narvaez, podia deshacerse de

aquel obstáculo, recobrar su dignidad ultrajada, y vuelto al pleno y espedito uso de su poder, ejercer su antiguo brío con el que podía conducir á su pueblo á la victoria, contra el imprudente capitan español; que se atrevia hacer patente la disencion que existia entre sus compatriotas, en el mismo territorio enemigo cuya conquista se disputaban ambos. Pero el rey fiel á su buena fé para con su carcelero, despreció la cooperacion de Narvaez, contentándose con la promesa que Cortés habia hecho para salir de sus estados. Cuando Moctezuma no solo estuvo advertido de la enemistad entre los dos gefes castellanos, sino que supo por el mismo Cortés, que se disponia á entrar en campaña contra su paisano rival, lejos de aprovecharse de esta favorable circunstancia para librarse de sus dos enemigos, quiso persuadir á Cortés de la temeridad de su pensamiento; y cuando vió la resistencia del general, le ofreció un ejército de cinco mil aztecas, que éste rehusó admitir, tal vez por no entregarse demasiado en manos de sus enemigos.

Velazquez de Leon que habia salido con ciento cincuenta hombres á establecer una colonia en algunos de los rios que desembocan en el seno mexicano, fue mandado volver luego, para que se incorporara á su gefe en Cholula. A otro soldado Tovillos se mandó á Chinantla para que mandara construir trescientas lanzas de dos puntas, las cuales debian ser de cobre fundido, para poder contrarestar con su tamaño á la caballería española. A Pedro de Alvarado su fiel amigo y uno de los mas intrépidos capitanes que lo acompañaban, lo dejó encargado de la ciudad de México, encargándole la vigilancia con el rey y la prudencia en todas sus operaciones, dejándole una guarnicion de ciento cincuenta españoles y probablemente el ejército tlaxcalteca, pues de este no se dice que acompañara á Cortés, el cual salió con solo 65

nfantes y 7 caballos, sin trenes de ninguna clase para alijerar sus movimientos.

A Moctehuzuma le exigió la protesta de guardar con el capitán Alvarado ó el Tonatiuh como le llamaban los mexicanos por su color rojo, las mismas relaciones amistosas, porque de otra manera se comprometería para con el soberano de España y á mas sería la primera víctima en cualquier movimiento hostil. El rey de tal manera aseguró á Cortés su buena armonía para con Alvarado, que en el momento de salir la pequeña expedición para Veracruz, salió él en su litera conducida por los nobles y escoltada por la infantería española, hasta la calzada de donde dió al general un abrazo de despedida con pruebas de una cordial amistad. Esto sucedía en principios del mes de Mayo de 1520, á los seis meses de haber hecho su entrada á Tenoxtitlan. (4)

Aquella pequeña partida con que Cortés iba á aventurar el éxito de su empresa, mas bien fiado en la astucia que en lo que se pudiera esperar del valor de aquellos cuantos soldados, tomó el camino de Cholula, donde con inesplicable alegría encontraron á Velazquez de Leon con sus ciento cincuenta soldados con que volvía de Coatzacoalco: ahí tambien recibió provision de víveres que le mandaba el senado de Tlaxcala y un número de seiscientos soldados, que bien pronto fueron despedidos porque dieron pruebas de no estar muy dispuestos á medir sus armas contra los hombres blancos de cuyo terrible estrago tenían demasiadas pruebas en sus guerras y en la catástrofe de Cholula.

Signieron sucamino, y adelante de Perote, se les incorporó el capitán Sandoval que con sesenta hombres volvía de la colonia de Veracruz, y el soldado Tovillos trayen-

(4) Seg. rel. de Cortés pag. 119. Bernal Diaz. cap. 112. Clavijero tom. 2.º lib. 9.º

do las trescientas lanzas de Chinantla. A distancia ya de quince leguas de Cempoala donde Narvaez tenia sus cuarteles, encontró el ejército otra comision compuesta de un eclesiástico Guevara, Andres del Duero, secretario de Narvaez y otros tres españoles, los cuales traian una carta del gefe, siempre insistiendo en que su autoridad fuera reconocida y ofreciendo sus buques para que los soldados de Cortés volvieran á Cuba, con los tesoros que hubieran adquirido. Duero con mucho juicio y discrecion, inducia á Cortés á que aceptara proposicion tan ventajosa, manejando hábilmente el argumento de carecer de facultades para seguir con el mando, puesto que si lo habia obtenido del gobernador de Cuba, este lo despojaba de él para conferírsele á Narvaez; pero el general por su parte no con menos habilidad supo escudarse de aquellos tiros, tras el fantástico aparato, de la ceremonia con que las autoridades de Veracruz, creadas por él mismo, lo habian investido de plenos poderes en nombre del soberano de Castilla. Despues de embarazar con esto el ataque de Duero su antiguo amigo y á cuyo influjo debió conseguir en Cuba el mando de la expedición que le confió Diego Velasquez, le renovó la promesa que le habia hecho en aquella ocasion, para darle una porcion considerable de las utilidades en su arriesgada empresa. [5] Con tal astucia atrajo á su partido á Duero y lo interesó en su triunfo contra Narvaez de tal suerte, que de él recibió los mas exactos informes que podia necesitar de los recursos y posicion de su contrario, para acordar su procedimiento del modo mas ventajoso. El general hizo valer por último ante los comisionados de su contrario, que este no venia armado con alguna real provision, para despojarle de la tierra que habia ya conquistado en nombre de su so-

(5) Bernal Diaz cap. 119. Prescott, lib. 4.º cap. 7.º

rano y que estaba dispuesto á conservar en su nombre.

Despidió á los comisionados con una carta en que intimaba á Narvaez y los que le seguian, á presentarse ante él á reconocer su auteridad. «Y así mismo mandaba y mandó por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban, que no tuviesen ni obedeciesen al dicho Narvaez por tal capitán ni justicia; antes dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señale, pareciesen ante mí, para que yo les dijere lo que debian hacer en servicio de vuestra alteza: con protestacion, que lo contrario haciendo, procedería contra ellos, como contra traidores y alevés, y malos vasallos, que se revelaban contra su rey, y querian usurpar sus tierras y señoríos.» [6]

Allí pasó revista á su ejército, y encontró que se componia de doscientos sesenta y seis hombres, con solo cinco caballos: su artillería la habia dejado en México para no embarazar su marcha: y el resto de su armamento estaba muy escaso y maltratado. Respecto de armas defensivas, solo llevaban sus soldados, unas cotas de algodón, llamadas *escaupiles* por los mexicanos, y si bien eran suficientes para librarse de las flechas, ninguna resistencia podian presentar á las balas; pero el ardor de aquellos pechos que Cortés habia cautivado, podian suplir las faltas de todo el necesario material de guerra. Esta pequeña fuerza iba á combatir con el ejército de Narvaez, que lo formaban ochocientos infantes, ochenta y cinco caballos, mas de quinientos marineros y doce piezas de artillería. A mas venian como auxiliares de este ejército algunos centenares de indios de las islas: y toda la tropa bien armada, con abundantes provisiones de guerra. [7]

Al llegar al rio de las canoas, una legua antes de Cem-

[6] Seg. rel. de Cortés pag. 127.—[7] Bernal Diaz cap. 118.

poala, hizo alto Cortés para dar descanso á los soldados y allí les dirigió un discurso en el cual elogió el valor y la abnegacion de todos sus compañeros, debido á lo cual habian obtenido tan grandes ventajas: les recordó los riesgos que habian arrojado, las victorias obtenidas, los grandes resultados de sus fatigas, la gloria y las riquezas que debian disfrutar; y les hizo presente, que unos hombres sin autorizacion de la corona los iban á privar de aquellos bienes, debiendo ser presentados por ellos á su soberano con deshonor y cubiertos de infamia. Por lo cual antes que llenarse de ignominia debian todos mejor morir como valientes en el campo de batalla. El resultado correspondió á las esperanzas, y estrepitosos vivas al general, se oyeron en aquel momento en toda la tropa, que se reanimó como si ninguna fatiga hubiera tenido que sufrir.

Entonces Cortés manifestó el plan de atacar á sus contrarios en la noche, ayudado de la oscuridad: dió á Sandoval el encargo de apoderarse de la persona de Narvaez, para lo cual le dió sesenta hombres escogidos y los mejores capitanes: el resto de la fuerza lo distribuyó entre él y Cristóval de Olid. Dió el general á todos las correspondientes instrucciones: la señal para reconocerse en el ataque, era la palabra «Espíritu Santo» por ser la noche del dia de Pentecostés; y á la media noche, que estaba envuelta en las tinieblas de una tempestad, pasaron el rio y asaltaron la ciudad de Cempoala, donde el ejército de Narvaez estaba entregado á un profundo sueño. Un centinela avanzado dió aviso de aproximarse el enemigo; pero sus soñolientos camaradas, creyeron habria confundido aquel movimiento con algun ruido del vecino bosque y nadie se apercibió para conjurar el golpe que les amenazaba. Cortés al aproximarse descubrió una luz en la altura del teocali principal y dijo á Sandoval «es el cuartel de Narvaez, esa luz debe ser nuestra guía.»

Cuando el ruido que ellos hacian al precipitarse por las calles, fué advertido por algunos soldados, las trompetas llamaban á las armas á los soldados de Narvaez, pero ya era tarde para impedir que los asaltantes tomaran las avenidas del teocali. El general dió la señal del ataque «Espíritu Santo» sobre ellos» y todos volaron á la carga: la fuerza de Olid acribilló de heridas á los artilleros que inútilmente disparaban algunos cañones: Sandoval subió con sus soldados á las alturas del teocali y se apoderó de Narvaez que habia caido en tierra al recibir una lanzada que le hizo saltar el ojo izquierdo; y en un momento quedó victorioso Cortés de un enemigo muy superior en número y elementos de guerra; menos en astucia y atrevimiento.

Después de un triunfo tan espléndido, Cortés para mejor asegurarse del afecto de los soldados de su rival, hizo repartir entre ellos algun oro, aunque con descontento de los suyos: se hizo reconocer por todos capitán general; y dueño ya de un ejército incomparablemente mas grande que el que le habia bastado para penetrar hasta el corazon de la monarquía azteca, mandó á Narvaez y Salvatierra, uno de sus gefes mas peligrosos, á Veracruz, para que allí permanecieran presos, mandando tambien quitar de los diez y ocho buques, las velas brújulas y timones.

Una de las lecciones de la historia, es hacernos reconocer en todos los hechos el dedo oculto del Omnipotente, dirigiendo todas las cosas, al fin con que su Providencia gobierna todo el universo. ¡Cuán pequeñas son las circunstancias que El Arbitro de los destinos de las sociedades, necesita para hacer variar la suerte de los imperios! Si Moctezuma acepta la alianza propuesta por Narvaez para destruir á su contrario: si Velazquez de Leon, anteponiendo el deber de la disciplina y la gratitud para con su general á sus naturales afecciones

y parentesco con el gobernador de Cuba, no cumple con la órden de incorporarse en Clolula: si Tovillos no viene tan oportunamente con las grandes lanzas de Chinantla, que sirvieron para desbaratar en las calles de Cempoala, las maniobras de la caballería de Narvaez: si Cortés no mueve las mas delicadas fibras del corazon de sus soldados y se apresura á dar el ataque auxiliado con las sombras de la noche: si Narvaez no se descuida hasta el grado de dejarse sorprender en sus cuarteles; y si falta cualesquiera de otras muchas circunstancias accidentales, que vinieron á dar el resultado que hemos visto, Cortés no triunfa. ¿Y cuáles habrian sido los resultados para Mexico? Apercebidos ya aquellos pueblos con las terribles lecciones que les habia dejado Cortés, tal vez se habrian unido para la defensa comun, y Narvaez, victorioso del rival del gobernador de Cuba, se habria vuelto haciendo perder el fruto que para España habia ganado el arrojo y hábil política de sus primeros soldados. Inútil es perdernos en conjeturas: Cortés formó un plan á cuyo éxito fió su futura suerte: este era arriesgado y necesitaba el concurso de multitud de circunstancias que á primera vista, ningun influjo podian tener en la suerte de aquellos pueblos: ninguna de ellas faltó; y Cortés en lugar de una muerte estéril y oscura, presentó la conquista de un mundo vírgen, donde á la vez y por distintos caminos, debian hacer rápidos progresos, la luz de una religion civilizadora por esencia, y el egoismo de un mundo envejecido y gastado por la ambicion. La primera estaba encargada de disipar las tinieblas de un sangriento paganismo; y el segundo de humillar por mas de tres siglos, la frente de aquellos pueblos. Ambos han cumplido su mision, y tal vez está cerca la hora en que cada uno recoja el fruto merecido.

CAPITULO XIX.

Alvarado hace una horrible carnicería en la nobleza mexicana: Vuelve Cortés á México.

Teniendo Cortés despues de su victoria, mas de mil quinientos españoles á sus órdenes, pensó en fundar nuevas colonias en la costa, hacer otras expediciones en el golfo y estender de este modo su poder. Habia nombrado ya los gefes para estas distintas comisiones y distribuido la tropa, cuando recibió noticias de Alvarado, de que el pueblo mexicano se le habia sublevado: y creyendo de preferencia atender primero á remediar este mal, contrarió las órdenes dadas y regresó á México con toda su fuerza.

El dia XI Atl, del mes 5º Toxcatl, que en el año de 1520 correspondió al 23 de Mayo, se celebraba en el templo mayor de México, la primera fiesta del Dios Huitzilopochtli, incensando al dios; y era conforme al rito, que hubiera gran baile del rey, los sacerdotes y la nobleza. (1) Era la fiesta mas solemne del año, y por tanto los nobles suplicaron al capitan Tonatiuh, permitiera al rey concurrir al templo á llenar los deberes de su religion. Prescott siguiendo á Oviedo; cree que Alvarado concedió el permiso con la sola condicion de que se omitieran los sacrificios de víctimas humanas; pero Clavijero y el P. Acosta que parecen mejor informados, suponen que negó el permiso de que el rey saliera y por tanto el baile tuvo lugar en uno de los patios del palacio

[1] Clavijero tom. 1.º pag. 406.

que servia de cuartel á los españoles y de prision al rey. A la hora de costumbre, concurrió al palacio la nobleza, que Oviedo fija en número de seiscientos y el Sr. Las Casas hace subir hasta dos mil: iban todos con sus mas ricos adornos de preciosas joyas, y al ronco sonido de sus instrumentos, comenzaron alegres á cantar y bailar. Los soldados españoles por orden de su capitan, ocuparon las puertas del palacio y otros se fueron mezclando entre aquella alegre multitud; y cuando mas entusiasmados se hallaban con su danza, dió orden el gefe que su tropa los atacase; y en un momento aquellos desgraciados sintieron el furor de los soldados españoles, que se cebó en los desarmados nobles, como una fiera que sacia sus salvajes instintos sobre la presa que devora. [2]

Esta horrible carnicería, incomparablemente menos justificable que la de Cholula, fué seguida del despojo que hicieron los españoles de las alhajas que cubrian los cadáveres de aquellos nobles, y sin duda esto y la creencia general de los mexicanos, hizo decir á varios autores, entre ellos al respetable Sr. Las Casas, que la codicia para apoderarse de aquellas riquezas, fué el móvil de aquella trágica y sangrienta escena: Solís, que se empeña demasiado en hallar heroicidad en todas las acciones de sus paisanos, da por cierta una conspiracion de los mexicanos para hacer armas contra los españoles en medio de la fiesta y libertar á su rey; y que sabido esto por Alvarado, quiso prevenir el mal comenzando la danza con la cruel ejecucion de los nobles. ¡Estraño modo de prevenir un mal, y mas raro el que el cronista mayor de las indias emplea para dorar esta mancha! Clavijero sin querer adoptar ninguna de estas versiones, se inclina á creer, que fué causa de un oculto manejo de los

(2) Clavijero tom. 2.º pag. 94 Prescott. lib. 4.º cap. 8 Sahagun lib. 12 cap. 20.

tlaxcaltecas para indisponer á los mexicanos sus odiados enemigos, con Alvarado. Esta opinion sino es la mas fundada en la verdad, es la menos odiosa y por tanto es á la que nos decidimos; pero todos los autores reprochan con mas ó menos fuerza el proceder de Alvarado, y aun el mismo Solis, no puede dejar de decir que «Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con mas ardor que providencia.» [3]

No hubo una familia de las principales de México, que no sufriera el acerbo dolor de contar una víctima, en esta horrible devastacion de la flor de su nobleza, hecha precisamente en el dia que Alvarado prohibia expresamente que se sacrificaran víctimas humanas. Los mexicanos espresaron de cuantos modos les fué posible su profundo sentimiento y no pudiendo contenerse la irri- cion del pueblo con tan sensible golpe, desde aquel momento tuvo á los españoles por enemigos de la patria, tomando las armas para arrojarlos de su seno. El cuar- tel de los españoles sufrió un terrible ataque por aquel pueblo enfurecido como las olas de un mar tempestuoso; pero los estragos de la artillería hubieron de contener- los: al dia siguiente fué aun mas rudo el golpe, y casi ya los castellanos se contaban del todo perdidos, cuando se presentó el rey ante el tumulto de los asaltantes y con el influjo de su autoridad, pudo enfrenar el ardor de su pueblo y evitar el completo esterminio de sus sanguina- rios enemigos. Así cesaron de atacar con armas el cuar- tel, por consideracion á su soberano; pero quemaron cua- tro bergantines que el general habia mandado construir y negaron la entrada de víveres para el alojamiento es- pañol.

Cortés como se ha dicho, luego que tuvo conocimien- to de la sublevacion de los mexicanos, volvió llegando

(3) Solis lib. 4.º cap. 12.

primero á Tlaxcala, donde fué alojado en el palacio de Maxixcatzin y recibido con la misma consideracion: allí tuvo noticias mas pormenorizadas de lo ocurrido en Te- noxtitlan; y marchó sin detenerse mucho, llevando dos mil tlaxcaltecas, unidos á mil trescientos hombres de infantería española y noventa y seis caballos. (4) Al aproximarse este ejército á México, no habia en la ciu- dad ningun estruendo de armas; y se notaba un silencio tal, que mas que una poderosa corte que encerrara en su seno á dos poderosos y encarnizados enemigos, pare- cia una ciudad deshabitada, en que se hubiera paseado el ángel exterminador. Esta calma aparente hizo pre- sagiar al general, una próxima borrasca, y entró lleno de disgusto por tan desagradables ocurrencias á causa de su separacion. Al llegar al palacio donde estaba su tropa, Mecteuhezuma salió á recibirlo con su acostum- brada generosidad; pero tuvo el grave disgusto, que el general con estudiada intencion, desdeñara aquel obse- quio y lo pasara desapercibido. Ni fue tampoco mas fe- liz el capitán Alvarado, que fue reprendido severamen- te, por su falta de prudencia.

Esto ocurría el 24 de Junio, un mes despues de la trágica escena con la nobleza: y en tan largo tiempo, ya se hacia sentir demasiado la falta de víveres, la cual se hizo notar mas ese mismo dia por el aumento del ejér- cito con que entró Cortés. Este mandó entonces ame- nazar al rey sino se restablecia el mercado para que el ejército se proveyera de víveres; y Mocteuhezuma se es- cusó, con no tener de quien valerse para la ejecucion de sus órdenes, por estar presas las personas de mas cate- goria. Entonces Cortés mandó poner en libertad al prin- cipe Cuitlahua, hermano del rey y señor de Iztapalapan, para que proveyese á esta necesidad de los españoles;

(4) Bernal Diaz cap. 125.

pero éste, lejos de obsequiar los deseos del general, tomó luego el mando de las tropas y dirigió las hostilidades como generalísimo de los ejércitos mexicanos. [5]

Desde la noche de ese día se empezó á notar el influjo de Cuitlahua de un modo funesto para los españoles. El general mandaba un correo á Veracruz avisando su llegada y el aspecto que en aquella corte presentaban los negocios: pero sin que el mensajero pudiera salir de la ciudad, volvió al cuartel en la madrugada del día siguiente, avisando estar toda la ciudad sobre las armas y que tenían levantados los puentes de las calzadas. No pasó mucho tiempo de este aviso, cuando todo el pueblo se fué presentando en masas irregulares, desplegando sus banderas militares, y ostentando sus terribles instrumentos de guerra, y con los mayores alaridos y gritos espantables, que en el mundo se puede pensar. [6] A la llegada de aquella muchedumbre, que apareció por las calles y azoteas de las casas inmediatas, se siguió un disparo de flechas y piedras arrojadas con las hondas, que parecían llovidas por el cielo, y cubrían el suelo de los patios y las azoteas del palacio. [7] Los españoles dispararon su artillería que abría brecha arrazando las filas de los asaltantes: era la primera vez que los mexicanos veían los mortíferos efectos de aquellas máquinas y por un momento el espanto que les causó la mortandad que veían entre sus compañeros, los detuvo; pero vueltos á unir, se arrojaron con mayor intrepidez y llegaron hasta los muros, que algunos lograban escalar aunque sin fruto, por que el primero que asomaba, caía al certero tiro del soldado español, ó al rudo golpe del maquahuítl tlaxcalteca.

Así lucharon un rato, hasta que á Cortés le pareció

[5] Herrera, dec. 2 lib. 10. Clavijero tomo 2º pag. 96.—[6] Seg. rel. de Cortés pag. 134.—[7] Rel. de Cortés ibid.

conveniente tomar la ofensiva y salió mandando personalmente cuatrocientos hombres: á este impulso los aztecas se retiraron algo y la columna pudo recorrer algunas calles, en las que incendió varias casas; y vuelto á su cuartel y viendo que los enemigos repetían el asalto, hizo salir otros doscientos soldados al mando de Ordaz, que en ese día dió grandes pruebas de su valor. Luego que salió la fuerza, los mexicanos se fueron retirando para alejar á Ordaz de los suyos; y cuando lo creyeron conveniente se le arrojaron, envolviéndolo en un ataque por el frente y la retaguardia, al mismo tiempo que la muchedumbre que guardaba las azoteas, descargaba sobre ellos una tempestad de piedras y flechas. La serenidad de Ordaz salvó á sus compañeros, pues solo ocho murieron, aunque todos incluso el jefe, volvieron á su cuartel heridos. De los mexicanos murió un número excesivo; y el mayor daño que los españoles recibieron, fué haber sido incendiado su cuartel por varias partes, habiendo tenido para impedirlo, que tumbar una parte del muro, con lo cual quedó abierta una gran brecha, que se cubrió con la artillería y una línea de arcabuceros. [8]

Al entrar la noche cesó aquel sangriento combate de todo el día: y los españoles pudieron reparar algo la parte destruida de las paredes de su edificio, curar á los enfermos y tomar algun reposo para seguir peleando al día siguiente, en el cual se repitió el asalto aun con mayor brío por los mexicanos. Cortés salió con una columna de cuatrocientos hombres, y pasó el día peleando en las calles, y poniendo fuego á muchas casas; pero en la tarde tuvo que volver á su alojamiento con muchos soldados heridos, sin haber conseguido una victoria decisiva, porque á pesar del estrago que las armas de fue-

(8) Seg. Rel. de Cortés pag. cit.

go hacian en las confusas masas de sus enemigos, parecia que la tierra los reproducia, volviendo á aparecer la línea compacta, sobre los mutilados miembros de sus compatriotas.

Mocteuhezuma en lo mas reñido del combate, habia subido á observar á una de las torres del palacio; y entre la multitud reconoció á su hermano Cuitlahuatzin, dirigiendo al pueblo para el asalto. Esto le hacia temer que perderia la corona, lo cual le entristecia, no menos que la muerte de tantos mexicanos y la destruccion de su ciudad. En la noche llamó á Cortés á su estancia y le hizo presente todos los males que se estaban sufriendo y que no veia otro remedio para ello, que la pronta salida de los españoles. Al general le afligia salir de la ciudad perdiendo todo lo que su arrojo y habilidad habian podido conseguir; pero la urgencia era grande, pues fuera del peligro en que los tenia aquel pueblo resuelto á espulsarlos de su seno ó hacerlos concluir allí mismo, la falta de víveres era un motivo suficiente para hacerlos sucumbir ó dejar la ciudad: De manera, que en vez de oponerse á la idea del rey, se manifestó condescendiente á ella, con tal de que depusieran las armas sus súbditos.

Al dia siguiente se presentaron los mexicanos con el mismo ánimo hostil de los dias anteriores y combatieron con tal arrojo, que á pesar del fuego de los cañones y mosquetes, muchos habian logrado entrar al cuartel de los españoles, y estos ya desesperados peleaban cuerpo á cuerpo, prontos á sucumbir al excesivo número de sus contrarios. Y viendo Mocteuhezuma el peligro en que aun él mismo se hallaba, se puso las insignias reales y acompañado de algunos de sus ministros, subió á la azotea de donde habló á su pueblo. A su voz cesó el estrago de las armas y aquella penetrante gritería con que los aztecas atacaban: un profundo silencio se suce-

dió al ruido aterrador de la batalla; y el rey en un breve discurso, les hizo ver que si él permanecia allí era solo por el gusto de estar en el palacio de su padre; pero que podia volverse al suyo en el momento que quisiera. Que ademas el gefe español le habia dado palabra de salir de la ciudad, en el momento que dejaran las armas, por lo cual les mandaba que vueltos á su casa, se restituyera la tranquilidad. Cuando el rey acabó de hablar todos daban muestras de gran respeto y muchos aun permanecian arrodillados; pero aquel silencio lo interrumpió la voz de uno que se atrevió á llamar al soberano cobarde y afeminado, por cuya pusilanimidad indigna del gefe de la valerosa nacion azteca, se habia entregado á los estrangeros como prisionero y queria entregar á toda la nacion. A estos insultos de palabra, se siguieron los hechos, y disparó al rey una flecha, lo cual desencadenó el furor del pueblo contra el monarca. pues luego se oyeron mil improperios de aquella agitada multitud, que lo cubria de flechas y de piedras, de las cuales una que le dió en la cabeza, le causó una peligrosa herida y lo hizo caer en tierra sin sentido.

Tal es el modo con que Clavijero refiere este acontecimiento: por la relacion de Bernal Diaz, el mismo Cortés y los demas autores que muchos de ellos hablaron con algunos de los testigos presenciales, se sabe: que viendo Cortés la implacable tenacidad de los mexicanos é informado de que cuando atacaron á Alvarado, los contuvo la presencia de su soberano, le instó para que saliera á calmar la agitacion de su pueblo: que aunque él se negaba, al fin convino á las instancias de Cristóval de Olid y el P. Olmedo, asegurándole que saldrian de allí en el acto que les abrieran camino. Fuera de esta diferencia, el hecho está conforme en todos los historidores.

El desgraciado monarca fue conducido á su habitacion: y cuando recobró su sentido, sintió mas la humillante condicion á que estaba reducido, que los agudos dolores causados por la herida. En medio de la angustia que oprimia su espíritu, contempló su pasado esplendor y vió que la estrella de su fortuna, habia enteramente declinado á su ocaso: un profundo abatimiento se apoderó de su alma; y espantado con la imágen de su deshonra, no quiso sobrevivir á su desgracia. Se negó á recibir toda curacion: y la herida que tal vez no habria sido mortal atendida oportunamente, le causó la muerte ayudada de la postracion de su espíritu.

El día 28 siguió el ataque tan sangriento como desde el principio: Cortés con tres mil tlaxcaltecas, la mayor parte de los españoles y dos piezas de artillería, salió ayudado de unas máquinas de madera que habia mandado construir, para defenderse del diluvio de flechas y piedras que sobre ellos descargaban en las azoteas; [9] pero despues de pelear inútilmente, sin poder forzar el primer puente que cortaba una de las tres calles principales, volvió á sus cuarteles, con sus máquinas destruidas y muchos de sus compañeros heridos. Al día siguiente los bravos aztecas circundaban el cuartel asaltándolo con el mismo ardor y amedrentando á los castellanos, con estar ya cerca la hora, de ofrecer su corazon palpitante al furibundo dios Huitzilopochtli.

En el templo mayor, altura que dominaba completamente los cuarteles de Cortés, se habian situado como seiscientos mexicanos: y conociendo el gefe los grandes daños que de allí les ocasionaban, ordenó que su camarista Escobar con cien hombres, asaltara el teocalli é incendiara los santuarios, pero siendo rechazada esta partida por tres veces, resolvió el general personalmente

[9] Clavijero tom. 2.º pag. 100.

atacarlo. Vencido el numeroso ejército que resguardaba el dilatado atrio inferior, dejó una línea de arcabuceros que contuviera al enemigo que se presentaba por las avenidas y él seguido de los gefes y soldados mas distinguidos de su ejército, fué peleando por las escaleras del teocalli, donde halló una vigorosa resistencia, así por los guerreros que las defendian, como por las teas encendidas que los de arriba arrojaban sobre ellos. Cuando lograron estar en el átrio superior, se trabó cuerpo á cuerpo un terrible combate en presencia de toda la ciudad, donde la resistencia por cada parte era estrema, porque allí no habia cuartel, ni modo de huir ni de retirarse, no habia medio en la terrible disyuntiva de una costosa victoria y la muerte. La orilla de aquella plana y tersa superficie, no tenia ningun parapeto que la defendiera: y varias veces, veian á dos contrarios en aquella desesperada lucha, rodar de la altura del teocalli, para venir á despedazarse juntos sus cuerpos en los enlozados de las escaleras ó del atrio inferior.

Despues de tres horas de un batallar con no interrumpida furia, la superioridad de las armas españolas y la pericia de los que las manejaban, dió el triunfo á estos sobre los aztecas, que con escepcion de dos ó tres sacerdotes que condujeron presos á los cuarteles, allí quedaron tendidos en el ensangretado pavimento ó fueron arrojados de la altura. Los españoles sufrieron la pérdida de cuarenta y cinco de sus compañeros; y los que quedaron vivos aunque heridos, para completar su victoria, en medio de los gritos de triunfo arrancaron de su santuario la falsa divinidad de Huitzilopochtli y á presencia de aquella ciudad horrorizada, la precipitaron de su abominable teocalli, poniendo fuego á los santuarios. «Pron-tamente salieron las llamas á las delgadas torres, arro-

(10) Prescott lib. 5.º cap. 20.

jando una fatal luz sobre la ciudad, lago y valle, hasta la mas remota choza de las montañas. Era la pira fune-
ral del paganismo, y proclamaba la caída de aquella re-
ligion sanguinaria, que como una oscura nube habia
estado suspensa sobre las hermosas regiones del Ana-
huac.» (10)

CAPITULO XX.

Muerte de Mocteuhezuma: noche triste.

Concluida la gloriosa batalla del gran teocalli, durante la cual en las demas partes se suspendió el ataque como por comun acuerdo de los combatientes para presenciar el importante que pasaba en presencia de los dioses nacionales, bajaron los españoles con la satisfaccion del vencedor, sin que los atemorizados aztecas intentaran disputarles el paso al regreso para sus cuarteles.

Cortés creyó aquella ocasion oportuna para sacar el partido de terminar las hostilidades y mandó invitar al enemigo, para un parlamento. Los principales nobles concurrieron á la gran plaza, acompañados de grandes comitivas de guerreros: y saliendo el general á una de las torrecillas del palacio, le habló á la multitud que escuchaba con atenta curiosidad. «Bien convencidos de-
beis estar de lo inútil que es vuestra oposicion á los españoles: habeis visto vuestros dioses arrastrados por el polvo, destruidos sus altares, quemados vuestros edificios y muertos millares de guerreros. Todos estos males os ha ocasionado vuestra rebelion. Y sin embargo, por el afecto que aun os profesa vuestro soberano, á quien habeis tratado indignamente, suspenderé gustoso las hosti-

(10) Prescott.

lidades, si deponéis las armas y volveis á la obediencia; pero si así no lo haceis, convertiré vuestra ciudad en un monton de cenizas, y no dejaré alma viviente que lllore sobre ellas.» Tal fué el razonamiento que empleó Cortés y que les fué trasmitido á aquellos indomables espíritus, por la meliflua voz de D^a Marina; pero el pueblo azteca sufrido y tardo en irritarse, no se podia contener facilmente cuando se habia roto el dique de su acumulada violencia. No podian negar los hechos que les citaba el general, porque eran ciertos y aun sus terribles efectos los tenian á la vista: aun concedieron, que á la ventaja de las armas españolas, moririan muchos mexicanos por cada extranjero; mas su pueblo era tan numeroso, que fácilmente se cubrian las bajas mientras Cortés no podia reponer uno solo de sus soldados, todos los cuales sucumbirian al peso de sus armas, ó á los horrores de las enfermedades y el hambre. «Los puentes, decian, están levantados y no podeis escapar: pocos de vosotros dejarán de experimentar la venganza de nuestros dioses.» [1] A estas terribles palabras, que sonaron en el oido de los castellanos, como el trueno aterrador que precede á una tormenta, se siguió una lluvia de flechas que como una nube cubria aquellas murallas y los sitiados se llenaron de temor. Aquel supersticioso espíritu con que en los primeros dias fueron vistos los extranjeros como ministros de una divinidad, ya habia desaparecido y los aztecas creyeron ser de su misma naturaleza y agobiarlos con el peso de su número. Este amargo desengaño, la noticia de estar encerrados allí con la rotura de los puentes, los continuos peligros del combate, el dezason por las vigiliass, la langidez que era consiguiente á la falta del necesario alimento, todo esto fué para el ejército como un toque de muerte, y ante aquel peligro que

(1) Seg. rel. de Cortés pag. 139.

parecia inevitable, se perdió la moral y se notó luego la fatal consecuencia de la rebelion. Los soldados antiguos de Cortés, habian acompañado á su gefe en los dias venturosos de prosperidad, y con ánimo sereno estaban á su lado en los momentos del peligro; pero los de la armada de Narvaez no acostumbrados á vencer ningunas dificultades esparcieron en el campo la division.

El general convencido tambien que era necesario una medida extrema para salir de situacion tan angustiada, serenó el ánimo de sus soldados, con la esperanza de salir pronto de las manos de aquellos furiosos enemigos. Para esto determinó poner en corriente una línea de comunicacion con la tierra firme, y eligió la calzada de Tlacopan que era la mas corta, aunque tenia siete puentes: cada uno estaba roto y vigorosamente defendido por los mexicanos; así es que, para espeditar cada paso era necesario una sangrienta batalla y crecidos esfuerzos para rellenar el canal con piedras y otros escombros, facilitando así el paso á la caballería y los cañones.

Cuando estaba establecida esta línea, avisaron al general que los mexicanos solicitaban un parlamento, con cuya plausible nueva ocurrió luego al lugar donde la comision azteca lo esperaba para ajustar los términos del convenio. Los mexicanos le propusieron, que diera libertad á los dos sumos sacerdotes, para hacerle por su conducto las proposiciones de la capitulacion; y Cortés con la esperanza de poner término á situacion tan desesperada, accedió á esta súplica, que no fué mas de un ardid para sacar de la prision á los gefes de su religion, con objeto de proceder á la coronacion de su nuevo rey Cuitlahuatzin, previendo como sucedió, que Mocteuhezuma muy poco sobreviviria. No habia pasado mucho rato y estaban los españoles entregándose al reposo de las fatigas del dia, esperando el arreglo deseado, cuando llegó la noticia de haberse agitado de nuevo la ciudad,

derrotando tres destacamentos de los que cuidaban el camino restaurado, volviendo á destruir algunos de los puentes reparados.

Cortés con sus oficiales y algunos soldados acudió al punto del peligro, y á la primera carga retrocedieron los mexicanos; pero instantáneamente apareció tal multitud sobre las calles, que la fuerza castellana tuvo necesidad de retroceder en desórden: y al pasar uno de los puentes fué tan ruda la carga de los aztecas, que el general tuvo que hacer prodigios de valor para proteger la retirada de su fuerza, llegándose á ver en tal riesgo, que no dejó de correr la noticia que habia muerto, lo cual habria sido el triunfo para sus enemigos; pero pronto se convencieron de lo contrario. La entrada de la noche, hizo cesar el estruendo de la batalla: y los españoles volvian á su cuartel fatigados, maltratados del combate y agobiados con la consideracion de sus males; recibiendo al llegar la fatal noticia de que Mocteuhezuma estaba próximo á exhalar el último suspiro. Desde que los españoles entraron á México, habian recibido mil pruebas de la consideracion de este desgraciado rey y muchas veces él los habia librado de grandes riesgos; pero por último habia sido víctima de su fatal condescendencia para con los extrangeros, y éstos en su muerte perdian un buen amigo, un constante bienhechor y la última tabla de salvacion que les quedaba en aquel conflicto. (2)

Algunos oficiales acompañados del P. Olmedo, pasaron ante el moribundo rey para convencerlo de que abjurara los errores del paganismo y consintiera en recibir el bautismo: el Padre se arrodilló á su lado presentándole un crucifijo, suplicándole adorara el signo de la redencion; mas él no quizo ni por aquellos momentos apartarse de las supersticiones con que desde su infancia

(2) Bernal Diaz cap. 126.

habia alimentado su espíritu. Mandó llamar á Cortés á su lecho de muerte y le encargó el cuidado de sus tres hijas habidas en sus legítimas mugeres, suplicándole intercediera para con su soberano porque se les dejara una parte de su legítima herencia. No dilató mucho en dejar esta vida que ya era un peso insoportable para su ánimo agobiado con tanta desventura: y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados: hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos y tratábam, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello, viendo que tan bueno era. (3)

Así acabó su vida aquel gran rey, que lució para su nacion como la luz de un meteoro. Subió al trono en el ardor de su juventud, animado del belicoso espíritu de su nacion y de la ambicion de los que le habian precedido en el poder: por medio de famosas batallas, hizo llegar su poder á una altura á que ninguno de sus antecesores pudo subir: era hábil para el manejo de la intriga y á esto debió en no poca parte poner á su nacion en el apogeo de su prosperidad: fué severo en el cumplimiento de las leyes; y amante de las innovaciones y reformas para circundar su trono de la mayor magnificencia y esplendor. «Cuidaba de hacer respetar su dignidad; y puede decirse que entre los bárbaros potentados del Nuevo Mundo, era tan afecto á ostentar la magestad, como Luis XIV entre los pueblos civilizados de Europa.»

[4] Pero su ambicion lo hizo cargar demasiado la mano sobre los pueblos tributarios de la corona y esto fué lo que le hizo bajar el primer escalon de la cumbre de su gloria, pues sin ello, no habian hecho los españoles alianza con los pueblos mas inmediatos á la costa, ni habrian podido introducirse hasta el corazón de su poderoso

(3) Bernal Diaz lug. cit.—4. Prescott. lib. 5.º cap. 2.º

imperio, con la estrema facilidad con que lo hicieron. Con esto se vino á combinar la pusilanimidad y afeminamiento en sus últimos dias, para consumir la ruina de su trono, entre cuyos escombros quedó él sepultado, devorado por los insultos de su pueblo, y éste regando en su despecho las calles de la orgullosa Tenoxtitlan, con la sangre que reclamaban las grandes injusticias ejecutadas en todas las demas naciones subyugadas por la vehemencia de sus armas.

A escepcion de Solis, que empapa su pluma en hiel para describir la muerte de este infortunado rey, todos los historiadores aun enemigos suyos, compadecen su suerte viéndole luchar con acontecimientos, que precipitados sobre su cabeza como un torrente, lo arrastraron al abismo de su desgracia. Cortés despues de llorar su pérdida, hizo vestir su cadáver con las insignias reales y lo mandó á sus súbditos para que le tributaran los últimos honores. Prescott [5] fundado en la autoridad de Gomara, cree que su cadáver fué sepultado en la noche del 30 de Junio en las régias bóvedas de Chapultepec, pues unos lastimosos gritos que se oyeron por ese punto, hicieron creer á los españoles, que por allí se dirigia la procesion fúnebre; pero Torquemada [6] y Clavijero, [7] suponen haberse sepultado en el cementerio de la ciudad de Copalco, en medio del dolor de los nobles y de algunos insultos de la plebe.

Con la muerte de Mocteuhezuma, habia quedado roto todo vínculo entre los españoles y mexicanos, y era fuera de toda duda la necesidad de que el ejército abandonara la capital, si no querian perecer todos á manos de aquel pueblo enfurecido: solo habia que consultar la hora mas conveniente; y para esto reunió el general en

[5] Lug. cit.—6. Monarq. ind. lib. 4.º cap. 7.—7. Tom. 2.º lib. 9.º

junta á sus capitanes. Como siempre sucede en estos casos; reina una gran division de pareceres: unos creian mas oportuna la luz del dia para no embarazar sus movimientos con la obscuridad de la noche; pero otros hallaban mas ventaja en las tinieblas. El gefe se inclinaba á esta última opinion; y para atraer á ella á todos á fin de que la resolucion fuera unánime, se sirvió de la opinion de un soldado apellidado Botello, que tenia gran fama en la astrología judiciaria, y él habia indicado la noche como mas propia para su retirada.

El primer acto del general una vez acordada la hora de la salida, fué entregar el quinto del tesoro á los oficiales reales, proporcionándoles los medios de salvarlo en cualquiera evento: el resto que pertenecia á él y los oficiales, se abandonó por falta de medios para trasportarlos y permitió que los soldados tomaran de él lo que quisieran procurando no cargarse demasiado, para no estorbarse en la defensa con el peso. Los antiguos veteranos, procuraron tomar algo de un valor positivo y de ligero peso; pero los soldados de Narvaez no bien aleccionados en los peligros y exitada su avaricia con aquellos montones de ricos metales, cargaron cuanto pudieron acomodarse en sus mochilas.

Se mandó construir un puente portátil de madera para atravesar el canal donde los puentes estaban rotos: y llegada la media noche, cuando en la ciudad reinaba un profundo silencio, se emprendió la marcha. Se encomendó la vanguardia á Gonzalo de Sandoval con 200 infantes y debia sostenerse por otra fuerza de infantería y veinte caballos al mando de Ordaz y Lugo: en el centro iba el general con Olid, Morla y Avila, llevando alguna infantería y unos cañones, custodiando los bagajes y prisioneros, entre los que iban un hijo del difunto rey y Cacamatzin rey de Tezcoco; la retaguardia con el resto de artillería y caballos, la cubrian Alvarado y Ve-

lazgo de Leon: los tlaxcaltecas se repartieron entre los tres cuerpos; y el cuidado del puente se encomendó á un oficial llamado Magarino, quien con cuarenta hombres habia de proteger por él el paso de toda la columna.

Cuando ya todo estaba listo, el capitán Ojeda recorrió el palacio para que no quedara alguno olvidado de los que estaban heridos ó mas fatigados del cansancio: celebró la misa el P. Olmedo pidiendo la bendicion del Ser Supremo; y luego empezó su marcha el ejército. La gran plaza y las calles inmediatas estaban desiertas, y toda la ciudad entregada á una profunda calma: la mayor precaucion en los gefes no podia evitar el ruido de los caballos, de los cañones y de las armas; pero á pesar de esto parecia no haberse turbado el sueño á que los mexicanos estaban entregados. Las tinieblas de la noche se aumentaban con una pesada niebla, que hacia á cada paso figurarse en las sombras las fantásticas figuras del enemigo: así pasaron por las calles y empesaban ya á entrar en la calzada, creyendo escapar del terrible ataque en que se figuraban ser todos víctimas. Cuando los sacerdotes encargados del servicio nocturno de los dioses, advirtieron el movimiento, luego desde las cúspides de los teocallis hicieron resonar sus lúgubres instrumentos. Al ronco ruido de aquellas trompetas y al tremendo vibrar del tambor, sonidos solemnes que solo se hacian escuchar para anunciar una próxima calamidad, se conmovieron todos los ángulos de la ciudad y las aguas del lago, cuya calma hasta entonces habia hecho armonía con la tranquilidad de toda la naturaleza.

Los españoles conocieron el próximo peligro, y anduvieron con la mayor brevedad, colocando el puente en el primer canal que cortaba la calzada; pero apenas habia pasado la primera division del ejército, cuando se empezó á oír un ruido como el que anuncia una lejana tempestad. Con mucha velocidad se aproximaba y crecia aquel

rumor en tierra, á la vez que la quieta superficie del lago se agitaba por muchos remos: algunas flechas y piedras sonaron en las rodelas de los castellanos, como las primeras gotas de la lluvia; y aun no podia desfilarse todo el ejército por aquel estrecho puente, cuando el número de flechas y piedras era tal, que hacia un estrago como el de una recia tormenta, acompañado de aquellos alaridos y gritos salvajes, que hacian estremecer hasta los cielos. El ejército empeñado en salir de aquella peligrosa situacion, ponía sus afanes en la marcha, no haciendo uso de sus armas, sino para defenderse de los que de las canoas saltaban sobre la calzada.

Llegó la vanguardia á la segunda cortadura, antes que la retaguardia acabara de pasar la primera: contenida la marcha del ejército, presentaba su gran masa un punto seguro para los tiros del enemigo, y á los golpes de las macanas y maquahuitl aztecas era excesiva la mortandad. Al fin pasó el puente el último soldado: y el esforzado Magarino que habia resistido con serenidad el terrible choque, probó á quitar con sus cuarenta hombres el puente, para trasladarlo á donde con urgencia lo reclamaba la vanguardia; mas el peso de una grande columna habia adherido de tal modo las vigas al suelo de la calzada, que despues de grandes esfuerzos, les fué imposible arrancarlo. Esta fatal noticia se comunicó por toda la línea y comprendiendo todos su terrible posicion al ver obstruida su retirada, se lanzó un grito de desesperacion, que sobrepujó al estruendo de las armas y á la espantable grito de los aztecas: en el mismo acto se perdió la disciplina y todo fué confusion, siendo estéril la voz de los gefes para ordenar aquella muchedumbre insubordinada á causa de su grave peligro. Sandoval y Ordaz se arrojaron á la agua, y fueron seguidos de muchos de sus compañeros; pero muchos no tuvieron la buena suerte de llegar al lado opuesto del canal y algunos

aunque podían hacerlo, eran de nuevo precipitados á la agua por los mexicanos que defendian la orilla contraria.

Allí ya cada uno buscaba el modo de salvarse, atropellando con cuanto se le presentaba delante, sin cuidarse de distinguir los amigos de sus contrarios: los mexicanos mas cercanos saltaban á la calzada á luchar cuerpo á cuerpo con los españoles y muchos de estos desgraciados, eran llevados á las canoas, reservándolos para los bárbaros sacrificios. Un horroroso clamor ocupaba todo el lugar de aquella sangrienta lucha: los ayes doloridos del moribundo eran confundidos con las crueles imprecaciones de venganza; y las fervientes súplicas á la Madre de Dios se perdian entre los acentos de la desesperacion. La multitud de canoas, que surgian de todas partes trayendo nuevos refuerzos al combate, chocaban furiosas contra la calzada, renovándose á cada momento el ardor de los combatientes: Cortés acudia á todas partes, Alvarado y Velazquez de Leon, resistian bizarramente su retaguardia, y Sandoval y Ordaz con sus espadas habrian el paso para la marcha del ejército: el segundo foso se fué llenando con los cadáveres y bagajes, de modo que la retaguardia pudo pasarlo sin dificultad.

Cuando Cortés llegó al tercer foso, que aunque menos defendido era mas ancho que los anteriores, la desordenada columna habia detenido su marcha, y Sandoval la animaba para arrojarse en el agua: el ejemplo del general y sus capitanes fué seguido de todos, salvándose unos á nado, otros asidos á las colas de los caballos y no pocos perecieron sumergidos en el agua, al peso de sus mochilas cargadas demasiado con los despojos del tesoro.

Habian pasado ya algunas horas de aquella fatal refriega: los primeros rayos de la luz matinal empezaban á disipar la densidad de las tinieblas, á presentar en su aterrador aspecto el cuadro de aquella sangrienta lucha;

y á la vez que ponía á la vista de los fatigados españoles el deplorable estado de su ejército, los hacia ver las enormes masas de sus enemigos, combatiendo con tal furor que parecia la tierra movida por un fuerte sacudimiento, á la vez que las aguas del lago conducian miles de canoas, trayendo nuevos guerreros para dar término á tan espantosa escena.

Consolaba al general, ver que ya poco faltaba para sacar los desordenados restos de su ejército de la incomodidad de la calzada, y que proporcionalmente iba disminuyendo lo rudo del combate; mas tuvo noticia del gran peligro en que se hallaba la retaguardia, y acompañado de sus oficiales y soldados, volvió al teatro de la accion, abriéndose camino por entre la multitud y pasando á nado el foso que acababan de salvar. Llegaron á donde era mas comprometida la refriega, y hallaron á Alvarado pié á tierra, pues el caballo que lo habia conducido á tantos triunfos habia caido á sus piés por las armas de los mexicanos de que estaba rodeado y con quienes sostenia una reñida y desesperada lucha. Al principio la artillería abrió grandes brechas en las confusas masas en que se presentaba el enemigo; pero fué tal el número y la impetuosidad de los aztecas, que fué imposible contenerlos: pues los de atras empujaban á las primeras filas, y los españoles ya estrechados contra el canal, habian abandonado los cañones y hasta sus mosquetes y espadas, para desembarasarse de todo objeto y buscar la salvacion en la fuga. A la llegada de Cortés y sus compañeros, Alvarado y sus desordenadas tropas cobraron nuevo brío, y por un momento hicieron retroceder algo á los mexicanos; pero éstos dando otra carga, oprimieron con su muchedumbre al corto número de caballeros castellanos, quienes para escapar, tuvieron que arrojar al lago. En este aprieto, Alvarado no podia hacer lo mismo, porque sin su caballo, era impo-

sible seguir la suerte de sus camaradas, ni podia resistir mas tiempo: la misma dificultad de la situacion, lo hizo adoptar un partido extremo y que casi sobrepujaba á lo natural; y apoyando su lanza en los mismos escombros de que se habia llenado el canal, armó un brinco, con el que salvó el foso y su vida; dejando asombrados á los indios, que llenos de admiracion exclamaron. ¡Este es verdaderamente el Tonatiuh, el hijo del sol!

Pasando aquel último foso, disminuyó el encarnizamiento de los mexicanos, que se ocuparon de recoger el despojo de que estaba regada toda la calzada: el general y sus compañeros puestos á la cabeza de los restos de sus tropas, pudieron seguir su camino ya sin graves molestias y pronto estuvieron en los suburbios de Popotla. Allí se bajó el general de su caballo y sentado en una piedra, vió pasar á su frente su destrozado ejército ya sin artillería, que era la arma terrible, que esparciendo la desolacion y la muerte en las filas enemigas, les daba tanta superioridad: casi acabada la caballería, que tanto temor habia causado á los naturales; y ya su infantería tan reducida y maltratada, que no dejó de consternar vivamente á su gefe, quien se cubrió el rostro con las manos y derramó amargo llanto á presencia de las calamidades de aquella infausta noche, que la historia ha designado con el epíteto *de noche triste*. (8)

CAPITULO XXI.

*Marcha de los españoles: batalla de Otompan:
su retirada á Tlaxcalla.*

Grande fué el estrago que en el ejército español produjo el terrible combate de la noche triste; sin embargo,

[8] Bernal Diaz cap. 126. Torquemada lib. 4.º cap. 72. Clavijero lib. 9.º pag. 103 á 112.

y á la vez que ponía á la vista de los fatigados españoles el deplorable estado de su ejército, los hacia ver las enormes masas de sus enemigos, combatiendo con tal furor que parecia la tierra movida por un fuerte sacudimiento, á la vez que las aguas del lago conducian miles de canoas, trayendo nuevos guerreros para dar término á tan espantosa escena.

Consolaba al general, ver que ya poco faltaba para sacar los desordenados restos de su ejército de la incomodidad de la calzada, y que proporcionalmente iba disminuyendo lo rudo del combate; mas tuvo noticia del gran peligro en que se hallaba la retaguardia, y acompañado de sus oficiales y soldados, volvió al teatro de la accion, abriéndose camino por entre la multitud y pasando á nado el foso que acababan de salvar. Llegaron á donde era mas comprometida la refriega, y hallaron á Alvarado pié á tierra, pues el caballo que lo habia conducido á tantos triunfos habia caido á sus piés por las armas de los mexicanos de que estaba rodeado y con quienes sostenia una reñida y desesperada lucha. Al principio la artillería abrió grandes brechas en las confusas masas en que se presentaba el enemigo; pero fué tal el número y la impetuosidad de los aztecas, que fué imposible contenerlos: pues los de atras empujaban á las primeras filas, y los españoles ya estrechados contra el canal, habian abandonado los cañones y hasta sus mosquetes y espadas, para desembarasarse de todo objeto y buscar la salvacion en la fuga. A la llegada de Cortés y sus compañeros, Alvarado y sus desordenadas tropas cobraron nuevo brío, y por un momento hicieron retroceder algo á los mexicanos; pero éstos dando otra carga, oprimieron con su muchedumbre al corto número de caballeros castellanos, quienes para escapar, tuvieron que arrojar al lago. En este aprieto, Alvarado no podia hacer lo mismo, porque sin su caballo, era impo-

sible seguir la suerte de sus camaradas, ni podia resistir mas tiempo: la misma dificultad de la situacion, lo hizo adoptar un partido extremo y que casi sobrepujaba á lo natural; y apoyando su lanza en los mismos escombros de que se habia llenado el canal, armó un brinco, con el que salvó el foso y su vida; dejando asombrados á los indios, que llenos de admiracion exclamaron. ¡Este es verdaderamente el Tonatiuh, el hijo del sol!

Pasando aquel último foso, disminuyó el encarnizamiento de los mexicanos, que se ocuparon de recoger el despojo de que estaba regada toda la calzada: el general y sus compañeros puestos á la cabeza de los restos de sus tropas, pudieron seguir su camino ya sin graves molestias y pronto estuvieron en los suburbios de Popotla. Allí se bajó el general de su caballo y sentado en una piedra, vió pasar á su frente su destrozado ejército ya sin artillería, que era la arma terrible, que esparciendo la desolacion y la muerte en las filas enemigas, les daba tanta superioridad: casi acabada la caballería, que tanto temor habia causado á los naturales; y ya su infantería tan reducida y maltratada, que no dejó de consternar vivamente á su gefe, quien se cubrió el rostro con las manos y derramó amargo llanto á presencia de las calamidades de aquella infausta noche, que la historia ha designado con el epíteto *de noche triste*. (8)

CAPITULO XXI.

*Marcha de los españoles: batalla de Otompan:
su retirada á Tlaxcalla.*

Grande fué el estrago que en el ejército español produjo el terrible combate de la noche triste; sin embargo,

[8] Bernal Diaz cap. 126. Torquemada lib. 4.º cap. 72. Clavijero lib. 9.º pag. 103 á 112.

sobre el número de muertos varían extraordinariamente los autores y fijan su número desde 150 hasta 1170: pero la opinión más probable es la que señala 450 españoles muertos y 4,000 del ejército auxiliar. Entre los muertos, fueron particularmente sentidos, Francisco de Morla, que cayó al lado de Cortés y el famoso Velázquez de León. Se habían salvado los valientes Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid y Avila, la india D^a Marina tan útil al ejército, el otro intérprete Aguilar y el carpintero Martín López, por quien sintió el general un verdadero placer al verlo, pues aun no acababa de salir de aquel conflicto y ya su alma de fierro meditaba la venganza. También murieron en aquella confusión el rey Cacamatzin, los hijos de Moctezuma y los demás nobles, que el ejército había sacado prisioneros de México.

Cortés montó á caballo después de aquella lastimosa revista á sus dehechas columnas, las ordenó lo mejor que pudo, y siguió su camino con dirección á un cerro llamado Otoncalpolco, en cuya cima se elevaba un teocalli. Allí le pareció al general lugar oportuno para dar á su tropa algún descanso y tomando posesión del espacioso y almenado patio que circundaba al templo, se entregaron á curarse mutuamente sus heridas, á componer sus destrozadas armas y rotos vestidos: en una aldea inmediata pudieron hallar algunos víveres; y después de provistas estas necesidades, todos procuraron reponer en el sueño las fuerzas que habían perdido en la fatiga de la noche y dar á sus abatidos espíritus alguna tregua en su dolor. Solo el general no tuvo aquel consuelo que raras veces niega la naturaleza aun á los más desgraciados. Él consideraba la felicidad con que había soñado ocho días antes y que presurosa huía de su presencia: las tristes consecuencias que lo esperaban en Cuba con la enemistad del gobernador y de todos sus con-

trarios; y el desprecio con que ante todo el mundo sería señalado como un aventurero torpe y ambicioso, consideración que más amargaba aquella alma, que tantas veces se había embriagado con la vanidad de llamarse el conquistador del más poderoso imperio de Occidente. Una alma vulgar habría sucumbido al peso de estas amargas reflexiones: pero el indomable espíritu de aquel caudillo, antes se alentaba con sus desgracias y su ardiente imaginación salvando todos los inconvenientes, se ocupaba en combinar nuevos planes para reponer sus desastres y poner término á la empresa que se había trazado.

En ese día los habían molestado algunas partidas de las ciudades de Azcapozalco y Tlacopan; pero el encarnizado azteca después de su victoria, se ocupó en recoger el rico botín dejado por los españoles y en hacer el servicio fúnebre á los valientes guerreros que habían perdido la vida en la batalla. Sin embargo, esto no podría durar mucho tiempo y Cortés debió contar con verse pronto hostilizado por sus formidables y temibles huestes: de manera, que dando descanso á sus soldados hasta media noche, y dejando encendidas muchas luminarias, salió de aquel lugar que fué el primero donde halló tregua á su quebranto, por lo cual después fué dedicado á un santuario de la Madre de Dios, bajo su advocación de los Remedios ó del Socorro.

Los soldados que estaban más capaces se destinaron á servir la vanguardia y cubrir la retaguardia y flancos de aquellas débiles columnas: otros caminaban en la grupa de los caballos; y los más enfermos, caminaban en andas improvisadas en los hombros de los tlamames aliados. Empezaron la marcha por una senda tortuosa, pasando por Quauhtitlan y las orillas de la laguna de Tzompanco: durante la obscuridad de la madrugada, su marcha aunque molesta no fué interrumpida

por los enemigos; mas al ser alumbrados por la luz del nuevo dia, se dejaron ver algunas partidas de guerreros indios, que desplomaban sobre ellos algunas piedras con poco ó ningun fruto. Algunas veces se atrevian á bajar: y despues de una pequeña escaramuza, dejaban libre el paso de la tropa, que ponía todo su empeño en avanzar y seguir su penosa marcha.

Así caminaron seis dias, tomando abrigo en la noche en algun teocalli colocado en la altura de algun monte, ó en algun pueblo que á su llegada abandonaban los habitantes, no dejando en él, ni los necesarios alimentos, los cuales suplían los españoles con yerbas, algunos granos de maiz y los caballos que menos dispuestos estaban para continuar las fatigas.

La mañana del sétimo dia, que era el 8 de Julio de 1520: se acercaba el ejército á las cumbres de las montañas que encierran el valle de Otompan, hoy Otumba; y los exploradores avisaron que á la vuelta se hallaba un numeroso ejército, cuyas estensas filas apenas se alcanzaban con la vista. Este fatal anuncio pronto fué una verdad para todos, que al encumbrar la sierra, vieron el fondo del valle como cubierto de nieve, por la blancura de las cotas de algodón que llevaban los guerreros indios del belicoso pueblo mexicano y de todos los pueblos incendiados. Sobre aquel blanco campo, ondulaban los cascos y fantásticos penachos, los estandartes de cada cuerpo, y relucian con los rayos del sol, las picas y las pesadas espadas de obsidiana. Todos los castellanos aun el mismo Cortés, creyeron ser aquel el último dia de su vida, pues tenían como una cosa segura que al descender el valle, su pequeña columna envuelta por aquel oceano embravecido, cuyas olas se movían confundidamente. Sin embargo; el general no era hombre que jamas dejara traslucir el menor abatimiento de su alma: conoció, que no había términos de elección, sino vencer ó

morir; y alentando cuanto pudo el decaimiento de sus soldados, los ordenó en batalla, estendiendo su frente cuanto le fué posible, cubrió sus flancos con su pequeño número de caballos y bajó á chocar con aquel formidable enemigo, mandado por el general Cihuacatzin. Encargó á los suyos procuraran herir á la cara, buscando siempre ocasion de que cayeran los gefes: un espantoso grito de guerra acompañado de los discordantes instrumentos militares de los aztecas, hacían temblar las montañas y en medio de una nube de piedras y flechas que oscurecían el sol, se chocaron las primeras filas de aquellos dos tan desiguales ejércitos.

Al primer encuentro, la caballería española hizo retroceder á sus contrarios; pero pronto los fugitivos empujados por las columnas posteriores embestían con mayor brío, y aunque la infantería se abría paso, poco podía avanzar oprimida por tanta multitud que la envolvía por todas partes, como las olas del mar baten á una pequeña isleta. Cinco veces había cargado la caballería, quedando despues del mejor éxito, sumergidos en el mismo peligro que presentaban aquellos interminables batallones: habían muerto muchos españoles y aliados; y casi no habría uno que no estuviera herido, pues el mismo general tenía una peligrosa herida en la cabeza. «¡O cuánto era furiosa y espantosa de verse aquella batalla! ¡Cómo combatían cuerpo á cuerpo y con qué furia se lanzaban los perros! ¡Que heridas y matanza hacían en nosotros con sus lanzas y espadas!» (1) Ya empezaban á flaquear los estenuados soldados de Cortés por el cansancio y hambre de los dias anteriores, por la fatiga de aquella sangrienta refriega, que había durado hasta que el sol estaba en la mitad de su carrera, agobiando á los combatientes con sus ardientes rayos, mientras que el

1 Bernal Dias cap. 128.

enemigo en fuerza de su excesivo número que fué calculado en doscientos mil hombres (2) á cada paso renovaba sus esfuerzos y combatia con mayor brío.

En tan crítico momento, la penetrante vista de Cortés, que ansiosa recorría todo el campo, buscando un modo de salvar su pequeño ejército, descubrió un gefe conducido en andas, elevándose sobre ellas, una asta en que flameaba un pabellon formado por una red de oro: esto, el cortejo militar de que se hallaba rodeado y el deslumbrante brillo de sus vestidos y del hermoso penacho de su cabeza, le hicieron conocer seria el gefe de aquel ejército, como en efecto era el general Cihuacatzin. Por un momento se entreabrió aquel borrascoso horizonte, y una ráfaga de dulce esperanza vino á refrigerar la fatigada frente de Cortés: se habia impuesto lo suficiente en las costumbres nacionales, para saber la costumbre, de que muerto el general y quitado el estandarte del ejército, el resto huía despavorido; y con la rapidez que exigía el caso y que era característica del gefe español, dijo á sus cuatro capitanes principales que lo siguieran y se lanzó con una impetuosidad irresistible entre aquel mar de enemigos: con su lanza y la fuerza de su caballo se abrió paso esparciendo la muerte y el terror entre sus enemigos, hasta llegar con el gefe azteca á quien derribó de una lanzada, bajando luego el soldado Juan de Salamanca, quien le acabó de quitar la vida y arrancó el estandarte que llevaba atado á sus espaldas. Aquella funesta noticia se esparció en un momento en todo el campo y llenos todos de consternacion huyeron en confuso desorden á lo que mas contribuía el inmenso número. Este violento cambio de situacion, hizo olvidar á los españoles y sus aliados, las fatigas y agudos dolores de sus heridas, siguiendo á los fugitivos con

2 Número incierto, como son todos los que fijan el de los ejércitos.

la velocidad que les daba su deseo de venganza, esparciendo la muerte por todas direcciones. (2) Tal fué la batalla de Otompan la mas famosa ciertamente de las que tuvieron los españoles atendidas sus circunstancias.

Despues de recoger el botin, cuya riqueza puede calcularse por la multitud de indígenas que ocurrieron al campo, siguieron los aliados su marcha para la tierra del pan: Tlaxcala; y al otro dia entraron á los dominios de la república, temerosos de que no se les recibiera con el aprecio con que habian sido antes vistos, pues los desastres sufridos en México, los tenian recelosos de que todos los pueblos deshicieran la alianza mediante la cual habian podido llegar hasta el palacio de Axayacatl. Para prevenir este mal, que habria sido la ruina de la expedicion, el caudillo castellano encargó mucha discrecion á los suyos para no causar motivo alguno de queja con los tlaxcaltecas. Estos serios temores que anublaban la mente del general pronto se desvanecieron, pues adelante de la ciudad de Huejotlipan, salió á recibirlos el anciano Maxixcatzin, acompañado de Xicotencatl el joven y gran parte del pueblo, con las mismas demostraciones de sencilla hospitalidad. El gefe tlaxcalteca sentia el pesar de que su hija D^a Elvira habia muerto en el funesto ataque de la noche triste, así como tambien deploraba la pérdida de los guerreros de su nacion que perecieron en aquella infausta jornada, lo cual hacia que manifestara un sentimiento profundo por las desgracias de los españoles. Ambos pueblos habian hecho causa comun para vengar los agravios que suponian haber recibido de los aztecas y por esto aseguró Maxixca á su aliado, que estuviera cierto de su amistad en todas circunstancias. (3)

2 Bernal Dias, lug. cit. Clavijero tom. 2^o pag. 110 á 112.

3 Seg. rel. de Cortes pag. 150.

Cortés correspondió á estas pruebas de confianza y para mas obligar al tlaxcalteca, le regaló el estandarte quitado al general Cihuaca en la batalla de Otumba, y á los demas señores de su nacion les repartió lo principal del botin. Así emprendieron el camino para hacer su entrada en la capital, en una confusa mezcla de gritos de júbilo por aquel pueblo hospitalario, con los acentos de dolor de aquellas familias, que tenian que llorar la pérdida de algun hijo, del esposo ó del padre. El general y sus tropas fueron alojados convenientemente y atendidos por aquellos sencillos naturales, para ser curados de sus heridas y repuestos de cuantos males les aquejaban.

En esta vez seguramente fué cuando Cortés dió mayores pruebas de su indomable espíritu, sobreponiéndose con admirable fortaleza, á los mayores riesgos que á su expedicion se presentaron, y que sin duda la hubieran hecho fracasar, si hubiera estado dirigida por alguna alma vulgar; pero ningun obstáculo era grande ante su incontrastable resolucion, que ayudada eficazmente por las circunstancias interiores del pais, pudo llevar á buen término para él, su arriesgada quanto temeraria empresa.

La herida que en la última accion habia recibido en la cabeza, cada dia se fué agravando por sus trabajos mentales, hasta que se declaró una peligrosa fiebre, con la que sintió sobre sí la helada mano de la muerte: él la habia despreciado en tantos peligrosos combates; pero los cuidados de sus compañeros y de sus amigos de Tlaxcala, ayudaron á su vigorosa naturaleza para escapar de aquel riesgo. Apenas empezaba á convalecer, cuando tuvo que devorar otro mayor disgusto, pues los soldados que se agregó con la victoria sobre Narvaez, disgustados con tantos infortunios, solo pensaban volver á Cuba y para eso dirigieron una solicitud al general, en la cual iban algunas firmas como la de Duero, que cau-

saron mayores inquietudes en el ánimo del caudillo; pero éste se habia resuelto á no retroceder ante ningun escollo y contestó con todos los argumentos de que pudo echar mano para exaltar el honor y el abatido esfuerzo de sus atemorizados soldados: sin embargo, concluia manifestando su resolucion de permanecer en aquella tierra amiga y hospitalaria, hasta recibir nuevos refuerzos para emprender de nuevo la campaña antes de dar un paso, que indicara á sus enemigos alguna debilidad por su parte; pero que si habia algunos que no tuvieran el suficiente valor para arrostrar los peligros que aun habia que vencer para recoger el fruto de sus afanes, se volviera en buena hora, porque mejor queria quedar con pocos leales y esforzados, que en medio de un ejército pusilánime. (4) Ante este golpe de magnanimidad y la desicion de sus antiguos camaradas, para no abandonar un solo punto á su gefe, cedieron los decontentos y quedó conjurada aquella nueva tormenta.

Se hallaba el ejército español con todas estas dificultades, como un buque combatido por recios y contrarios vientos, próximo á zozobrar; pero el experto piloto no dejaba de esforzar á su tripulacion, para unir todos los esfuerzos á contrariar el poder formidable de la tempestad. Algunos españoles venidos de Veracruz, habian sido asaltados y muertos en el camino, porque apenas se supo la terrible escena de la capital, cuando todos los soldados aztecas, repartidos en otros pueblos, se lanzaban sobre los castellanos que se atrevian á caminar fiados en el respeto de que los rodearon sus primeras operaciones: los mismos tlaxcaltecas sus aliados no dejaban de manifestar algun desagrado con aquellos hombres que parecian abandonados ya de su buena estrella; y para colmar la medida de sus desgracias, vino un acontecimiento nacido del nuevo giro que los negocios tomaron en México.

4 Seg. rel. de Cortes pag. 152.

Segun la costumbre establecida en México para la sucesion de la corona, fué electo rey Cuiclahua, hermano del infortunado Mocteuhezuma y general del ejército. Este bravo azteca habia contrariado la conducta de su noble hermano, desde que los españoles aparecieron en las costas de sus estados: á él se debió en gran parte el haberlos arrojado de su capital; y tuvo el bárbaro placer de que su coronacion se solemnizará con el sacrificio de muchos de sus enemigos. Luego que estos se salieron de la capital, se habia dedicado con empeño, en reparar los daños que habian sufrido los edificios de la ciudad; pero su principal atencion fué desde el primer momento poner la corte en estado de defensa, disciplinar sus ejércitos, proveerse de armas, utilizando para esto las espadas castellanas que en su poder quedaron en el ataque de la noche triste: exitó á todos los pueblos para que se alistaran á la comun defensa y quiso hacer una reconciliacion con aquellas naciones á quienes siempre habian oprimido. Laudables pero estériles fueron estos esfuerzos: los pueblos cansados ya del pesado yugo de los mexicanos, solo buscaban el momento oportuno para librarse de su opresion; y asi, unos abiertamente se rehusaron al llamamiento de Cuiclahua, á la vez que otros se mantuvieron en una sospechosa reserva, esperando, que la marcha de los acontecimientos, les indicara el camino que debian seguir: de este modo se expresó el egoismo de los pueblos, creado por el despotismo de los gefes del grande imperio, y á la hora de la prueba, su division preparó el triunfo al comun enemigo, para que á todos los atara con una misma cadena.

Se mandó á Tlaxcala una embajada compuesta de seis nobles portadores de un rico presente de aquellos objetos que su escases hacia mas apreciabiles en la república, á la cual se invitaba á olvidar sus pasadas discusiones y hacer causa comun para expulsar del país á los

extrangeros: alegaban que estos eran contrarios á los dioses nacionales y que no tenian mas dios que el oro; y hacian valer mucho la buena acogida que habian tenido en los muros de su ciudad por el difunto rey, y á estas pruebas de buena hospitalidad, habian correspondido con llenar su corte de luto y esparcir la desolacion.

Los tlaxcaltecas llenos de admiracion por esta conducta de sus inveterados enemigos, reunieron su consejo para deliberar sobre la propuesta, que causó diversas sensaciones en los miembros del senado. El jóven Xicotencatl, cuyo orgulloso espíritu habia recibido fuertes humillaciones en el campo de batalla, por los extrangeros, no despreciaba esta ocasion favorable para vengar este agravio: y estaba lo mismo que otros señores, por olvidar su enemistad con los aztecas, para entrar en la alianza que se les proponia; pero los ancianos siguiendo el parecer de Maxixcatzin y el viejo Xicotencatl, se expresaron con dureza contra los mexicanos, diciendo era solo un ardid para desbaratar su amistad con los españoles. Se hicieron valer los oráculos y antiguas tradiciones que anunciaban la venida de aquellos hombres y la libertad que la república tendria desde su venida, por lo cual debian mantener su alianza para destruir enteramente con su ayuda, aquel peso con que siempre los habian oprimido los aztecas. Acalorándose la discusion, Xicotencatl el jóven fué hechado por fuerza del senado; y esta circunstancia puso en tal alarma al pueblo, que el jóven general fué abandonado al aislamiento; y los embajadores mexicanos temiendo ser víctimas de una conmosion popular, tuvieron que salir en secreto sin aguardar la contestacion del senado, que ya se habia indicado bastante, ser desechada la propuesta liga. (5) Esta resolucion tan favorable para los españoles, dió

mucha confianza á Cortés para sus futuras operaciones, pues desde luego dictó ya algunas providencias para emprender una campaña en la que se prometia subyugar la gran Tenoxtitlan, objeto de todos sus deseos.

CAPITULO XXII.

Cortés promueve la guerra á los pueblos vecinos á Tlaxcala.

Despues de la espantosa carnicería hecha en Cholula por mandato de Cortés, la provincia de Tepeyacac ó Tepeaca, se apresuró á declararse amiga de aquellos hombres blancos, para escapar de un golpe tan funesto como sus vecinos los choluleses; pero como el móvil de esta alianza era solo el temor, apenas supieron su derrota en la calzada de Tlacopan la noche triste, cuando violaron aquella amistad, para solicitar la del vencedor. Con este objeto de captarse mejor la voluntad de los mexicanos, dieron muerte á los españoles, que sin saber los desastres de sus paisanos en la capital, iban de Veracruz para reunirse á ellos; y admitieron en sus pueblos las guarniciones aztecas, para obstruir el camino de los españoles á su colonia en la costa y hostilizar las tierras de la república, que abrigaba en su seno á los extranjeros. Cortés con ánimo de castigarlos por todos estos motivos y tener expedita la comunicacion con Veracruz, resolvió hacerles la guerra, para lo cual salió de Tlaxcala con mas de cuatrocientos españoles y seis mil tlaxcaltecas obrando en combinacion con el joven Xicotencatl, que atraido por el general á su partido, se puso en

movimiento con un ejército que los historiadores españoles hacen subir hasta cincuenta mil hombres. (1)

Cortés antes de salir mandó unos comisionados á los tepeyaqueses, exigiendo amigablemente una satisfaccion; pero habiéndose rehusado los pueblos á entablar la alianza, salió el general con su ejército aliado, al que se unieron otras muchas tropas de Huexutzinco y Cholula.

La expedicion se dirigió por Zacatepec, Acatzinco y otros pueblos que fueron vencidos, en los cuales se incendiaron sus edificios y se tomaron muchos prisioneros, pasando despues á Tepeyacac, donde sus habitantes corrieron la misma suerte. Y estando el general vencedor, fundó ahí un lugar que llamó *Segura de la Frontera*, erigió una fortaleza, nombró magistrados españoles y los millares de prisioneros los declaró esclavos, señalando la quinta parte para el rey de España y repartiendo el resto entre los españoles y sus aliados. A los infelices que tocó esta suerte, se les marcó con un fierro ardiente una G en la frente; (2) y es una maravilla, que ni los escritores españoles hayan hecho mérito de que para esta accion infame vinieran á prestar su cooperacion el Santo Apóstol Santiago y la Santísima Virgen, bajo cuyo manto quieren cubrir tantas iniquidades, ni aquellos pueblos desgraciados hubieran previsto su futura posicion, con una leccion tan elocuente en fuerza de su inaudita barbaridad, no obstante las preocupaciones de aquella época.

Las tropas mexicanas se retiraron á la ciudad de Quauhquecholan, cuyo señor habia sido de los nobles que asistieron á la junta del palacio de Axayacatl, donde Moteuhzuma habia prestado obediencia al rey de Castilla. Este gefe, tal vez intimidado por el terrible castigo im-

1 Bernal Dias. cap. 130. Seg. carta de Cortes, Clavigero. tom. 2.º pag. 119.—2 Bernal Diaz y Clavigero lug. cit. Solis lib. 5.º cap. 3.º

puesto á sus hermanos de Tepeyacac, mandó reiterar al general su obediencia al soberano español, asegurándole estar pronto á darle auxilio en sus operaciones, cuando se presentara en su ciudad para librarlo de la opresion de los mexicanos. Con tal aviso el general destacó una parte de su ejército al mando de Cristobal Olid; pero éste receloso de la sinceridad de los huexut-zinques y choluleces, rehusó entrar hasta no comunicar á su gefe los temores que le inspiraba la conducta de los aliados. Entonces el mismo general se fué á poner á la cabeza de la fuerza, y auxiliado por los mismos habitantes de la ciudad, atacó á los mexicanos, que fueron derrotados.

A los tres dias pasó á Izocan, despues Izucar, donde tambien tuvo que pelear con un formidable ejército que fué vencido y en su alcance muertos muchos de sus guerreros. El señor de aquella ciudad habia sido muerto por orden de Moctehzuma y dada la ciudad en feudo á una persona de su familia, por lo cual sus habitantes no le eran muy adictos, circunstancia que favoreció á Cortés, para darles por gefe á un hijo del señor de Quauhquecholan que le era tan afecto. Vuelto el ejército á Tepeaca. Salieron varias expediciones á las ciudades de Ocopetlayocan, y Jalatzinco, Tecamachalco y otros muchos lugares de las provincias de Mixtecapan y Coaixtlahuacan; reduciendo á todos á la obediencia de los españoles, solo el capitan Salcedo que con ochenta españoles marchó contra Tochtepec, no tuvo la misma fortuna, pues habiendo allí á mas de un crecido número de habitantes, una fuerte guarnicion mexicana, la pequeña partida de estrangeros fué envuelta, sin que ninguno lograra escapar. Esta pérdida que para las circunstancias del ejército era enorme, se hizo mas notable por sus consecuencias, pues los descontentos que pocos dias antes habian pedido en Tlaxcala su separacion; in-

sistieron en ella, y Cortés creyó mas prudente acceder á su peticion, que tener en el seno de su tropa, aquel germen de discordia.

Este [menoscabo que Cortés esperimentó en su tropa, pronto fué reparado ventajosamente, pues sucesivamente habian llegado á Veracruz dos buques, uno mandado por el gobernador de Cuba en ausilio de Narvaez y otro por el gobernador de Jamaica para fundar una colonia en la desembocadura del Pánuco, los cuales desembarcaron sin saber el estado que allí guardaban las cosas. El comandante de la colonia les permitió el desembarque, y cuando hubieron estado en tierra, aprisionó á los comandantes y fácilmente inclinó á los soldados á seguir las banderas de Cortés: esto le dió cincuenta infantes y veinte caballos, con un buen repuesto de armas y municiones. Aun habian pasado pocos dias de este acontecimiento cuando llegó otro buque precedente de las islas canarias, con objeto de vender armas y proviciones de guerra, todo lo cual fué comprado por el comandante de la colonia, que tambien logró enganchar á la tripulacion, para que se quedaran al servicio de su general, cuyo solo nombre tenia bastantes atractivos para todos los que deseaban participar de las aventuras de la conquista.

Con tales refuerzos adquiridos en ocasion tan oportuna, la buena amistad con los gefes de Tlaxcala y los nuevos aliados que produjeron los triunfos de la última campaña, ya se creyó Cortés suficientemente fuerte para dominar la capital de los aztecas levantando su orgullo abatido por el desastre de la noche triste: así es, que se volvió á Tlaxcala para arreglar su espedicion, siendo uno de sus primeros cuidados, mandar que su carpintero Martin López, construyera trece bergantines, cuyas piezas llevadas al lago por los tlamames tlaxcaltecas, le sirvieran para el asedio de México.

Al volver á la capital de la República aliada, tuvieron los españoles el sentimiento de que habia muerto su favorecedor Maxixcatzin, á causa de la epidemia de viruelas, que llevada por un negro de la expedicion de Narvaez, se comunicó á los cempoaltecas y luego á todos los demas paises, haciendo horribles estragos en todas partes. El ejército entró de luto por la muerte del gefe tlaxcalteca y esta espresion de sentimiento, fué ocasion de estrechar mas la amistad con aquel pueblo, que por su parte tuvo la deferencia de ocurrir al gefe español para que hiciera el nombramiento en la persona que debia cubrir la vacante de su anciano Maxixcatzin. Cortés hizo el nombramiento en nombre del rey católico, en un hijo del finado gefe, haciendo que antes recibiera el bautismo, en el que tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin, tomando por apellido el nombre que su padre llevó mientras vivió en la idolatría.

Esta misma estragosa epidemia que por primera vez hacia sentir sus terribles efectos en los pueblos del Anahuac, causó á los mexicanos el dolor de perder á su soberano Cuitlahua sucesor de Moctehuzuma, á los cuatro meses de un gobierno que habia inaugurado con la espulsion de los extranjeros de su capital. No quedaba ningun hermano de los dos reyes anteriores y se dió la corona por el senado azteca al intrépido jóven Quauhtemotzin: apenas contaba veinticinco años; pero en los combates en la capital con los españoles habia desplegado tal brío, que sus compatriotas estuvieron muy satisfechos de la eleccion, teniéndolo por su valor como muy digno de empuñar el cetro y levantar la fortuna de su opulenta nacion, que parecia empezaba á decaer con la venida de los hombres blancos.

Tambien en Tezcoco habia habido un cambio en la persona del soberano. Cacama destronado y preso por Cortés mediante las intrigas de Moctehuzuma, habia

muerto en la retirada de la noche triste. Cuitenitzca, elevado al trono por su tio el rey azteca y el gefe español, temió alguna insurreccion en su contra á la retirada de los extranjeros de Mexico, y se retiró con ellos á Tlaxcala: pero despues de algunos dias de ausencia de su corte, pensó volver á ella contando con tener algun partido en su favor; y á su regreso le hizo dar muerte como traidor á la patria, su hermano Coanacotzin, que á su fuga habia tomado posesion de la corona. Los españoles no podian contar con la amistad del nuevo monarca tezcucano, pues en los dias que ellos eran arrojados de México, cincuenta de sus compañeros que iban de Veracruz custodiando un cargamento de armas, oro y plata para la capital, fueron muertos en Zoltepec de los dominios del reino de Acolhuacan y sus pieles y armaduras, se veian colgadas en el templo mayor de Tezcoco, como trofeos de su victoria.

En tal estado estaban los negocios de los reinos del Anahuac en fines de Diciembre de 1520, cuando Cortés determinó emprender formalmente su conquista, que era el objeto de todos sus desvelos.

CAPITULO XXIII.

Marcha Cortés á Tezcoco: trasporte del material de los bergantines.

Antes de que el ejército emprendiera su marcha para conquistar la gran capital del imperio azteca, formó el general sus ordenanzas militares, cuyo proemio comienza con estas palabras. «Porque por muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifesto quanto los antiguos que siguieron el ejercicio de la guerra procura-

Al volver á la capital de la República aliada, tuvieron los españoles el sentimiento de que habia muerto su favorecedor Maxixcatzin, á causa de la epidemia de viruelas, que llevada por un negro de la expedicion de Narvaez, se comunicó á los cempoaltecas y luego á todos los demas paises, haciendo horribles estragos en todas partes. El ejército entró de luto por la muerte del gefe tlaxcalteca y esta espresion de sentimiento, fué ocasion de estrechar mas la amistad con aquel pueblo, que por su parte tuvo la deferencia de ocurrir al gefe español para que hiciera el nombramiento en la persona que debia cubrir la vacante de su anciano Maxixcatzin. Cortés hizo el nombramiento en nombre del rey católico, en un hijo del finado gefe, haciendo que antes recibiera el bautismo, en el que tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin, tomando por apellido el nombre que su padre llevó mientras vivió en la idolatría.

Esta misma estragosa epidemia que por primera vez hacia sentir sus terribles efectos en los pueblos del Anahuac, causó á los mexicanos el dolor de perder á su soberano Cuitlahua sucesor de Moctehuzuma, á los cuatro meses de un gobierno que habia inaugurado con la espulsion de los extranjeros de su capital. No quedaba ningun hermano de los dos reyes anteriores y se dió la corona por el senado azteca al intrépido jóven Quauhtemotzin: apenas contaba veinticinco años; pero en los combates en la capital con los españoles habia desplegado tal brío, que sus compatriotas estuvieron muy satisfechos de la eleccion, teniéndolo por su valor como muy digno de empuñar el cetro y levantar la fortuna de su opulenta nacion, que parecia empezaba á decaer con la venida de los hombres blancos.

Tambien en Tezcoco habia habido un cambio en la persona del soberano. Cacama destronado y preso por Cortés mediante las intrigas de Moctehuzuma, habia

muerto en la retirada de la noche triste. Cuitenitzca, elevado al trono por su tio el rey azteca y el gefe español, temió alguna insurreccion en su contra á la retirada de los extranjeros de Mexico, y se retiró con ellos á Tlaxcala: pero despues de algunos dias de ausencia de su corte, pensó volver á ella contando con tener algun partido en su favor; y á su regreso le hizo dar muerte como traidor á la patria, su hermano Coanacotzin, que á su fuga habia tomado posesion de la corona. Los españoles no podian contar con la amistad del nuevo monarca tezcucano, pues en los dias que ellos eran arrojados de México, cincuenta de sus compañeros que iban de Veracruz custodiando un cargamento de armas, oro y plata para la capital, fueron muertos en Zoltepec de los dominios del reino de Acolhuacan y sus pieles y armaduras, se veian colgadas en el templo mayor de Tezcoco, como trofeos de su victoria.

En tal estado estaban los negocios de los reinos del Anahuac en fines de Diciembre de 1520, cuando Cortés determinó emprender formalmente su conquista, que era el objeto de todos sus desvelos.

CAPITULO XXIII.

Marcha Cortés á Tezcoco: trasporte del material de los bergantines.

Antes de que el ejército emprendiera su marcha para conquistar la gran capital del imperio azteca, formó el general sus ordenanzas militares, cuyo proemio comienza con estas palabras. «Porque por muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifesto quanto los antiguos que siguieron el ejercicio de la guerra procura-

ron é trabajaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las cuales y con su propia virtud y fortaleza pudiesen alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerra, que hubiesen de hacer é seguir; é por el contrario vemos haber sucedido grandes infortunios, desastres é muertes á los que no siguieron la buena costumbre y órden que en la guerra se debe tener.» Concluida la introduccion, mandaba primeramente: que viendo la solicitud de los naturales para defender el culto y veneracion de sus ídolos, todo el ejército procurase apartarlos del error ó idolatría, reduciéndolos al conocimiento de la fé católica, debiendo tener esta intencion para que la guerra fuera justa; «porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, seria injusta y todo lo que en ella se hubiere Onoloxio é obligado á restitution.» El error en que incurrian los conquistadores y que se infiere de las anteriores palabras, fué condenado por el Sr. Paulo III en su famosa bula de 10 de Junio de 1537 en la cual hablando de los habitantes de este suelo decia «aunque estén fuera de la fé católica, que en ninguna manera han de ser privados de su libertad y del dominio de sus bienes.»

En los diez y siete artículos siguientes, que forman todo el cuerpo de estas ordenanza, prohibia blasfemar de Dios y de sus santos: entregarse á los juegos de naipes y cualquiera otro vedado: echar mano á las armas para ofender á ningun español: acometer á los enemigos sin las órdenes del general ó sus respectivos capitanes: entrar á robar (1) ni otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera y haber conseguido el fin de la victoria: se prevenian algunas formalidades del servicio militar, así en la marcha del ejér-

(1) Estas son las palabras testuales de las ordenanzas insertas por Prescott en su tomo 2º pag. 391.

cito, como en los alojamientos y en la batalla; y por último amenazaba con la pena de muerte al que no le presentara luego, oro, plata ó cualquiera otra cosa que adquirieran, ó viesen ó tomasen. «Tan severo edicto prueba, que por mucho que influyeran en el conquistador los motivos espirituales, no era indiferente á los de la tierra.» (2) Estas ordenanzas fueron selladas el 22 de Diciembre de 1520; y siendo autorizadas el 26 del mismo mes, por el notario Juan de Rivera, se pregonaron en la ciudad de Tlaxcala en voz alta por el pregoneiro Anton García.

Se pasó revista al ejército, que se componia de cuatrocientos ochenta infantes españoles, armados de espada, rodela y las picas construidas en Chinantla, cuarenta caballos, ochenta arcabuceros, con nueve cañones y suficiente cantidad de pólvora. [3] Tambien se revistó el ejército aliado, que lo suponen de 110,000 á 150,000 hombres al mando del intrépido Xicotencatl el jóven: á la cabeza del ejército, caminaban los cuatro gefes de la República, ostentando sobre sus blancas canas, los hermosos penachos de plumas de variados colores; y con sus insignias militares, en que manifestaban los muchos hechos de armas en que habian tomado parte, animaban á los guerreros jóvenes que ansiaban por abatir la cerviz de su constante enemigo la orgullosa Tenoxtitlan.

Cuando las tropas estaban disputas á la marcha, recorrió el general las filas exhortándolas á pelear con valor en defensa de su religion y del rey, y para lavar la mancha que habia empañado el brillo de sus armas en la calzada de Tlacopan, la terrible noche del primero de Julio. Tambien tocó la tecla del inveterado odio de los tlaxcaltecas haciéndoles oír una breve alocucion, por

(2) Prescott tom. 2º lib. 5º cap. 7º—(3) Tercer cart. de Cortés pag. 183.

medio de la interesante D^a Marina: y tanto los ambiciosos castellanos como los vengativos tlaxcaltecas, correspondieron á las palabras del general, con estrepitosas aclamaciones, porque se acercaba el momento de vengar los comunes agravios y satisfacer el deseo de apoderarse de los ricos despojos de los mexicanos.

Determinó no atacar la ciudad de México, hasta no contar con el auxilio de los bergantines: y antes quiso hostilizar y subyugar las demas ciudades del valle, para reducir á la reina del Anahuac, á un penoso aislamiento, que la hiciera mas fácilmente caer en sus manos. Para esto quiso fijar su cuartel general en Tezcoco, ciudad conveniente por su proximidad al lago, como por su abundancia de víveres, para mantener el numeroso ejército con que emprendia la campaña. El primer dia, se alojó el ejército en el pueblo de Tezmellocan, situado en la base de la famosa y gigantesca montaña Iztaccihuatl, que ya antes habian admirado con su blanca cubierta de nieve perpetua: al siguiente subieron la sierra, en cuya cima encendieron muchas luminarias, costumbre que los indígenas tenian como precursora de la desolacion que con sus guerras llevaban á los pueblos enemigos, y que los entumecidos españoles no la usaron sino como medio de reanimar sus miembros heridos con el frio glacial de la sierra: á los primeros destellos de la aurora, se dijo la misa para impetrar la proteccion del cielo; y cuando los rayos del sol que se reclinaba en su ocaso, les hicieron ver el magífico espectáculo del valle, donde se levantaba magestuosa la capital del imperio azteca, los antiguos veteranos temblaron al recordar los dias aciagos del palacio de Axayacatl y la pavorosa noche triste, pero dice el conquistador "prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria, ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion ibamos todos tan alegres, como si fuéramos

á cosa de mucho placer." [4] Así caminaron aquellos intrépidos aventureros, descendiendo la pendiente de las montañas, hasta abrigarse en la noche en la pequeña ciudad de Coatepec, donde el general mismo se tomó esa fatiga de rondar el campo, porque las luminarias que ardian en las cumbres de todos los montes, le daban bastante á conocer, no solo que pisaba ya el territorio de los enemigos, sino que el indómito azteca estaba resuelto á defender con el último esfuerzo los derechos de su patria.

Al otro dia, 31 de Diciembre, aun estaban los soldados en sus cuarteles, cuando se anunció que llegaba una embajada compuesta de varios nobles tezcucanos, llevando en señal de amistad, una bandera dorada y un regalo que el soberano de Tezcoco mandaba al gefe castellano, ofreciéndole se alojara en su corte, donde estaba pronto á rendir obediencia al monarca de Castilla. Cortés, sin embargo de estas demostraciones pacíficas, reconvinó acremente á los embajadores por los españoles que se habian asesinado en los dominios de su rey, conservando aun en el templo mayor de su capital los sangrientos despojos de sus compatriotas: los nobles se disculparon con haber obrado bajo las órdenes del emperador azteca; y despues de escusarse por la crueldad de que habian sido víctimas los castellanos, rogaron al general entrara de paz á sus estados y admitiera el ofrecimiento de su soberano para alojarse en su corte. Cortés ofreció hacerlo así y dispuso luego su marcha, sin atender á la súplica que los embajadores hacian, de que no llegara sino hasta tener tiempo de prepararle los alojamientos.

En ese mismo dia, los españoles y sus aliados, pisaron las murallas de la corte del reino de Acolhuacau; y

[4] Cort. tercera pag. 188.

Cortés con sus seiscientos soldados de Castilla fué alojado en el palacio de Nezahualpilli. Aquella ciudad era la reina de la civilización en todos los países del Anahuac: allí estaban las mas adelantadas escuelas de artes: ella se gobernaba por la sábia legislación del gran Nezahualcoyotl; y en sus archivos se conservaban todos los mapas y monumentos, donde constaba la historia de todos aquellos pueblos, los cuales sirvieron para formar una hoguera, donde por disipar las tinieblas de la idolatría, se estendió una negra y apenas penetrable nube, sobre el pasado de aquellas desgraciadas monarquías. A pesar de las muestras de una civilización mas adelantada, que en todas las demas ciudades indígenas, y de la gran población que abrigaba la corte del mas antiguo reino de los que entonces tenían el poder en aquellos países, á la entrada de los españoles, las calles se veían despobladas; y un silencio siniestro, precursor de alguna tempestad, se notaba en toda la ciudad. Alarmado el general por estos indicios de hostilidad y por la noticia que le dieron los soldados que habían subido al teocalli principal, de que muchas familias se internaban á los montes, mientras otras pasaban el lago en multitud de canoas que surcaban sus aguas, hizo salir luego algunos destacamentos, para que hicieran volver á los fugitivos y aprehendieran al rey para que no se le escapase; pero Coanacotzin, cuando vió que su embajada fué estéril para contener la marcha de los españoles, se embarcó y en aquellos momentos iba llegando á México.

Cortés tomó sus precauciones para escapar del ataque que creía seguro; pero no perdió tiempo en volver en su provecho la salida del rey. Hizo venir á su presencia las pocas personas que de la nobleza permanecían en la ciudad y probablemente desafectas á Coanacotzin: las hizo declarar vacante el trono, por la fuga del rey; y los inclinó á dar la corona á Tecocol, hermano del soberano

ausente. [5] Este príncipe que fué bautizado y elevado al trono por Cortés, fué muy favorable á su intento; pero duró pocos días, y á su muerte fué elevado á la dignidad real, su hermano Ixtlilxochitl, aquel fogoso príncipe, que al frente de un poderoso ejército había hecho á su hermano Cacama renunciar una parte de su reino, y había declarado sus hostilidades al desgraciado Moctezhuma, por haber sembrado la división en sus estados aun en vida de su padre Nezahualpilli. Este odio al monarca mexicano, fué sin duda lo que lo hizo estrechar tanto su amistad con los extranjeros, auxiliándolos así con su autoridad personal, como con su ejército y los recursos de su reino. En esto tuvo el gusto de vengarse de los antiguos insultos que recibió de los mexicanos en la persona de su rey; pero al fin ni él ni su reino ni su familia, quedaron exentos de sentir en su cuello la cadena con que el ambicioso y afortunado conquistador, ató á todos sus compatriotas al trono de España.

Con estas ventajas obtenidas en la corte de Tezcoco, se restableció la tranquilidad en los habitantes, y volvieron las mas familias que al principio salieron huyendo: Cortés fortificó el palacio de su alojamiento y los demas edificios que le servían de cuartel á su ejército: el rey le dió gente para abrir un canal que se comunicara con el lago para introducir por allí los bergantines; y cuando con tanta felicidad dejaba arregladas las cosas en aquella ciudad, dejó una guarnición al mando de Sandoval, y él con el resto del ejército, marchó contra Iztapalapan, ciudad en que debía desahogar su furor contra Cuitlahuatzin, que había sido señor de ella y á quien particu-

(5) Prescott con relación á Ixtlilxochitl venid. de los esp. pag. 12 y 13

larmente debieron los españoles su espulsion de la capital y su derrota en la noche triste.

La tropa que acompañó á Cortés en esta expedicion, se componia de doscientos infantes españoles, diez y ocho caballos y de tres á cuatro mil tlaxcaltecas. Dos leguas antes de llegar á la ciudad, les disputó el paso un ejército azteca: al principio éste manifestó todo el furor con que los valientes mexicanos peleaban en todos los combates; pero fingiendo ceder á la disciplina europea y la tenacidad con que combatían los aliados de Tlaxcala, se fueron retirando hácia la ciudad. [6] Los españoles entraron llenos de contento con el triunfo que suponian haber adquirido; pero se encontraron la ciudad desierta. Todas las familias se habian puesto en salvo: y á pesar que esto causó alguna inquietud en el ánimo del general, los soldados se entraron por todas las casas abandonadas, recogiendo la multitud de objetos que en ellas habia. Muchas casas fueron incendiadas y á la luz de aquel fuego devastador, que hacia retardar la oscuridad de la noche, se entregaban los aliados al pillage, para saciar el odio que les inspiraban los amargos recuerdos que hacian del antiguo señor de aquella ciudad entregada á la devastacion.

Muy engolfada se hallaba la tropa victoriosa en recoger el rico botin, cuando un sordo y pavoroso rumor los contuvo en sus momentos de regocijo. Cortés dice. «Estándolas quemando (las casas de la ciudad) pareció que Nuestro Señor me inspiró y trajo á la memoria la calzada ó presa, que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.» [7] Efectivamente, los indios así que lograron introducir á sus contrarios en la ciudad, rompieron el dique que contenia las aguas del lago de Tezcoco: y éstas como un fuerte torrente se

(6) Clavijero tom. 2.º pag. 136.—7. Terc. cart. pag. 195.

precipitaban sobre los vencedores. El gefe mandó luego dar el toque de retirada: y la tropa en la mayor confusion abandonó el lugar cargando con algunos despojos de las casas; pero las aguas habian invadido el camino y despues de ahogarse muchos, algunos pudieron escapar con gran trabajo, perdiendo todo el botin que habian logrado tomar.

Cortés sin embargo de su triunfo, volvió disgustado á Tezcoco por esta ocurrencia; pero su buena estrella habia aparecido en el horizonte, y pronto se le presentaron prósperos acontecimientos para mitigar su quebranto. Se presentaron ante el gefe español algunos embajadores de Otompan y otras ciudades, prometiendo su obediencia á los españoles: Cortés admitió la alianza, imponiéndoles la condicion de apoderarse de cuantos mexicanos llegasen á sus ciudades; y de este modo afianzó la fidelidad de ellos para con él, al mismo tiempo, que hechó profundas raices en la enemistad de aquellos pueblos para su ruina comun. A esta confederacion siguió la de Chalco, una de las mas ricas y poderosas ciudades del Valle, situada al extremo oriental de la laguna de su nombre: sabia Cortés los deseos que tenian de hacer causa comun con él; pero que aquello lo impedia una fuerte guarnicion azteca que en aquellos dias ocupaba la ciudad: y para ayudarlos mandó una fuerza española con parte de los aliados al mando de Sandoval. La vanguardia de esta expedicion, compuesta por los tlaxcaltecas, fué sorprendida por los mexicanos, que no perdian de vista los movimientos de sus enemigos: aun se habia perdido parte del botin que pudo escaparse de Ixtapalapan, cuando Sandoval llegó; y no pudiendo resistirlo los aztecas, huyeron desordenadamente, dejando el mismo botin que poco antes habian obtenido. La fuerza española, siguió su camino para Chalco, y antes de llegar les salió al encuentro la guarnicion mexicana, compuesta de doce mil

hombres: hubo un combate reñido, en el que fueron completamente derrotados los mexicanos; y los chalqueses recibieron á Sandoval con crecidas demostraciones de regocijo.

Efectivamente, Cortés no habia sido engañado en los informes que se le dieron, pues el señor de aquel lugar, muerto pocos días antes por la estragosa epidemia de las viruelas, en sus últimos momentos dijo á sus dos hijos, que si los españoles regresaban al valle, hicieran alianza con ellos, pues sin duda eran los seres designados, por los antiguos oráculos para enseñorearse del país y gobernarlo. [8] Aquellos dos jóvenes fueron conducidos por los españoles á Tezcoco, y siendo recibidos con grande afabilidad y cortesía por el general español, éste haciendo uso de la autoridad que le daban su audacia y las circunstancias de aquellos pueblos, dividió entre ellos el dominio de sus estados, dejando al mayor el gobierno de la ciudad principal y al menor el de las ciudades de Tlalamanalco, Chimalhuacan y Axotzinco.

Mientras así se aumentaba el poder de Cortés, por el deseo que estos pueblos incautos tenían de sacudir el yugo azteca que ya les parecia insoportable, el rey mexicano no perdía tiempo en mandar fuerzas á estos lugares para impedir nuevas defecciones y castigar las que ya se habian cometido. Pocos días despues de esta alianza de los señores de Chalco, un ejército mexicano se preparaba para llevar á aquel estado el merecido castigo de su lealtad: y apercibidos de ello los chalqueses, pidieron socorro á su aliado castellano, quien rehusaba dárselos, porque en esos días tenia que ocupar todo su ejército en custodiar el convoy que trasportara el material de los bergantines mandados construir en Tlaxcala; pero llegando al mismo tiempo los embajadores de Cholula, Huexutzinco y Quauhquecholan, también con el mismo

(8) Bernal Diaz hist. de la conq. cap. 139.

fin, por haber visto en las cimas de sus montes aquellas humaredas, signos seguros de las próximas hostilidades, les aconsejó el general hicieran entre sí una confederacion para que reciprocamente se ayudaran á la defensa contra el enemigo comun, mientras un ejército hacia su expedicion á Tlaxcala. La enemistad con que hasta ahí se habian visto aquellas ciudades, era un poderoso obstáculo para la alianza propuesta; pero la necesidad con que se veian apremiados y la hábil política del general español, [9] los hizo olvidar sus inveterados resentimientos y hacer causa comun, para vigorizar la palanca, que apollada en las preocupaciones de la época, habia de mover aquellas monarquías y sepultar entre sus ruinas, la independencia de todos aquellos pueblos. De suerte que convinieron en la union y fueron un poderoso instrumento que él manejó á su placer para la ruina comun.

Era ya tiempo de llevar adelante aquella famosa empresa de acabar con la gran monarquía mexicana: la gran Tenoxtitlan orgullosa en medio de las aguas de sus lagos, estaba reducida ya á un completo aislamiento; y el poder que ejercia con sus millares de canoas, que surcaban la superficie de las lagunas, debia ser contrarrestado con los bergantines cuyo material estaba ya preparado: solo faltaba el transporte de este, para que sonara la hora fatal de la destruccion de aquel pueblo déspota, que habia tiranizado á todos los otros y empapado las aras de sus dioses, con la sangre de millares de sus enemigos. La delicada comision de trasportar un objeto tan interesante, se le confió al prudente y valeroso Sandoval, al mando de quince caballos y doscientos infantes castellanos. Este gefe tuvo la comision de llegar antes al pueblo de Toltepeq para vengar la muerte de aquellos compatriotas que iban de Veracruz á México, en los días aciagos de la gran derrota de la calzada de

(9) Tere. cart. de Cortés pag. 205.

Tlacopan. Los naturales del pueblo, viendo la tempestad que descargaba sobre ellos, abandonaron la población y fueron á buscar abrigo en los montes; pero fueron alcanzados por la tropa de Sandoval, y muchos murieron pasados á cuchillo. ¡Cuántos niños, ancianos y mujeres, pagarían ahí con su vida, el delito que sus esposos, padres ó hermanos habian cometido, con dar muerte á unos extranjeros que insultando su sencillez y la hospitalidad con que fueron recibidos, habian intentado destruir su independencia y encadenar su libertad!

Después de derramar en nombre de la civilización la sangre inocente de aquel pueblo, marchó la expedición á Tlaxcala: ya los gefes de la república tenían preparado el material para los bergantines, según los deseos é instrucciones del general; y aun se habian probado en el río de Zahuapan y vuelto á desarmar para conducirlos á los lagos de México. Dos mil tlamames tlaxcaltecas cargaron sobre sus hombros el maderage, velas y demas útiles de las embarcaciones; y treinta mil guerreros de la república, al mando de tres gefes de los principales, llamados Chichimecatl, Axotecatl y Teotepil, acompañaron á la tropa de Sandoval para custodiar aquel interesante convoy. Cuando ya se acercaban á Tezcoco, Cortés vestido de gala y acompañado de los oficiales de su ejército, salió á encontrar á Sandoval y sus aliados, haciendo su entrada luego á Tezcoco en medio de las aclamaciones de los amigos tlaxcaltecas, que viendo llenos de gozo, que se aceleraba el momento de saciar su venganza contra los aztecas, no preveían en eso mismo su ruina y en medio del estrépito de los instrumentos militares, gritaban con loco frenesí, ¡Castilla y Tlaxcala! ¡Castilla y Tlaxcala! [10]

(10) Bernal Diaz cap. 140. Herrera his. gener. dec. lib. 1. cap. 2.

CAPITULO XXIV.

Expedición de Cortés antes de asediar á México.

Apenas habian pasado tres ó cuatro dias de la llegada de Sandoval, cuando Cortés pensó poner en práctica un proyecto que maduraba hacia algunos dias: voltear los lagos caminando hácia el Norte: castigar de paso aquellos pueblos, que tenían el imperdonable delito de permanecer aliados al bravo Guatemotzin para defender la independencia comun; y acercándose por la funesta calzada de Tlacopan, ver si podia entablar algunas negociaciones con los mexicanos. A este plan á mas de sus deseos, lo estimulaba Chichimecatl, belicoso tlaxcalteca, que con ansia deseaba encontrar al azteca en el campo de batalla, para desahogar sus añejos resentimientos: de suerte, que dejando una guarnición en Tezcoco al mando de Sandoval, y dadas las órdenes para la conclusion del canal y armar los bergantines, el general salió acompañado de Alvarado y Olid; con trescientos cincuenta infantes, veinticinco caballos, seis cañones, los treinta mil tlaxcaltecas y una parte de la nobleza tezcucana.

El objeto de su viage lo guardó en su mente con escrupulosa reserva, por temor de que los tezcucanos por un acto de deslealtad lo revelaran á los mexicanos; pero estos astutos por demas y bien experimentados en la guerra, siempre estaban en asecho de los menores movimientos de sus enemigos: así fué, que apenas salió la expedición, cuando tropezó con un ejército azteca que le disputaba el paso. Hubo una refriega reñida, pero de corta duracion, pues los mexicanos fueron puestos en desórden y tuvieron que dejar libre la marcha de los

Tlacopan. Los naturales del pueblo, viendo la tempestad que descargaba sobre ellos, abandonaron la población y fueron á buscar abrigo en los montes; pero fueron alcanzados por la tropa de Sandoval, y muchos murieron pasados á cuchillo. ¡Cuántos niños, ancianos y mujeres, pagarían ahí con su vida, el delito que sus esposos, padres ó hermanos habian cometido, con dar muerte á unos extranjeros que insultando su sencillez y la hospitalidad con que fueron recibidos, habian intentado destruir su independencia y encadenar su libertad!

Después de derramar en nombre de la civilización la sangre inocente de aquel pueblo, marchó la expedición á Tlaxcala: ya los gefes de la república tenían preparado el material para los bergantines, según los deseos é instrucciones del general; y aun se habian probado en el río de Zahuapan y vuelto á desarmar para conducirlos á los lagos de México. Dos mil tlamames tlaxcaltecas cargaron sobre sus hombros el maderage, velas y demas útiles de las embarcaciones; y treinta mil guerreros de la república, al mando de tres gefes de los principales, llamados Chichimecatl, Axotecatl y Teotepil, acompañaron á la tropa de Sandoval para custodiar aquel interesante convoy. Cuando ya se acercaban á Tezcoco, Cortés vestido de gala y acompañado de los oficiales de su ejército, salió á encontrar á Sandoval y sus aliados, haciendo su entrada luego á Tezcoco en medio de las aclamaciones de los amigos tlaxcaltecas, que viendo llenos de gozo, que se aceleraba el momento de saciar su venganza contra los aztecas, no preveían en eso mismo su ruina y en medio del estrépito de los instrumentos militares, gritaban con loco frenesí, ¡Castilla y Tlaxcala! ¡Castilla y Tlaxcala! [10]

(10) Bernal Diaz cap. 140. Herrera his. gener. dec. lib. 1. cap. 2.

CAPITULO XXIV.

Expedición de Cortés antes de asediar á México.

Apenas habian pasado tres ó cuatro dias de la llegada de Sandoval, cuando Cortés pensó poner en práctica un proyecto que maduraba hacia algunos dias: voltear los lagos caminando hácia el Norte: castigar de paso aquellos pueblos, que tenían el imperdonable delito de permanecer aliados al bravo Guatemotzin para defender la independencia comun; y acercándose por la funesta calzada de Tlacopan, ver si podia entablar algunas negociaciones con los mexicanos. A este plan á mas de sus deseos, lo estimulaba Chichimecatl, belicoso tlaxcalteca, que con ansia deseaba encontrar al azteca en el campo de batalla, para desahogar sus añejos resentimientos: de suerte, que dejando una guarnición en Tezcoco al mando de Sandoval, y dadas las órdenes para la conclusion del canal y armar los bergantines, el general salió acompañado de Alvarado y Olid; con trescientos cincuenta infantes, veinticinco caballos, seis cañones, los treinta mil tlaxcaltecas y una parte de la nobleza tezcucana.

El objeto de su viage lo guardó en su mente con escrupulosa reserva, por temor de que los tezcucanos por un acto de deslealtad lo revelaran á los mexicanos; pero estos astutos por demas y bien experimentados en la guerra, siempre estaban en asecho de los menores movimientos de sus enemigos: así fué, que apenas salió la expedición, cuando tropezó con un ejército azteca que le disputaba el paso. Hubo una refriega reñida, pero de corta duracion, pues los mexicanos fueron puestos en desórden y tuvieron que dejar libre la marcha de los

castellanos, que se dirijieron á Xaltocan. Era esta una ciudad situada en una isla de la orilla septentrional de la laguna, que solo se comunicaba con la tierra firme por una calzada cortada con varios fosos como las de México: Cortés á la cabeza de la caballería, marchó á la vanguardia del ejército; pero llegando al primer paso tuvo que detenerse, porque el ímpetu con que corria el agua, no daba lugar que pasara su tropa. Entonces apiñados en la estrecha calzada, aparecieron millares de combatientes en canoas, descargando una nube de flechas y piedras sobre el ejército aliado, mientras ellos se defendian del fuego de la mosquetería española, con unos parapetos provisionalmente formados sobre el borde de las canoas. La situacion era comprometida, allí no era prudente permanecer recibiendo los tiros de los enemigos, sin poderlos ofender: forzar el paso del ancho canal no era posible; y Cortés resolvió la retirada. Un feroz y espantoso ahullido que era el grito de guerra del azteca, aterró los oidos de los españoles, y sobre sus espaldas caia como una tempestad, la multitud de piedras y flechas que se despachaban de las canoas. Los xaltocaneses ya cantaban alegres la victoria y los aliados trayendo á su imaginacion las pavorosas escenas de la noche triste, volvian mustios y abatidos á deshacer el camino de la calzada: si hubieran tenido que abandonar la empresa mucho habria influido en la moral de su ejército á la vez que habria alentado el brio de muchos pueblos para aliarse con los mexicanos; pero el fatal destino estaba cerca y siempre la traicion, habia de cubrir de ignominia la magestuosa frente de la reina de los lagos y habia de echar á su cuello la ominiosa cadena de negra esclavitud. En estos momentos, un desertor de los xaltocaneses se presentó á Cortés y le informó de un camino por donde podia vadearse el lago: luego la infantería conducida por el desertor tomó el camino que debia

conducirla á la ciudad, mientras la caballería cubria la retaguardia. Una penosa y difícil marcha tuvo que hacer la infantería aliada; sosteniendo un combate con el agua hasta la cintura; pero al llegar á tierra firme, la victoria se declaró en su favor. Multitud de los habitantes fueron pasados á cuchillo, todos los que pudieron huir en botes escaparon del furor de sus enemigos y la desgraciada Xaltocan fué entregada á la rapacidad de los aliados y á la voracidad del fuego que se aplicó á sus desiertas casas. (1)

Despues de entregar la ciudad al ángel de la desolacion, el ejército siguió su camino para las ciudades de Quauhtitlan, Tenoyocan y Azcapocalco, cuyos habitantes sabedores del desgraciado fin de Xaltocan, huian á los montes y los que quedaban no hacian resistencia alguna. Llegaron por fin á Tlacopan que era el término de la expedicion: allí tuvieron que resistir un ataque de los tlacopanese que fueron vencidos; y por seis dias permanecieron los aliados alojados en las casas de los arabales. En este tiempo los tlaxcaltecas tenian frecuentes ocasiones de refír con sus antiguos enemigos los de Tlacopan: y en multitud de combates parciales se derramó la sangre de los mas famosos guerreros de ambos pueblos, que despues de llenarse recíprocamente de oprobios, peleaban con extraordinario valor.

Tambien los españoles tenian que sostener diversos combates á que los provocaban algunas tropas mexicanas: y un dia la astucia de estos, estuvo á punto de prepararles otra escena como la de la noche triste, en aquel sitio funesto para las armas de Castilla. Salieron algunas tropas de aztecas á insultar á los españoles, y cuando se hubo empeñado el ataque, estos se fueron dejando arrastrar con el pretesto de una falsa retirada, á

(1) Bernal Diaz cap. 141. Ter. cart. de Cortés pag. 209.

los memorables fosos de aquella fatal calzada que presenció su sangrienta derrota del 1º de Julio: de allí volvieron los mexicanos cargando con la velocidad del rayo; y cuando Cortés pensaba desempañar el brillo que allí mismo habían perdido sus armas, vió que un gran ejército se preparaba á cerrarle la salida, y multitud de embarcaciones se deslizaban por todas direcciones, trayendo la flor de los guerreros aztecas, que deseaban dar otra lección terrible á los extranjeros. Cuando esto advirtió el general, se arrepintió de haber sido tan fácil en dejarse engañar: y sin insistir en sostener una acción que habría sido para él de funestas consecuencias, contramarchó á ponerse en tierra firme.

Cortés nada tenía ya que esperar de su expedición: había hecho sentir en Xaltocan su espíritu de venganza; pero no había obtenido ningunas noticias de México que era su principal objeto, ni podía tener esperanza de entrar en negociaciones con el nuevo soberano. En uno de los combates tenidos en esos días, un foso dividía á los dos ejércitos; y adelantándose Cortés al suyo, por señas hizo cesar el estrago de las armas, dándoles á entender á sus contrarios, por medio de su intérprete, que quería negociar con alguno de sus gefes; pero los orgullosos mexicanos, le contestaron que todos lo eran y podía hablar en presencia de ellos; invitándolo á que hiciera otra visita á su capital, en la cual añadían "ya no hay otro Moctehuzuma obediente á tus caprichos, entra y con todos los tuyos serás sacrificado á los dioses." [2] Determinó pues volverse á Tezcoco, y atribuyendo esto los enemigos á un acto de cobardía; salieron en su seguimiento haciéndole bastante daño en su marcha, hasta que Cortés usando de una estratagema: emboscó en los montes inmediatos al camino una parte de su ejército,

(2) Ter. cart. de Cortés pag. 211.

que pasando desapercibida del enemigo, lo atacó por la retaguardia y lo puso en fuga haciéndole gran multitud de muertos. No volvió ya el ejército á ser molestado en su camino, llegando á Tezcoco, quince días después de su salida.

Apenas había vuelto Cortés, cuando solicitaron los chalqueses su auxilio, temiendo un próximo ataque de los mexicanos: se mandó á Sandoval con trescientos infantes españoles, veinte ginetes y un gran número de aliados; pero como al llegar á Chalco encontró un gran ejército que también había ido en su socorro, mandado de Quauhquecholan y Huejotzinco, no creyó necesario permanecer en la ciudad, y marchó para Huaxtepec, donde estaba la guarnición mexicana que tenía en amago á Chalco. Antes de entrar en la ciudad salieron á su encuentro los batallones enemigos, que logró derrotar y poner en fuga: en el mismo campo en que se dió la acción, determinaron pasar la noche; y apenas se ocupaban de preparar la cena, cuando se dió el grito de «á las armas»: todos estuvieron muy prontos y pudieron rechazar el impetuoso choque de los mexicanos, en el que fueron derrotados por segunda vez. Entonces los persiguieron y como ya la ciudad quedaba abandonada de sus habitantes, tomaron posesión de ella los españoles, alojándose en sus magníficos edificios, por dos días, en que atendieron á curar las heridas de sus compañeros.

A muy corta distancia de Huaxtepec se hallaba otra población india, llamada Xacapichtla: situada en la eminencia de un monte casi inaccesible y defendida también por una fuerte guarnición mexicana. Mandó Sandoval un mensaje, ofreciendo la paz, que fué rechazada de los habitantes; y á pesar de las graves dificultades que ofrecía la empresa, atacó Sandoval, quien logró superar con un heroico esfuerzo las dificultades del terreno; y una vez tomada la ciudad, desahogaron su cólera esparciendo la muerte no solo en las tropas, sino en los pacíficos é

indefensos habitantes. Según el mismo Cortés, en la página 215 de su tercera carta, esta fué una de las acciones en que mas brilló el valor español: y fué tal la mortandad en los aztecas, que se tiñeron con sangre las aguas de un arroyo por mas de una hora, sin tener donde apagar su sed los soldados; pero el bellaco Bernal Diaz, que refiere esta accion en su cap. 142 dice que duraron teñidas las aguas, tanto quanto se necesitaba para rezar una Ave María.

Sandoval, creyó concluida gloriosamente su campaña y volvió á Tezcoco para dar descanso á la tropa y cuidar mejor de los heridos; pero como los mexicanos siempre estaban en asecho de sus movimientos y no perdian ocasion para hacer sus hostilidades, armaron una expedicion de veinte mil hombres, y por agua pensaron atacar á Chalco, que creian débil: los chalqueses intimidados con este amago, mandaron luego sus embajadores á Tezcoco demandando socorro, los cuales llegaron al mismo tiempo que Sandoval: esto hizo suponer al general que la expedicion no se habia hecho con la debida eficacia para castigar la bélica perseverancia de los aztecas, y sin permitirle un momento de descanso, lo hizo retroceder á Chalco para concluir el objeto de su mision. Sandoval aunque muy resentido de aquel imprudente tratamiento, sin hacer objecion marchó á Chalco, donde ya habia pasado el ataque, quedando victoriosos los de la ciudad con el auxilio de los Huejotziques y Quauhquehóleses. Los aztecas tuvieron muchos muertos y algunos prisioneros, entre ellos dos generales, que fueron entregados al gefe español y éste los condujo á Tezcoco.

Al regreso de Sandoval, Cortés habia reflexionado en la imprudencia con que irritó á uno de sus mejores oficiales; pero este era muy generoso, y admitió una esplicacion satisfactoria de su general. Respecto de los nobles aztecas, determinó Cortés mandarlos á México para

negociar algun arreglo con el soberano, para lo cual les dió sus instrucciones y una carta, que aunque no podia entenderse en la corte de México, serviria de credencial á los enviados para justificar su mision. El gefe castellano tenia demasiadas pruebas del espíritu indomable de los aztecas y á todo trance queria concluir su empresa mas bien por el camino de la diplomacia, antes que aventurarse á un hecho de armas en que debia esponer el todo de su fortuna; pero el intrépido Quauhtemotzin, la gloria nacional mas brillante que se presenta en la conquista, tenia sobrado fuego en su noble pecho y amaba demasiado la libertad de su patria, para avasallarla á unos estrangeros que se presentaban reclamando la soberanía de su rey, sin mas título que su deseo de atesorar grandes riquezas. Así es, que sin dar contestacion á las proposiciones de Cortés, mandaron preparar nuevas hostilidades contra Chalco, y los habitantes de esta ciudad, pronto se presentaron con su aliado llevándole unas pinturas en que se manifestaba esta formidable agresion, representándose en ellas, las ciudades que se armaban en su contra y el camino que tomaban los enemigos. En esta vez, el mismo Cortés quiso encargarse de dirigir la campaña, para reconocer por aquel lado el terreno, conocimiento que le era indispensable para la ejecucion del asedio proyectado contra la capital.

Mientras Cortés preparaba el ejército con que debia hacer el reconocimiento y campaña á que se disponia, se presentaron á Tezcoco algunos comisionados de las ciudades de Tuzapan, Mecaltzinco y Nauhtlan, prestando al rey de España la obediencia en nombre de sus señores. Esto era una gran ventaja para el general; pero no facilitaba tanto sus operaciones, como la llegada á Veracruz de unos buques que traian á bordo doscientos soldados de infantería y ochenta ginetes, con bastante

provision de armas y municiones, poniéndose luego en camino para Tezcoco. (3)

El cinco de Abril de 1521, dejando el cuartel general de Tezcoco al mando de Sandoval, con las órdenes para concluir el canal y cuidar de los bergantines, cuyos materiales ya por tres veces habian intentado quemar los aztecas, salió Cortés con trescientos infantes, treinta caballos y veinte mil aliados dirigiéndose á Tlalmanalco y Chimalhuacan.—Chalco, donde engrosó sus filas con millares de guerreros, que de muchos pueblos venian á unírseles, ansiosos de vengar sus resentimientos con los mexicanos y con deseo de adquirir un rico botin á la sombra de las armas castellanas. (4)

Para salir del Valle y tomando el camino que indicaban los mapas de los chalqueses, tomaron la direccion de Huaxtepec, en cuyo camino, sobre una escabrosa elevacion, vieron multitud de familias indígenas y una gran muchedumbre de soldados aztecas, defendiendo las faldas de las montañas. No pensaba Cortés entrar allí en accion, tal vez por no parecerle propio el terreno, ó por querer mejor avanzar en su camino para conseguir el fin de reconocimiento que se habia propuesto; pero los indígenas creyendo en esto un acto de cobardía, con sus gritos y mofadores silvidos, irritaron el orgullo español, y luego dispuso el general vengar aquel insulto. Empezaban los españoles á subir aquella áspera pendiente, donde recibian una lluvia de piedras y flechas, cuando se presentó por su retaguardia otro ejército enemigo de la misma consideracion: Cortés luego que lo advirtió, desistió de la subida para salir al encuentro á este último que venia por campo raso donde tenian sus

(3) Terc. cart. de Cortés pa. 216. Bernal Diaz cap. 143. Herrera dec. 3 lib. 1º cap. 6º

(4) Bernal Diaz cap. 144 y Cortés lug. cit.

armas una incomparable superioridad; y empeñada una formal batalla, pronto tuvieron que huir los enemigos, que fueron derrotados completamente, en un alcance de mas de una hora. Con la ventaja que le dió este triunfo y otro que adquirió en seguida, sobre otros enemigos, que á poca distancia estaban posesionados de otro monte, consiguió rendir á los de la primera eminencia; y libre de estos obstáculos que embarazaban su camino, siguió por el camino de Huaxtepec, de cuya ciudad se posesionó sin resistencia y pasó adelante hasta la populosa ciudad de Quauhnahuac ó Cuernavaca.

CAPITULO XXV.

Campaña de Quauhnahuac y Jochimilco.

La ciudad de Quauhnahuac capital del pais de los tlahuíques, era muy antigua y populosa, tributaria del imperio azteca y defendida por una considerable guarnicion de mexicanos. Antes de emprender las operaciones sobre la capital, era interesante á Cortés llevar allá sus hostilidades y quitar á sus enemigos el fuerte apoyo que podia tener en un pais tan rico y poblado. La ciudad aunque á bastante altura del nivel del mar, estaba embellecida de la rica y vigorosa vegetacion de que disfrutaban las tierras bajas: solo por uno de sus lados se estendia una llanura suave en su piso como en su clima; pero por los demás vientos está defendida por recallosas eminencias, cuya aspereza, unida á la barrera natural de un riachuelo, que algunas veces aumenta considerablemente las aguas, le daban á la ciudad una posicion fuerte y casi inespugnable.

El ejército aliado llegó á la vista de la ciudad, á don-

provision de armas y municiones, poniéndose luego en camino para Tezcoco. (3)

El cinco de Abril de 1521, dejando el cuartel general de Tezcoco al mando de Sandoval, con las órdenes para concluir el canal y cuidar de los bergantines, cuyos materiales ya por tres veces habian intentado quemar los aztecas, salió Cortés con trescientos infantes, treinta caballos y veinte mil aliados dirigiéndose á Tlalmanalco y Chimalhuacan.—Chalco, donde engrosó sus filas con millares de guerreros, que de muchos pueblos venian á unírseles, ansiosos de vengar sus resentimientos con los mexicanos y con deseo de adquirir un rico botin á la sombra de las armas castellanas. (4)

Para salir del Valle y tomando el camino que indicaban los mapas de los chalqueses, tomaron la direccion de Huaxtepec, en cuyo camino, sobre una escabrosa elevacion, vieron multitud de familias indígenas y una gran muchedumbre de soldados aztecas, defendiendo las faldas de las montañas. No pensaba Cortés entrar allí en accion, tal vez por no parecerle propio el terreno, ó por querer mejor avanzar en su camino para conseguir el fin de reconocimiento que se habia propuesto; pero los indígenas creyendo en esto un acto de cobardía, con sus gritos y mofadores silvidos, irritaron el orgullo español, y luego dispuso el general vengar aquel insulto. Empezaban los españoles á subir aquella áspera pendiente, donde recibian una lluvia de piedras y flechas, cuando se presentó por su retaguardia otro ejército enemigo de la misma consideracion: Cortés luego que lo advirtió, desistió de la subida para salir al encuentro á este último que venia por campo raso donde tenian sus

(3) Terc. cart. de Cortés pa. 216. Bernal Diaz cap. 143. Herrera dec. 3 lib. 1º cap. 6º

(4) Bernal Diaz cap. 144 y Cortés lug. cit.

armas una incomparable superioridad; y empeñada una formal batalla, pronto tuvieron que huir los enemigos, que fueron derrotados completamente, en un alcance de mas de una hora. Con la ventaja que le dió este triunfo y otro que adquirió en seguida, sobre otros enemigos, que á poca distancia estaban posesionados de otro monte, consiguió rendir á los de la primera eminencia; y libre de estos obstáculos que embarazaban su camino, siguió por el camino de Huaxtepec, de cuya ciudad se posesionó sin resistencia y pasó adelante hasta la populosa ciudad de Quauhnahuac ó Cuernavaca.

CAPITULO XXV.

Campaña de Quauhnahuac y Jochimilco.

La ciudad de Quauhnahuac capital del pais de los tlahuíques, era muy antigua y populosa, tributaria del imperio azteca y defendida por una considerable guarnicion de mexicanos. Antes de emprender las operaciones sobre la capital, era interesante á Cortés llevar allá sus hostilidades y quitar á sus enemigos el fuerte apoyo que podia tener en un pais tan rico y poblado. La ciudad aunque á bastante altura del nivel del mar, estaba embellecida de la rica y vigorosa vegetacion de que disfrutaban las tierras bajas: solo por uno de sus lados se estendia una llanura suave en su piso como en su clima; pero por los demás vientos está defendida por recallosas eminencias, cuya aspereza, unida á la barrera natural de un riachuelo, que algunas veces aumenta considerablemente las aguas, le daban á la ciudad una posicion fuerte y casi inespugnable.

El ejército aliado llegó á la vista de la ciudad, á don-

de no pudo entrar fácilmente, porque dos puentes que tenia el rio, habian sido quitados con anticipacion para impedir el paso á los enemigos: de una á otra orilla se hallaban los dos ejércitos contrarios, sin poder llegar á las manos, por estar ambos cortados con el rio que bañaba las profundas bases de aquellas elevadas barrancas: mutuamente querian ofenderse disparando sus armas; pero los de la ciudad tenian algunas fortificaciones de madera, que los ponian á cubierto del fuego de los arcabuces de Cortés y de los dardos de los tlaxcaltecas.

Por distintos lados intentaron los aliados vadear el rio; mas no les era posible: y mientras, sufrían grandes daños por los tiros de la guarnicion. Despues de inútiles esfuerzos, un tlaxcalteca llegó á un sitio, donde un árbol corpulento se inclinaba hácia la orilla opuesta, entrelazando su ramage con el de otro que al lado opuesto se elevaba: por este puente natural tan peligroso por sus oscilaciones, como por el profundo abismo que se abria debajo de él, se atrevió á pasar el intrépido indígena, que luego fué seguido por otros de sus paisanos y hasta treinta españoles. Esta pequeña fuerza que logró forzar la fortificacion con que la naturaleza tenia defendida la ciudad, empeñó un combate que no solo sostuvo con buen éxito, sino que pudo reponer uno de los puentes destruidos por donde se facilitó el paso á todo el ejército. Entonces ya la victoria no pudo mantenerse indecisa mucho tiempo, pues la caballería española al mando de Tapia y Cristoval de Olid, pronto desconcertó los batallones aztecas y no pudiendo ya resistir, abandonaron el campo á los españoles, que se posesionaron de la ciudad. El señor de ella habia tambien emprendido la fuga; pero temeroso de los estragos que en el alcance hacian las armas de los españoles se rindió y presentó ante Cortés, ofreciéndole reconocer el dominio del rey de España, é inculcando á los mexicanos de la re-

sistencia que se habia hecho en la ciudad. La política del general, era por entonces, separar los pueblos de la gran Tenoxtitlan, que era el corazon de tan vastas regiones: y así, acogió afablemente las razones de aquel humillado tlahuique, contentándose con dejar en él una prueba de su generoso espíritu como cimiento de su autoridad y que á la vez fuera un motivo de romper los lazos que unian á aquellos pueblos con la metrópoli y reducirlos á todos á un completo aislamiento. [1]

Contento Cortés con el término de su espedicion, volvió á pasar los montes para entrar en el valle donde estaban sus mejores esperanzas: eligió á la ciudad de Xochimilco para hacerle sentir los terribles efectos de la devastacion; y al dia siguiente de su salida de Quauhnahuac, estuvo al frente de ella. Esta ciudad era la mas poblada del valle despues de la corte de los aztecas y todo su numeroso vecindario, permanecia fiel á la corona de Tenoxtitlan, lo cual y sus grandes riquezas, hacian que tanto inquietara el ánimo del conquistador. Una parte de la ciudad se hallaba dentro del agua y comunicada por esa parte con tierra, por una calzada cortada con fosos, cuyos puentes levantaron los Xochimilques, á la presencia de los aliados. El general dividió su ejército en tres cuerpos para atacar la ciudad por otros tantos puntos; y aunque hicieron gran esfuerzo sus defensores, el triunfo quedó por los españoles, teniendo los xochimilques que buscar su salvacion en la fuga: la infantería se ocupaba de perseguir á los fugitivos para completar su derrota, y Cortés con una pequeña fuerza habia quedado guardando la ciudad por la parte de la calzada, cuando por aquel mismo punto se presentó otro ejército indígena, que como un torrente se precipitó

(1) Terc. cart. de Cortés pag. 218. Bernal Diaz cap. 144 Herrera dec. 3.ª lib. 1.º cap. 8.º

sobre los pocos soldados que acompañaban al general: estos se defendieron esforzadamente; pero era tan corto el número que no les fué posible contener á la impetuosa multitud que estuvo allí á punto de concluir con la vida del general y poner término á la atrevida conquista que habia emprendido. El caballo que montaba Cortés, agoviado por la fatiga y por la multitud de golpes que recibia en aquel nutrido disparo, se echó al suelo, y aunque el general siguió peleando á pié con la misma bizarría, los xochimilques lograron agarrarlo y llevarlo en triunfo que era su mayor deseo, para ofrecerlo en solemne sacrificio á sus sangrientas deidades. A no ser por este empeño que los indios tenían siempre de hacer prisioneros á los españoles, mejor que darles muerte en la acción, habrían dado sin duda muerte á Cortés en esta ocasión; pero mientras los enemigos lo conservaban para conducirlo vivo á la piedra de los sacrificios, un valeroso soldado tlaxcalteca, se arrojó sobre los enemigos con la fiera de un tigre, y siguiendo este ejemplo otros de su nación, los criados del general y algunos soldados españoles, lograron quitar al ilustre prisionero, salvando aquella vida, que tan íntimamente estaba ligada con la suerte de aquellos pueblos. [2]

Cuando este combate tan peligroso para la vida del general tenia lugar á la entrada de la ciudad, la caballería venia de perseguir á los primeros derrotados, y cargando entonces por la retaguardia de los enemigos, estos no pudieron resistir y corrieron la misma suerte que los primeros defensores de la ciudad: entonces el general posesionado de ella, subió á uno de sus grandes *teocallis* para reconocer el país: y no obstante los triunfos que habia adquirido, se quedó asombrado de ver el bélico aparato que cubria los campos inmediatos y las

(2) Cortés y Herrera lugs. citados.

aguas de los lagos, pues el indomable azteca se preparaba á emprender una nueva lucha con un ejército de doce mil hombres, que Quauhtemotzin mandó en auxilio de Xochimilco, luego que supo el peligro que la amenazaba. No se intimidó Cortés por este nuevo amago, solo mandó aumentar los centinelas y doblar la vigilancia en los cuarteles, para esperar el nuevo día. Durante las tinieblas de la noche, no pudieron reconocerse los dos ejércitos; pero los centinelas españoles no dejaron de oír el ruido de los remos, que les anunciaban la proximidad de sus contrarios: y á los primeros albos del día, los batallones mexicanos se pusieron sobre las armas y atacaron la ciudad con increíble furor. El fuego de las armas castellanas, obligó á sus enemigos á retirarse y cargando sobre ellos la caballería, casi habia completado su derrota, pero los fugitivos encontraron en el camino otras huestes que los venian á reforzar y con este auxilio volvieron sobre sus perseguidores, haciéndolos retroceder hasta donde iba el grueso del ejército: allí se trabó otra formal batalla en la que ambos ejércitos combatieron valerosamente, permaneciendo la victoria indecisa algun rato, hasta que lo ventajoso de las armas y la disciplina europea, triunfaron de las indisciplinadas huestes indígenas: los vencedores se entregaron á recoger el inmenso botín que les preparaba aquella rica y hermosa ciudad, en objetos de oro, plumas, piedras preciosas y otras varias cosas de valor: entreteniéndose tanto en esta operación, que algunas canoas de las que se hallaban en el lago, pudieron acercarse á la ciudad, desembarcando algunos guerreros, que hicieron cuatro españoles prisioneros, los cuales puestos en las embarcaciones, luego fueron llevados á la capital y sacrificados á los Dioses, destrozados luego sus cuerpos y mandando repartir sus miembros en todos los pueblos, para que algunos se alentarán á la defensa comun, y otros que se habian aliado á

los extranjeros, temblaron del castigo que les esperaba. (3)

A la mañana del día siguiente, ya no creyó Cortés tener objeto en Xochimilco y dispuso sus tropas para la marcha, poniendo fuego á la bella ciudad al tiempo de salir: muchos templos y casas tenia aquella estensa poblacion, pero el fuego deverador comunicándose de unas á otras, abrazó á todos los edificios en sus llamas, que con un resplandor lúgubre se reflejaban en las aguas, marcando el triste destino de aquellos pueblos. [4] Hecha esta ejecucion marchó el ejército que en ese mismo día llegó á la ciudad de Coyoacan, cuyos habitantes se habian salido abandonando sus hogares: allí se detuvieron dos días para que la tropa se repusiera de tantas fatigas y reconocer bien el terreno, tomando al tercero el camino de Tlacopan á donde habia tenido término la expedicion anterior. En ese día los ejércitos indios fueron hostilizando á los españoles en su marcha: el general recurrió á la estratagema de ponerles una emboscada, como lo habia hecho pocos días antes en el camino de Tlacopan; pero en esta vez superó la astucia indigena á la del general, pues ellos con una falsa fuga lo atrajeron tambien á otra red, donde fué envuelta la caballería española, salvándose con gran dificultad y no sin una lamentable pérdida, pues dos asistentes del general fueron hechos prisioneros y como todos los de su clase, fueron á exhalar el último suspiro en la piedra del sacrificio. Esta desagradable ocurrencia causó fuerte impresion en el férreo espíritu del conquistador, pues al entrar en Tlacopan y reconocer las posiciones enemigas desde la altura de un *teocalli* en compañía de sus capitanes, no pudo

(3) Bernal Diaz cap. 145. Terc. cart. de Cortés pag. 227.—

[4] Cortés terc. cart. pag 228

reprimir el dolor que oprimia á su alma, y se dejó percibir de todos, en un profundo suspiro que exhaló el pecho de su caudillo.

Al llegar á Tlacopan, habia recorrido Cortés toda la circunferencia de los lagos: y estaba impuesto de todo el terreno para emprender el asedio contra la gran Tenoxtitlan, que él llamaba la ciudad rebelde, porque irritado su pueblo por la insultante ignominia á que se redujo á su rey, por el bárbaro asesinato de su nobleza y del menoscabo de su dignidad y sus derechos, se alzó como un solo hombre para arrojar de su seno á los extranjeros que así osaron vilipendiarlos, en pago de la generosa hospitalidad con que los abrigaron en sus palacios y la generosidad con que se les abrieron las puertas de sus tesoros.

CAPITULO XXVI.

Preparativos para el asedio de la capital.

Al llegar Cortés á Tezcoco salieron á recibirlo Sandoval y sus compañeros, juntos con el rey y algunas personas de la nobleza, dándole al general la plausible noticia de estar concluidos los bergantines y el canal para conducirlos al lago, lo cual le causó notable satisfaccion, pues con esto creia dar complemento á su notable empresa; pero aun tenia que vencer graves riesgos, siendo el mayor el que se le preparaba por sus mismos paisanos, con el gérmen de descontento que habian sembrado los soldados de Narvaez.

Durante la escursion del ejército por las ciudades de Quauhnahuac, Xochimilco y las demas que hermozeaban las orillas de los lagos, aquellos desafectos que ha-

los extranjeros, temblaron del castigo que les esperaba. (3)

A la mañana del día siguiente, ya no creyó Cortés tener objeto en Xochimilco y dispuso sus tropas para la marcha, poniendo fuego á la bella ciudad al tiempo de salir: muchos templos y casas tenia aquella estensa poblacion, pero el fuego deverador comunicándose de unas á otras, abrazó á todos los edificios en sus llamas, que con un resplandor lúgubre se reflejaban en las aguas, marcando el triste destino de aquellos pueblos. [4] Hecha esta ejecucion marchó el ejército que en ese mismo día llegó á la ciudad de Coyoacan, cuyos habitantes se habian salido abandonando sus hogares: allí se detuvieron dos días para que la tropa se repusiera de tantas fatigas y reconocer bien el terreno, tomando al tercero el camino de Tlacopan á donde habia tenido término la expedicion anterior. En ese día los ejércitos indios fueron hostilizando á los españoles en su marcha: el general recurrió á la estratagema de ponerles una emboscada, como lo habia hecho pocos días antes en el camino de Tlacopan; pero en esta vez superó la astucia indigena á la del general, pues ellos con una falsa fuga lo atrajeron tambien á otra red, donde fué envuelta la caballería española, salvándose con gran dificultad y no sin una lamentable pérdida, pues dos asistentes del general fueron hechos prisioneros y como todos los de su clase, fueron á exhalar el último suspiro en la piedra del sacrificio. Esta desagradable ocurrencia causó fuerte impresion en el férreo espíritu del conquistador, pues al entrar en Tlacopan y reconocer las posiciones enemigas desde la altura de un *teocalli* en compañía de sus capitanes, no pudo

(3) Bernal Diaz cap. 145. Terc. cart. de Cortés pag. 227.—

[4] Cortés terc. cart. pag 228

reprimir el dolor que oprimia á su alma, y se dejó percibir de todos, en un profundo suspiro que exhaló el pecho de su caudillo.

Al llegar á Tlacopan, habia recorrido Cortés toda la circunferencia de los lagos: y estaba impuesto de todo el terreno para emprender el asedio contra la gran Tenoxtitlan, que él llamaba la ciudad rebelde, porque irritado su pueblo por la insultante ignominia á que se redujo á su rey, por el bárbaro asesinato de su nobleza y del menoscabo de su dignidad y sus derechos, se alzó como un solo hombre para arrojar de su seno á los extranjeros que así osaron vilipendiarlos, en pago de la generosa hospitalidad con que los abrigaron en sus palacios y la generosidad con que se les abrieron las puertas de sus tesoros.

CAPITULO XXVI.

Preparativos para el asedio de la capital.

Al llegar Cortés á Tezcoco salieron á recibirlo Sandoval y sus compañeros, juntos con el rey y algunas personas de la nobleza, dándole al general la plausible noticia de estar concluidos los bergantines y el canal para conducirlos al lago, lo cual le causó notable satisfaccion, pues con esto creia dar complemento á su notable empresa; pero aun tenia que vencer graves riesgos, siendo el mayor el que se le preparaba por sus mismos paisanos, con el gérmen de descontento que habian sembrado los soldados de Narvaez.

Durante la escursion del ejército por las ciudades de Quauhnahuac, Xochimilco y las demas que hermozeaban las orillas de los lagos, aquellos desafectos que ha-

bían quedado en Tezcoco, amedrentados con los continuos peligros que se les presentaban y disgustada su ambición con no recibir mas premio por sus fatigas, que una vana aureola de gloria: proyectaron dar muerte al general á su regreso, lo mismo que á sus principales capitanes, Sandoval, Alvarado, Tapia, Olid, y algunas otras personas de las mas adictas al capitán general. Contaban con el resentimiento del gobernador de Cuba hácia Cortés, para que aprobara su conducta, queriendo obligarlo mas con hacer el nombramiento de capitán, en un cuñado del mismo Velazquez.

Todo se habia ya conuinado, cuando uno de los comprometidos en la conjuración, arrepentido de semejante crimen; un día antes avisó á su general del peligro que lo amenazaba; y este, aunque supo los nombres de todos los criminales, se conformó con aplicar el castigo ejemplar solo al gefe de la combinación, que era un soldado Antonio Villafana, á quien se instruyó el proceso y resultando probada su criminalidad se mandó ahorcar en una de las ventanas del cuartel. Desde esta ocasión se formó el general una guardia de los soldados mas fieles, al mando de Antonio Quiñones quien era de los mas afectos á su persona: y la desconfianza que le inspiraban sus mismos compañeros, lo hicieron devorar en silencio, una amargura mayor que la inquietud en que lo tenia constantemente la fiereza del indómita azteca. [1]

Conjurada esta tentativa, se ocupó el general de dictar las providencias necesarias para atacar á México. El 28 de Abril se dijo una misa solemne para implorar el celestial auxilio, en la cual todos los españoles recibieron la sagrada eucaristía: despues un sacerdote bendijo los bergantines con las ceremonias que la iglesia acostumbra; y hecha la señal convenida con un cañón.

(1) Bernal Diaz cap. 146. Her. dec. 3.º lib. 1.º cap. 1.º

zo, se soltaron las presas que de trecho en trecho se habían construido en el canal, y las embarcaciones bajaron, surcando las aguas de la laguna. [2] Los indios estaban admirados de aquella obra, que de tal manera enterneció tambien el corazón de los conquistadores, que llenos de regocijo, entonaron el himno solemne de alabanza á la Divinidad, *Te Deum Laudamus*: á esta demostración de justo reconocimiento al Señor que con su adorable Providencia gobierna todos los acontecimientos, correspondia la improvisada escuadra, haciendo oír el estallido de sus cañones, que fué contestado con los de tierra, y la aclamación de aquella alborosada multitud, que presenciaba un acto tan solemne y del todo desconocido en aquellas tierras.

Despues se pasó revista del ejército en la gran plaza de Tezcoco, y se contaron ochocientos diez y ocho infantes, ochenta y siete ginetes, teniendo diez y ocho cañones, mil libras de pólvora, gran cantidad de balas, cincuenta mil saetas con puntas de bronce y algunas otras municiones de guerra. De esta fuerza se destinaron trescientos hombres para la tripulación de los buques; y cada uno se puso á las órdenes de un oficial y sujetos á una ordenanza que se formó para su gobierno. [3]

Luego se mandó aviso á Tlaxcala, Cholula y los demas pueblos aliados, para que en término de diez días pusieran á su disposición las mejores fuerzas con que contaran, pues habia llegado ya el tiempo de establecer el sitio de la capital del imperio azteca y vengar tantos ultrajes que todos habían recibido de sus monarcas. Las tropas de Huexotzinco, Cholula y otros pueblos, debían unirse con los chalqueses en su ciudad, y allí esperar las órdenes del general: y los tlaxcaltecas, tenían que unir-

(2) Her. dec. 3.º lib. 1.º cap. 6.—3. Terc. cart. de Cortés pag. 234. Bernal Diaz cap. 147.

sele en Tezcoco. Estos, acaudillados por Xicotencatl el jóven y contando entre sus gefes al bravo Chichimecatl y á Pilteuctli primo del general indio, hicieron su solemne entrada á la capital del antiguo reino de Acolhuacan, marchando al son de sus ásperos instrumentos militares y bajo el estandarte nacional que era una águila con las alas estendidas y el escudo de la garza blanca, distintivo de la casa de Xicotencatl. Aquellos numerosos batallones, que los formaban cincuenta mil hombres [4] algo habian aprendido la disciplina europea y con el aire resuelto de un antiguo veterano, que les inspiraba su ansia por saciar su odio implacable contra los aztecas, desfilaron á la presencia del general español, haciendo resonar las murallas de la corte tezeucana, con su grito de alianza, Castilla y Tlaxcala.

La flota que bogaba en las aguas de los lagos, debía estar á las inmediatas órdenes del general, pues de su cooperacion esperaba principalmente el buen éxito de su empresa; y la fuerza que debía obrar por tierra, la dividió en tres cuerpos, confiados á Pedro de Alvarado; Cristobal de Olid y Gonzalo de Sandoval: el primer cuerpo se componia de ciento sesenta y ocho infantes españoles, treinta caballos y veinticinco mil tlaxcaltecas con dos cañones, destinado para ocupar á Tlacopan: el segundo se componia de la misma fuerza y su gefe Olid, nombrado cuartel maestro del ejército, recibió orden de acampar en Coyoacan; y el tercero, que lo formaban ciento sesenta y tres infantes, veinticuatro caballos, los aliados de Huejotzinco, Cholula, y Chalco que pasaban de treinta mil hombres con dos cañones, fué destinado á las órdenes de Sandoval, para llevar á efecto la destruccion de Iztapalapan, así por la prevencion anticipada

(4) Terc. cart. de Cortés pag. 236. Her. dec. 3.º lib. 1.º cap. 13.

que contra ella tenia el general, como por no dejar á retaguardia una ciudad que por sus grandes recursos y su marcado espíritu de hostilidades, pudiera traerles funestas consecuencias. [5]

Comunicadas á los capitanes estas órdenes y las convenientes instrucciones á los gefes de los tres cuerpos, reunió todo el ejército y despues de repetir la publicacion de las ordenanzas de Tlaxcala, alentó el valor de sus tropas con una de aquellas marciales proclamas con que el general sabia muy bien mover los mas delicados resortes del corazón de sus subordinados. Mil entusiasmas aclamaciones de todos los soldados, respondieron al discurso del general: y ansiando todos por concluir aquella empresa de donde se prometian tan grandes ventajas, pedian ser pronto conducidos al combate, en el que ofrecian el mas exacto cumplimiento de sus respectivos deberes y la obediencia á sus gefes.

Despues de todos estos preparativos, Sandoval marchó á su destino el diez de Mayo, y Alvarado y Olid salieron juntos para ocupar los puntos que respectivamente se les designaban. El primer dia de marcha, tuvieron una disputa entre un español y Pilteuctli primo del general tlaxcalteca Xicotencatl el jóven, por la cual llegaron á las armas y fué herido el segundo, acontecimiento que desagradó tanto á Xicotencatl, quien nunca habia tenido gran voluntad á los españoles, que separándose con parte de sus compañeros, marchó á Tlaxcala. Luego que se dió parte al general de un hecho que podia ocasionar fatales resultados en tan solemnes momentos, mandó una fuerza para que prendiera al gefe indígena desertor y lo condujera á su presencia. Esta orden fué cumplida, y cuando lo tuvo en su poder se le mandó aplicar la pena que las leyes militares seña-

(5) Cortés lug. cit.

lan á los desertores en campaña; y en nombre del senado de Tlaxcala, fué ahorcado en la plaza de Tezcoco el valeroso Xicotencatl, y sus bienes se mandaron confiscar para la corona de Castilla. De esta manera concluyó su carrera aquel intrépido jóven, una de las mas prominentes figuras del pueblo antiguo: fué el primero que con un valor heróico y admirable tenacidad, se atrevió á medir sus armas con los disciplinados estrangeros, sin que se separara del campo de batalla, sino cuando lo obligaran á ello las repetidas órdenes de los gefes de su república: al estar ya los españoles en Tlaxcala y que el senado de esta ciudad fué invitado por los aztecas, para echar un velo sobre sus antiguos resentimientos y hacer causa comun para defenderse del amago del estrangero, mas previsor que los ancianos de su nacion, queria mejor admitir la alianza con los mexicanos que seguir unidos á los peligrosos europeos; y por último sintiéndose altamente ofendida su dignidad nacional, con la injuria hecha á su primo Piteuctli, abandonó á los hombres que repugnaba su corazon. Pero el amor á su patria manifestado en estas diferentes ocasiones, fué considerado por el conquistador, como un imperdonable crimen, que lo hizo espiarlo en una horca levantada en la plaza de Tezcoco. Los tlaxcaltecas lloraron amargamente el suplicio de su esforzado caudillo; pero no pudiendo sacudir la abyecta condicion á que se habian reducido para con los españoles, se conformaron con derramar sus lágrimas sobre el cadáver de su gefe, y repartirse sus vestidos como inestimables reliquias. Los autores españoles hayan muchas y muy poderosas razones para justificar la terrible sentencia contra el infortunado Xicotencatl; pero ningun mexicano debe dejar de rendirle un tributo de respeto y admiracion, como al primero de Los Mártires de la Independencia.

Alvarado y Cristóval de Olid, marcharon de Tezcoco

por Acolman y demas ciudades, que estaban en torno de los lagos, las cuales hallaron abandonadas, porque muchos de sus habitantes se habian reconcentrado en la capital para reforzar su guarnicion, y otros fueron á buscar refugio á las cimas de los montes: de manera, que sin resistencia llegaron á Tlacopan y volvieron á posesionarse de los desiertos cuarteles que ya en otra vez habian ocupado. Su primer procedimiento debia ser segun las órdenes del general, destruir el acueducto de Chapultepec: esta obra, producto del génio del gran Nezahualcoyotl, era una de las obras mas preciosas de la arquitectura mexicana y así por esto, como porque de allí recibian agua las muchas fuentes que embellecian las plazas y jardines de la capital, los aztecas pusieron mucho cuidado en su defensa, situando hácia él un considerable cuerpo de ejército, con el cual hubo que empeñar un fuerte combate, antes que poder ejecutar su destruccion. Al dia siguiente quisieron los sitiadores apoderarse de un puente de la fatal calzada de Tlacopan, con cuyo objeto avanzaron por ella; pero los muchos atrincheramientos que los indios habian levantado en ella y la multitud de guerreros que se presentaron á defenderlos, obligaron á las fuerzas aliadas á retirarse con gran pérdida sin haber conseguido su objeto. El mal resultado de esta operacion, disgustó á Olid, que culpó de ello á su compañero Alvarado, por lo cual se separó de él para ocupar su campamento de Coyoacan, al que llegó el 29 de Mayo, en cuyo dia da principio aquel memorable sitio, que hundió en el abismo de la nada, la famosa monarquía de Tenoxtitlan. [6]

Mientras esto pasaba entre Olid y Alvarado, Sandoval tomando por asalto la ciudad de Ixtapalapan, esparcía la muerte en sus habitantes y aplicaba fuego á sus

[6] Ter. cart. de Cortés pag. 937. Bernal Diaz cap. 150.

magníficos edificios: y Cortés embarcándose en los bergantines, remó tambien hácia aquel punto llegando á un monte inmediato á esta ciudad, conocido despues con el nombre del «Peñon del Marques.» El general desembarcó con ciento cincuenta hombres, para combatir con los indios que defendian la altura del espresado monte, los cuales hicieron una tenaz resistencia; pero al fin fueron vencidos y todos pasados á cuchillo. Apenas concluyeron esta accion, cuando se dirigió hacia el mismo punto una muchedumbre de canoas, conduciendo bastantes soldados que iban en auxilio de sus compañeros del Peñon: y vistos luego por Cortés, se embarcó este con los soldados que lo acompañaran en aquel combate, trabando en seguida otro naval, que fué fatal para los mexicanos, pues muchas de sus canoas fueron echadas á pique por los bergantines y el resto amedrentados por el poder de sus contrarios, huyeron á refugiarse á la capital.

Olid, que presenciaba desde Coyoacan el combate de la flota, marchó por el camino de México, tomando algunos atrincheramientos: y Cortés se dirigió á un fuerte levantado en el camino de Ixtapalapan llamado por los naturales, Xoloc, en el cual fijó su residencia el general, pues era el sitio mas á propósito para estar á la vista del campo principal y hacer llegar á sus campamentos las órdenes convenientes. Para emplear los bergantines en hostilizar las embarcaciones de los enemigos é impedir que por agua le entregaran á la capital víveres y refuerzos de gente, llamó una parte de la fuerza de Sandoval, empleándola en conservar el baluarte de Xoloc. Por la noche y el dia siguiente, las fuerzas de los españoles sufrieron considerables ataques por los mexicanos, que al estrépito de las armas unian aquellos penetrantes gritos que tanto atemorizaban á los enemigos; pero en todos fueros rechazados con notables pérdidas y cono-

viendo en todo su valor y el terrible efecto de las mortíferas armas de los sitiadores, se retiraron á buscar refugio en la ciudad.

Entonces Cortés libre de aquel peligro, hizo ensanchar uno de los fosos y haciendo pasar por allí los bergantines obligó á las canoas de los indios que mas lo molestaban por la parte occidental del camino, á replegarse tambien á la ciudad, hasta donde fueron perseguidos por las embarcaciones de Cortés, que lograron incendiar algunas casas de los arrabales. Entretanto Sandoval habia concluido la expedicion de Ixtapalapa, entregando la ciudad á la voracidad de las llamas y á su vuelta derrotó tambien los ejércitos de Mexicalcingo, cuya ciudad mandó tambien quemar. Dejando su fuerza en Coyoacan, avanzó hasta el campo de Cortés, acompañado solo de algunos ginetes: en los momentos de su llegada, estaba empeñado un terrible ataque con los mexicanos; y á pesar de las fatigas á que en su marcha habia estado sujeto, tomó parte en aquella accion, con su misma acostumbrada intrepidez. En esta refriega recibió una herida de saeta que le atravesó el muslo; mas no por esto dejó de tomar su parte tan interesante en el asedio, yendo con su fuerza á cubrir la calzada del Tepeyacac ó Tepeyac, único punto que aun quedaba descubierta y que cerrando entonces la comunicacion que por él podia tener la capital con el resto del pais, vino á formalizar enteramente el sitio, que ahogó para siempre la existencia de aquellas monarquías. [7]

(7) Tét. cart. de Cortés pag. 247. Bernal Diaz cap. 150. Herrera dec. 3 lib. 1 cap. 17.

CAPITULO XXVII.

Memorable sitio de México.

Cuando efectuada esta medida, vió Cortés encerrados en su misma capital á los orgullosos aztecas y aislados de todos los pueblos que los pudieran auxiliar, creyó que bastaba un ligero impulso de su parte, para derrumbar aquel trono, el mas poderoso del Nuevo-Mundo; pero un año de continuas luchas con aquella belicosa y denodada nacion, no habia bastado á darle á conocer el carácter indomable de sus contrarios: pues estos semejantes á una fiera cuando se acosa por el cazador, léjos de intimidarse en vista del peligro, crecia mas su furor cuanto mayor era éste; y como si presintieran el destino que se les preparaba con los terribles extranjeros, combatieron con un denodado esfuerzo, que es un glorioso ejemplo de las virtudes cívicas que poseian en alto grado aquellos desgraciados mexicanos.

Cortés quizo al dia siguiente de cerrado el sitio, hacer una entrada en la capital, para lo cual se puso en marcha con mas de quinientos españoles y ochenta mil aliados, quedando el resto con la caballería para cuidar del campamento: y al mismo tiempo debian hacer igual operacion Alvarado y Sandoval con sus respectivos ejércitos. Marchó Cortes con su numeroso ejército ordenado en forma de batalla, hasta llegar á un ancho foso defendido por innumerables guerreros resguardados tras una fuerte trinchera de piedra: aquí se defendieron valerosamente los mexicanos, porque mientras sus tiros hacian gran daño á los asaltantes, el fuego de estos era rechazado por las piedras de la trinchera. Viendo el general

la imposibilidad de forzar este paso, hizo avanzar dos bergantines por sus flancos y cuando hubieron enfilado el atrincheramento de los indios, rompieron un encontrado fuego que pronto los puso en desórden y los obligó á huir. Entonces avanzó el ejército y pasando el canal unos á nado y otros con el auxilio de los mismos bergantines, persiguieron á los mexicanos hasta la ciudad, donde se parapetaron en otra trinchera, al mismo tiempo que fueron reforzados por mas tropas, que acudian al lugar del combate, con aquel espantable grito de guerra, que hacia hasta estremecer la tierra y helar de temor el corazon del soldado castellano: aquí no pudieron ya obrar los bergantines, como en el fuerte anterior; pero con el nutrido fuego de los mosquetes, lograron replegar el ejército azteca hasta otra nueva trinchera que se levantaba en la calle, siguiendo así este difícil cuanto peligroso combate hasta ponerse al frente de la plaza principal que estaba llena de gente, alentada al brio de la batalla con la presencia de su teocalli donde veneraban sus mas queridas divinidades.

El ejército habia suspendido su marcha atemorizado con aquel numeroso concurso; mas llegando Cortés y viendo la irresolucion de sus soldados, fué el primero en avalanzarse sobre el enemigo dando su voz favorita de Santiago, con cuyo estímulo hicieron tal empuje las tropas, ayudadas tambien por el fuego de un cañon, que los aztecas no pudieron resistir y se refugiaron en las alturas del *teocalli* donde algunos sacerdotes manchados con la sangre de las víctimas, cantaban himnos en honor de los dioses y exhortaban al pueblo á pelear con denuedo. Los españoles penetraron las puertas del muro de las serpientes que circundaba el gran templo, y subiendo algunos hasta el atrio superior, precipitaron de su altura á los sanguinarios ministros de Huizilopochtli, cuya imágen volvieron á ver en su abominable santua-

rio, derrumbándola por segunda vez, despues de despojarla de las jollas con que la habian adornado.

Este acto, que los mexicanos juzgaban la mas sacrilega profanacion y por lo mismo el mayor ultraje, los alentó de tal manera, que volvieron al combate con increíble furor, y en su impetuoso empuje arrojaron á los españoles obligándolos á retirarse en desórden y abandonar el cañon que hasta allí habian podido conducir. Durante toda esta batalla, un crecido número de los auxiliares, se habia destinado á demoler algunas casas y terraplenar los fosos que les fueron tomados á los de la plaza: así es, que la caballería pudo hallar paso hasta el centro de la ciudad, precisamente en los momentos, que se veian obligados á huir en desórden los que habian penetrado primero; y aunque la partida de ginetes era muy corta, fué bastante para desordenar la multitud de los mexicanos, por el horror que les inspiraba la sola presencia de un caballo. Recobraron el cañon perdido y dieron lugar á que el ejército recobrara el órden; mas por estar próxima la entrada de la noche, se retiró Cortés, contentándose por ese dia con los estragos que habian sufrido los sitiados, así por su línea como por las de Sandoval y Alvarado, haciendo que en la retirada, fueran quemadas las casas inmediatas á su camino. [1]

Esta atrevida entrada á la ciudad, aunque ocasionó graves pérdidas á los sitiadores, no dejó de serles muy fecunda en favorables resultados, pues con ella no solo se horrorizaron los sitiados, sino que los pueblos inmediatos, temerosos de los españoles, se apresuraron á ofrecer su alianza, que fué de grande interes para los conquistadores.

El primero que llevó su socorro al campo de Cortés,

[1] Terc. cart. de Cortes pag. 250 Herrera dec. 3 lib 1º cap. 18.

fué el rey de Tezcoco, mandando un ejército de 50 mil hombres al mando de su hermano, cuyo príncipe tomó en el bautismo el nombre de D. Carlos Ixtlilxohitl. [2] Este ejército fué dividido en los tres campamentos reservándose el general veinte mil hombres al mando de su ilustre gefe y distribuyendo el resto en los campos de Sandoval y Alvarado. Tambien recibió los recursos de las ciudades de Xochimilco, Mexicatzinco Colhuacan, Huitzilopochtlo y Cuitlahuac, quienes lo auxiliaron con tropas, mas de tres mil canoas y los operarios y materiales para construir casas en su campamento, donde sus soldados pudieran ponerse al abrigo de las lluvias que ya los molestaban demasiado. [3] Para hacer mas completo el asedio, mandó seis bergantines por la parte de Tlacopan y Tepeyacae, para que auxiliasen á Sandoval y Alvarado en sus operaciones cuidando al mismo tiempo de que por agua no entrasen refuerzos á la capital. Con esto y el gran número de fuerzas que se le habian unido, se creyó bastante fuerte para dar otro asalto y dió sus órdenes para verificarlo dentro de tres dias. El dia señalado, marchó con trescientos infantes, la mayor parte de la caballería, una gran multitud de aliados y siete bergantines: conforme avanzaban, se encontraban con los fosos abiertos, las trincheras levantadas y los enemigos tan preparados á la defensa, como si nada hubieran sufrido. A pesar de esto, abriéndose brecha con los cañones, volvieron á destruir y tomar las fortificaciones reparadas y así continuaron hasta la plaza mayor, donde Cortés mandó hacer alto: y allí dió órden de que se volvieran á nivelar los fosos, y se incendiaron algunos edificios, entre los cuales se contaran el palacio de Axayacatl que le habia servido de cuartel, y la casa de Aves

(2) Clavijero tom. 2.º pag. 160.—3.º Terc. cart. de Cortés pag. 260. Clavijero tom. cit. pág. 163.

de Moctehuzuma. Estos edificios aunque eran de piedra, tenían en el interior gran cantidad de madera y carrizos, objetos tan combustibles, que en un momento se ceyó en ellos el voraz elemento arrojado por los sitiadores, y en un momento la gran metrópoli india, fué cubierta con una densa nube de humo, cuya tenebrosa sombra parecía eclipsar aquel brillo de sus glorias que habían pasado. Los aztecas irritados hasta el extremo con el esterminio de aquellos edificios que al mismo tiempo de embellecer su capital, los consideraba como preciosos monumentos de la grandeza de sus mayores, salían de las casas donde se habían refugiado y como si enardeciera sus bravos corazones, el fuego que en una colosal columna se elevaba en el centro de la reina de los lagos, atacaron con ciego furor á los españoles y sus aborrecidos aliados, yendo á recibir gustosos la muerte, con solo tener el placer de dar aunque fuera un golpe á sus contrarios.

Esta jornada había costado ya mucha sangre al ejército sitiador y la fatiga había sido casi superior á sus fuerzas, para que pudieran sostener en aquella hora una lucha tan encarnizada: de modo, que el general dispuso la retirada á su campamento, siendo en toda ella molestado terriblemente por los mexicanos que no cesaron de saciar su furor en la retaguardia de sus enemigos. Este mismo ataque habían dado Alvarado y Sandoval por sus respectivas líneas, haciendo también grandes estragos en la ciudad sitiada, pero mas que esto, enfurecía á los mexicanos, verse insultados por aquellos pueblos que jamás se habían atrevido á pisar las puertas de su capital; y en esta vez, á la sombra de las armas y la disciplina castellanas, se habían cebado como rabiosos perros en su sangre, preparándose un rico festin con los miembros de los guerreros, que habían muerto en defensa de sus derechos.

Al día siguiente ordenó Cortés otro asalto, para no dar tiempo á los enemigos, que repararan los perjuicios que se les habían hecho, pero con sorpresa encontraron los mismos obstáculos de siempre, pues los canales estaban abiertos, los atrincheramientos reconstruidos y los soldados en tal actitud de defensa, como si la devastación que sufría aquel infortunado pueblo, no hubiera servido sino para aumentar el número de los guerreros y acrecentar el brío con que defendían su causa. El emperador azteca, sin embargo de su temprana edad, dió pruebas de una madura esperiencia, de un singular heroísmo y de bastante pericia militar, propia de los países civilizados. Todo el día ocupó el general para andar el mismo camino del día anterior y volviendo en la tarde á sus cuarteles, á la mañana siguiente se hallaba en el mismo estado, sin mas fruto que la fatiga de los soldados y derramar torrentes de sangre. Así estuvo algunos días, pero segun él mismo dice, los españoles no eran bastantes para conservar los puntos tomados al enemigo, á los aliados no podía fiárseles esta misión, ni podía acampar dentro de la misma ciudad, porque el fuerte de Xoloc, donde tenía sus cuarteles, era una posición superior como puesto de observación y para cuidar que por los lagos no recibieran auxilio alguno los sitiados. [4]

Alvarado y Sandoval repetían también estos ataques todos los días; pero ellos no abandonaban todas las posiciones tomadas al enemigo, sino que en la noche situaban en el foso mas inmediato á la capital un destacamento de cuarenta hombres, que se iba relevando en la noche hasta dos veces, y cuando consideraban mayor el peligro, toda la división quedaba allí dascansando sobre

(4) Cart. terc. pág. 259.

las armas y dispuesta para el combate. Un dia, sabiendo que la mayor fuerza estaba en Tlaltelolco y que aun el rey habia fijado allí su residencia, quiso dirigir á este punto sus operaciones, marchando de un templo del camino de Tlacopan, que habia podido conservar, á pesar de los repetidos y furiosos ataques de los enemigos. Este combate fué muy reñido y sostenido valerosamente por ambas partes, sin que Alvarado pudiera llegar hasta el punto que se habia propuesto: y cuando por la tenaz resistencia de los mexicanos, se vió obligado á retirarse, encontró con un foso que descuidó mandar terraplenar y no pudiendo pasarlo sino con grandes dificultades, sufrieron mucha pérdida los aliados y quedaron prisioneros cuatro españoles, que en el mismo acto fueron sacrificados en el templo mayor de Tlaltelolco, aun á vista del mismo Alvarado. Cortés se disgustó sobre manera por la negligencia de Alvarado en mandar rellenar el puente donde sufrieron mayor destrozo, y aun pasó á su campo resuelto á reprenderle severamente por no haber cumplido sus órdenes en esta parte; pero informado despues de la bizarría con que se condujo en tan peligrosa refriega, se limitó á encarecerle amistosamente, la necesidad de no avanzar nunca un paso, sin dejar espedito el camino para la retirada, y estar siempre prevenidos contra la astucia y actividad de los mexicanos.

Mas de veinte dias estuvieron los españoles, haciendo estas entradas á la capital, con gran fatiga de la tropa por aquellos sangrientos y encarnizados combates, y sin sacar fruto para el objeto que se proponia el general, pues en la noche perdía el terreno que lograba avanzar en el dia. Los soldados casi todos habian recibido algunas heridas y sufrían extraordinariamente con las incesantes lluvias de la estacion, no menos que con la vigilancia continua á que estaban sujetos, pues tambien los aztecas sin limitarse á una pasiva defensa, empren-

dian serios ataques al campo sitiador, generalizándose á veces hasta los tres campos en que estaba dividido el ejército. Esta violenta situacion de la que parecia no sacarse fruto, resolvió á varios de los españoles á representar á Cortés la necesidad que habia de salir de ella, para lo cual proponian, mover todas las fuerzas hasta llegar á Tlaltelolco, aventurando en el éxito de una accion ó esterminar á los mexicanos ó precipitarlos á rendirse. Esta proposicion, fué hecha por Julian de Alderete, hombre de reconocido talento, y que á sus buenos servicios prestados en toda la campaña, unia su elevada posicion, pues habia sido despachado por el gobierno de las islas como tesorero real.

Cortés creia muy aventurado este modo de proceder, y reuniendo en consejo á sus oficiales, manifestó las razones que habia en contra y con los argumentos que halló mas eficaces, trató de disuadir á sus subordinados de aquella tan arriesgada empresa; pero los grandes padecimientos á que estaban sujetos, aguijoneaba á todos para buscar un pronto término, que parecia el mas fácil, el que aconsejaba el tesorero del rey. El general aunque con disgusto, tuvo que ceder á la opinion general, por mas que le pareciera importuna: y designando dia para este ataque, ordenó á Sandoval, hiciese emboscar su caballería, marchando con el resto de la fuerza á incorporarse con Alvarado, para que creyendo los indios que hacian una retirada, se alentarán á salir y pudiera atacarlos por la retaguardia. Le mandó tambien avanzar, cubriendo sus flancos con seis bergantines, hasta el gran foso en que dias antes habia sufrido Alvarado el descalabro, cuidando de no dar un paso adelante, sin dejar tapados y apisonados aquel foso y cuantos mas hubiese en el camino, para no dejar á su espalda, ninguna cosa que pudiera embarazar la marcha del ejército, ni entorpecer cualquier retirada en caso necesario.

El día señalado, se dijo la misa en el campo cristiano, oyéndola los españoles con fervorosa devoción y los aliados indios, viendo las augustas ceremonias, en medio del mayor respeto y el asombro que les causaba la magestad de las ceremonias cristianas. [5] Después de celebrado el Santo Sacrificio, marchó Cortés con toda su infantería, veinticinco caballos y como cien mil aliados, apoyando los flancos de su ejército en los siete vergantines que había reservado consigo y más de tres mil barcas auxiliares. Casi no encontró oposición alguna y pudo entrar en las primeras calles de la ciudad: y para que la misma multitud no embarazara los movimientos del ejército y fuera el ataque más general, dividió la tropa en tres secciones, dando el mando de una al mismo Julian de Alderete autor de aquel plan, el cual debía seguir por la misma calle, que era ancha y proporcionada para todas las maniobras; la segunda que debería atacar por una de las calles laterales, la confió al mando de los capitanes Tapia y Jorge Alvarado, hermano de D. Pedro; y él se reservó la tercera, que debería marchar por otra calle contigua muy estrecha y por lo mismo la más peligrosa.

Estos tres cuerpos tomaron á la vez sus respectivos caminos, peleando todos con el arrojo del que hace un último esfuerzo para poner término á una situación tan desesperada: á este impetuoso movimiento cooperaban las canoas auxiliares que habían podido penetrar por la acequia; y los feroces tlaxcaltecas, trepando por las casas y pasando de una á otra, hacían dentro de ellas todo el daño que podían, dando muerte á los enemigos que encontraban defendiendo las azoteas y esparciendo el fuego por los inflamables edificios. Los mexicanos, que aunque superados por los españoles en la disciplina militar,

(4) Terc. cart. de Cortés pag. 226.

no lo eran en las estrategias y astucia, hicieron de pronto un impulso para contener la impetuosidad de sus contrarios; pero conociendo cual era el designio de éstos y el ciego furor con que se entregaban al combate, se fueron replegando al centro, con esperanza de atraer á los españoles y cojerlos en los lazos que debían quedar puestos á sus espaldas. Cortés lejos de alegrarse de la facilidad con que la victoria se iba inclinando hácia ellos, receló de aquella conducta y mandó hacer alto á su ejército, para observar si quedaba algún riesgo á su retaguardia: en estos momentos recibió parte de Alderete, de estar ya muy pronto á penetrar en la gran plaza del mercado; y avivándose su sospecha, se imaginó que el fogoso tesoro deslumbrado con el falso brillo de una aparente victoria, no habría cuidado de tapar los fosos que hubiera encontrado á su paso, principalmente un ancho canal que atravesaba la gran calle y con la cual comunicaban las dos acequias de los dos lados del camino. La sospecha del general había salido demasiado cierta: los españoles se disputaban á porfía el mayor avance en el camino que iban encontrando sembrado de laureles; y aunque Alderete dió orden de tapar todas las cortaduras, ninguno se quiso detener en esa ocupación que creía rebajaba su dignidad de caballeros, y en confuso tropel avanzaron, logrando algunos penetrar hasta la gran plaza. Entonces los sacerdotes del dios Painalton, hicieron resonar la formidable trompeta, que solo se tocaba en los momentos de una grave urgencia pública, cuyo solemne sonido obligaba á todo el pueblo á salir y conjurar la tempestad que les amenazaba. A esta sagrada señal, todo el pueblo se puso sobre las armas y en un momento, como si algún secreto influjo hubiera enfurecido á los aztecas, se volvieron sobre sus perseguidores con tal furor, que en un momento los obligaron á retroceder, presentando aquella

confusa multitud, una mezcla de todos aquellos pueblos, donde se blandian las espadas, las masas y las lanzas, y allí se herian sin distincion y sin reconocer la mano que descargaba el golpe fatal. Aquel sordo rumor del estrago de las armas y los penetrantes ahullidos de los aztecas que como fieras hambrientas se precipitaban sobre su presa, hicieron conocer á Cortés toda la magnitud de las consecuencias que traia consigo el lamentable descuido de Alderete y aun creció mas su afliccion hasta dejarla conocer en la mutacion de su semblante, cuando por las azoteas inmediatas se presentaron algunos mexicanos arrojando en su presencia unas cabezas ensangrentadas de los españoles que habian sido ya víctimas en aquella infausta jornada, gritando "Sandoval" "Touatiuh," nombre que era bien sabido de todos, se acomodaba siempre al capitán Alvarado, por el color rojo de su pelo. Cortés no dudó de que hubieran tenido un fin trágico en manos de los furiosos aztecas, sus dos capitanes mas queridos, y la impresion que causó en su ánimo tan funesto acontecimiento, lo hizo tener como cierta su ruina, con la de todos sus paisanos; mas sin embargo, esforzaba su voz cuanto podia, para ordenar aquella desarreglada muchedumbre, que huyendo de la encarnizada persecucion de los mexicanos, se movia como las aguas de una impetuosa avenida, ahogando entre su fuerte clamoreo, las palabras de su general, que eran impotentes para hacerse escuchar en aquellos momentos de tan solemne confusion.

Los primeros que llegaban al ancho foso, en cuyo lado opuesto estaba el general, ciegos con su precipitada fuga, no advertian el peligro y caian en las aguas del canal: unos podian á nado salvarse, otros quedaban sumergidos en el fondo, muchos hallaron paso por sobre los cadáveres de sus compañeros y algunos despues de tener la fortuna de llegar á la orilla opuesta, tenian que caer agobiados bajo el

diluvio de flechas y armas arrojadas, que los guerreros de las canoas aglomeradas en aquel punto, añadian á los horrores de la derrota. Durante esta horrorosa escena, Cortés se esforzaba en ausiliar á sus desgraciados compañeros, estendiendo sus brazos para librar á muchos que moribundos se rebuian en la superficie agitada de las aguas y luchaba con heróica constancia para escápar á otros de las feroces garras de los enemigos, que se empeñaban en hacer prisioneros para ofrecerlos en sacrificio á los dioses, preparándose despues el abominable convite con los hombres de las carnes blancas.

Como la persona del general les era tan conocida á los mexicanos, pronto lo reconocieron en aquella desordenada lucha, y al grito que se alzó entre los guerreros "Malinche" "Malinche," se arrojaron sobre él algunos de los mas esforzados, haciendo grandes empeños para llevarlo á su canoa; en esta ocasion estuvo Cortés aun mas espuesto que nunca á perder la vida, con lo cual México se habria visto libre de la conquista; pero los supersticiosos aztecas no tenian tanto placer en quitar la vida al gefe de sus enemigos, como en ofrecer á sus dioses el sacrificio de aquella ilustre víctima. Cortés luchaba con la tenacidad de un desesperado para salvarse del horrible destino que le esperaba: habia recibido una herida en una pierna: sus esfuerzos eran estériles para escapar de sus enemigos; y parecia ya que toda esperanza huía de su presencia, cuando se presentó en su socorro un valiente soldado Cristóbal de Olea, precipitándose con tal furor, sobre los aztecas en vista del peligro de su general, que de un sablazo cortó el brazo del robusto azteca que lo llevaba. Este magnanimo defensor del conquistador, pagó muy caro su generoso denuedo, pues arrojándose sobre él los enemigos, pronto lo hicieron caer herido al lado de su general, exhalando en breve el último suspiro. Pero ya en estos mo-

mentos habia llegado á las filas de los fugitivos la noticia del peligro á que estaba espuesto el general, y pronto vinieron en su defensa, el príncipe tezcucano D. Carlos Ixtlil-xochitl, un tlaxcalés llamado Temacatzin, y Quiñones el gefe de su guardia privada, con otros varios, los cuales lo sacaron del agua, donde luchaban para colocarlo en la canoa; y en los brazos de sus libertadores, fué quitado del canal y puesto sobre la calzada. Entonces su page Guzman se presentó con un caballo, y mientras montaban á su general, él fué arrebatado para aumentar las víctimas de los sacrificios. Quiñones guió entonces el caballo por la brida, y logró Cortés verse fuera del mayor conflicto en que estuvo su vida. (6)

Al fin aunque tenazmente perseguidos los restos del ejército de Cortés, pudieron llegar á su campamento, protegidos por el resto de la caballería que estaba de refresco por no haber tomado parte en el combate. La pérdida de Cortés fué grande en esta ocasion, atendiendo á las circunstancias en que se hallaba, pues casi no habia uno que no sufriera algunas heridas y á mas de los muchos muertos que hubo, cayeron prisioneros sesenta españoles, perdiendo tambien siete caballos y dos cañones, pérdida irreparable en aquella vez.

Alvarado y Sandoval, concurren al asalto segun las órdenes del general: habian ya penetrado hasta muy cerca de la plaza del mercado, cuando por las calles inmediatas se oyeron los gritos de sus compañeros, que anunciaban el triunfo adquirido sobre la plaza, y para que no les arrebataran los laureles que á ellos debian pertenecer en la victoria, avivaron el combate con el mayor esfuerzo y estaban ya muy próximos á penetrar al mercado, cuando se dió aquel terrible toque de la corneta de Painalton,

(6) Terc. cart. de Cortés, pág. 268. Bernal Diaz, cap 152. Torquemada, momarq. ind. lib. 4.º cap. 94. Clavigero, tom. 2.º págs. 165, 166 y 167.

que por muchos años despues, reproducia aun el terror en los espantados oídos de Bernal Diaz, al cual siguieron los ahullidos de los guerreros, rumor que se fué alejando hasta perderse, y eso les hizo concebir á los capitanes, serios temores de una derrota sobre las fuerzas de su general: y aun sostenian el combate con la misma bizzarria, cuando los aztecas vencedores, volvieron á engrosar las filas de los que peleaban con los capitanes, arrojándoles á las filas dos cabezas de españoles, gritando con extraordinario júbilo "Malinche" "Malinche." Este horroroso espectáculo, impresionó de tal modo á los esforzados capitanes, que ya creyeron haber muerto el general con todos sus compañeros, y no pudiendo en tal caso sostener por mas tiempo la peligrosa posicion en que se hallaban, ordenaron la retirada.

Al llegar á sus campamentos, los fuegos de los bergantines, pudieron contener á los enfurecidos batallones aztecas: todos estaban con gran ansiedad por saber el resultado final de las fuerzas del general, cuando llegó al campo el capitan Tapia, mandado por el mismo Cortés para informar á sus capitanes, hasta qué grado llegó el descalabro que habia sufrido su division. Especialmente Sandoval estaba mas ansioso de saber todo lo ocurrido, para normar sus ulteriores operaciones, y como Tapia llegó á su campo moribundo por las heridas que habia recibido en su camino, le faltaba esfuerzo para expresar todos los pormenores de la catástrofe, por lo que, se determinó Sandoval ir en persona á recibir el informe que tanto deseaba. Montó en su mejor caballo y aunque con dificultad, llegó á los cuarteles de Cortés: este gefe, queria sobreponerse á los cuidados de su desgracia; pero la pena que oprimia su corazon era tan grande, que no dejaba de revelarse en su semblante. Sandoval le preguntó la causa de aquel lamentable desas-

tre, y el abatido animo del general, le espresó la amargura de su situacion en esta lacónica respuesta. "Por mis pecados me ha sucedido esta desgracia, dijo Sandoval." Después entró el general en una conversacion con su querido teniente, en la que le manifestó la resolucion de suspender algunos dias la actividad de las operaciones, y por estar su salud bien quebrantada por las heridas y fatigas, le encargó hacer sus veces para cuidar del esacto cumplimiento de sus órdenes en los tres campos, particularmente en el de Alvarado, pues aunque confiaba mucho en el valor y bizarría de este gefe, tenia demasiados motivos para temer de su falta de prudencia, tanto mas cuanto era mayor la astusia de los mexicanos. (7)

CAPITULO XXVIII.

Sacrificio de los prisioneros: desercion de los aliados: combate de los bergantines: estragos del hambre en la ciudad: heroica resolucion de los mexicanos.

Cuando Sandoval volvia á su campo, la tarde habia avanzado bastante: el cielo estaba sereno, y el sol que lentamente caminaba á reflejarse en su ocaso, esparcia una suave claridad sobre la gran Tenoxtitlan, que por la inmediacion al campamento español, dejaba ver en toda su horrorosa deformidad, las escenas de que era teatro, merced á la diáfana y trasparente atmósfera de aquella tranquila tarde. Lo apacible de aquella hora no correspondia á la agitacion que en la mañana resonó en la capital de los aztecas, derramándose á torrentes la sangre en el furioso

(7) Bernal Diaz, cap. 152.

combate á que sitiados y sitiadores se entregaron en las calles de la metrópoli: los asaltantes exhaustos de fuerza por la sangre que perdieron con las heridas y las fatigas de la lucha, necesitaban reposo para recobrar su vigor y curar el quebranto de sus ánimos abatidos, así por el fatal resultado de aquel temerario asalto, como por la pérdida de tantos compañeros: los mexicanos por el contrario, con aquel espléndido triunfo, olvidaban las penalidades de sus vigiliass y de aquella encarnizada lucha, sostenida con tan heroica constancia por tantos dias; y si en aquel momento no salian á combatir á sus desmoralizados enemigos, era porque un deber religioso los llamaba á un acto tan bárbaro para los cristianos, cuanto agradable y solemne para aquellos supersticiosos espíritus.

En medio de la calma de la tarde, toda la ciudad y hasta los confines del valle se estremecieron, á los lúgubres acentos del "teponaxtli" colocado en el gran "teocalli" del dios de la guerra: aquel ronco instrumento, que segun el veterano Diaz, era "un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumentos de demonios," (1) resonó en los oidos de los españoles, aumentando la angustia de sus destrozados corazones, con las voces tétricas que traian á su imaginacion las pavorosas escenas de la noche triste, única vez que lo habian oido. Sabian que aquel instrumento estaba destinado para convocar con sus fúnebres vibraciones á algun acto solemne de religion en el abominable santuario de la sanguinaria divinidad de los aztecas: y todos los soldados salieron de sus tiendas sobrecogidos de espanto, para dirigir sus vacilantes miradas, hácia la gran columna, de donde se hacian escuchar las tristes voces del gran teponaxtli. Los cuarteles de Alvarado estaban á una distancia tan corta de la ciudad que con el auxilio

(1) Hist. de la conq. cap. 152.

tre, y el abatido animo del general, le espresó la amargura de su situacion en esta lacónica respuesta. "Por mis pecados me ha sucedido esta desgracia, dijo Sandoval." Despues entró el general en una conversacion con su querido teniente, en la que le manifestó la resolucion de suspender algunos dias la actividad de las operaciones, y por estar su salud bien quebrantada por las heridas y fatigas, le encargó hacer sus veces para cuidar del esacto cumplimiento de sus órdenes en los tres campos, particularmente en el de Alvarado, pues aunque confiaba mucho en el valor y bizarría de este gefe, tenia demasiados motivos para temer de su falta de prudencia, tanto mas cuanto era mayor la astusia de los mexicanos. (7)

CAPITULO XXVIII.

Sacrificio de los prisioneros: desercion de los aliados: combate de los bergantines: estragos del hambre en la ciudad: heroica resolucion de los mexicanos.

Cuando Sandoval volvia á su campo, la tarde habia avanzado bastante: el cielo estaba sereno, y el sol que lentamente caminaba á reflejarse en su ocaso, esparcia una suave claridad sobre la gran Tenoxtitlan, que por la inmediacion al campamento español, dejaba ver en toda su horrorosa deformidad, las escenas de que era teatro, merced á la diáfana y trasparente atmósfera de aquella tranquila tarde. Lo apacible de aquella hora no correspondia á la agitacion que en la mañana resonó en la capital de los aztecas, derramándose á torrentes la sangre en el furioso

(7) Bernal Diaz, cap. 152.

combate á que sitiados y sitiadores se entregaron en las calles de la metrópoli: los asaltantes exhaustos de fuerza por la sangre que perdieron con las heridas y las fatigas de la lucha, necesitaban reposo para recobrar su vigor y curar el quebranto de sus ánimos abatidos, así por el fatal resultado de aquel temerario asalto, como por la pérdida de tantos compañeros: los mexicanos por el contrario, con aquel espléndido triunfo, olvidaban las penalidades de sus vigiliass y de aquella encarnizada lucha, sostenida con tan heroica constancia por tantos dias; y si en aquel momento no salian á combatir á sus desmoralizados enemigos, era porque un deber religioso los llamaba á un acto tan bárbaro para los cristianos, cuanto agradable y solemne para aquellos supersticiosos espíritus.

En medio de la calma de la tarde, toda la ciudad y hasta los confines del valle se estremecieron, á los lúgubres acentos del "teponaxtli" colocado en el gran "teocalli" del dios de la guerra: aquel ronco instrumento, que segun el veterano Diaz, era "un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumentos de demonios," (1) resonó en los oidos de los españoles, aumentando la angustia de sus destrozados corazones, con las voces tétricas que traian á su imaginacion las pavorosas escenas de la noche triste, única vez que lo habian oido. Sabian que aquel instrumento estaba destinado para convocar con sus fúnebres vibraciones á algun acto solemne de religion en el abominable santuario de la sanguinaria divinidad de los aztecas: y todos los soldados salieron de sus tiendas sobrecogidos de espanto, para dirigir sus vacilantes miradas, hácia la gran columna, de donde se hacian escuchar las tristes voces del gran teponaxtli. Los cuarteles de Alvarado estaban á una distancia tan corta de la ciudad que con el auxilio

(1) Hist. de la conq. cap. 152.

de la claridad con que el sol en sus postreros rayos bañaba la gran plaza, pudieron ser testigos de la bárbara fiesta con que los aztecas rendían gracias á su divinidad por el triunfo de la mañana é imploraban su auxilio para llevar adelante el estermínio de los que ellos llamaban sus sacrílegos enemigos. Una larga procesion salida de los palacios reales, recorrió la estensa plaza en que se elevaba la pirámide del templo: las filas de los sacerdotes, nobles y guerreros, subieron las elevadas escaleras del "teocalli;" y cuando estuvieron en la plana superficie que componia el atrio superior, por entre ellos se acercaron á la piedra de los sacrificios, las víctimas cuyos desnudos cuerpos por la blancura del cutis dieron á conocer á los soldados castellanos, ser sus desgraciados compañeros, tomados prisioneros en la mañana. Estos desdichados iban con las cabezas adornadas de vistosos plumeros, formando coronas y guirnaldas, y en sus manos ostentaban tambien preciosos abanicos: los acompañaban algunos guerreros que danzaban al son del "huehuetl" y de las penetrantes flautillas de carrizo; y llegando á la gran piedra convexa donde estaban los verdugos que ejercian las funciones sacerdotales, con sus aterradores mantos negros y relumbrantes cuchillos de obsidiana, una tras otra de las víctivas fué siendo despojada de sus galas, tendida en la ara inmunda de aquellos repugnantes sacrificios, y herida por el pecho, por donde se le arrancaba el corazon, que aun palpitante, se ofrecia á la mentida divinidad, colocándolo en el perfumador de oro que estaba en su presencia. El cuerpo de la víctima se arrojaba luego por las escaleras, recogiendo abajo los dueños de ella, que como hambrientos buitres iban á preparar á sus casas el festin de canibales para completar lo espantoso y abominable de aquel cuadro.

Este horroroso espectáculo hacia temblar á los asombrados españoles, que ya se imaginaban cercana la hora

de verse tambien en aquel triste conflicto y derramaban lágrimas de dolor al ver el fin trágico de sus desdichados compañeros, sin poder prestarles auxilio para escapar de aquella horrible suerte. Jamas se borró de su imaginacion lo espantable de aquella escena y de ahí adelante no podian estar en presencia de sus feroces enemigos, sino preocupados de un influjo siniestro que como nunca, les hacia temblar el corazon y temer la muerte. (2) Los soldados mexicanos que estaban cubriendo la línea en presencia de los sitiadores, segun los sentimientos de sus sangrientos ritos religiosos, sintieron un placer tan grande á la presencia de aquel espectáculo, que deseando en aquel acto presentar á todos sus contrarios como ofrenda á sus crueles deidades, lanzaron un grito que vino á completar el horror de los sitiadores, lanzándose en seguida sobre ellos con el ímpetu que una ave de rapiña se arroja sobre su presa; pero la misma espantosa escena que tenia lugar en el teocalli habia puesto en arma á los españoles, que con el fuego mortífero de sus armas, descompusieron á las filas aztecas, que con bastante pérdida, tuvieron que replegarse á sus trincheras.

Por cosa de ocho dias los mexicanos se entregaron á grandes fiestas celebrando su victoria, teniendo sus festines para gustar la carne de sus víctimas: los sacerdotes reanimaron el espíritu del jóven monarca, representándole á la tremenda divinidad de la guerra, aplacada por los sacrificios que se le habian ofrecido con sus mismos enemigos, dispuesta á tomar de nuevo bajo su amparo la causa de los atribulados aztecas, hasta entregar en sus manos á todos sus enemigos; y por su parte Quauhtemotzin, para levantar el decaido espíritu de sus vasallos de las otras ciudades, y hacer desertar á los de la alianza con los espa-

(2) Bernal Diaz.

ños, mandó por varios pueblos las cabezas de las víctimas.

La predicción que los sacerdotes hicieron ante el, levantó extraordinariamente el espíritu público de aquella ciudad que con tanto denuedo había sostenido sus derechos contra los españoles y los millares de sus aliados: el contento público se manifestaba en todas partes; y los soldados de la línea avanzada, que estaba á muy corta distancia de los sitiadores, pronto la comunicaron á ellos, que aunque fué oída con desprecio por los españoles, no por eso les fué menos funesta en sus consecuencias. Los numerosos ejércitos aliados de los naturales, participaban del mismo espíritu de superstición que los mexicanos y por lo mismo no dudaron la realizacion de aquel oráculo, de cuyos terribles estragos no veían otro modo de escapar, que separándose de la compañía de los estrangeros que habían provocado la cólera de los dioses nacionales, antes que se cumpliera la tremenda predicción. Así es, que favorecidos de las tenebrosas sombras de la noche fueron escapándose de aquella peligrosa compañía, sin quedar en el campo cristiano, sino el príncipe tezcucano D. Carlos Iztlixochitl y el famoso tlaxcalteca chichimecatl, ambos con pequeñas fuerzas de sus nacionales.

Los españoles conocían que aquello no podía ser efecto de otra cosa, que de la excesiva superstición de aquellos, á quienes oprimia el corazón la idea de haber vuelto sus armas contra los dioses de la patria; pero sin poderlo evitar, veían desaparecer la muchedumbre de sus aliados, en cuyo número confiaban para el éxito de su empresa y cada día se hacía mas amarga y penosa su situación, temiendo á cada hora caer en las garras de sus enemigos, á tener el mismo trágico fin que sus compañeros que los habían precedido en aumentar el número de sus abominables sacrificios. Por otra parte, se consumían sus provisiones y aunque las de boca podían tomarlas saliendo á forragear

con algun riesgo en los lugares mas próximos, en las de guerra tenían una pérdida irreparable. A esto se agregaba lo mal parado de todo el ejército, por los muchos heridos que contaba y las vigalias y continuas fatigas que cada día eran mayores, así por las constantes salidas que hacían los sitiados para atacar sus campamentos, como por lo que constantemente se reducía su número á causa de las continuas discusiones de los aliados. Pero lo que mas les atemorizaba, era la sangrienta y criminal orgía, á que los mexicanos se entregaban todas las noches en medio de grandes iluminaciones en las mas encumbradas cimas de sus teocallis y los horrorosos gritos con que hacían helar la sangre de sus contrarios. Después de muchos años, aun se presentaban aquellos lúgubres acontecimientos á la asombrada imaginación de Bernal Díaz, como la aparición de un espectro ó de algun funesto sueño. “Digamos ahora, dice el valeroso castellano, lo que los mexicanos hacían de noche en sus grandes y altas casas, y es que atañían su maldito atambor que dije otra vez, que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos y tañían otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenían grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silvos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros.”(3) Fué una situación verdaderamente crítica en la que llegaron á verse los españoles; mas sin embargo, Cortés nunca manifestó desaliento, ni en su porté exterior indicó temor alguno por los grandes riesgos que los cercaban, y que ciertamente á otro hombre de menos temple de alma, lo habrían hecho abandonar la empresa en esta crisis; pero él por el contrario siempre lleno de confianza, mantuvo la union de sus compañeros: tenía sobrado conocimiento de los vaivenes de la ca-

(3) Cap. 153.

prichosa fortuna; y mas que todo, de la volubilidad de todos aquellos pueblos, que á las creencias supersticiosas, daban un lugar preferente al adoptar sus resoluciones. Así pues determinó estar firme en su puesto, esperando que soplara un viento favorable, así como hubo uno contrario que lo aglomeró de cuidados: esta constancia, que seria heroica, si por otra parte no hubiera sido necesaria, salvó á Cortés y sus compañeros, porque pasados unos dias, se pasó tambien aquel influjo funesto que se ejerció sobre ellos, como por algun astro errante ó un espíritu malefico.

En estos dias de verdadera angustia para los españoles, el intrépido monarca azteca animado por el fuego de su espíritu y alentado con el feliz augurio de los oráculos sacerdotales, se esforzó cuanto pudo para poner de su parte los medios que debian contribuir á la realizacion del exterminio de sus enemigos y salvar á su imperio de la ruina que lo amenazaba. Y no solo se limitó á molestar á sus contrarios, con las inútiles salidas que hacian sus batallones por las calzadas, sino que puso en juego tambien á sus guerreros, en la superficie de las aguas, usando de todas las estrategias que pudo aconsejar la astucia tan característica en la nacion azteca. Habia mandado construir treinta barcas grandes, llamadas "piraguas" por los españoles, cubiertas de gruesos tabladitos en los que se parapetaron los soldados y pudieron abrigarse contra los tiros de los marinos castellanos. Esta escuadrilla, bien provista de todo lo necesario para un combate, la mandó emboscar en un sitio de la laguna, donde habian crecido mas los juncos: otras pequeñas embarcaciones, salieron á desafiar el poder de los bergantines, arrastrándolos al lugar de la emboscada, donde habia clavadas gruesas estacas en que chocasen y se destruyeran los buques de Cortés; y cuando estos se aproximaran,

estando entorpecidos por el estorbo oculto debajo de las aguas, salieran las barcas indígenas, dando muerte y apriisionando la tripulacion española.

Grande fué el riesgo que corrió la escuadrilla de Cortés y casi todos los marinos fueron heridos, incluso dos capitanes, de los cuales uno murió en el acto y otro pocos dias despues; mas advertidos de las causas del daño, algunos diestros nadadores se echaron al agua y arrancaron las estacas, con lo cual pudo obrar la artillería y en pocos momentos destruyó las piraguas enemigas, muchas de las que se fueron á pique. Quauhtemotzin mandó reparar sus barcas y repetir la celada en otro punto pero advertido Cortés, usó de la misma astucia, poniendo él á su vez otra emboscada, con lo que causó bastante daño á sus contrarios.

Mientras los españoles luchaban así para conjurar aquella tempestad que se habia desatado en su contra, pasaron los dias marcados por los necios y supersticiosos sacerdotes, que habian fijado el completo triunfo de las armas mexicanas antes de ocho dias de su primera victoria; y no habiéndose verificado la prediccion y antes bien los españoles aunque abandonados de sus aliados, seguian sosteniendo el sitio con la misma constancia, mandaron avisarlo así á sus nacionales los gefes tezcucano y tlaxcalteca que permanecieron fieles á Cortés, y pronto volvieron las tropas separadas del campo, avergonzadas de su cobarde credulidad, lo mismo que las de otros muchos pueblos donde pronto se difundió tambien la misma noticia. (4)

En estos dias se presentó á Cortés una embajada de la ciudad de Quauhnahuac, representándole el peligro que les amenazaba, pues los malanilalqueses y matlanziques, se preparaban á hostilizarlos por la alianza que habian

(4) Bernal Diaz, cap. 152. Herrera, dec. 3^o lib. 2, cap. 20.

hecho con los españoles y al mismo tiempo demandaban su apoyo para contrarestar el poder de sus enemigos aliados. El general estaba mas bien en estado de recibir socorro, que de darlo al que de él lo demandara: y sus capitanes le aconsejaban negarse en esta vez á la solicitud; pero él hizo como nunca, uso del carácter propio de su nación, ocultando su propia debilidad tras de una aparente arrogancia. “Dios sabe el peligro en que todos estamos, respondió á los suyos; pero como nos conviene mostrar mas fuerza y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulemos nuestra flaqueza así con los amigos como con los enemigos.” (5) Dispuso que Tápia saliera con una fuerza por una direccion y Sandoval por otra, con órden de volver precisamente en término de diez dias, cualquiera que fuera el éxito de su expedición. Ambos capitanes salieron y desempeñaron su comisión cumplidamente, pues encontraron al enemigo y habiéndolos batido con buena suerte, volvieron á su campamento donde habia pasado ya aquel funesto influjo que por algunos dias los tuvo reducidos á la mayor congoja.

A la vuelta de los capitanes, ya los aliados que habian desertado del campo, estaban de nuevo incorporados con sus compañeros: á causa de los triunfos de Tápia y Sandoval, otros muchos pueblos asombrados del poder de los españoles, vinieron á ofrecer su alianza y sus ejércitos, con lo cual aumentó tanto el de los sitiadores, que en un momento se vieron con la aglomeracion de tropas mayor que con las que habian empezado el sitio. No paró en esto el favor con que la fortuna prodigó sus favores á los conquistadores, pues en esos dias llegó á Veracruz un buque cargado con provisiones, las cuales inmediatamente fueron compradas por el comandante de la colonia y man-

(5) 3.^a carta, pág. 275.

dadas á México, con cuyo auxilio Cortés creyó proseguir las operaciones del sitio con la actividad que se requeria para concluirlo.

El príncipe Ixtlilxochitl habia aconsejado al general, no esponerse á nuevas pérdidas en infructuosos ataques, ni arruinar los bellos edificios de la capital, (6) y limitándose á impedir la entrada de víveres para que consumiendo las provisiones que tenian, pudieran rendirse los habitantes, sin tener que lamentar los estragos á que habian dado lugar los sangrientos combates de los dias anteriores. Era un proyecto tan conforme á los deseos del general, que segun su misma confesion, su mayor deseo era apoderarse de la hermosa ciudad sin detrimento de sus magníficos palacios. y no pudo menos que adoptarlo de pronto, dando un abrazo al jóven indio, significándole la gratitud con que veia tan prudente consejo; pero no siendo soportable para Cortés aquella inaccion del todo opuesta á su carácter activo y emprendedor, luego la abandonó para seguir su antiguo plan de hostilidades, aumentado con todos los horrores de la devastacion. No debia darse un paso adelante, sin dejar asegurado todo el terreno así para el caso de una retirada como para espeditar las maniobras de la artillería y la caballería, de cuyas dos armas se esperaba principalmente el buen término de aquel dilatado y penoso sitio: y para esto se acordó destruir todos los edificios fueran grandes ó pequeños, palacio, templo ó chosa; empleando sus escombros para rellenar los canales y acequias que fueran quedando atras, convirtiendo así todo en tierra firme, aunque para esta destruccion hubiera de emplearse mucho tiempo. (7)

No se habia manifestado aun el pensamiento del gene-

(6) Clavigero, tom. 2.^o, pág. 174. — (7) 3.^a cart. de Cortés, pág. 279.

ral, cuando los naturales de todos los pueblos para quienes se había hecho intolerable el yugo de los mexicanos, llenos de la mayor satisfacción, concurren á millares preparados con sus coas, azadas y otros instrumentos de labranza, para cooperar á esta obra de desolación.

Luego el ejército se puso á ejecutar el plan concebido por el general, ayudado eficazmente por aquella falange de operarios destructores, siendo el primero el mismo Cortés, que con sus propias manos arrancaba los materiales que formaban los muros de los edificios, llevándolos á terraplenar con ellos, las cortaduras de los fosos y canales, que á pesar del crecido esfuerzo de los mexicanos, pronto quedaron cubiertos, facilitando así los movimientos de la caballería, como de la artillería, bajo cuyos fuegos avanzaban en el esterminio de la ciudad.

De esta manera, los mexicanos cada día se veían en mayor conflicto, pues las provisiones eran á cada instante mas escasas: y á pesar, que aprovechaban segun sus bárbaras costumbres, los restos de las víctimas de sus sacrificios y de la guerra, era este un recurso muy precario, para atender á tan numeroso pueblo como se contenía en la populosa ciudad; y sus hambrientos habitantes, tenían que revolver la tierra para sacar algunas raíces ó hallar algunos ratones ó lagartijas: de suerte que como era natural, aquel espectro demarcado de la hambre, con su repugnante cortejo de horrores y calamidades, cada día era mas funesto para la infeliz ciudad, que se reanimó por un momento con un pasajero brillo de esperanza; pero que este se ofuscó luego, estendiéndose una fatídica sombra sobre la capital culpable, cuyos días estaban contados.

Horrible era el estado de la ciudad: la cercaba un ejército numeroso de enemigos, que estaban resueltos á no dejar piedra sobre piedra, antes de hacer sentir á sus enemigos, todo el terrible peso de su cólera: millares de ca-

dáveres esparcidos por las calles, á la vez de corromper la atmósfera, presentaban un cuadro de horror: las enfermedades se cebaban en aquella hacinada reunion; y la hambre habia convertido á los bravos aztecas, en unos fantasmas escuálidos, que languidecían por la falta de alimentos. Al entrar á las casas que iban demoliendo los sitiadores, se veían los cuadros mas lúgubres: algun hombre acribillado de heridas ó mutilado horriblemente al mortífero efecto de las armas castellanas: alguna infeliz muger ó un pobre anciano, agoviado con los efectos de una atmósfera envenenada; ó una desgraciada madre con el fruto de sus entrañas espirando en sus brazos, por carecer hasta del alimento que la naturaleza le preparara en su misma sustancia para amamantar á su hijo idolatrado. Pero la altives del carácter azteca, se probó hasta en estos supremos momentos pues todos estos esqueletos movientes, que apenas se rebusaban en el fondo de las demolidas habitaciones, cuando los sitiadores penetraban sus destruidos muros, lejos de proferir una palabra suplicante ó hacer un ademán deprecatorio, hacían un esfuerzo para alejarse de la presencia de sus odiados enemigos; y despues de una inútil fatiga para resbalarse un poco sobre el suelo, lanzaban sobre los agresores una feroz mirada, espresion elocuente de la rabia que hacían latir aquellos agonizantes corazones. Las entrañas del conquistador, no dejaron de conmoverse á la vista de estos aterradores espectáculos, y se dice haber dado orden de guardar consideracion á estos miserables; mas la feroz alegría de los aliados, deseosos de desbaratar hasta los cimientos de la opresora monarquía azteca, no podía contenerse con tanta facilidad y en la ejecucion de las órdenes devastadoras, arruinaban los edificios de Tenoxtitlan sepultando entre sus ruinas, muertos, agonizantes y vivos, quedando allí confundidos entre los escombros, los lastimeros acen-

tos de la agonía, con las terribles imprecaciones del guerrero, que después de sus esfuerzos no podía contener la feroz venganza de sus enemigos.

En vista de esta deplorable situación de los mexicanos, creía Cortés que lograría inclinarlos á rendirse, sin llevar hasta su término la ruina de la opulenta capital: se valió para esto de los prisioneros que tenía en su poder tomados en los últimos encuentros y también de muchos que aguijoneados del hambre, se habían visto precisados á ir á recoger entre la laguna, las sustancias indispensables para sustentarse. Por medio de ellos hizo representar al monarca mexicano la difícil situación en que se hallaba y la ninguna esperanza que podía tener de salvarse, cuando en su contra se habían coligado todas las naciones del Anahuac, y él solo con su pueblo no podía contener el huracán desatado en su contra, teniendo interceptadas las comunicaciones, consumidas las provisiones, muertos sus principales guerreros y teniendo que sufrir, aun el enojo y abandono de aquellas falsas divinidades en quienes neciamente confiaba. Le ofrecía el perdón para el resto de sus súbditos y aun confirmarlo en su autoridad, con solo que se rindiera y reprodujera la obediencia al rey de Castilla, que había prestado su antecesor Moctezuhzuma, con la principal nobleza del imperio. (8)

La cólera que inflamaba el pecho del soberano azteca, se interponía como un abismo entre las humillantes proposiciones que le hacía su contrario y la realización de ellas; pero el bizarro Quauhquemotzín, á la vez de tener todo el ardor de la juventud, manifestaba la reflexión de la edad madura: y reprimiendo los sentimientos de su corazón, convocó á su consejo para que decidiera en un negocio de tan vital importancia. Algunos, abatidos ya por los horri-

(7) Bernal Diaz, cap. 154.

bles estragos de aquella prolongada lucha, querían aceptar las propocisiones; como el único medio de salvación; pero otros, que Prescott supone fueron los sacerdotes, se opusieron vigorosamente á esta vergonzosa resolución, trayendo á la memoria el indigno tratamiento que se dió por los españoles al infortunado Moctezuhzuma en pago de su generosa hospitalidad: la espantosa cuanto injusta carnicería, que Alvarado hizo de la flor de su nobleza: la insaciable sed de oro, que en todas ocasiones habían manifestado los estrangeros: la profanación de sus templos, sus dioses y su religión; y los inauditos infortunios con que habían abrumado á su pueblo. Todo esto, creían un motivo bastante para no fiarse de los españoles, que al fin los reducirían á una deplorable esclavitud: y en tal caso preferían morir con las armas en la mano, defendiendo su patria y los derechos de su libertad. Estas razones manifestadas con la elocuencia que inspiraban las circunstancias del momento, brillaron como un meteoro en la acalorada imaginación del monarca: su sangre hirvió en su intrépido corazón; y despertados en su pecho todos los sentimientos que nacen del amor á la patria, puso término á las deliberaciones, manifestando que solo se pensara en atender á las necesidades del pueblo y que de allí adelante ninguno pensara en rendirse y solo en morir como guerreros y patriotas.

CAPITULO XXIX.

*Ultimos ataques: prision de Quauhquemotzín:
toma de la capital.*

Dos dias estuvieron los españoles esperando la respuesta de la embajada: y al fin de ellos, vino á dárselos una

tos de la agonía, con las terribles imprecaciones del guerrero, que después de sus esfuerzos no podía contener la feroz venganza de sus enemigos.

En vista de esta deplorable situación de los mexicanos, creía Cortés que lograría inclinarlos á rendirse, sin llevar hasta su término la ruina de la opulenta capital: se valió para esto de los prisioneros que tenía en su poder tomados en los últimos encuentros y también de muchos que aguijoneados del hambre, se habían visto precisados á ir á recoger entre la laguna, las sustancias indispensables para sustentarse. Por medio de ellos hizo representar al monarca mexicano la difícil situación en que se hallaba y la ninguna esperanza que podía tener de salvarse, cuando en su contra se habían coligado todas las naciones del Anahuac, y él solo con su pueblo no podía contener el huracán desatado en su contra, teniendo interceptadas las comunicaciones, consumidas las provisiones, muertos sus principales guerreros y teniendo que sufrir, aun el enojo y abandono de aquellas falsas divinidades en quienes neciamente confiaba. Le ofrecía el perdón para el resto de sus súbditos y aun confirmarlo en su autoridad, con solo que se rindiera y reprodujera la obediencia al rey de Castilla, que había prestado su antecesor Moctezuhzuma, con la principal nobleza del imperio. (8)

La cólera que inflamaba el pecho del soberano azteca, se interponía como un abismo entre las humillantes proposiciones que le hacía su contrario y la realización de ellas; pero el bizarro Quauhquemotzín, á la vez de tener todo el ardor de la juventud, manifestaba la reflexión de la edad madura: y reprimiendo los sentimientos de su corazón, convocó á su consejo para que decidiera en un negocio de tan vital importancia. Algunos, abatidos ya por los horri-

(7) Bernal Diaz, cap. 154.

bles estragos de aquella prolongada lucha, querían aceptar las propocisiones; como el único medio de salvación; pero otros, que Prescott supone fueron los sacerdotes, se opusieron vigorosamente á esta vergonzosa resolución, trayendo á la memoria el indigno tratamiento que se dió por los españoles al infortunado Moctezuhzuma en pago de su generosa hospitalidad: la espantosa cuanto injusta carnicería, que Alvarado hizo de la flor de su nobleza: la insaciable sed de oro, que en todas ocasiones habían manifestado los estrangeros: la profanación de sus templos, sus dioses y su religión; y los inauditos infortunios con que habían abrumado á su pueblo. Todo esto, creían un motivo bastante para no fiarse de los españoles, que al fin los reducirían á una deplorable esclavitud: y en tal caso preferían morir con las armas en la mano, defendiendo su patria y los derechos de su libertad. Estas razones manifestadas con la elocuencia que inspiraban las circunstancias del momento, brillaron como un meteoro en la acalorada imaginación del monarca: su sangre hirvió en su intrépido corazón; y despertados en su pecho todos los sentimientos que nacen del amor á la patria, puso término á las deliberaciones, manifestando que solo se pensara en atender á las necesidades del pueblo y que de allí adelante ninguno pensara en rendirse y solo en morir como guerreros y patriotas.

CAPITULO XXIX.

*Ultimos ataques: prision de Quauhquemotzín:
toma de la capital.*

Dos dias estuvieron los españoles esperando la respuesta de la embajada: y al fin de ellos, vino á dárselos una

salida que hicieron los mexicanos, que como un torrente en su mayor ímpetu, se derramaron en una furiosa multitud, por todas las calzadas, que ocupaban los sitiadores. Estos tenían siempre preparados sus cañones con los cuales enfilaban fácilmente las estrechas calzadas; y ayudados de los bergantines que atacaban á los batallones indígenas por sus flancos descubiertos, pronto los obligaron á entrar á sus atrincheramientos. Cortés queria á todo trance, que los mexicanos se le hubieran rendido y salvar así de los horribles estragos de la destruccion, á la hermosa y opulenta Tenoxtitlan de los aztecas, como la mas preciosa joya de su conquista; pero el indómito furor con que estos se defendian no le dejaba esperanza de rendirlos, sino cuando los hubiera sepultado entre los escombros de su ciudad. Siguiéron pues las operaciones de los sitiadores, ejecutándose segun las órdenes del general, hasta poder llegar á una de las entradas de la plaza de Tlaltelolco, para lo que solo faltaba que pasar un ancho foso defendido por una guarnicion azteca, á la vez que Alvarado se hallaba tambien frente al gran "teocalli" dedicado al dios de la guerra, situado al norte de esta plaza.

En la oscuridad de la noche y estando ya los soldados de Cortés retirados á sus cuarteles de la calzada, observaron que hácia esta parte se advertía una gran luz: de pronto se estremecieron de horror, creyendo fuera alguna de las sargrientas hecatombes en que los feroces sitiados ofrecian á sus dioses como víctimas, los desgraciados castellanos que llegaban á caer en su poder; pero pronto una hermosa columna de fuego que en forma espiral se elevaba muy alto esparciendo sus resplandores sobre todas las ruinas de la ciudad proscrita, dió á conocer que la misma madera del santuario daba pábulo á aquel fuego: entonces un grito de júbilo se estendió en todo el campo cristiano, suponiendo como en realidad era, que Alvarado

habria avanzado hasta allí, entregando luego á la voracidad de las llamas aquel lugar de abominacion, que por otra parte era un lugar de suma importancia, para las operaciones de los aliados. Cuando el capitán tomó este punto despues de una refriega ensangrentada, tuvo la pena de ver ante la imágen del terrible Huitzilopochtli, todas las cabezas de sus compañeros que habian sido presos por los mexicanos, é inmolados en aquel sitio, conservándose aun fresca la sangre de los hombres blancos. El espectáculo era pavoroso y repugnante, siéndolo aun mas para Alvarado, que en los semblantes lívidos de las víctimas, reconocia á sus compañeros, cuyo recuerdo hacia mas amarga la consideracion y le daba un mayor carácter de gravedad á la inicua idolatría de los aztecas: y así, horrorizado por tales consideraciones, aplicó el fuego para que con su violencia destruyera aquellos lugares, con la memoria de los abominables sacrificios con que allí se habia degradado la nacion.

Al dia siguiente, sabiendo Cortés por el fuego de la noche anterior, hasta que punto habian avanzado las armas de sus compañeros, hizo los mayores esfuerzos con su division para llegar con ellos: el único obstáculo que se les podia presentar, era el ancho canal que impedia la entrada á la plaza de Tlaltelolco, y que estaba defendido por batallones aztecas, que aunque estenuados por el hambre y las crecidas fatigas de la campaña, no perdian su natural bravura, arrojando una nube de flechas sobre los primeros que se presentaron á nivelar el paso del foso para dar lugar á las operaciones del ejército: para esta operacion se habian destinado muchos indios de los aliados, que caian en gran número; pero como su sangre importaba muy poco á los conquistadores economizarla, solo se atendió á realizar el plan, reforzando la falange de operarios con otros nuevos, hasta que hubieron concluido su consigna.

Cuando el paso del foso prestó seguro camino á los asaltantes, la caballería española reforzada con un cuerpo de lanceros se precipitó sobre los defensores de aquella entrada, que en un momento fueron arrojados y vencidos, y con este empuje llegaron á reunirse las fuerzas de Cortés con las de su capitán Alvarado, que habian estado separados desde que de Tezcoco salió cada una á ocupar el puesto que le fué señalado para el famoso sitio de la capital. Después de que los oficiales y soldados de ambas divisiones se abrazaron y regocijaron mutuamente, Cortés se dirigió al mercado y aunque habia en él una gran multitud de pueblo, en lo general eran gentes indefensas, que sin ninguna demostración hostil, observaron con asombro la presencia del general español acompañado de otros caballeros. El caudillo castellano reconoció el terreno y volviendo á salir de él, subió al "teocalli" donde en lugar de las efigies á quienes tributaban su adoración los supersticiosos aztecas, vió flamear el estandarte de su patria, á cuya sombra contempló desde aquella altura, la desolación á que habia entregado la ciudad, de la cual no quedaba ilesa sino una octava parte en que se habian aglomerado los escuálidos restos de la nación. Muy diferente era el espectáculo que un año antes se habia presentado á Cortés desde aquella altura, cuando acompañado de Moctezhuma, iba á admirar desde allí el bullicioso tráfico de la alegre y pintoresca población que dentro de sus muros encerraba la opulenta metrópoli. Ahora por el contrario, las siete octavas partes de la ciudad eran ruinas: por todas sus calles y entre los inmensos escombros, solo se veía la muerte y la corrupción; y en el pequeño círculo á que quedaban reducidos los esforzados defensores, se indicaba bastante la acción terrible del mas acervo sufrimiento, en la palidez y abatimiento de la apiñada multitud, que estaba ya señalada para sufrir el fatal golpe de la muerte, cuyo demacrado

brazo se les acercaba demasiado con su cortante segur.

El general conformándose con el avance que tuvieron ese día, se volvió á sus cuarteles: y al siguiente, se dirigió de nuevo al gran mercado, que ya estaba defendido por los batallones mexicanos, que aunque resueltos á defender sus hogares con el mismo vigor, ya no tenían la fuerza necesaria para sostener con ventaja una lucha con sus numerosos contrarios: por esta causa el combate, aunque sangriento fué corto, quedando el campo por los aliados, que luego se ocuparon de aplicar el elemento devorador, á los "teocallis" que se hallaban en derredor del mercado. Esta destrucción de los templos que los mexicanos tenían como una inaudita profanación, les era mas sensible que los horribles sufrimientos á que estaban sujetas sus personas: y lanzaron un grito aterrador que habia perdido ya su fuerza para amedrentar á sus enemigos, porque la debilidad de sus fuerzas hacia muy inseguros los golpes que antes eran mortales por la fiera de todos los guerreros.

Habia sonado la hora fatal para castigo de la orgullosa Tenoxtitlan, y todos los elementos de destrucción se desencadenaron sobre sus desgraciados habitantes: los mortíferos fuegos de las armas castellanas y las terribles macanas y "maquahuitls" de los aliados, regaban de cáveres la superficie de la ciudad criminal: el fuego que consumia y pulverizaba los suntuosos edificios orgullo y lustre de la arquitectura azteca, hacia caer estrepitosamente los pesados muros de "tetzontli," que aplastaban á innumerables familias: el hambre que se habia cebado en todo el pueblo proscrito, sin que fuera bastante á contener sus funestos efectos el espantable recurso de devorarse mutuamente, como se vieron muchos casos de que las madres saciaran sus devoradoras entrañas con los miembros de sus hijos moribundos, contaba millares de víctimas, que exánimes caían por las calles ó arrastrándose con gran di-

ficultad, entraban á un oscuro rincon de sus casas á exhalar el último suspiro de una vida que ya se les hacia intolerable; y la peste desoladora que se desarrolló con toda su furia, por la pestilencia con que se habia impregnado aquella pesada atmósfera, venia á cerrar aquel horrible cuadro de destruccion. La multitud de personas que morian y tal vez, la conviccion que todos tenian de correr la misma suerte; hizo que la infortunada muchedumbre se familiarizara con tan asqueroso espectáculo contemplándolo con desesperada indiferencia: y sin ocuparse ya de dar sepultura á los cadáveres, estos se dejaban ver en todas partes, cubriendo de tal manera aquella ensangrentada ciudad, que no se podia colocar un pié sino sobre el cuerpo de un azteca, siendo ya muchos, presa de la muerte y otros rebuyéndose entre los cadáveres, devorados por los tormentos de un prolongada agonía.

En vista de esta escena de horror, Cortés habia suspendido las hostilidades con la esperanza de que Quauhtemo se rindiera sin necesidad de consumar la destruccion de los restos de su pueblo; pero el jóven monarca contemplando con muda rábia los infortunios que pesaban sobre la ciudad y sus habitantes, habia tomado su resolucion: y aunque sin mas espacio que el terreno que pisaba, allí esperaba tranquilo la muerte, antes que entregar sus derechos á unos enemigos de cuya perfidia pudo antes tener pruebas muy convincentes. Entonces el general determinó un asalto general: dió sus órdenes al ejército; y al aproximarse él mismo á una trinchera defendida por los mexicanos, los nobles que allí estaban salieron estendiendo hácia Cortés sus macilentos y débiles brazos, haciéndole este melancólico razonamiento. "Si eres hijo del sol como algunos creen, ¿porque siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un dia termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males con la muerte?

Matadnos de una vez, queremos morir para subir al cielo, al seno de nuestro dios Huitzilopochtli, que nos aguarda para darnos el descanso que merecen nuestros sufrimientos." (1) Esta lastimosa peticion conmovió á Cortés y les manifestó su deseo de que Quauhtemotzin entrara en alguna capitulacion, para librar así á la ciudad del último estrago: los nobles admitieron el encargo de inclinar á su monarca á entrar en una conferencia con este fin, con cuya esperanza mandó Cortés suspender el ataque, volviendo con sus tropas á las posiciones de la calzada: al dia siguiente, el general concurrió al lugar acordado para la entrevista con el monarca mexicano; y despues de esperar inútilmente, vinieron los embajadores, escusando á su soberano de concurrir a las conferencias. Aun no renunció el general á la idea de conseguirlo, para lo cual quiso ganarse la voluntad de sus contrarios, tratándolos con crecidas muestras de consideracion é insistiendo en que convenieran á Quauhtemotzin, para venir por el camino que le presentaba, pero cuando se convenció de la resistencia del azteca, determinó otro asalto general á la parte que quedaba de la ciudad.

Los guerreros que mejor conservaban sus fuerzas, se pusieron á la vanguardia para resistir el choque de sus enemigos y detras de ellos y por las azoteas se veia á todo el puebló prepararse á tomar parte en la lucha haciendo un grande esfuerzo para sobreponerse al decaimiento de su naturaleza, al travez del cual se manifestaba el encono que aun conservaban para con sus odiados enemigos. Algunos guerreros de los mas vigorosos, luchaban con el esfuerzo que da la desesperacion; pero en lo general se notaban demasiado los terribles efectos del hambre y los golpes débiles de aquellas personas que languidecian, casi

(1) Terc. cart. de Cortés pag. 292.

no hacian daño á los aliados, mientras estos cargaron con estremado brio, haciendo tal estrago en los pelotones aztecas, que la sangre corria por el suelo como puede correr el agua; y las acequias de la ciudad, se enrojecian con la sangre de sus habitantes. (2) Fué sin duda el dia mas infausto para los infelices mexicanos: en el ruido estragoso del combate, todo era confusion: los indios aliados á pesar de la órden que tenian para respetar á los desvalidos y dar cuartel á los que lo pidieran, se habian desatado como una furia á quien era imposible contener; y se precipitaron esparciendo la muerte entre aquel campo, donde corria la sangre como un torrente y quedaron hacinados los cadáveres de cuarenta mil personas, sobre los innumerables con que estaba tapizada la superficie de aquella ciudad infeliz.

Las tropas se retiraron á tomar el descanso necesario por la fatiga con que hicieron tan espantosa carnicería: el silencio de la noche fué pavoroso: en el dia á los gritos con que los guerreros indígenas pretendian hacerse temibles en la batalla, se unian el estruendo de las armas, las horribles imprecaciones de los vencidos, los lastimeros ayes de los heridos y los últimos lamentos de los moribundos; pero en la negra oscuridad de la noche, ningun ruido interrumpió el solemne silencio con que se presagiaba el horrible fin de aquella destrozada monarquía, ni se dejó ver una sola luz. Bien ciertos estaban los mexicanos de que no habia para ellos esperanza de salvacion; pero el odio represado cada dia con mas vehemencia contra los enemigos les impedia abrigar cualquiera idea de rendirse y solo esperaban con mudo quanto de sesperado silencio, que un nuevo empuje de sus enemigos los acabara de sumergir en el abismo de una ruina que ya era inevitable.

(2) Torq. monarq. ind. lib. 4.º cap. 103.

Al dia siguiente 13 de Agosto de 1521, el general reunió sus tropas y las condujo al último combate: antes de comenzar la lucha, probó nuevamente atraer al monarca á una capitulacion: pudo hablar con algunos de la nobleza mexicana, comisionándolos á llevar una nueva embajada, en que se ofrecian á Quauhtemo las mismas garantías que antes se le habian propuesto; y al volver estos nobles, trajeron consigo al Cihuacohuatl, general de los aztecas y segunda persona del imperio. Este personaje tomó la palabra en presencia de Cortés y dijo: "Ahorraos el trabajo de solicitar una entrevista con mi rey y señor Quauhtemotzin, el cual está resuelto á morir antes que ponerse en vuestra presencia. No puedo esplicaros cuan dolorosa me es esta resolucion; pero no hay remedio. Adoptad las medidas que os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios." Aun no podia resolverse Cortés á creer tanta constancia y una voluntad tan invencible, en presencia de un peligro que ya no podia desviarse: esperó aun algunas horas; pero cuando le llegó aviso de que el rey con su familia y parte de la nobleza se preparaban á huir en las piraguas destinadas á este fin, mandó hacer la señal para el asalto que era una descarga de arcabuz, y en un momento toda la inquieta multitud que formaba el numeroso ejército aliado, se lanzó como unos perros rabiosos sobre los macilentos aztecas: el estrago fué semejante al del dia anterior y es inútil repetir las mismas escenas de sangre, de horror, de muerte, de desolacion en toda su horrible consideracion.

Mientras esto pasaba en tierra, las barcas indias se alejaban de la ciudad, trabándose pronto un combate entre ellas y los bergantines que estaban al mando de Sandoval: muchas fueron destruidas ó hechadas á pique por la artillería; pero á la espesa sombra que el humo hizo en una gran circunferencia, envolviendo en ella á los combatien-

tes, tres piraguas de las principales, se deslizaban ligeramente sobre la tranquila superficie de la laguna. Holguín que mandaba uno de los bergantines y tal vez el mejor velero, observó la ligereza con que vogaban aquellas barcas y determinó seguirlas, dándoles pronto alcance: al llegarse á ellas, mandó hacer la puntería de sus cañones hácia la que pareció mas bien aderezada y que por esto indicaba ser la portadora del soberano azteca; pero antes de dispararse se anunció por los remeros que allí iba su señor y en el momento se presentó un jóven guerrero de una musculacion vigorosa y de arrogante presencia, empuñando su maquahuitl como en actitud de arrojarlo sobre sus contrarios. García Holguín ordenó no hacer fuego y entonces el guerrero soltó sus armas y dijo: "Yo soy Quauhtemo, llevadme ante Malinche como á su prisionero; pero no se toque á mi esposa ni á los que me acompañan." En la misma piragua que conducia al rey de México, iba su esposa la reina Tecuichpotzin, el rey de Tezcoco Coanaco, el soberano de Tlacopan Tettlepanquetzal y otros varios personajes de la nobleza de las tres naciones aliadas, cuyo poder en aquel instante se eclipsó para siempre; y dominados y dominadores, doblaron la cerviz al pesado yuyo castellano. Holguín se manifestaba muy satisfecho de tener en su poder los ilustres prisioneros, que empuñaban el cetro á cuyo poder obedecian todos los pueblos; pero algo le inquietaban aun, las demas barcas que conducian á los guerreros de Quauhtemo, mas este lo serenó diciéndole: que cuando supieran que él estaba preso, ninguno osaria resistir mas y todos irian con gusto á morir á su lado. Efectivamente, la prision del rey fué comunicada con extraordinaria rapidez por las barcas que sostenian la lucha en la laguna y los ejércitos que en la ciudad hacian el último esfuerzo de su desesperacion; y al saber que el rey estaba preso, todos rindieron las armas como por

comun acuerdo y se apresuraron á rodear á su soberano como si todos desearan correr la misma suerte, como habian estado unidos en los dias de su gloriosa aunque inútil resistencia en un sitio de 95 dias.

El rey y sus ilustres compañeros, fueron luego conducidos á la ciudad; y al saltar en tierra, una compañía de infantería lo escoltó hasta la presencia de Cortés, que lo esperaba en la azotea de una casa, tapizada con ricas esteras y paño de grana, teniendo en su compañía la á inseparable D.^{ca} Marina. El jóven monarca llegaba con paso grave y magestuoso, y Cortés lo recibió con estudiada cortesía: saludáronse ambos; y el primero dijo. "Hice cuanto podia para la defensa de mi pueblo, cuanto exigia de mí, el honor de mi corona y el amor de mis súbditos; pero los dioses fueron contrarios á mi resolucion, y ahora estoy sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero y tratadme como mejor os plazca. Quitadme, añadió llevando la mano á un puñal que pendia del cinto del general, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino." (3) Cortés que estaba admirado de la altivez del gallardo jóven, que en circunstancias tan tempestuosas, supo llevar con dignidad la corona que sus nacionales pusieron sobre su cabeza en los dias que estaba dado el decreto de esterminio contra la soberbia Tenoxtitlan, procuró consolar á su ilustre prisionero diciéndole. "No temais, sereis tratado con toda honra, pues habeis defendido vuestra capital como valiente guerrero, y los españoles saben respetar el valor aun en sus enemigos." ¡Pompasas frases robadas á la sinceridad, para encubrir bajo su brillo innobles sentimientos! Apenas dió el tiempo un pequeño paso, cuando por el mismo autor de estas fingidas muestras de una mentida consideracion, se hizo apurar al

(3) Terc. cart. de Cortés pag. 300. Bernal Diaz cap. 156.

desgraciado soberano azteca, la copa del sufrimiento; pero este, con la serenidad con que resistió la horrible prueba, dió á conocer que la grandeza de su alma lo hacia tan digno empuñando la espada para defender los derechos de su pueblo injustamente amenazado, cómo apurando el mas acervo dolor á que lo sujetó en su infortunio, la mezquindad de sus miserables enemigos.

En seguida se hizo conducir al mismo sitio á la princesa Tecuichpotzin esposa del rey: esta noble señora era hija del infortunado Mocteuhezuma, primera ilustre víctima de la ambicion del conquistador. Este la recibió con las atenciones á que la reina era acreedora así por su sexo como por su elevada posicion; pero no dejaría de sentir algun remordimiento al ver el noble porté que la princesa manifestaba en su desgracia y en presencia del verdugo de su padre y de su esposo los dos objetos mas caros para su sensible corazon. Los nobles prisioneros fueron escoltados por Sandoval y conducidos á Coyoacan á donde los siguió el mismo Cortés, despues de dar sus disposiciones para la noche de ese dia.

Al siguiente Quauhtemo suplicó á Cortés dejase salir á los mexicanos fuera de la ciudad, para que respiraran otro aire puro y se proveyeran de víveres en las ciudades inmediatas. El general accedió á esta peticion, y por espacio de tres dias, estuvieron saliendo de la ciudad arruinada, hombres mugeres y niños, escuálidos y macilentos como unos espectros que se hubieran fugado de la tumba; y la hermosa Tenoxtitlan con el pavoroso silencio de los sepulcros, quedó sin mas habitantes, que las aves de rapiña que venian á posarse en los desiertos "teocallis" y entre las ruinas de los palacios aztecas, para esconder entre sus inmundos vientres, la multitud de cadáveres que habian quedado insepultos en las calles de la ciudad arruinada ó escondidos entre los escombros de sus destruídos edificios.

¡Así pasa como una sombra fugaz, toda la mentida grandeza de este mundo!

CAPITULO XXX.

Suplicio de los prisioneros: repartimientos: tesoro real: reconstruccion de México.

Al otro dia de la toma de la ciudad, Cortés entró en algunas conferencias con los ilustres prisioneros, reclamándoles todas las alhajas y riquezas que habian tenido que dejar la memorable "noche triste," así en el palacio de Axayacatl, como en la calzada; y á mas queria le fuese entregado el tesoro de Mocteuhezuma, que juzgando por el desprecio que manifestó con el de su padre Axayacatl y que tan cuantioso habia parecido, debia ser el suyo de un valor extraordinario. Quauhtemo mandó algunos mensajeros, que de entre las ruinas de su palacio trajeron una considerable cantidad de piedras preciosas, oro, plata y algunos otros objetos así de valor como de exquisito gusto. (1)

Todo esto importaba una suma de bastante consideracion en sí; pero muy insignificante respecto de las cuantiosas riquezas que habia visto Cortés en México y esperaba obtener realizado su triunfo, de suerte que no quedandó satisfecho su deseo, declaró no ser aquello equivalente, ni á las riquezas perdidas en la noche triste, ni mucho menos al valioso tesoro de Mocteuhezuma. Quauhtemotzin declaró que los tlaltelolques habian puesto en salvo en algunas canoas, las mas valiosas alhajas y otros dijeron

(1) P. Cabo. Los tres siglos de México.

desgraciado soberano azteca, la copa del sufrimiento; pero este, con la serenidad con que resistió la horrible prueba, dió á conocer que la grandeza de su alma lo hacia tan digno empuñando la espada para defender los derechos de su pueblo injustamente amenazado, cómo apurando el mas acervo dolor á que lo sujetó en su infortunio, la mezquindad de sus miserables enemigos.

En seguida se hizo conducir al mismo sitio á la princesa Tecuichpotzin esposa del rey: esta noble señora era hija del infortunado Mocteuhezuma, primera ilustre víctima de la ambicion del conquistador. Este la recibió con las atenciones á que la reina era acreedora así por su sexo como por su elevada posicion; pero no dejaría de sentir algun remordimiento al ver el noble porté que la princesa manifestaba en su desgracia y en presencia del verdugo de su padre y de su esposo los dos objetos mas caros para su sensible corazon. Los nobles prisioneros fueron escoltados por Sandoval y conducidos á Coyoacan á donde los siguió el mismo Cortés, despues de dar sus disposiciones para la noche de ese dia.

Al siguiente Quauhtemo suplicó á Cortés dejase salir á los mexicanos fuera de la ciudad, para que respiraran otro aire puro y se proveyeran de víveres en las ciudades inmediatas. El general accedió á esta peticion, y por espacio de tres dias, estuvieron saliendo de la ciudad arruinada, hombres mugeres y niños, escuálidos y macilentos como unos espectros que se hubieran fugado de la tumba; y la hermosa Tenoxtitlan con el pavoroso silencio de los sepulcros, quedó sin mas habitantes, que las aves de rapiña que venian á posarse en los desiertos "teocallis" y entre las ruinas de los palacios aztecas, para esconder entre sus inmundos vientres, la multitud de cadáveres que habian quedado insepultos en las calles de la ciudad arruinada ó escondidos entre los escombros de sus destruídos edificios.

¡Así pasa como una sombra fugaz, toda la mentida grandeza de este mundo!

CAPITULO XXX.

Suplicio de los prisioneros: repartimientos: tesoro real: reconstruccion de México.

Al otro dia de la toma de la ciudad, Cortés entró en algunas conferencias con los ilustres prisioneros, reclamándoles todas las alhajas y riquezas que habian tenido que dejar la memorable "noche triste," así en el palacio de Axayacatl, como en la calzada; y á mas queria le fuese entregado el tesoro de Mocteuhezuma, que juzgando por el desprecio que manifestó con el de su padre Axayacatl y que tan cuantioso habia parecido, debia ser el suyo de un valor extraordinario. Quauhtemo mandó algunos mensajeros, que de entre las ruinas de su palacio trajeron una considerable cantidad de piedras preciosas, oro, plata y algunos otros objetos así de valor como de exquisito gusto. (1)

Todo esto importaba una suma de bastante consideracion en sí; pero muy insignificante respecto de las cuantiosas riquezas que habia visto Cortés en México y esperaba obtener realizado su triunfo, de suerte que no quedandó satisfecho su deseo, declaró no ser aquello equivalente, ni á las riquezas perdidas en la noche triste, ni mucho menos al valioso tesoro de Mocteuhezuma. Quauhtemotzin declaró que los tlaltelolques habian puesto en salvo en algunas canoas, las mas valiosas alhajas y otros dijeron

(1) P. Cabo. Los tres siglos de México.

que las riquezas de México se habian estraído tambien y puesto á cubierto fuera de la ciudad. De esta suerte, la ambicion que á no dudarlo fué el primer móvil de los conquistadores para arrostrar los graves peligros y crecidas penalidades á que estuvieron espuestos durante tan larga y peligrosa campaña, quedó enteramente chasqueada, pues la parte material de la ciudad quedó destruida y ocultas todas sus riquezas y preciosidades. La numerosa turba de aliados en las repetidas entradas á la capital durante el asedio, habian tomado muchas cosas ocultándolas de los españoles: y de este modo al concluir el sitio, el botin fué considerado en un valor muy infimo, respecto de lo que se habian prometido los vencedores. Lo que pudo recogerse en mayor cantidad, fueron telas de algodón, sal y otros objetos de poco valor, todo lo cual fué repartido entre los ejércitos indígenas, que con ello y las gracias del general, se volvieron á sus respectivos pueblos muy satisfechos de haber cooperado á la completa destruccion de la monarquía azteca. ¡Pobres pueblos: su falta de prevision les daba un momento de satisfaccion, viéndose libres del yugo mexicano que les exigia como tributo una parte de sus riquezas, para alimentar su vanidad! Un instante paladearon la dulce esperanza de su libertad: y apagándose este pasajero brillo, volvieron á caer en la masmorra de una esclavitud, que tuvo todo el asqueroso carácter de la abyeccion y el envilecimiento.

Los vencedores al dia siguiente de su triunfo, se entregaron á una crapulosa orgía en satisfaccion de haber concluido felizmente su empresa; pero habiéndoles reprendido su conducta el P. Olmedo por el modo tan inconveniente de regocijarse, olvidando rendir la justa accion de gracias al Todopoderoso, al siguiente dieron lugar á una fiesta religiosa: á ella asistió todo el ejército que formado en procesion bajo sus banderas, presentando á la adoracion públi-

ca, el sagrado signo de la redencion y una imágen de la Santísima Virgen. El P. Olmedo predicó un sermón, trayendo á la memoria de los conquistadores, los mas graves motivos que los obligaban á rendir sus acciones de gracias á la Adorable Providencia que los librara de tan repetidos riesgos: y como la religion nunca se olvida de enjugar las lágrimas del affigido, dar fuerza á los desvalidos y enfrenar en sus justos límites la accion de los poderosos, se detuvo mucho en demostrar la inmensa responsabilidad que les daba su posición de conquistadores, encareciéndoles que no abusaran de su poder y tratando á los vencidos como á hermanos desgraciados, respetaran en ellos los derechos que les habia dado la naturaleza. A esta valiente exhortacion del ministro de la religion, se siguió el Santo Sacrificio de la misa, despues del cual se dió la comunión á los gefes principales del ejército castellano.

Despues de este acto religioso, los conquistadores volvieron á entregar su corazón al recio viento de las pasiones: y este huracán desencadenado, los llevó al abismo mas lamentable, de donde sacaron la negra mancha con que aparecen estos hombres en la claridad de las páginas de la historia. La parte que les habia tocado en el botin la consideraban muy corta recompensa para sus crecidas fatigas é inminentes peligros á que habian estado espuestos. Empezaron á murmurar de Cortés, acusándolo de aplicarse la mayor parte del tesoro, defraudando los derechos de sus compañeros de armas: el tesorero Alderete, lo amagaba con una denuncia ante el soberano por apropiarse lo que pertenecía á la real hacienda; y en general todos creian, que secretamente estaba de acuerdo con Quauhtemo para ocultar el tesoro, que no parecia á las

ávidas miradas de los soldados, y que era el mas dorado ensueño de sus pensamientos. Cortés instaba á Quauhtemotzin para que revelara el lugar donde estaba el tesoro; pero el ilustre prisionero sostuvo no tener que hacer revelacion alguna en esta materia; y como la grito de los soldados aguijoneados por la codicia, pedia á grandes voces se entregara al tormento al rey mexicano para arrancarle una declaracion tan importante, el general se manifestó débil para sobreponerse á una exigencia tan necia como bárbara y dió el paso mas cruel, que por si solo podia empañar la gloria mas brillante. Pusieron á Quauhtemotzin, con otro señor de la nobleza mexicana y Tetzepanquetzal rey de Tlacopan, sentados con los piés al fuego, despues de habérselos untado con aceite. A tan inhumano tratamiento, tanto mas cruel é inaudito, cuanto estaban frescas las promesas del caudillo español al rey azteca en el momento de su prision, y que el primero habia recibido la sagrada Eucaristía para rendir gracias al Señor de las naciones que habia dado la victoria á sus armas sobre todos los pueblos del Anahuac, no dejó de resistirse el soberano de Tlacopan, que volvió su rostro conmovido hácia su compañero el azteca; pero este esferzado jóven, que habia desafiado la muerte y los mas acerbos sufrimientos, no daba señal de impaciencia, y reprendiendo á su aliado por aquella natural queja, le dijo. “Acaso pensais hombre de poco corazon, que yo estoy en un lecho de flores?” Tetzepanquetzal, declaró que el tesoro de su corona, estaba oculto en una de sus quintas de Tacuba: los españoles, quitándolo del tormento, lo condujeron al lugar indicado; pero quedaron burlados cuando al llegar dijo, que solo se habia valido de ese medio con la esperanza de morir en el camino y escapar de su brutal inhumanidad. Quauhtemot-

zin con asombro de sus verdugos se mantuvo impávido en el suplicio, sin que logran de él otra confesion, que haber arrojado al lago todas las riquezas de su reino para impedir que se apoderaran de ellas sus enemigos. Cortés, avergonzado con el invicto sufrimiento de su víctima y la inutilidad de prolongar aquel bajo y miserable papel á que lo arrastraron su debilidad y la desenfrenada ambicion de sus subordinados, mandó quitar del tormento al rey: aun era tiempo para no privar de la vida al heróico azteca; pero demasiado tarde para impedir el mas feo borron en la vida del conquistador.

Cortés quiso hacer un esfuerzo para registrar el fondo de la laguna donde Quauhtemotzin en la fuerza de la accion del fuego, habia dicho fueron sepultadas las riquezas que con tanta avidéz se buscaban; pero solo se pudieron conseguir algunos objetos de poco valor. Tambien se registraron los estanques del palacio real y de allí sacaron una rueda de oro puro, que parece haber sido algun calendario azteca.

De todo lo que se pudo reunir de botin, se separó el quinto para el rey, incluso los muchos desgraciados que fueron reducidos á la esclavitud y marcados con el hierro candente, con que se grababa la ignominia de los infelices vencidos. Fueron tambien destinados para el rey, una gran cantidad de marcos de oro en tejos, muchas joyas de esquisito gusto y gran valor, con los tejidos mas finos de algodón, plumas y pelo de conejo. Cortés comisionó para presentar estos objetos a Carlos V, á los oficiales Avila y Quinones el gefe de su guardia privada; pero el buque en que iban, fué apresado por un corsario frances y presentadas estas preciosidades á Francisco I, se negó a devolverlas, por no tener conocimiento de la cláusula del testamento de Adan, que fundara el derecho de sus hermanos de Castilla y Portugal, para partirse entre sí los tesoros

del nuevomundo. Frivolidades indignas de los mayores soberanos de la civilizada europa, que se usaban para apoderarse de los despojos de los vencidos en el nuevo continente, los cuales aunque calificados de bárbaros, jamás arrastraron su real dignidad, por un campo tan mezquino.

El general repartió entre sus soldados las tierras conquistadas, señalándoles algun número de indios que como esclavos trabajaran en labrarlas: y queriendo cimentar de un modo mas estable su autoridad, trató luego de la organizacion del gobierno civil, haciendo que sus mismos compañeros nombraran de entre ellos mismos, alcaldes y regidores.

Cuando se habian dado todas estas disposiciones, Cortés permanecia en los cuarteles de Coyoacan y la ciudad de México habia quedado sola, dejando que consumidos los cadáveres, y con el auxilio de las fumigaciones que se hacian diariamente, se purificara su atmósfera para volver á habitar en ella. Así que ya Cortés lo creyó oportuno, dispuso construir nuevos edificios y reedificar la aruinada México: para lo que, debieron emplearse las poblaciones indígenas, incluso los mismos mexicanos, cuyo descontento se hizo bastante notable; pero Cortés antes de que el mal tomara un carácter amenazante, adoptó una medida política, que confirmara mas la autoridad de que se creia investido con el triunfo de sus armas.

Habia muerto en esos dias el príncipe Ixtlilxochitl soberano de Tezcoco y que tan favorable habia sido para los españoles, por sus buenos servicios para con ellos, en despecho de los agravios que creyó haber recibido de los mexicanos desde el reinado de su padre Nezahualpili. Su hermano Coanaco, hecho rey durante la permanencia de los españoles en Tlaxcala, estaba preso en union de los

soberanos de México y Tlacopan; y en estas circunstancias, Cortés con su propia autoridad nombró señor de aquella ciudad al príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl, gefe que lo habia acompañado en el sitio mandando las fuerzas tezcucanas, y hermano del rey que habia muerto. Para darle esta investidura de autoridad, le impuso la condicion, de que mandara á la reedificacion de México, los carpinteros y demas artesanos necesarios, por ser los de su ciudad, los mas aventajados en los pueblos del Anahuac; y este incauto jóven se tuvo por muy dichoso con aquella efimera apariencia de soberanía, accediendo á las condiciones del conquistador y ser en todo un instrumento para consumir la ruina de sus nacionales.

Para aquietar los ánimos de los mexicanos, puso libre al Cihuacohuatl segundo gefe del imperio mexicano, y tanto á él como á un hijo de Mocteuhezuma, llamado Xohualicahuatzin, y que despues recibió el nombre de D. Pedro fueron concedidos terrenos que fabricar, nombrando al último superintendente de las fabricas: con esta medida, que podia tenerse como una honra dispensada á estos dos personajes de la primera nobleza, y con haber señalado sitio, para que poblaran los mexicanos que andaban vagando sin residencia fija, el pueblo se conformó, y como lo predijeron muchas veces los terribles aztecas al ver á sus enemigos indios ocupados en la destruccion de su capital, ellos tuvieron que emplearse en la reparacion, bajo la direccion de los españoles, que se habian enseñoreado de la tierra. Antes de dar principio á la obra, se destruyeron varios teocallis de los que quedaron en pié durante el sitio de la ciudad: se removieron los sepulcros, por saber la costumbre de aquellos pueblos, de sepultar con las cenizas de los muertos algunas alhajas de oro y piedras de gran

valor, operacion que les dió una suma considerable. (2)

Se formaron separadas las casas de los mexicanos y las de los españoles, que se aumentaron luego, con los que ocurrieron de las islas, luego que se supo la rendicion y toma de México, á cuya suerte estaba ligada la de todos los pueblos del Anahuac: los españoles que se acercaron en la primera ciudad, ascendieron á dos mil doscientos. (3) A estos les fueron concedidos sus respectivos solares; y el Cortés mismo se señaló el suyo para edificar un suntuoso palacio, empleando para todas las obras, una inmensidad de los naturales, el tetzontli de que habian ya hecho uso los mexicanos y la madera que en abundancia proporcionaban los vecinos y poblados bosques de cedros y sipreces.

Cón tales elementos y el rigor con que los conquistadores exigian la actividad de los operarios, muy pronto quedó concluida la nueva ciudad, cuyos moradores sin pertenecer á la sangrienta idolatría de los aztecas, no fueron menos funestos á los desgraciados naturales de todos los pueblos, pues ni les quitaron las cadenas de su pesada esclavitud, y aunque no los sacrificaron como víctimas en aras de las falsas divinidades, los hicieron sucumbir al desapiadado peso de un trabajo exesivamente superior á sus fuerzas.

Para que la dominacion de Cortés echara raices duraderas en aquel suelo privilegiado, determinó que la nueva capital no fuera solo una colonia militar y luego tomó providencias de que se trasladaran á ella así de las islas como de España, algunas mugeres con quien se fueran casando sus capitanes y soldados: haciendo que los que ya lo eran, trasportaran allá sus familias: hizo que de las islas se llevaran los ganados mayores y menores, la caña de azúcar importadas por Colon á las regiones descubiertas por él

[2] Pag. 37 de este mismo tomo.—3. P. Cabo. pag. 6.

mismo; y todas las demas frutas y semillas que pudieran aclimatarse en el variado territorio que conquistaron. No descuidó atender al aumento de su ejército, proveyéndolo de municiones, para lo cual estableció la fundicion de cañones, hizo sacar azufre de los volcanes para fabricar la pólvora; y aunque á precios subidos compró caballos y armas para el completo equipo del ejército. De todo esto dió cuenta al emperador Carlos V suplicándole confirmara el nombre de Nueva España con que habia designado las tierras de su conquista, así como los nombramientos hechos para el gobierno civil: que aprobara las concesiones de tierra que tenia hechas; y que mandara gente que aumentara la poblacion, y eclesiásticos que enseñaran á los indígenas el conocimiento de la religion cristiana, á cuya carta se acompañó otra firmada por todo el ejército, comprobando las aseveraciones de su general y recomendándolo á la magnanimidad del soberano, por los importantes servicios que habia hecho al trono de Castilla. (8)

CAPITULO XXXI.

Progresos de la conquista. Cortés se confirma en su autoridad por el trono de España.

La toma de la ciudad de México se difundió por todas partes con velocidad: y el prestigio que con esto adquirieron las armas españolas, hizo que de todas partes vinieran á ofrecerse á la disposicion de Cortés. Sabia que confiando con el imperio azteca, se hallaba el reino de Mé-

[8] Bernal Diaz cap. 169. Solís hist. de la N. E. lib. 1 cap. 5.

valor, operacion que les dió una suma considerable. (2)

Se formaron separadas las casas de los mexicanos y las de los españoles, que se aumentaron luego, con los que ocurrieron de las islas, luego que se supo la rendicion y toma de México, á cuya suerte estaba ligada la de todos los pueblos del Anahuac: los españoles que se acercaron en la primera ciudad, ascendieron á dos mil doscientos. (3) A estos les fueron concedidos sus respectivos solares; y el Cortés mismo se señaló el suyo para edificar un suntuoso palacio, empleando para todas las obras, una inmensidad de los naturales, el tetzontli de que habian ya hecho uso los mexicanos y la madera que en abundancia proporcionaban los vecinos y poblados bosques de cedros y sipeces.

Cón tales elementos y el rigor con que los conquistadores exigian la actividad de los operarios, muy pronto quedó concluida la nueva ciudad, cuyos moradores sin pertenecer á la sangrienta idolatría de los aztecas, no fueron menos funestos á los desgraciados naturales de todos los pueblos, pues ni les quitaron las cadenas de su pesada esclavitud, y aunque no los sacrificaron como víctimas en aras de las falsas divinidades, los hicieron sucumbir al desapiadado peso de un trabajo exesivamente superior á sus fuerzas.

Para que la dominacion de Cortés echara raices duraderas en aquel suelo privilegiado, determinó que la nueva capital no fuera solo una colonia militar y luego tomó providencias de que se trasladaran á ella así de las islas como de España, algunas mugeres con quien se fueran casando sus capitanes y soldados: haciendo que los que ya lo eran, trasportaran allá sus familias: hizo que de las islas se llevaran los ganados mayores y menores, la caña de azúcar importadas por Colon á las regiones descubiertas por él

[2] Pag. 37 de este mismo tomo.—3. P. Cabo. pag. 6.

mismo; y todas las demas frutas y semillas que pudieran aclimatarse en el variado territorio que conquistaron. No descuidó atender al aumento de su ejército, proveyéndolo de municiones, para lo cual estableció la fundicion de cañones, hizo sacar azufre de los volcanes para fabricar la pólvora; y aunque á precios subidos compró caballos y armas para el completo equipo del ejército. De todo esto dió cuenta al emperador Carlos V suplicándole confirmara el nombre de Nueva España con que habia designado las tierras de su conquista, así como los nombramientos hechos para el gobierno civil: que aprobara las concesiones de tierra que tenia hechas; y que mandara gente que aumentara la poblacion, y eclesiásticos que enseñaran á los indígenas el conocimiento de la religion cristiana, á cuya carta se acompañó otra firmada por todo el ejército, comprobando las aseveraciones de su general y recomendándolo á la magnanimidad del soberano, por los importantes servicios que habia hecho al trono de Castilla. (8)

CAPITULO XXXI.

Progresos de la conquista. Cortés se confirma en su autoridad por el trono de España.

La toma de la ciudad de México se difundió por todas partes con velocidad: y el prestigio que con esto adquirieron las armas españolas, hizo que de todas partes vinieran á ofrecerse á la disposicion de Cortés. Sabia que confiando con el imperio azteca, se hallaba el reino de Mé-

[8] Bernal Diaz cap. 169. Solís hist. de la N. E. lib. 1 cap. 5.

choacan, interesante por los ricos y fértiles terrenos en donde se estendian sus dominios. Para atraer al rey á su partido le mandó una embajada compuesta de sus oficiales Sandoval y Olid con algunos mexicanos, los cuales a mas de ir á ofrecer al soberano michoacano la amistad de los españoles, debian reconocer las tierras por aquellos lugares para ensanchar por ellos su dominacion. El rey "Tanguasan" estuvo pronto á obsequiar los deseos de los comisionados de Cortés; y aun estaba dispuesto á ir personalmente a ver al general para poner su corona y sus estados á su disposicion; pero sus súbditos á quienes habia llegado noticia de la perfidia con que en muchos casos habian procedido los estrangeros, se opusieron á esta resolucion, acordando fuera en su nombre su hermano Vechiltze, conduciendo algunos regalos segun la costumbre de aquellos paises; y con instrucciones de informarse de todo lo que ocurriera en México, para que el rey su hermano normara su conducta.

Cuando supo Cortés que aquel personage se acercaba á Coyoacan donde tenia aun su residencia, mandó una comision que lo recibiera y condujera á su presencia, donde le manifestó cuanto aprecio hacia del rey de Michoacan y de él, por el valor que siempre habian manifestado en sus guerras para defenderse de la tiránica opresion de los reyes mexicanos. Vechiltze contestó en los mismos términos amigables con la sencillez propia de su nacionalidad; y presentándole el obsequio de vasos de oro y plata, joyas y algunos tegidos muy finos, escusó á su real hermano de no haber ido personalmente, por los graves negocios del reino; y asegurando que pronto lo haria. (1)

Cortés que deseaba hacer ostentacion de su poder para ganar el segundo reino del nuevo mundo sin necesidad de

[1] Her. dec. 3.º lib. 7 cap. 8.

los sacrificios que le habia costado la rendicion de México, mandó que sus tropas hicieran algunos ejercicios militares en presencia de Vechiltze, que se le enseñaran los bergantines y se le hiciera reconocer como la famosa Tenoxtitlan, despues de un sitio de 75 dias habia quedado desierta y convertida en un monton de ruinas. El príncipe michoacano se conmovió de ver aquel espectáculo, en que de un modo muy elocuente se manifestaba la versatilidad de las cosas humanas, pues aquella poderosa ciudad que poco antes estendia su poder hasta las arenosas playas de ambos mares, en un pequeño tiempo quedaba reducida á servir de albergue solo á las aves de rapiña que se iban á cebar con las carnes de los poderosos señores de aquel mundo.

Despues de cuatro dias en que Vechiltze estuvo en Coyoacan recibiendo las mayores pruebas de una estudiada consideracion por parte de Cortés, volvió á la corte de su hermano, informándole el formidable poder de los españoles, el triste espectáculo que presentaba la gran Tenoxtitlan reducida á escombros y la buena disposicion que Cortés manifestaba, para no inquietarlo dejándolo en el trono de sus padres: esto último alhagó al soberano tarasco y queriendo no esponer su nacion á los horrores de la guerra, cuando podia quedar en el mando de ella con solo un reconocimiento por su parte, de la autoridad del rey de España, determinó ir ante Cortés para protestarle la obediencia á su soberano y entablar negociaciones de amistad.

En este viaje, fué acompañado Tanguazan de lo principal de la nobleza del reino y con gran número de criados para el servicio y otros que llevaban los regalos preparados para los españoles. Cada dia el rey mandaba correos que avisaran á Cortés el lugar donde debia pasar la noche, de suerte que con esta etiqueta propia del soberano mas civili-

zado de la europa, el general español diariamente sabia lo que avanzaba Tanguazan y cuando supo que ya estaba muy inmediato á sus cuarteles de Coyoacan, salió á su recibimiento acompañado de sus principales capitanes y la parte mas lucida de su tropa que marchaba al compas de las músicas militares. Cuando estos personajes se iban ya á encontrar, mutuamente hicieron que sus músicas de guerra dieran pruebas de su habilidad, y Tanguazan, como si un secreto y fatídico presentimiento, le hiciera conocer el desgraciado fin á que lo habian de sujetar los españoles, sintió abrumada su alma á la presencia del general castellano, y sin acordarse de la dignidad que representaba y del ridículo á que se esponia, manifestó toda la humillacion y abatimiento de que se hallaba poseido, hablando á Cortés por medio de su intérprete, en los siguientes términos. “Muy valiente y esforzado caballero, capitán de soldados valerosos, enviado por el mayor rey, suplicote perdones mi tardanza en no haber venido á verte cuando te lo prometí, porque muchas veces, (como te habrá sucedido á tí) los que gobiernan piensan una cosa y hacen otra. Yo vengo á servirte y á declararme por vasallo del rey de Castilla como tú, y así puedes mandarme cuanto sea del servicio de tan gran señor; y por que de lo que ofrezco han de ser testimonio las obras, recibirás ciertos presentes de joyas, oro y plata, con otras cosas preciosas que hay en mi reino, para que entiendas que quien ofrece su persona, está pronto á servirte con su hacienda.” Cortés recibió el regalo de aquel pobre rey, indigno de la dignidad que representaba y contestó manifestándose satisfecho de su comportamiento, ofreciéndole tambien, que con el trato que fuera teniendo con los españoles, se desengañaría del error en que estaban los naturales y que su rey le haría grandes mercedes. Siguiendo esta conversacion en términos semejantes, llegaron á los cuarteles de Coyacan, donde

el rey michoacano fué hospedado con finjidas muestras de reconocimiento á su magestad: y despues de mútuas promesas de amistad, y habiéndole hecho Cortés algunos regalos de poco valor, Tanguazan se volvió a sus estados. Los mexicanos, que por los antiguos resentimientos con los tarascos, veian con disgusto á este rey, despues, en vista de la humillacion con que se portó en presencia de Cortés, le llamaron por apodo Catzonzi, que significa, alpargate ó zapato viejo; y desde entonces fué conocido solo con este nombre, así de los españoles como de los naturales.

El reino de Michoacan, era formado por los tarascos, reunion de gente que salida de la tierra de Aztlan, en union de los mexicanos, se separaron de estos en el territorio queformó su reino, en el cual habia tambien algunas familias descendientes de los pueblos otomí y chichimeca. Este reino habia progresado bastante, cuando los mexicanos vieron elevarse en la gran Tenoxtitlan el poder de sus reyes: y manteniéndose en una continua guerra nunca los aztecas hicieron sentir sobre este pueblo, el pesado yugo de su tiranía. Sin embargo de esta continua enemistad entre ambos pueblos, como los dos tenian un mismo origen, habia entre ellos bastante analogía en muchas de sus costumbres. En la guerra lo mismo que los aztecas, mas que dar muerte á los enemigos, procuraban aumentar el número de prisioneros para tener el bárbaro placer de ofrecer un cruento sacrificio á sus imaginarias divinidades: los tarascos, sin la sed de conquistas que devoraba á los aztecas, eran tambien muy afectos á los ejercicios militares; pero limitándose á defender las fronteras de su reino, contra los continuos enemigos que siempre procuraban avasallarlos. Se permitia entre ellos la poligamia, estando determinado en su rito, que cada uno pudiera tener hasta veinte mugeres; pero á los militares que se portaban con heroicidad en la campaña, se les concedia como una pue-

ba de consideracion por sus servicios, que pudieran tomar otra muger mas de las que se concedian á la generalidad.

La legislacion era severa en medio de su sencillez y las leyes penales mas notables eran, hacer morir al que comedia alguna violencia contra la honestidad, rompiendo antes al reo la boca hasta las orejas: el hurto simple y de pequeña cantidad, se castigaba con penas aplicadas segun la prudencia de los tribunales y si lo acompañaban circunstancias agravantes, se despeñaba al criminal, como los romanos precipitaban en la roca tarpella á los que cometian traicion contra la patria. Para prevenir los delitos, se perseguia con laudable celo la vagancia, siendo inexorablemente aplicadas las penas, unas veces de muerte y otras de trabajos forzados en las minas de Guaxcatlan: y solo para el homicidio no se dice la pena que hubiera establecida, creyendo Salazar no tenerla, por no ser conocido entre ellos este delito. (1)

El principal objeto de sus cultos, era "Tucapacha" voz que en lengua tarasca significa lo mismo que Tezcatlipoca en la mexicana: y las cualidades que se atribuian á esta divinidad, era la creacion de todas las cosas, su constante accion para conservar el universo y su poder para castigar el vicio así como para premiar la virtud. Tenian conocimiento, lo mismo que los demas pueblos, de la creacion de un hombre y una muger de donde procedia todo el humano linage: esplicaban la destruccion de esta primera pareja y su reposicion, entendiendo en esto probablemente la transgresion de nuestros primeros padres, la sentencia de condenacion que el Señor pronunció en su contra en el Paraiso y la promesa de la redencion. (2) Guardaban la memoria del diluvio y la de haberse salvado allí la especie humana en la familia que sobrenadó en el arca, á cuyo ge-

(1) Salazar Conquista de Méjico, Seg. Part. Cap. 19.

(2) Salazar, lug. cit.

fe llamaban "Tezpi;" y sabian, que habiéndose mandado al cuervo para que explorara la tierra, no habia vuelto por quedarse comiendo los muchos cadáveres que cubrian la sierra, así de hombres como de animales, por lo cual mandaron otra avecilla, notable por su plumaje y mansedumbre, la cual volviendo con una rama verde, indicó estar la tierra capaz de habitarla.

Aunque conservaron el conocimiento de estas verdades, cayeron en la idolatría lo mismo que las demas naciones, aunque era muy rigurosa su observancia en los ritos y verdaderamente reverencial, el respeto que les tenian á sus sacerdotes: estos se distinguian de la generalidad del pueblo en un ropage largo con que cubrian sus cuerpos, la corona que abrian en el pelo de la cabeza y unos flecos de algodón encarnado con que circundabansus sienes: su mision era cuidar del aseo de los templos; ofrecer los sacrificios é instruir al pueblo así en lo tocante á la religion para que supiera cualera el culto que debia dar á sus divinidades, como respecto de la moralidad de sus acciones, a sien el órden público como privado. Respecto de la administracion de justicia, tenian algunas prácticas semejantes á los mexicanos, aunque en caso de delitos graves, los tribunales solo se ocupaban de formar la averiguacion y con ella era entregado al rey el delincuente, para que él le diera la sentencia. Y para el gobierno de los pueblos, habia nombrados gobernadores, los cuales usaban como distintivo, unos gruesos bastones de ébano, teniendo en la estremidad superior, un adorno de plumas y piedras de poco valor.

Con todos estos informes, la dulzura del carácter de los habitantes, la riqueza del territorio y la buena disposicion que en favor de los españoles, manifestaba el soberano de aquel reino, Cortés se determinó mandar allá á Cristóbal de Olid para la formacion de un lugar donde residieran la tropa y autoridades, que hicieran efectiva la dominacion

del soberano de Castilla. Se dispuso la salida de Olid, llevando cien infantes españoles, cuarenta caballos y algunos indios de los aliados, para que ayudasen al capitán en sus operaciones: al llegar estos nuevos pobladores al terreno de Michoacan, los naturales los recibieron con grandes pruebas de buena voluntad y el rey en cumplimiento de lo ofrecido, pagó luego su tributo al rey de España, en oro, plata y otros objetos preciosos, señalando terreno para la población española que se trataba de fundar y dando de sus súbditos un crecido número de operarios, que en breves días concluyeron las casas necesarias para la habitación de los pobladores. Los autores que tratan de estos hechos, no dicen cual fué el nombre de esta primera villa; pero sí que luego que fué concluida, Olid nombró las autoridades que mandarían en nombre de su soberano, con lo cual, aunque de hecho quedaba existente el poder de Tanguazan, como rey de aquellos estados, no era sino un ejecutor de las órdenes de los españoles.

Concluida esta obra, Olid según las órdenes de Cortés, trató de internarse para reconocer todos los dominios de aquel reino y descubrir otros estados que conquistar: dejó al gobernador de la colonia las instrucciones de lo que debía hacer en su ausencia, con orden de avisar de todo al general, para que él pudiera darles el auxilio oportuno en cualquiera necesidad. Se despidió también del rey, renovando la alianza que se había formado entre los dos pueblos, y este como una prueba de su sinceridad, señaló una gran comitiva de los señores de su nobleza, para que acompañaran al capitán español en su expedición.

Cristóbal de Olid, se internó por la provincia de Colima, hasta las arenosas playas del mar del Sur; con cuyo importante descubrimiento volvió á su nueva colonia, de allí á México, para presentar á Cortés las noticias de su viaje y las riquezas que en él había podido recoger, como primi-

cias de lo mucho que aquellos pueblos debían aumentar el tesoro de los monarcas de Castilla. El capitán Olid, llegó á México con estas felices nuevas, en los momentos que se recibía allí la noticia de haberse perdido el real tesoro mandado á Carlos V con los oficiales Avila y Quiñones, ocurrencia que se recibió en México con notable desagrado, porque de la opulencia del primer regalo, esperaban Cortés y sus compañeros, así la confirmación de la autoridad en los terrenos conquistados, como recursos de fuerza para mejor sostener su posición y grandes mercedes para el aumento de sus fortunas. Pero estos últimos puntos no inquietaban tanto el espíritu del conquistador, tal vez por el conocimiento de que estando en posesión de una tierra virgen y llena de riquezas, fácilmente la podrían explotar hasta dejar satisfecho su deseo; pero lo que más le causaba serios temores, era ver el silencio que la corte de España guardaba acerca de él y de su grandiosa obra, como si del todo hubiera sido ignorada en la península, y tanto más, cuanto que no se quitaba de su imaginación la enemistad que Velasquez, el gobernador de Cuba le profesaba y que no perdería medio de insinuarse en la corte, para conseguir órdenes que favorecieran su represado encono. Y efectivamente, su corazón no le traicionaba: el Emperador Carlos V se hallaba fuera de España, y en las personas que habían quedado gobernando en su nombre, ejercía un influjo decisivo el obispo de Burgos, quien desempeñaba la presidencia del consejo de Indias y esta circunstancia hacía que su opinión en estos negocios fuera de mucho más peso; y como Velasquez estaba favorecido por este personaje, consiguió que sus quejas fueran escuchadas y se diera á Cristóbal de Tápias, veedor de la isla de Santo Domingo, el despacho de gobernador de la Nueva España, cuyos despachos le fueron conferidos el once de Abril de 1521 y firmados por los tres gobernadores que

mandaban en España mientras Carlos V estaba en Flándes.

Tápia desembarcó en Veracruz en Diciembre del mismo año, siendo portador de una cédula firmada por Adriano regente de Castilla y autorizada por el obispo Fonseca como presidente del Consejo de Indias, en la cual se daban facultades al nuevo gobernador para arrestar á Cortés, confiscar sus bienes, examinar su conducta y mantener todo en ese estado hasta dar cuenta á España y esperar la resolución del Gobierno. El real comisionado presentó sus poderes á las autoridades de la colonia de Veracruz, pretendian lo reconocieran en su autoridad y desde luego obedecieran sus órdenes; pero los oficiales de aquel punto partidarios decididos de su general, se negaron hasta no darle á él cuenta y obedecer sus órdenes. Cuando esta noticia llegó á México, Cortés convocó al ayuntamiento para darle parte de la comision de Tápia manifestando su resolución de ir á Veracruz para tratar con él personalmente sobre aquel negocio. Los capitulares, que veian el peligro de la separacion de Cortés por no estar aun en México suficientemente asegurados los intereses de los españoles, acordaron comisionar á Gonzalo de Sandoval con los oficiales Soto y Baldenebro que se hallaban expedicionando en Goatzacualcos para significar á Tápia los inconvenientes que resultaban de la separacion de Cortés del Gobierno de México, por cuya razon desconocian sus provisiones apelando de ellas al Emperador. Cortés aceptando esta resolución dió las instrucciones convenientes á Sandoval y sus compañeros, quienes pasaron á la ciudad de Cempoala y allí trataron con Tápia sobre la legalidad de sus despachos y la conveniencia de ejercerlos: este que era un hombre débil y de muy pocos tamaños para competir con el conquistador en el terreno de la política, fácilmente fué envuelto por los comisionados de Cortés y dándole una buena cantidad de oro como precio de los caballos,

armas y demas municiones que llevaba consigo, lograron hacerlo desistir de poner en práctica su autoridad y volvió á ponerse en camino para España.

Allá cuando habia vuelto el Emperador, se le presentaron Martin Cortés padre del conquistador y los demas agentes que él tenia en la corte, consiguiendo que Carlos V diera una real órden confirmándolo en el gobierno de la Nueva España, firmada en Valladolid, el 15 de Octubre, de 1522. En este despacho, el Emperador daba gracias á Dios del descubrimiento y conquista del reino de México, manifestándose muy agradao por las buenas cualidades de que estaban poseidos los naturales de aquella tierra, siendo en esto muy superiores á los demas americanos; pero por lo mismo encargaba muy especialmente, la mayor cordura para reducirlos por medios suaves al conocimiento de la religion cristiana. A Cortés se concedia un sueldo considerable, para que pudiera sostenerse con la dignidad que requería su empleo; y á todos los oficiales se concedieron tambien mercedes, que espresaban muy bien la gratitud del soberano por sus servicios; pero encargaba, se tratara á los pueblos conquistados, como exigia la justicia, dejando á sus habitantes en la quieta posesion de sus bienes, sin tomar de ellos cosa alguna, que no fuera pagada por sus justos precios y cumpliendo en todos casos con escrupulosa esactitud, las palabras que dieran por cualquier motivo: se manifestaba disgustado por haber sabido que algunos españoles entraban á mano armada á varias poblaciones de los mexicanos, sin mas objeto que usurpar sus bienes y esto sin que la conducta de los naturales los autorizara, recomendando mucho evitar los inconvenientes que nacia de estos escandalosos latrocinios; y prohibiendo llevar la guerra á cualquier pueblo, sino despues de un motivo justificado y previas tres amonestaciones para reducirlos á la paz sin necesidad de la efusion innecesaria de

sangre. En estos mismos despachos, anuló los repartimientos que Cortés había hecho de los indios entre los oficiales de su ejército, declarando á los mexicanos libres de toda esclavitud: dió instrucciones para la fundacion de nuevas colonias españolas, para el nombramiento de ayuntamientos, compostura de caminos públicos; y designó las armas que debian formar el escudo de México.

Esta sábia y prudente determinacion de Carlos V reparaba en gran parte la injusticia con que se habian pisoteado los derechos de los mexicanos y fué aplaudida por los hombres íntegros, que no posponen la justicia y lo mas sagrado de los derechos de la sociedad, á sus mezquinos intereses particulares; pero los compañeros de Cortés que solo proclamaban los sagrados derechos de la religion y de la autoridad de su soberano, para favorecer sus miras personales, se manifestaron descontentos por la resolucion del Emperador, y como de su opinion no diferia mucho la de Cortés, fácilmente lo inclinaron á suspender la ejecucion de estas órdenes y dar nuevo informe al rey, para conseguir su derogacion. (3)

CAPITULO XXXII.

Espedicion de Cortés á Pánuco: sucesos de Tustepec; y llegada de Francisco Garay, como gobernador de Pánuco.

Desde que Cortés llegó á las playas de Veracruz, mandó una espedicion como ya hemos dicho, que recorriera la costa y fué reconocido hasta el Pánuco por Francisco de

(3) P. Cayo. Los tres siglos de México, lib. 1.^o

Montejo: desde entonces, pensó el general sujetar aquellas tierras, así por las ventajas que ellas pudieran proporcionarle con sus frutos, como por la comodidad de situar un puerto donde las embarcaciones pudieran estar al abrigo de los vientos nortes; pero no bastando su fuerza para llevar á cabo esta empresa á la vez que la invasion del reino de México, la difirió hasta mejor ocasion.

Ahora estando ya libre de las atenciones principales en México y teniendo noticia, que la belicosa nacion de los Huastecas, que eran los pobladores del Pánuco, se preparaban á hacer armas contra los españoles, salió con su ejército, hasta entrar en el primer pueblo de la provincia revelada, donde con sus viveres, pudieran pasar algunos dias los soldados, para entrar en negociaciones de paz, antes que dar principio á una campaña, que por el carácter de los enemigos y la fragosidad del terreno, podia ser de funestas consecuencias para el ejército castellano.

De allí llamó á los gobernadores ó señores principales de las inmediatas poblaciones, para que con su influjo hicieran deponer las armas á sus nacionales, haciéndoles presente que si se mantenian en paz y amistad con los españoles, disfrutarian de la tranquilidad en sus hogares y las cosechas de sus sementeras; pero que si se obstinaban en sus miras hostiles, los tratarian como enemigos, llevando la muerte y la desolacion por toda su nacion. Los Huastecos fiados en la superioridad de su número, en su natural bravura y tal vez mas que todo, en las ventajas que les proporcionaba el escabroso suelo que debia ser el teatro de la guerra, vieron con desprecio la invitacion del general, por lo cual tuvo éste que salir con sus tropas distribuidas en tres filas, á los lugares donde estaban los rebeldes: tuvo con ellos dos reñidos encuentros en que los naturales sufrieron grandes pérdidas y entonces Cortés los volvió á invitar á la paz valiéndose para esto del P. Olme-

sangre. En estos mismos despachos, anuló los repartimientos que Cortés había hecho de los indios entre los oficiales de su ejército, declarando á los mexicanos libres de toda esclavitud: dió instrucciones para la fundacion de nuevas colonias españolas, para el nombramiento de ayuntamientos, compostura de caminos públicos; y designó las armas que debian formar el escudo de México.

Esta sábia y prudente determinacion de Carlos V reparaba en gran parte la injusticia con que se habian pisoteado los derechos de los mexicanos y fué aplaudida por los hombres íntegros, que no posponen la justicia y lo mas sagrado de los derechos de la sociedad, á sus mezquinos intereses particulares; pero los compañeros de Cortés que solo proclamaban los sagrados derechos de la religion y de la autoridad de su soberano, para favorecer sus miras personales, se manifestaron descontentos por la resolucion del Emperador, y como de su opinion no diferia mucho la de Cortés, fácilmente lo inclinaron á suspender la ejecucion de estas órdenes y dar nuevo informe al rey, para conseguir su derogacion. (3)

CAPITULO XXXII.

Espedicion de Cortés á Pánuco: sucesos de Tustepec; y llegada de Francisco Garay, como gobernador de Pánuco.

Desde que Cortés llegó á las playas de Veracruz, mandó una espedicion como ya hemos dicho, que recorriera la costa y fué reconocido hasta el Pánuco por Francisco de

(3) P. Cayo. Los tres siglos de México, lib. 1.^o

Montejo: desde entonces, pensó el general sujetar aquellas tierras, así por las ventajas que ellas pudieran proporcionarle con sus frutos, como por la comodidad de situar un puerto donde las embarcaciones pudieran estar al abrigo de los vientos nortes; pero no bastando su fuerza para llevar á cabo esta empresa á la vez que la invasion del reino de México, la difirió hasta mejor ocasion.

Ahora estando ya libre de las atenciones principales en México y teniendo noticia, que la belicosa nacion de los Huastecas, que eran los pobladores del Pánuco, se preparaban á hacer armas contra los españoles, salió con su ejército, hasta entrar en el primer pueblo de la provincia revelada, donde con sus viveres, pudieran pasar algunos dias los soldados, para entrar en negociaciones de paz, antes que dar principio á una campaña, que por el carácter de los enemigos y la fragosidad del terreno, podia ser de funestas consecuencias para el ejército castellano.

De allí llamó á los gobernadores ó señores principales de las inmediatas poblaciones, para que con su influjo hicieran deponer las armas á sus nacionales, haciéndoles presente que si se mantenian en paz y amistad con los españoles, disfrutarian de la tranquilidad en sus hogares y las cosechas de sus sementeras; pero que si se obstinaban en sus miras hostiles, los tratarian como enemigos, llevando la muerte y la desolacion por toda su nacion. Los Huastecos fiados en la superioridad de su número, en su natural bravura y tal vez mas que todo, en las ventajas que les proporcionaba el escabroso suelo que debia ser el teatro de la guerra, vieron con desprecio la invitacion del general, por lo cual tuvo éste que salir con sus tropas distribuidas en tres filas, á los lugares donde estaban los rebeldes: tuvo con ellos dos reñidos encuentros en que los naturales sufrieron grandes pérdidas y entonces Cortés los volvió á invitar á la paz valiéndose para esto del P. Olme-

do acompañado de algunos de los principales prisioneros. El prudente religioso por medio de los intérpretes, representó á los indios los males que tendrian que sufrir en una guerra contra enemigos tan poderosos por su disciplina y la ventaja de sus armas: les pintó con los mas vivos colores el lúgubre espectáculo de la floreciente Tenoxtitlan, convertida en unos cuantos dias en escombros; y procurando atraerlos con el cariño y afabilidad, los corazones de aquellos guerreros se desnudaron de su natural fiereza y muchos de ellos en compañía del mismo religioso, vinieron a ofrecer á Cortés la sumision de sus personas, representada en el tributo que pagaban al rey de España en algunos objetos de poco valor.

Satisfecho el general con la disposicion de estos naturales, pasó el rio, donde los indios le opusieron una tenaz resistencia, envalentonados con el destrozo que habian hecho en las fuerzas de la primera expedicion de Garay en aquella provincia; pero no correspondiendo en esta vez el resultado á sus esperanzas, quedaron vencidos y para escapar de un castigo inexorable, se rindieron y ofrecieron su vasallage al monarca español. Cortés estaba contento del resultado de su expedicion y para asegurar perpetuamente los resultados de su victoria sobre aquellos pueblos, fundó un lugar á que dió el nombre de San Estévan del Puerto, en la cual dejó una guarnicion española al mando del capitan Pedro Vallejo: y nombrando los alcaldes y regidores, dejando á todos las instrucciones para su gobierno volvió á México con el resto de sus fuerzas.

En estos dias recibió la noticia de que sesenta españoles que habia mandado por la provincia de Tustepec, en busca de las vetas metálicas de donde los mexicanos sacaban gran parte del oro en que abundaba el imperio, habian sido muertos á manos de los naturales, dirigidos por algunos capitanes aztecas, que no queriendo sujetarse á

la pesada dominacion española, buscaban el consuelo de su libertad, en los montes ó en los pueblos que aun no estaban sujetos al yugo castellano. Luego que Cortés recibió la funesta nueva del fin de estos desgraciados compañeros suyos, ordenó que Gonzalo de Sandoval llevase doscientos infantes, cuarenta caballos y algunos indios aliados, para vengar la atrocidad que los tuztepeques habian cometido con sus nacionales. El gobernador de la provincia, sabiendo la fuerza que iba en su contra, no se atrevió á resistirla con la fuerza, temiendo los terribles estragos á que sus pueblos quedaban espuestos con el furor de los españoles en un caso desgraciado para ellos en la campaña; y como un proceder político aconsejado por la prudencia, determinó desarmar la cólera del gefe de sus enemigos, con una conducta amistosa y deprecatoria, reservando para mejor ocasion, hacer uso de las armas. Cuando ya se acercaba Sandoval, salió el gobernador á recibirlo amistosamente, ofreciéndole cómodos hospedages para su tropa y su buena disposicion para reconocer la autoridad de las armas españolas. Sandoval le significó su deseo de que la amistad de la provincia para con ellos, estuviera marcada con el sello de la sinceridad, como lo estaba la de otros muchos pueblos y le encareció las ventajas que resultarian á él y todos sus súbditos, en ser vasallos de un rey tan poderoso y benigno como pintó al monarca de Castilla.

El gobernador se manifestó inclinado á los razonamientos de Sandoval y pronto presentó á los suyos, para que todos rindieran el acatamiento que se pedia para el soberano en cuyo nombre se conquistaba la tierra. El capitan agradeció al gobernador sus buenos oficios y pronta voluntad para aceptar su autoridad, é informado del lugar donde se guarecian los mexicanos que habian capitaneado la triste jornada en que perecieron los sesenta es-

pañoles, salió en su contra: en el primer encuentro, los mexicanos hicieron una bizarra resistencia; pero dominados al fin por el número y superioridad de las armas de sus contrarios, no tuvieron mas defensa que rendir las armas y hechos todos prisioneros, Sandoval volvió con ellos á Tuztepec, donde en el acto se encendió una hoguera y en presencia de todo el pueblo, fué arrojado á ella el caudillo de aquellos desgraciados, que pronto fué devorado por las llamas y convertido á ceniza.

Aun se iba á seguir el mismo ejemplar castigo con todos los prisioneros cuando el gobernador se acercó al jefe español y dijo. "Jamás el rencor se hospeda en los pechos generosos, por mas que los agravios agiten su corazón; y es mayor el triunfo que se consigue cuando la clemencia perdona, que cuando se descarga inexorable el rigoroso castigo. Bien conozco el justo enojo que os impulsa y que ninguna satisfaccion podrá equipararse á la grandeza del delito; pero cuando mas grandes son las ofensas que se reciben, mejor es cubrirlas con la capa del olvido, que esponerse á dejarlas mal vengadas: tanto mas, cuando el castigo del principal delincuente puede asegurar el escarmiento en los cómplices. No se diga que el rigor y la crueldad dominan la liberalidad de vuestro espíritu: á vuestra nobleza apelo para obtener el perdón de estos infelices, que separados de los umbrales de una muerte segura, por vuestra generosidad, vivirán arrepentidos de su delito y agradecidos de vuestra clemencia, que es lo mas conveniente á los intereses de vuestro católico Monarca."

Como Sandoval, no era llevado de los sentimientos sanguinarios que predominaban en otros de sus compañeros, mas bien queria atraerse los afectos de los naturales, que emplear innecesariamente la violencia, por lo cuál facilmente accedió á la solicitud del gobernador, y este quedó mas obligado para con los españoles, por aquella prueba

de consideracion. Allí mismo se informó Sandoval que con la provincia de Tuztepec, confinaban la de Tiltepec y la de los Zapotecas, las que quiso reducir á la obediencia de su gobierno por medios suaves: para esto mandó llamar á los señores de ellas, ofreciéndoles la paz; pero como se negaron á escuchar proposiciones en este sentido, mandó una pequeña fuerza española, aliada con otra mexicana y al mando del capitán Briones, para que redujera á los pueblos que se negaban á aceptar voluntariamente el yugo de los extranjeros.

Salió Briones á ejecutar aquellas órdenes; y los enemigos, advertidos de su marcha, se refugiaron á un monte, cuya aspereza dificultaba las operaciones de los aliados: estos se empeñaron en vencer los obstáculos que les presentaba el terreno y la niebla que ese día la cubria; pero cuando se habian colocado en la mas difícil posicion, los naturales cargaron sobre ellos con tan impetuoso esfuerzo, que fué imposible resistirlos, y el capitán tuvo que regresar hasta Tuztepec, para dar cuenta del mal éxito de su expedicion. Sandoval reprendió con bastante severidad á Briones y dió las órdenes convenientes para que se alistara toda su fuerza, con la cual personalmente pensaba emprender la campaña, castigando la obstinacion del enemigo con destruir sus pueblos y ciudades y entregar a sus habitantes al furor de sus soldados. Esta amenaza que se difundió rápidamente, llegó pronto á los mismos pueblos amenazados, los cuales antes que esponerse á la completa destruccion, pensaron rendirse, yendo los principales señores á implorar la clemencia de Sandoval, protestando la obediencia á su poderoso rey, en prueba de lo cual llevaban como tributo algun oro y otras preciosidades que ofrecian como primicias de su vasallage.

Con todo lo que hasta aquí habia hecho Sandoval, se habia captado la obediencia de todos los pueblos, prece-

diendo unos por temor que les inspiraba el valor de los españoles y otros por la prudencia y discrecion con que el capitán había procedido: así es que, luego vinieron los señores de Xaltepec, así á ofrecerle la obediencia y reconocimiento con el pago de su tributo, como pidiéndole al mismo tiempo, auxilio para castigar á los Minxes, pueblo inquieto y belicoso, que sin cesar turbaba el reposo y la tranquilidad de sus estados. Sandoval, no pudo despreciar aquella oportunidad de ensanchar los dominios de su soberano; y aunque con sentimiento de los Tuztepeques, que tanto se habían agradado de su carácter, salió para Xaltepec, donde fué recibido con grande aprecio de todo el pueblo y muy particularmente de la nobleza. Agradado sobre manera el capitán, de la suavidad del clima de aquella provincia, la feracidad de la tierra y las riquezas de las minas que había en su territorio, pensó establecer luego un lugar y para ello eligió un punto á propósito cerca del río Chalchocueca, que los españoles llamaron de las banderas, poniendo á la nueva fundación el nombre de Medellín, nombre de su misma patria: nombró por tesorero real á un oficial llamado Luis Marin: repartió tierras entre sus soldados para que poblaran; y pasó sin contradicción de los nacionales, sujetando las provincias de Guazcaltepec, Chinantla, Coatzacoalco y pasado el río, las de Copilco, Cimatan, Tabasco y otras, fundando allí también otra población á la cual se dió el nombre de Villa de Espíritu Santo.

Estaba ocupado Sandoval en estos quehaceres de arreglar las nuevas poblaciones que había fundado, el repartimiento de tierras y dictar todas las medidas conducentes á la seguridad y progreso de los intereses de la corona de Castilla en todas las provincias que se acababan de someter, cuando llegó un buque procedente de la isla de Cuba, trayendo á varios españoles á quienes había entusiasmado la gran fama de la afortunada conquista de Cor-

tés: entre estas personas, venia también la señora D^a Catalina Juárez, esposa del conquistador; y apenas supo esto el capitán Gonzalo de Sandoval, se apresuró á presentar sus servicios á la esposa de su general, acompañándola hasta México, para dispensarles en todo el camino las atenciones y servicios, como si con ellos agradara á su general.

Los españoles que se quedaron, tenían las instrucciones convenientes para mantener la paz en todas las provincias; pero apenas los indios descontentos de la conquista, supieron la separación del jefe, quisieron aprovechar su ausencia y la división en que quedaban los españoles, rebelándose para recobrar su anterior independencia.

Luego que Cortés tuvo aviso de este movimiento, mandó á Cristóbal de Olid con alguna fuerza que lo reprimiera, el cual entró en los términos de las provincias rebeldas, combatiendo á los ejércitos indígenas, que favorecidos con la escabrosidad del terreno, hicieron alguna resistencia; pero siendo al fin vencidos, los demás se vieron obligados á pedir capitulaciones, ofreciendo seguir en la obediencia que ya antes habían prometido, aceptando Olid aquellas proposiciones sin esforzarse en llevar adelante el castigo, porque su tropa se hallaba maltratada con las fatigas de las apresuradas marchas.

Apenas Olid se volvió para México sin tomar nuevas precauciones para dejar asegurada su obra, cuando los pueblos volvieron á sublevarse: y llegando á Cortés esta nueva, conoció la importancia de Gonzalo de Sandoval para dejar asegurada la paz, en las provincias que él mismo había conquistado, lo mandó con alguna tropa: con ella penetró á los lugares sublevados, y llevados sus habitantes del cariño que habían profesado á Sandoval, se le rindieron sin necesidad de recurrir á las armas; pero para dejar asegurada la paz y vencer la tenacidad de los indí-

genas, sin tener que recurrir á nuevas expediciones del ejército, averiguó quienes habian sido los principales autores de la rebelion, les mandó aplicar el formidable castigo de la muerte, con lo cual atemorizados los pueblos, no volvieron á intentar mas rebelarse contra el yugo que les habia impuesto la imprudente debilidad de sus señores. (1)

En este tiempo se determinó Francisco Garay alistar en Jamaica una armada, para pasar á Pánuco á ejercer el empleo de gobernador, cuyos despachos hacia tiempo le habian sido conferidos por la regencia del reino y autorizacion del Sr. Obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias: para ésto alistó nueve navios con su respectiva tripulacion, ochocientos cuarenta infantes, ciento treinta y seis caballos y las necesarias municiones para la empresa.

Llegó al rio de las Palmas, en cuya embocadura desembarcaron algunos soldados, y dando informes de ser sus cercanías un terreno estéril, se embarcaron y siguieron hasta el rio Pánuco, donde Garay saltó á tierra con su tropa, dejando las embarcaciones al mando del capitan Juan de Grijalva: caminaron algo por tierra hasta estar cerca de un pueblo, á cuyos naturales acarició Garay para captar su voluntad, y por ellos tuvo las noticias convenientes del territorio, así como de la fundacion española, de San Estévan, en la cual mandaba el capitan Vallejo, como teniente gobernador de Cortés. Luego Garay mandó á Vallejo una carta con el oficial Diego de Ocampo, noticiándole su llegada y los despachos que traia de gobernador para aquella provincia, requiriéndolo para que lo reconociera en su empleo y obedeciera sus mandatos; pero el teniente gobernador, como era debido se negó hacer dimision de su autoridad hasta no dar aviso á su capitan general, al cual le puso luego un correo dándole parte de aquellos acontecimientos.

[1] Salazar, Conquista de México, par. seg. lib. 2.º cap. 1.º 2.º 3.º 4.º

Cortés para adoptar la conveniente resolucion en aquel caso, reunió en consejo á las principales personas que lo acompañaban en México, y allí se determinó mandar una comision que revisara los despachos de Garay, obrando en vista de ellos y con arreglo á las instrucciones de Cortés. La comision, que fué compuesta del P. Olmedo, los capitanes Sandoval y Alvarado y el Lic. Zuaso, que Cortés habia hecho venir de la isla de Cuba para que le sirviera de asesor, partió para San Estévan, donde exigieron á Garay presentara sus proviciones, que fueron desconocidas por que eran despachadas por la regencia y posteriormente el emperador habia nombrado á Cortés, gobernador y capitan general de la Nueva España, que comprendia todas las tierras descubiertas y sujetas por el conquistador.

Mientras se tenian estas contestaciones y se arreglaba la diferencia que habia ocurrido en Vallejo y Garay, por haber apresado el primero, cuarenta soldados del segundo, que habian cometido algunas depredaciones en la poblacion de Nechaplan, los comisionados Sandoval y Alvarado atrajeron á su partido á los oficiales Juan Lepuzcuano y Torre Mocha, cuyo ejemplo siguió despues el mismo Juan de Grijalva, capitan de la armada; y viendo Garay las dificultades de que se iba cercando su empresa, así, porque los despachos de Cortés invalidaban los suyos, como por las defecciones de sus soldados, pidió permiso de pasar á México para hablar con Cortés, para lo cual fué acompañado de los mismos miembros de la comision.

Cortés como capitan bien experimentado, sabia cuan inconstante es la fortuna y las alternativas que los sucesos tienen en la guerra, de suerte, que á pesar del buen éxito con que caminaba su causa, no se desdeñó de manifestar á su contrario su afabilidad, procurando dar el último golpe con un exeso de generosidad. Cuando ya la comitiva se acercaba á México, salió á recibirla, manifestando á Garay

las espresiones de su estimacion: con esto y los buenos oficios del padre Olmedo y el Lic. Zuaso, pronto se arreglaron las diferencias de aquellos dos gefes, desistiendo Garay del derecho que pretendia tener al gobierno de Pánuco, y consintiendo Cortés, en que con su gente desembarcase en el rio de las Palmas, poblando las tierras limítrofes á las que ya estaban conquistadas; pero este arreglo no pudo ejecutarse, porque pocos dias despues saliendo de los maitines de noche buena, acometió á Garay una pulmonía de que murió en breves dias.

Como precisa consecuencia de la muerte de Garay, sus tropas se dividieron disputándose el mando todos los oficiales, de cuya anarquía resultó que se entregaran á cometer mil violencias en los pueblos indígenas, los cuales indignados por aquella conducta, se levantaron contra sus invasores, dando muerte a mas de quinientos españoles y poniendo á los demas en el mayor conflicto, que tuvieron que sostener un penoso sitio en la poblacion de S. Estevan, donde murió el capitán Vallejo.

Cuando en México se recibió esta noticia, Cortés comisionó á Sandoval para la pacificacion de aquellos pueblos: el cual venció á los indígenas y descubriendo quienes fueron los principales de la sublevacion, les aplicó la pena de muerte. ¡Disposicion injusta, porque estos infelices naturales, al manifestar su justa cólera contra los españoles, procedieron en defensa de sus naturales derechos ultrajados por la desenfrenada soldadesca de Garay, al robarles sus intereses y cubrir de ignominia sus familias, violando sus hogares, tan sagrados segun la sencilla legislacion de aquellos pueblos! También á los soldados de Garay se les aplicó el castigo que se creyó oportuno, devolviendo á muchos para Cuba y otros á México, volviendo á organizar el gobierno de la provincia, que se quedó encargado al capitán Vallecillo. Cuando llegó á México

la noticia de las operaciones del caiptan comisionado, dijo Cortés á las personas que lo acompañaban. “Verdaderamente Gonzalo de Sandoval debe celebrarse por uno de los mas ilustres varones de la fama.” (2) Mas ilustre seria su nombre, si el brillo de su valor y la prudencia con que procedió las mas veces, no se hubieran empañado por esta accion, que no puede leerse sin sentirse lleno de indignacion, por las injusticias con que cargaron á los desgraciados naturales la codicia y arbitrariedad de los conquistadores.

CAPITULO XXXVI.

Llegada de los primeros religiosos á México.

No puede menos que deplorarse con toda la amargura de que es capaz un corazon herido por el mas acerbo dolor, el lamentable extravio de la razon, al considerar como en los últimos dias, México ha podido levantar sacrilego su mano, para estampar una bofetada de ignominia sobre el venerable rostro de una religion á quien es deudor de cuantos beneficios puede registrar en sus anales. ¿Qué fué México en su antigüedad? Un pueblo gentil, alimentado con ridículas y supersticiosas doctrinas, que estraviando la inteligencia de sus habitantes, los precipitaron al horroroso abismo de una religion absurda y cruel, por los millares de cruentos sacrificios que diariamente se ofrecian para poder contentar al sanguinario Huitzilopochtli: era un pueblo ciego, caido en el lastimoso abismo de la deprabacion, era el último término de la espresion mas repugnante en la corrupcion de la humana inteligencia.

(2) Salazar part. seg. lib. 2.º cap. 6.º 7.º 8.º y 9.º Cabo Los tres siglos de México lib. 1.º núm. 21.

las espresiones de su estimacion: con esto y los buenos oficios del padre Olmedo y el Lic. Zuaso, pronto se arreglaron las diferencias de aquellos dos gefes, desistiendo Garay del derecho que pretendia tener al gobierno de Pánuco, y consintiendo Cortés, en que con su gente desembarcase en el rio de las Palmas, poblando las tierras limítrofes á las que ya estaban conquistadas; pero este arreglo no pudo ejecutarse, porque pocos dias despues saliendo de los maitines de noche buena, acometió á Garay una pulmonía de que murió en breves dias.

Como precisa consecuencia de la muerte de Garay, sus tropas se dividieron disputándose el mando todos los oficiales, de cuya anarquía resultó que se entregaran á cometer mil violencias en los pueblos indígenas, los cuales indignados por aquella conducta, se levantaron contra sus invasores, dando muerte a mas de quinientos españoles y poniendo á los demas en el mayor conflicto, que tuvieron que sostener un penoso sitio en la poblacion de S. Estevan, donde murió el capitán Vallejo.

Cuando en México se recibió esta noticia, Cortés comisionó á Sandoval para la pacificacion de aquellos pueblos: el cual venció á los indígenas y descubriendo quienes fueron los principales de la sublevacion, les aplicó la pena de muerte. ¡Disposicion injusta, porque estos infelices naturales, al manifestar su justa cólera contra los españoles, procedieron en defensa de sus naturales derechos ultrajados por la desenfrenada soldadesca de Garay, al robarles sus intereses y cubrir de ignominia sus familias, violando sus hogares, tan sagrados segun la sencilla legislacion de aquellos pueblos! También á los soldados de Garay se les aplicó el castigo que se creyó oportuno, devolviendo á muchos para Cuba y otros á México, volviendo á organizar el gobierno de la provincia, que se quedó encargado al capitán Vallecillo. Cuando llegó á México

la noticia de las operaciones del caiptan comisionado, dijo Cortés á las personas que lo acompañaban. “Verdaderamente Gonzalo de Sandoval debe celebrarse por uno de los mas ilustres varones de la fama.” (2) Mas ilustre seria su nombre, si el brillo de su valor y la prudencia con que procedió las mas veces, no se hubieran empañado por esta accion, que no puede leerse sin sentirse lleno de indignacion, por las injusticias con que cargaron á los desgraciados naturales la codicia y arbitrariedad de los conquistadores.

CAPITULO XXXVI.

Llegada de los primeros religiosos á México.

No puede menos que deplorarse con toda la amargura de que es capaz un corazon herido por el mas acerbo dolor, el lamentable extravio de la razon, al considerar como en los últimos dias, México ha podido levantar sacrilego su mano, para estampar una bofetada de ignominia sobre el venerable rostro de una religion á quien es deudor de cuantos beneficios puede registrar en sus anales. ¿Qué fué México en su antigüedad? Un pueblo gentil, alimentado con ridículas y supersticiosas doctrinas, que estraviando la inteligencia de sus habitantes, los precipitaron al horroroso abismo de una religion absurda y cruel, por los millares de cruentos sacrificios que diariamente se ofrecian para poder contentar al sanguinario Huitzilopochtli: era un pueblo ciego, caido en el lastimoso abismo de la deprabacion, era el último término de la espresion mas repugnante en la corrupcion de la humana inteligencia.

(2) Salazar part. seg. lib. 2.º cap. 6.º 7.º 8.º y 9.º Cabo Los tres siglos de México lib. 1.º núm. 21.

Cuando este pueblo corriendo por las pavorosas sombras de la idolatría llegó al antro mas tenebroso de la degradacion, apareció á sus puertas el capitan Fernando Cortés: al estruendo de sus cañones, se conmovieron las gradas sobre que estaba el trono de la opulenta Tenoxtilan: la corona de los Moctehuzuma y los Quauhquemotzin, rodó por el polvo de las ruinas; y el poderoso cetro, opresor de todos los pueblos del Anahuac, al chocar con el filo de los sables castellanos cayó desmenuzado, ante la zafuda presencia del conquistador. Entonces cambió la suerte de aquellas naciones; pero esta violenta mutacion, hasta entonces ningun fruto favorable habia traido para los descendientes de Hueman y de Huitziton, de Xolotl y el gran Nezahualcoyotl. Ya no sintieron la opresion de las terribles macanas aztecas, pero en cambio sufrieron lo punzante del látigo de Castilla: su sangre no corrió mas en los fatídicos altares de sus funestas divinidades, pero millares de víctimas fueron inmoladas en las doradas aras de la codicia, para contentar la sed de oro de las huestes conquistadoras, que en busca de este precioso metal removieron hasta los cimientos de los palacios, penetraron al fondo de los abismos para rebullir los cenagosos fondos de los lagos y no se contuvieron ante los frios aposentos de la muerte, pues turbaron la paz de los sepuleros, para sacar las anheladas riquezas, de entre las silenciosas tumbas, donde reposaban las cenizas de los muertos.

Tras de los mentidos halagos de una deslumbrante civilizacion, el pueblo gemia bajo una esclavitud tanto mas dura, cuanto era mayor la ambicion de sus ilustrados señores y mas refinada la exigencia de sus desordenadas pasiones. La gran familia de los Nahuatlacas, habria desaparecido ante la formidable opresion de sus nuevos amos; pero en estos solemnes momentos, salva las aguas de los profundos y dilatados mares, la religion santa que siempre

está pronta junto al lecho del dolor, que jamas desdeña extender su mano compasiva para enjugar las lágrimas del oprimido y que sin cesar infiltra la suavidad y la dulzura en los corazones lacerados por los mas grandes infortunios. Si en todos los pueblos es una negra mancha arrojar una inmunda saliva á la cara de la Iglesia Católica, esposa inmaculada del Cordero Dominador, á quien todas las naciones son deudoras de la civilizacion, es aun mayor en el pueblo mexicano, que es respecto de la Iglesia de Jesucristo, lo que el discípulo amado que se reclinó en el pecho de su Divino Maestro: es lo que Benjamin respecto de Jacob, que por ser el último y mas tierno de sus hijos, era el mas amado y objeto de la predileccion de su cañño. Ingratitud monstruosa de este pueblo, que tal vez no tenga ejemplo en la historia! La iglesia católica evitó la destruccion del pueblo que sentia sobre su cuello la pesada planta del extranero, interponiéndose entre el destructor acero de los vencedores y la mísera suerte de los vencidos: defendió los derechos naturales de los antiguos pobladores de este suelo privilegiado; y sembró en el corazon de sus habitantes, la fecunda planta de la civilizacion, para que algun dia pudiera saborear sus delicados frutos y llegar al puesto elevado que le corresponde en la esfera de los pueblos cultos. Para sembrar esta semilla, mandó sus operarios evangélicos, sacados de los claustros, donde se renuncia la sensualidad y el amor de los mundanales bienes, para sacrificarse en bien de la humanidad que sufre.

El gefe de la iglesia, el Sr. Leon X concedió en una bula la autorizacion que para venir á este suelo solicitaban los religiosos Fr. Juan Clapion, confesor del emperador Carlos V y Fr. Francisco de los Angeles hermano del conde de Luna: en este despacho la Santa Sede autorizaba á estos apostólicos varones y á los mas que vinieran á

dedicarse á la predicacion evangélica en el nuevo mundo, con toda la plenitud de facultades que eran necesarias para el bien espiritual de la nueva mies; pero ninguno de estos dos hombres pudo realizar su propósito, porque la muerte cortó los días al primero y el segundo fué electo general de la orden de franciscanos, en el capítulo que se celebró en el convento de Burgos, en la pascua de Espiritu Santo del año de 1523.

Viéndose ya este padre, impedido de pasar á estas regiones para alumbrar á sus habitantes con la luz de la enseñanza del evangelio, nombró al P. Fr. Martin de Valencia para que con los compañeros que él eligiera, viniera á echar en el nuevo mundo los cimientos de la fé, principio de una positiva civilizacion y del verdadero progreso. En Octubre de ese mismo año, dió el general á los religiosos la instruccion siguiente.

“Fr. Francisco de los Angeles, Ministro general y Siervo de toda la orden de los frailes menores: al venerable y devoto padre Fr. Martin de Valencia custodio de la custodia del Santo Evangelio, en la Nueva España y tierra de Yucatan y á los otros religiosos, por mí enviados á la dicha tierra, paz y paternal bendicion. Como la mano del muy alto no sea abreviada para hacer misericordia á sus criaturas, no cesa aquel soberano padre de las compañías, Dios y Criador nuestro, de grangear en esta viña de su iglesia, para de ella coger el fruto, que su precioso hijo en la cruz mereció, ni hasta al fin cesará, enviando nuestros obreros á su iglesia. Y porque esta tierra de la nueva España, ya dicha, siendo por el demonio y carne vendimiada, Cristo no goza de las animas que con su sangre compró, parecióme que pues, á Cristo allí no le faltan injurias, no es razon que á mí no me faltase sentimiento de ellas, pues tanta razon, y mas tengo yo que el profeta David, para sentir y decir con él *Zelus domus tuæ comedit me*

et opprobria exprobratum tibi ceciderunt super me. Y sintiendo esto y siguiendo las pisadas de nuestro padre San Francisco, el cual enviaba frailes á las partes de los infieles, acordé enviaros (padre á vos, á aquellas partes ya dichas con doce compañeros por mí señalados, mandando en virtud de Santa obediencia, á vos, y ellos acepteis, este trabajoso peregrinaje, por el que Cristo Hijo de Dios tomó por nosotros, acordandoos, que así como Dios al mundo, que para redimirle envié á su unigénito hijo, del Cielo á la tierra: el cual anduvo y conversó con los hombres treinta y tres años buscando la honra de Dios su padre y la salud de las almas perdidas, y por estas dos cosas vivió en muchos trabajos y pobreza, humillándose hasta la muerte de cruz, y un día antes que muriese dijo á sus apóstoles “ejemplo os dejo para que como me he habido con vosotros así vosotros os aiáis unos con otros.” Lo cual despues los apóstoles, por obra y palabra nos mostraron andando por el mundo, predicando la fé, con mucha pobreza y trabajos, levantando la bandera de la cruz en partes estrañas, en cuya demanda perdieron la vida con mucha alegría por amor de Dios y del prójimo: sabiendo que en estos dos mandamientos se encierra toda ley y profetas, y los santos que despues vinieron, siempre procuraron guardar este estilo, é inflamados con estos dos amores de Dios y del prójimo, como con dos piés corrian por este mundo, procurando no su honra, mas la de Dios, no su descanso mas el de su prójimo. Y así como nuestro padre San Francisco aprendió esto de Cristo y de los apóstoles, así nos lo mostró yendo él á predicar por una parte, y enviando sus frailes por otra, porque nos enseñase como habíamos de guardar la regla apostólica y evangélica que prometimos. Y aunque yo, muy amados hermanos, en Jesucristo, halla deseado y procurado mucho tiempo ha, y deseo ahora ir á vivir en aquellas partes, mostrando á mis súbditos, mas por obra,

que por palabra, la guarda del evangelio, preso y arrojado en la cárcel de la obediencia de esa misma regla, no hago lo que quiero sino lo que aborrezco. Y pues mis pecados no me dan lugar, para que yo en esto me pueda emplear, acordé enviar á vosotros que por virtud de la obediencia, por la cual vais andando con estos dos piés, que tengo dicho que son los del amor de Dios y del prójimo, podreis correr de manera que digais con el apóstol: *Sic curro non quasi in incertum* pues correis por los mandamientos de Dios: *Sic pugno, non quasi aerem verberans* pues vuestro cuidado no ha de servir en guardar armonias ni ordenaciones, sino en guardar el evangelio y regla que prometiste. Y porque en tan espiritual y alto edificio no os falte el fundamento de la humildad tened siempre delante de los ojos aquellas palabras: “no somos suficientes de nosotros, mas nuestra suficiencia y habilidad es de Dios.” Y porque este conocimiento y humildad no enferme los piés que tengo dicho para ir por los trabajos, diciendo. “No somos para ello.” Acordaos hermanos míos muy amados, que aunque así sea, que ni el que planta ni el que riega hace algo, y que solo Dios es el que da fruto, pero faltanos hacer lo que en nos es. Y el apóstol no se gloria del provecho que hizo sino del trabajo que pasó, porque aunque convirtais infiel alguno, sino que os ahogueis en el mar, os maten los hombres ú os coman las bestias fieras habreis hecho vuestro oficio, y Dios hará el suyo. Estas pocas palabras llanas y simples os he querido, hermanos amados decir, mas por cumplir con mi oficio que por suplir vuestro sentir del cual confío mas que del mio. Y notad bien los puntos siguientes, para los principios hasta que la experiencia otra cosa os de á sentir.

Lo primero que por vuestra consolacion debeis notar, es, que sois enviados á esta Santa obra, por el mérito de la Santa obediencia, y no solamente mia, en quanto vicario de San Francisco y ministro general; pero Su Santidad,

por un breve a mí dirigido dice: que los que yo señalare él mismo los envia Autoritate apostólica como vicario de Cristo. Y así al presente no envió mas de un prelado con doce compañeros porque este fué el número que Cristo tomó en su compañía para hacer la conversion del mundo. Y San Francisco nuestro padre hizo lo mismo para la publicacion de la vida evangélica.

Lo segundo, pues, vais á plantar el evangelio, y en los corazones de aquellos infieles, mirad que vuestra vida y conversacion no se aparte de él. Y esto hareis si velareis estudiosamente en la guarda de vuestra regla, la cual está fundada en el santo evangelio, guardándola pura y simplemente sin gloria ni dispensacion como se guarda en las provincias de los Angeles, San Gabriel y la Piedad; y nuestro padre San Francisco y sus compañeros la guardaron. Podreis empero usar de las declaraciones que declaran y no relajan la regla no entendiéndolas fanáticamente dejando otros extremos los cuales traen peligrosos errores.

Lo tercero, el prelado vuestro y de los frailes que á aquella nueva España y tierra de Yucatan fueren se llamará custodio de la custodia del santo evangelio, y todos los frailes serán á él sujetos como el ministro general, cuyas veces tiene *in utroque foro*. Y este custodio será sujeto al ministro general inmediato sin reconocer otro superior sino al ministro general ó al comisario por él enviado. Y no es mi voluntad que algun fraile en aquellas partes more, sino quiere conformarse con vosotros y guardar la forma de vivir que tengo dicha. Y si algunos hay al presente ó fueren despues y no se quisieren conformar, mando por obediencia que sean remitidos á la provincia de Santa Cruz de la isla española.

Lo cuarto, porque no es razon que el trabajo que por la obediencia tomáis os prive del privilegio de los otros. Por la presente declaro y mando que cuando alguno de

vosotros por alguna causa fuere de vuestro custodio remitido á estas partes sea recibido en su provincia, de donde salió como hijo de ella sin poder ser desechado. Y cuando en vuestras provincias fuere notificado el fallecimiento de alguno de vosotros, quiero sea por él hecho el oficio como por otro cualquiera fraile que muere morador en la provincia.

Cuando acaeciére morir el custodio ó acabare el bienio, sea hecha la eleccion del sucesor de esta manera. El sacerdote mas antiguo de donde muere el custodio llamará á capítulo á todos los sacerdotes que en espacio de treinta dias se pudieren juntar, los cuales todos tendrán voz en la eleccion del custodio y hacerse ha por escrutinio conforme á los estatutos de la órden, y hasta tanto sea elegido el sucesor del que murió, aquel padre sacerdote mas antiguo ya dicho, tendrá todas las veces y autoridad del custodio hasta que sea elegido otro, el cual ipso facto será confirmado y habido por prelado de todos los otros.

Lo sexto. El custodio será obligado de venir ó enviar á los capítulos generales no á los que se celebran de tres en tres años, sino á los que en fin de los seis años, para elegir Ministro General se celebran, en el qual capítulo no tendrá voto hasta que por el capítulo general le sea concedido, pero su venida será á dar noticia de ella y llevar las provisiones necesarias.

Lo sétimo: que tengais aviso que por el provecho de los otros no descuideis del vuestro, y para esto si juntos pudiereis estar en una ciudad, tenerlo por mejor, porque el concierto y buen ejemplo que viesen en vuestra vida y conversacion sería tanta parte para ayudar a la conversion como las palabras y predicaciones. Y si esto no hubiere lugar á lo menos dividiros de dos en dos ó de cuatro en cuatro, y esto en tal distancia, que en quince dias poco mas

ó menos os podais juntar cada año una vez con vuestro prelado á conferir unos con otros las cosas necesarias.

Item á ejemplo de nuestro padre San Francisco, que yendo camino, de su compañero hacia prelado por estar siempre debajo de obediencia, cuando el custodio enviare algunos, aunque no sean mas de dos, siempre señale al uno por prelado del otro. Y en todo lo que las constituciones y loables costumbres de la religion no estorbaren de hacer á lo que vais, que es á la conversion de los infieles es bien sean de vosotros guardadas y debeis pensar lo que Cristo dijo. "Que no vino á quebrantar la ley sino á guardarla," y por que esto y todo lo demas remito á la direccion de vuestro prelado no digo mas.

"Otras particularidades que se deberian poner así en la conversacion de vosotros unos con otros como en la conversion de los infieles, las deixo de poner ahora hasta que viniendo al capítulo general con la esperiencia que hubierdes tomado, deis parecer de lo que se debe hacer; y entretanto remítome á vuestra discrecion confiando en la gracia que os comunicará nuestro Señor, el qual los haya en su guarda. Dada en la provincia de los Angeles en el convento de Santa María, dia de nuestro padre San Francisco, año de 1523. Señalada de mi mano y sellada con el sello mayor de mi oficio. *Frater Franciscus Angelorum, Generalis Minister et Servus.*"

Pasados algunos dias y estando ya prevenidas las cosas necesarias para el viage de estos soldados de la milicia católica, los despidió el Padre General, dándoles la patente, cuyo tenor es el siguiente.

"A los muy amados y venerados padres, Fr. Martin de Valencia, confesor y predicador docto, y á los otros doce frailes de la órden de los menores, que debajo de su obediencia han de ser enviados á las partes de los infieles, que habitan en las tierras que llaman de Yucatan; es á saber,

Fr. Francisco de Soto, Fr. Martin de la Coruña, Fr. José de la Coruña, Fr. Juan Juarez, Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo y Fr. Toribio de Benavente, predicadores y tambien confesores doctos, y á Fr. García de Cisneros y Fr. Luis de Fuensalida predicadores, y Fr. Juan de Rivas y Fr. Francisco Jimenez sacerdotes, y á los hermanos Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Bernardino de la Torre, religiosos legos devotos, y á todos los demas frailes, que a ella se hubieren de recibir, ó de acá en el tiempo venidero se hubieren de enviar: Fr. Francisco de los Angeles, ministro general y siervo de la órden, salud y paz sempiterna en el Señor. Entre los continuos trabajos que ocupan mi entendimiento, en la prisa de los negocios que cada dia se me ofrecen, este principalmente me solicita y congoja, de como por medio vuestro (hermanos carísimos) con el favor del muy Alto, á imitacion del varon apostólico y seráfico Padre nuestro San Francisco, procuré Yo, con toda ternura de mis entrañas y continuos sollozos de mi corazon, librar de la cabeza del dragon infernal las ánimas redimidas con la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que engañadas con la astucia de Satanás, viven en la sombra de la muerte, detenidas en la vanidad de los ídolos y hacerlas que militen debajo de la bandera de la Cruz, y que bajen y metan el cuello so el dulce yugo de Cristo; porque de otra manera no podré huir el celo del sediento Francisco, de la salud de las ánimas, que de dia y de noche está dando aldavadas en la puerta de mi corazon con golpes sin cesar. Y lo que por curso de muchos dias desee, es, á saber, ser de vuestro número y compañía y no lo merecí alcanzar de mis superiores (así Padre Celestial, porque así te plugó y así lo quisiste) mediante el favor Divino, en vuestras personas tengo firme esperanza de lo conseguir. Pues como la benignidad del Padre Eterno, para ensalzar la gloria de su Nombre, y para procurar la salud de los fieles

y para impedir la caída que amenazaba á la Iglesia, entre otras muy muchas personas que para este divinal servicio estaban diputadas en su santa Iglesia, señaló al susodicho seráfico alférez de Cristo con sus hijos; conviene á saber, los varones esclarecidos de su órden; los cuales, contemplando la vida y merecimientos del bienaventurado San Pablo, se glorían en solo la Cruz del Señor, despreciando los placeres del mundo por los deleites del paraíso. No se olvidando pues, el mismo baron de Dios de su vocacion, procuraba de reducir al gremio de la iglesia militante, así los fieles como los infieles, por su propia persona y por medio de sus hijos, levantando siempre su deseo y aficion al amor de las cosas celestiales, y aun hoy en dia, de continuo, publican la virtud del Nombre de Dios por la redondez de la tierra y ensanchando el culto de la religion cristiana, con cuidadosa atencion trabajan y se fatigan. ¿Qué mas diré? Ciertamente desterrando heregías y oponiéndose contra otras pestilencias acarreadoras de la muerte, se dedicaron y ofrecieron á voluntario menosprecio de los hombres; y deseando derramar su propia sangre, inflamados con el fuego del amor de Cristo, el sobredicho padre con algunos de sus hijos, sedientos de la palma del martirio, fueron por diversas partes del mundo á tierras de infieles, Mas ahora, cuando ya el dia del mundo va declinando á la hora undécima, sois llamados vosotros del Padre Celestial, para que vayais á su viña: no alquilados por algun precio como otros, sino como verdaderos hijos de tan gran Padre, buscando no vuestras propias cosas, sino las que son de Jesucristo, corrais á la labor de la Viña sin promesa de jornal, como hijos en pos de vuestro padre; el cual, así como deseó ser hecho el postrero y el menor de los hombres así lo alcanzó; y quiso que vosotros, sus verdaderos hijos fuédeses los postreros, acoceando la gloria del mundo, abatidos por vileza, poseyendo la Alteza de la

muy alta pobreza, y siendo tales, que el mundo os tuviese en escarnio y á manera y semejanza de afrenta, y vuestra vida juzgasen por locura y vuestro fin sin honra; para que así hechos locos al mundo, convirtiédeses á ese mismo mundo con la locura de la predicacion. Y no os turbeis, porque no sois alquilados por precio, mas antes enviados sin promesa de soldada; porque el Varon de Dios, alumbrado del padre de las lumbres, con interior inspiracion vió entonces con ojos claros que por haceros de los postreros, con firme certidumbre de alteza habias de ser los primeros. A vosotros, pues (hijos míos) doy voces, yo indigno padre, acercándose ya el último fin del siglo que se va envejeciendo; y vuestras voluntades nuevo y despierto para que defendais el escuadron del Alto Rey, que va como de vencida y ya casi huyendo de los enemigos y emprendiendo la victoriosa pelea del Soberano Triunfador, con palabras y obras prediqueis á los enemigos; y si hasta aquí buscastes con Zacheo en el Sicomoro ó Higuera-Moral, y quisisteis ver quien fuese Jesus chupando el jugo de la Cruz, bajad ahora aprisa á la vida activa; y si por daros solamente á la contemplacion de los misterios de la Cruz, defraudasteis á alguno, volved á los próximos el cuatro tanto por la vida activa juntamente con la contemplativa: derramando (si necesario fuere) vuestra propia sangre por el nombre de Cristo y por la salvacion de las almas; lo cual pesa el cuatro tanto de sola la contemplacion, y entonces vereis mucho mejor quien sea JESUS, cuando desconfiados de vosotros mismos para poner esto en obra lo recibieseis á él con gozo en la casa de vuestros corazones; el cual hará que siendo vosotros en estatura pequenitos alcanceis triunfo del enemigo; así que, corred con tal prisa que comprendais y alcanceis la corona. Pues como vosotros (que conforme á la alteza de vuestra profesion) con el celo de las almas, deseais correr al olor de los unguentos de aquellos que si-

guieron las pisadas de Cristo y por su amor derramaron susangre: y por esta causa (segun el tenor de nuestra regla) me habeis pedido con instancia que os envíe á tierra de infieles, para que peleando por la fé de Cristo y por la conversion de los mismos infieles, podais ganar á Jesucristo las ánimas de vuestros prójimos y las vuestras, estando aparejados por su amor de él y por la salud de ellos, ir á la cárcel y á la muerte; y porque por diversos indicios y esperiencias tengo entendida la bondad de vuestra vida, y antes por obra he conocido ser vosotros idóneos, para llevar, publicar y defender hasta la muerte este estandarte del Rey de la Gloria, el cual dais muestras que lo llevareis bien lejos. Por tanto, confiado de la Divina Bondad, por la autoridad de mi oficio, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, os elijo y envío á convertir con palabras y ejemplo las gentes que no conocen á nuestro Señor Jesucristo y están detenidas so el yugo del cautiverio de Satanás, con la ceguedad de la idolatría, moradores de las indias que vulgarmente se llaman de Yucatan, Nueva España ó Tierra Firme. Y al mérito de la Santa Obediencia, iniungo y juntamente mando que vayais y traigais fruto y vuestro fruto permanezca. Y á vosotros los arriba nombrados, doce frailes y á los otros cualesquiera que en lo de adelante á vuestro gremio y compañía se hubieren de allegar, someto y sujeto á vos, el sobredicho venerable padre Fr. Martin de Valencia, como á su pastor y verdadero prelado y á los que os sucedieren en el oficio; y os asigno y constituyo por tal verdadero prelado de ellos; y por él, semejante á vuestros sucesores en el oficio, conforme á la instruccion que os tengo de dar del modo y manera de vuestra vida y conversacion: y os llamo, nombro è instituyo custodio de ellos: y quiero y mando que seais llamado custodio: y os pongo súbdito y sujeto á mi persona sola y á mi obediencia de mis sucesores con el oficio tam-

bien del comisario de España, en aquellas cosas en que á él tuvieseis recurso Vos mismo, ó vuestros sucesores, con la mayor parte de los frailes, por vuestras cartas y letras, hasta que otra cosa os confie á vos ó á vuestros sucesores por lo que se mandare en nuestro capítulo general. De mas de esto, á vosotros doce y á los que adelante se juntaren á vuestra compañía y á cada uno de vosotros, y de ellos iniungo y juntamente mando, en mérito de Santa Obediencia, que al dicho padre Fr. Martin de Valencia, así como á vuestro verdadero y cierto Prelado y custodio, y á los que le sucedieren en el oficio, obedezcais en todas las cosas en que el general ministro (segun el tenor de la regla) y á los demas prelados vuestros estais obligados á obedecer. Y porque así á súbditos como prelados, soy deudor por el cuidado y cargo impuesto con el oficio (que sin méritos ocupó) y muchas cosas se podrian ofrecer por tiempo, cerca de la custodia á vos encomendada, que perteneciesen á mi oficio, para las cuales proveer con eficacia se habia de buscar mi presencia: De aquí es, que á vos el dicho Fr. Martin de Valencia (de cuyo ferviente celo de religion y loable madurez, Sciencia y principal discrecion y suficiencia universal, enteramente confio en el Señor) y á cada uno de vuestros sucesores en el oficio, por el temor de las presentes plenísimamente someto mis veces, quanto á nuestros súbditos que ahora son y por tiempo lo serán adelante, y quanto á todos y á cada uno de los conventos, si algunos al presente hay de nuestra orden y los que habrá en el tiempo venidero de la dicha Nueva España ó tierra de Yucatan, dandoos á vos y á ellos toda entera autoridad y facultad *in utroque foro*, así en el exterior judicial como en el interior de la conciencia no solamente la ordinaria que á mi me compete de oficio, mas tambien la que por privilegios apostólicos me está concedida con poder de subdelegar; es á saber, para pública y privadamente visitar,

amonestar, corregir, castigar, instruir, privar, ordenar, prohibir, disponer, atar, desatar y dispensar en cualesquiera penas, irregularidades y defectos contra cualesquiera estatutos de la orden y cerca de cualquier precepto en que yo mismo puedo, en quanto á entrambos fueros y por censuras eclesiásticas y otras penas canónicas, constreñir, compeler é interpretar y declarar dudas; y generalmente para hacer cumplir en especial todas y cada una de las cosas que al oficio y autoridad del ministro general, en cualquier manera conciernen como yo mismo personalmente, así por mi poder ordinario como por comision de la silla apostólica, podria hacer cumplir; puesto que fuesen tales cosas que por ser tan arduas tuviesen necesidad espresa y especifica pronunciacion. Las cuales todas y cada una de ellas quiero por el tenor de las presentes ser tenidas por suficientemente pronunciadas y espresas: sacados tan solamente dos casos los cuales para mí mismo reservo. El primero, de recibir mujeres, ora sean doncellas, viudas ó casadas, á la orden y obediencia de la regla de Santa Clara, así de la primera como de la segunda ó tercera; las cuales órdenes es manifesto haber instituido el bienaventurado nuestro Padre San Francisco, así como la de los frailes morenos. El segundo, de absolver de vínculo de la excomunion á aquellos que por su inobediencia contumaz, me acaeciére descomulgar *viva voce, V. in scriptis*. De mas de esto, que podeis cometer estas mis veces y autoridad en todo ó en parte á uno ó á muchos, cuantas veces os pareciere convenir, y las cometidas, revocar á vuestro albedrio. Y porque los grandes trabajos y frecuentes vigiliass que andando los tiempos habeis de padecer en cumplimiento y ejecucion de este negocio, no enternezcan ni enflaquezcan vuestro ánimo, mas antes lo hallen incansable, renovado de cada dia y sean para mayor merecimiento: en virtud del Espíritu Santo y estrechamente por obediencia, os mando

que ejerciteis fiel y diligentemente el oficio del dicho cargo pastoral y comision; y segun la gracia que el Señor os ha dado y en la que en lo de adelante anmentará, lo cumplais. Yd pues, hijos muy amados con la bendicion de vuestro Padre Id, á cumplir el mandamiento que os está impuesto: armados con el escudo de la fé, con loriga de justicia, con espada de la Divina Palabra, con el yelmo de salud y con lanza de perseverancia, pelead con la antigua serpiente que procura detener por suyas, las ánimas redimidas con la preciosísima sangre de Jesucristo, y ganadlas para ese mismo: de suerte que á todos los católicos resulten acrecentamientos de fé, esperanza y caridad, y á los malos esté patente el camino de la verdad y la locura de la herética perversidad se desvanezca, y á los gentiles se muestre clara su ceguera, y la luz de la fé católica resplandezca en sus corazones y recibireis el reino perdurable: Id con la gracia de Jesucristo y rogado por mí. Dadas en el convento de Santa María de los Angeles á 30 de Octubre, año del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo de 1523. Con firma y sello mayor de mi oficio. Fr. Francisco de los Angeles, General, Ministro y siervo.”

Aunque puede calificarse de difusa la insercion de estos documentos, me ha parecido conveniente hacerla íntegra, para que se forme idea del espíritu que animaba á los primeros operarios, que venian á sembrar la semilla de la doctrina católica; conocimiento tanto mas interesante, cuanto que ahora en los últimos tiempos, blandiendo el espíritu de impiedad, las armas de la ingratitud de algunos desnaturalizados hijos de la iglesia, se le ha llegado á acusar á esta buena madre de una mira mezquina desde su origen.

Cuando el P. Valencia y sus doce compañeros llegaron á las playas del arruinado imperio mejicano, mandó luego Hernan Cortés algunas personas de su servidumbre, para que sirviesen á los religiosos en el camino hasta la capital, prove-

yéndoles en cuanto fuera necesario, aunque los misioneros rehusaron todo lo que no fuera absolutamente preciso haciendo el viage desde Veracruz á México á pié y descalzos, manifestando con la pobreza y menosprecio que hacian de sus personas, no venir como el tropel de los conquistadores, en busca de las materiales riquezas que contenia el mundo descubierto, sino á traer el bien espiritual que serena las tempestuosas agitaciones del corazon y que eleva al hombre degradado á la altura de su dignidad y que haciéndolo superior á la deleznable materia que lo rodea, lo hace entrar por el camino del verdadero progreso, que lo ha de conducir á su felicidad.

Estando ya próximos á la capital, salió Cortés á recibirlos, acompañado de sus oficiales y los principales señores de los naturales con un concurso numerosísimo de pueblo; y en el lugar en que los encontró se puso de rodillas besando á cada uno las manos y los hábitos haciendo lo mismo todos los caballeros españoles del acompañamiento, con lo cual los indios formaron un alto concepto del respeto que se debía á los ministros del Dios de los cristianos, cuando á su presencia se humillaban los conquistadores del famoso imperio azteca. Llegaron á México y fueron hospedados en la misma casa del conquistador, donde españoles y mejicanos manifestaron el regocijo que les causaba la venida de los obreros evangélicos: luego les designó Cortés el sitio en que debian fundar su iglesia, que fué donde hoy se halla la catedral de aquella ciudad, pasando despues al lugar donde estuvo el famoso convento de Franciscanos, convertido en lugares profanos en nuestros dias, cuando á un partido político plugo destruir la cuna de la verdadera civilizacion en México.

A la llegada de estos padres habia en México y Tezcoco otros religiosos que no habian venido con la autoridad pontificia, y por lo mismo ni habian tratado de la ereccion

de templos, ni de otros puntos interesantes para el desarrollo de la civilización evangélica, ocupándose solo en doctrinar á los indígenas, particularmente el famoso religioso laico Pedro Gante que habia puesto una escuela en Tezcoco, y que despues fundó en México el hospital y colegio de San Juan de Letran. El P. Custodio reunió á estos religiosos, y con ellos y sus compañeros celebró una junta ó concilio á que asistió el conquistador Cortés con otras personas de las mas instruidas, para tratar sobre la resolucion de algunos puntos relativos á la administracion de los sacramentos, y el modo de hacer mas fructifero su trabajo en la estensa mies que se presentaba en las populosas ciudades conquistadas. Acordaron dividirse en cuatro partes para ocupar las ciudades de México, Tlaxcala, Tezcoco, y Huexutzinco: pronto bajo su direccion se formaron sus iglesias y las casas de habitacion, con grandes salas para reunir en ellas á los niños que habian de recibir las instrucciones; y sin cesar trabajaron en difundir las luces sobre los millares de habitantes de este suelo, esforzándose tambien en procurar su bien temporal, aliviando cuanto era de su parte la desgraciada condicion de los vencidos.

Interminable seria decir los bienes que los ministros de la religion han prodigado á los pueblos: algunos será necesario referir en el curso de estos estudios, contentandonos ahora con citar un trozo del informe que los religiosos franciscanos de México daban á Carlos V, de los abusos cometidos por los personajes de la primera audiencia. A tiempo que los obispos de México y Tlaxcala aseguraban al emperador, que en menos de tres años habian perecido mas de cuatrocientos mil indios, sacrificados inhumanamente por los españoles, en los trabajos forzados á que los sujetaban, los padres franciscanos decian. "Lo que el presidente con sus oidores por suegston de los en-

comenderos de Nueva España proponen de enfeudar estos pueblos para el mejor tratamiento, conversion á la fé y obediencia al rey de aquellos vecinos, no es para otra cosa que para continuar con el pretesto de la religion y buen trato, en el modo tiránico con que hasta este dia han gobernado a los mexicanos que se les encomendaban. ¿Cuando jamás estos hombres despiadados han tenido algun pensamiento de la conversion de estas naciones? ¿Cuando de tratarlos humanamente? Nosotros somos testigos del modo de proceder en los últimos cinco años de estos encomenderos, y en ellos hemos visto que las vejetaciones, que les hacian, parecian tener por fin su destruccion, y de aquí inferimos cuanto mas crueles habrian sido los otros tres años que habian pasado despues de la conquista. Ha sido una providencia particular de Dios que con todos los medios que han puesto para destruir á los mexicanos, aun no lo hallan conseguido. El arbitrio de hacer á las naciones del nuevo mundo esclavas para su reduccion á la fé y á la obediencia del rey, es sin duda inicuo, porque Dios prohíbe á los hombres toda abominacion, aunque de ella hubiesen de resultar los mayores bienes. Los sacrificios jamás son gratos si las manos que los ofrecen son impuras. Menos mal es que ningun habitador del nuevo mundo se convierta á nuestra santa religion y que el señorío del rey se pierda para siempre, que el obligar á aquellos pueblos á lo uno y á lo otro con la esclavitud."

Este informe, el de los ilustres prelados de México y Tlaxcala, las incesantes representaciones del zelosísimo y venerable Sr. Las Casas y de otros muchos ministros del Dios de paz, que no buscan el oro y las riquezas corruptibles, sino el progreso y la sólida felicidad de los pueblos, consiguieron de la Santa Sede ocupada por el S. Paulo III la declaracion de que los habitantes de este suelo, tenian la racionalidad que les negaban los conquistadores: que era un

latrocinio injustificable usurparle los derechos que naturalmente tenían adquiridos: la mayor injusticia ridimirlos á la destructora esclavitud á que los sujetaban los españoles: y obtuvieron del trono de Castilla leyes que garantizaban su libertad, sus intereses y la tranquilidad de sus hogares. Y si bien es cierto, que todas estas disposiciones no tuvieron su exacto cumplimiento porque la acción del soberano español era ineficaz para obtenerlo, así por la distancia, como por la desenfadada codicia de la mayor parte de los que venían á poblar este suelo, no por eso deja de ser menos digno de nuestra alabanza y gratitud, el zelo con que los humildes hijos de los claustros defendieron los derechos de la humanidad y la justicia, al defender los de los infelices naturales. Y sin una inconsecuencia contra la historia y sin una injusticia contra la civilización, no han podido en los últimos días verse espuestos á la saña de algunos mejicanos, los sucesores de aquellos ilustres varones, que en los días de mayor angustia para la patria, desafiaron el furor de los tiranos para defender la justicia de la causa nacional.

CAPITULO XXXIV.

Espediciones á Huaxyacac ó Oaxaca: á Chiapas, Quauhtemalan ó Guatemala y á la provincia de Honduras: viaje de Cortés: y disturbios de la capital.

Nada preocupaba tanto á Cortés, como aumentar el número de los pueblos conquistados para la corona de Castilla, y particularmente aquellos que la fama señalaba como mas abundantes en los preciosos metales y ricas pro-

ducciones: sabiendo pues que en la provincia de Huaxyacac, habia ricos criaderos de oro y otros estimables productos del reino vegetal, y teniendo ya avanzadas sus operaciones por aquel rumbo mandó una espedicion para conquistar aquel territorio, encargando esta empresa al capitán Orozco.

Pocos dias despues mandó otra fuerza confiada al capitán Pedro de Alvarado, para que sujetara á la provincia de Guatemala, que teniendo noticia de su disposición para conservarse independiente, el conquistador la llamaba rebelde, y para castigo de su empeño en defender su libertad, hechó sobre ella las huestes castellanas, para que sus mortíferas armas y las violencias de sus soldados, oprimieran la serviz de los guatemaltecos. Salió Alvarado con trescientos infantes, ciento treinta caballos, cuatro cañones, algunas tropas aliadas de los tlascaltecas y las municiones necesarias para la guerra y manutención del ejército; y fué en su compañía el religioso Fr. Bartolomé Olmedo, tal vez con objeto de reprimir los arrebatos del carácter altivo y sanguinario del capitán. Este ejército hizo su camino por los peñoles del Güelemo, atravesó la provincia de los Zapotecas, Atecuantepec y Soconusco, y dejando atrás á Zapotitlan y Quetzaltenango donde empezó ya la mortífera campaña contra los naturales entró en el territorio de Guatemala, cuya conquista se hizo en pocos dias, pues habiendo derrotado los españoles á un ejército mandado por el gobernador de Utatlan á éste se mandó quemar en presencia de sus soldados vencidos, y por compasión se le conmutó la pena de hoguera en la de horca, (1) con lo cual atemorizados los naturales, se rindieron á los terribles conquistadores.

(1) Salazar en quien no escacean los motivos de justificación para todos estos desmanes de los conquistadores, hablando de este desgraciado, dice: que la horca quitándole la vida le dió la felicidad.

latrocinio injustificable usurparle los derechos que naturalmente tenían adquiridos: la mayor injusticia ridimirlos á la destructora esclavitud á que los sujetaban los españoles: y obtuvieron del trono de Castilla leyes que garantizaban su libertad, sus intereses y la tranquilidad de sus hogares. Y si bien es cierto, que todas estas disposiciones no tuvieron su exacto cumplimiento porque la acción del soberano español era ineficaz para obtenerlo, así por la distancia, como por la desenfrenada codicia de la mayor parte de los que venían á poblar este suelo, no por eso deja de ser menos digno de nuestra alabanza y gratitud, el zelo con que los humildes hijos de los claustros defendieron los derechos de la humanidad y la justicia, al defender los de los infelices naturales. Y sin una inconsecuencia contra la historia y sin una injusticia contra la civilización, no han podido en los últimos días verse espuestos á la saña de algunos mejicanos, los sucesores de aquellos ilustres varones, que en los días de mayor angustia para la patria, desafiaron el furor de los tiranos para defender la justicia de la causa nacional.

CAPITULO XXXIV.

Espediciones á Huaxyacac ó Oaxaca: á Chiapas, Quauhtemalan ó Guatemala y á la provincia de Honduras: viaje de Cortés: y disturbios de la capital.

Nada preocupaba tanto á Cortés, como aumentar el número de los pueblos conquistados para la corona de Castilla, y particularmente aquellos que la fama señalaba como mas abundantes en los preciosos metales y ricas pro-

ducciones: sabiendo pues que en la provincia de Huaxyacac, habia ricos criaderos de oro y otros estimables productos del reino vegetal, y teniendo ya avanzadas sus operaciones por aquel rumbo mandó una espedicion para conquistar aquel territorio, encargando esta empresa al capitán Orozco.

Pocos dias despues mandó otra fuerza confiada al capitán Pedro de Alvarado, para que sujetara á la provincia de Guatemala, que teniendo noticia de su disposición para conservarse independiente, el conquistador la llamaba rebelde, y para castigo de su empeño en defender su libertad, hechó sobre ella las huestes castellanas, para que sus mortíferas armas y las violencias de sus soldados, oprimieran la serviz de los guatemaltecos. Salió Alvarado con trescientos infantes, ciento treinta caballos, cuatro cañones, algunas tropas aliadas de los tlascaltecas y las municiones necesarias para la guerra y manutención del ejército; y fué en su compañía el religioso Fr. Bartolomé Olmedo, tal vez con objeto de reprimir los arrebatos del carácter altivo y sanguinario del capitán. Este ejército hizo su camino por los peñoles del Güelemo, atravesó la provincia de los Zapotecas, Atecuantepec y Soconusco, y dejando atrás á Zapotitlan y Quetzaltenango donde empezó ya la mortífera campaña contra los naturales entró en el territorio de Guatemala, cuya conquista se hizo en pocos dias, pues habiendo derrotado los españoles á un ejército mandado por el gobernador de Utatlan á éste se mandó quemar en presencia de sus soldados vencidos, y *por compasión* se le conmutó la pena de hoguera en la de horca, (1) con lo cual atemorizados los naturales, se rindieron á los terribles conquistadores.

(1) Salazar en quien no escacean los motivos de justificación para todos estos desmanes de los conquistadores, hablando de este desgraciado, dice: que la horca quitándole la vida le dió la felicidad.

Después salió la expedición para la conquista de Chiapas mandada por el capitán Mazariegos, haciéndose correr en esta empresa copiosos raudales de sangre por la resistencia que pusieron los Chiapanecas, así como los de Cinacatan y Chamulco; y por último fué mandado Cristóbal de Olid á las retiradas regiones de Honduras, de cuyas riquezas habia llegado la fama á México. Para hacer mas corto y menos penoso el viaje dispuso Cortés que el ejército se dirigiera á Veracruz, y embarcándose de allí para la isla de Cuba, tomara en ella los caballos y provisiones necesarias para la empresa de que se esperaba grandes productos de oro y plata. Olid ejecutó la orden de su capitán general hasta la llegada á la Habana; pero como allí encontrara con algunos enemigos de Cortés de los que habian ido con Garay á la expedición á Pánuco, lo hicieron vacilar su ánimo: y en este estado el Gobernador de Cuba Diego Velasquez, antiguo é implacable enemigo de Hernán Cortés, acabó de decidir el espíritu de Olid para la defección, aumentándole el número de sus soldados, víveres y municiones, con tal que hiciera la conquista partible para los dos, quedando de su cuenta recabar la aprobación de esta medida en la corte de Castilla, donde contaba con poderosos influjos que siempre estaban dispuestos para obrar en contra de Cortés.

Con este designio se embarcó Olid de la Habana para su destino á donde llegó felizmente y reduciendo con sus armas á los naturales, se posesionó del territorio cuidando inmediatamente de fundar una población que tituló "El triunfo de la Cruz." Cuando Cortés supo que Olid le habia defeccionado en la conquista de aquella provincia, y que esto era mediante el trato con su enemigo Diego Velasquez para dividirse entre ambos los productos del rico y fértil territorio de Honduras, comisionó á Francisco de Casas para que con la fuerza competente pasara á castigar

la infidelidad de Olid y quedara él con el gobierno de aquella provincia como teniente suyo. Este ejército halló prontos en Veracruz cinco navios para hacer su viaje arribando en pocos dias á la nueva Villa del "Triunfo de la Cruz" donde residia Cristóbal de Olid; y aunque éste en aquellos momentos tenia la mayor parte de su fuerza en el rio de Pechín empeñada en una campaña contra Gil Gonzalez de Avila, Gobernador del Golfo dulce, fué favorecido de lá fortuna y logró aprisionar á Francisco de Casas con la gente que lo acompañaba: pocos dias después vinieron tambien sus soldados á presentarle prisionero á Gil Gonzalez y con ambos presos se dirigió al pueblo de Naco para seguir de allí el descubrimiento y conquista de aquellos incultos países. En este punto concertados los dos prisioneros Gonzalez de Avila y Casas para recuperar su libertad, facilmente atrajeron á su partido á varios soldados disgustados con la tiranía á que Olid se entregó cuando se vió favorecido de la fortuna y en una tenebrosa noche, levantándose al grito de "Aquí del rey" desarmaron la guardia y se arrojaron sobre el capitán dándole muerte á puñaladas. Con este suceso Gonzalez se volvió á ocupar su gobierno en San Gil de Buenavista, y Casas pasó al de Honduras donde fundó la Villa de Trujillo en recuerdo del lugar de su nacimiento.

La irregularidad con que en aquel tiempo se comunicaban las poblaciones conquistadas, hizo que Cortés no tuviera en muchos dias noticia de Francisco de Casas ni del éxito de su expedición; y temeroso de que hubiera fracasado en la ejecución de sus órdenes, estuvo inquieto hasta que por último determinó ir personalmente á concluir aquella jornada para dejar bien satisfechos sus sentimientos de venganza contra Olid por haber hecho causa común con su enemigo Velasquez con mengua de su autoridad y de sus intereses. Dejó encargado en su ausencia el go-

bierno de México á Estrada tesorero real, á Rodrigo de Albornoz contador, y á su amigo el Lic. Zuazo: nombró alguacil mayor á su primo Rodrigo de Paz á quien también dejó encargado de su casa y hacienda; y por capitán de la tillería nombró á Francisco Solís. Para estar mas satisfecho de la seguridad de los prisioneros que tenía en su poder que eran Quauhtemotzin rey de México, Coanaco de Tezcoco y Tetzlepanquetzatl de Tlacopan, determinó llevarlos consigo y con la fuerza conveniente emprendió su camino.

Estando en Goatzacualco solicitaron permiso para volver á México los oficiales reales que lo acompañaban, Gonzalo de Salazar y Peralminde Chirinos, á quienes no solo les fué dada licencia de volver, sino autorizacion para asociarse al Gobierno, medida que ocasionó grandes inquietudes en la capital durante la ausencia de Cortés, pues no pudiendo ponerse de acuerdo estos comisionados en el desempeño de su encargo, mantuvieron la ciudad en una completa anarquía esforzándose al parecer á cometer cada uno por su parte las mayores injusticias y dando rienda suelta á la desenfadada ambicion que caracterizó á los primeros conquistadores y al espíritu de venganza de que cada uno se dejaba llevar en el desorden en que habian entrado principalmente cuando para mejor explotar aquella revuelta ciudad, hicieron correr la voz de haber muerto Cortés con todos sus compañeros, noticia que confirmaron con un decreto autorizando para casarse á las mujeres de todos los que iban en la expedicion.

Mientras en México pasaban estos desórdenes, con cuyo escándalo se hacia patente lo innoble de las miras de aquellos gobernantes, Cortés siguió su viaje á Honduras venciendo mil dificultades que le presentaban el terreno y las enfermedades que acometieron á su ejército. Este viaje fué notable, así por las penalidades que sufrieron Cortés y sus tropas, como por los escándalos que dieron los go-

bernadores en la Capital, y mas que todo por el suplicio que dió el conquistador á los tres reyes aliados que llevaba presos en su compañía, á los cuales mandó ahorcar en un árbol con pretexto de haber tenido una conversacion en que manifestaban sus deseos de evadirse de la prision y recobrar sus Estados dando muerte á todos los extranjeros. Como la prision era injusta, es fácil creer que los soberanos indígenas buscarian la ocasion de dejarla, así como de hacer sentir los extremos de su cólera sobre sus opresores; pero segun la opinion de Torquemada refiriéndose á una historia de aquel suceso escrita en lengua mexicana, no puede darse á la conversacion la interpretacion que se quiere, creyendo que la verdadera causa de este hecho atroz, y que es una de las muchas manchas con que el nombre español quedó denigrado en la historia de la conquista, fué para desembarazarse en general de aquellos personajes, cuyos derechos no dejarian de inquietar á cada instante su espíritu en la posesion de una autoridad que aun en aquellos tiempos no dejaba de ponerse en duda: y como si una injusticia pudiera curarse con una atrocidad, el conquistador creyó resolver la cuestion de la legalidad de la conquista suspendiendo del ramaje de un seibo en los bosques de Izancanac á los tres soberanos aliados de los pueblos del Anahuac.

Cortés, despues de arreglar en Honduras el gobierno de la provincia y proveer todo lo conveniente á los intereses de la conquista, trató de acelerar su regreso á México sabiendo cuales eran las disenciones de los gobernadores y los funestos efectos que ellas habian causado en la ciudad. El dia 25 de Abril se embarcó en la poblacion de Trujillo de donde se dió á la vela para Veracruz; pero obligado por una borrasca fué á la Habana, de cuyo surgidero vino á las playas de Medellín. Allí pasó doce dias para recobrase de las calenturas que habian quebrantado

su salud en el penoso viaje; y luego en medio de las públicas ovaciones de todos sus paisanos, que veían con júbilo su vuelta para calmar la tempestad que levantaron los Gobernadores con su imprudente desunión, llegó á México que en aquel acto solo estaba gobernado por Estrada y Alvornoz, teniendo estos enjaulados a Salazar y á Chirinos autores de todas las violencias que les inspiró su odio contra el capitán general. (2)

CAPITULO XXXV.

Juicio de residencia de Cortés y venida de las primeras audiencias.

Antes de salir Cortés para su viaje á Honduras, mandó á uno de sus oficiales, Diego de Soto, para que fuera portador á Castilla de otros nuevos regalos que destinaba al emperador, los cuales tenían algún valor aunque inferior al de los que fueron tomados por el corsario Florin: y consistían en finos tejidos de algodón y pluma, perlas, varias joyas hermosas por su esquisito trabajo, sesenta mil castellanos de oro y una culebrina de plata, con valor de veintiocho mil quinientos pesos y formada en el relieve de su luciente espacio, el ave fénix con este terceto.

A questa nació sin par:
Yo en serviros, sin segundo,
Vos, sin igual en el mundo.

Lisonja que no disonaría en los oídos del gran monarca

(2) Salazar, Conquista de México, segunda parte, libro 2^o, cap. del 11 al 19. Lib. 3^o, del cap. 11 al 20. Lib. 4^o, del cap. 6 al 9. Herrera decada 3^a, libro 6^o, cap. 10, 11 y 12. Torquemada, libro 4^o, cap. 104.

y que inclinaria su corazón en favor del conquistador: este no dejaba de ser el blanco de la calumnia y de los más fuertes tiros de los muchos émulo que se había creado con la conquista del rico imperio mexicano; pero halagado el soberano, con la riqueza del regalo y la vanidad de las expresiones, fácilmente accedió á la solicitud que al mismo tiempo hacían los procuradores de Cortés, que eran el secretario Juan Rivera y Fr. Pedro Margarejo, apoyados por el Duque de Béjar y el prior de San Juan, hermano del conde de Aguilar. Los hábiles agentes de Cortés, dieron gran fuerza á su razonamiento, ofreciendo auxiliar al emperador con doscientos mil pesos en oro, que si no los había en las cajas reales de México, el conquistador los daría de su hacienda particular y la de sus amigos: el emperador tuvo tal ofrecimiento como de gran importancia por las penurias que en aquellos momentos sentía su erario; y concedió al conquistador los títulos de Don y de adelantado, algunas otras condecoraciones honoríficas, manifestando su buena voluntad para tomar en consideración todas las solicitudes hechas por Cortés para él y sus recomendados.

Pero esta buena disposición del soberano, tropezó luego con las continuas delaciones que llegaban á la corte por los empleados del tribunal de cuentas y algunas otras personas de las que se habían vecindado en México; y vacilando el real ánimo, se determinó Carlos V á no providenciar sobre aquel particular y nombrar un juez de residencia á Cortés, para que pusiese en claro su conducta tan combatida por sus enemigos. Para este delicado encargo nombró al Lic. Luis Ponce de León, dándole las instrucciones siguientes. 1.^o Que al llegar á Veracruz, pusiera un correo á Cortés y los oficiales del tribunal de cuentas, avisándoles su llegada; pero que sin esperar respuesta, ni dar tiempo á que se causara alboroto, emprendiera su ca-

mino á México, tomando el gobierno y dando principio luego al juicio contra Cortés. 2.º Que se aconsejara de los oficiales reales en los negocios que se le ofrecieran. 3.º Que cuidara del aumento de la fé en los naturales, sin descuidar los negocios de la real hacienda. 4.º Que diese ayuda á Nuño de Guzman gobernador de Pánuco, para entrar en posesion de su provincia. 5.º Que averiguara porqué los oficiales reales tenian en aquellas partes tantas granjerías, gozando de competentes salarios, y qual era la causa de sus desavenencias, pues siempre escribian al emperador los unos contra los otros. 6.º Que tomara conocimiento de las minas que hubiere en el reino y del modo que tenian los naturales en su beneficio: y se le ordenó que informara sobre la fertilidad de las tierras, el gobierno que fuera mas conveniente establecer y lo que hubiere ocurrido en las muertes de Francisco Garay y de Cristóbal de Olid, cuidando de administrar justicia en todo, remediar todos los desórdenes y atender al buen tratamiento de los naturales.

A estas instrucciones públicas se agregaron otros puntos secretos relativos á la residencia de Cortés, segun las acusaciones que en su contra habia recibido la corona, sobre el fraude que estaba haciendo de los fondos del Real Erario y los temores que habia para alzarse con la autoridad en el imperio conquistado. Se le dieron tambien las recomendaciones mas amplias y necesarias para la audiencia de la Española, los Gobernadores de Indias y personas de mayor respetabilidad en México para que le ayudaran en quanto fuere necesario para el desempeño del peligroso y delicado encargo á que se le comisionaba.

El día 24 de Junio de ese mismo año, recibió Cortés en México la carta de Ponce de Leon en que le avisaba su llegada á Veracruz y el objeto de su viaje: Cortés se preparaba á proporcionarle criados y personas que lo acompa-

ñasen hasta la capital; pero Ponce segun sus instrucciones siguió su camino hasta Iztapalapan, donde Cortés le mandó preparar un banquete del cual le resultaron vómitos, novedad que fué atribuida por los enemigos de Cortés á un veneno que este le habia hecho dar en un plato de natillas. En la mañana del 2 de Julio entró el Gobernador á México y al siguiente dia reuniendo en San Francisco á Cortés y todas las autoridades, presentó y fueron leidos los despachos del Emperador; en virtud de ellos los alcaldes ordinarios presentaron sus bastones, que les fueron devueltos en señal de seguir ejerciendo su autoridad: al hacer lo mismo Cortés, Ponce de Leon dijo; *esta vara del Sr. Gobernador la guardo para mí*; y pasadas estas formalidades se publicó en la ciudad el bando de residencia para que presentaran sus quejas todos los agraviados del capitan general. Esta medida causó gran alboroto en la ciudad, porque con ella entraron en agitacion las malas pasiones, pero todo volvió á quedar en el mismo estado, porque acometiendo una enfermedad ese mismo dia á Ponce de Leon, murió á pocos dias nombrando para sustituirlo al Lic. Marcos Aguilar hasta que el Emperador determinase. Este sustituto, fué reconocido como Gobernador y Juez de residencia; pero á consecuencia de una enfermedad que desde antes padecia murió á los dos meses, nombrando antes en su lugar al tesorero Alonzo Estrada. Entonces se agitó con mucho calor la cuestion de si un sustituto podia delegar las facultades; y con perjuicio de los intereses de todos, esta dificultad mantuvo la anarquía hasta que el Emperador confirmó el nombramiento de Estrada á causa de que Alvornoz por odio hácia Cortés habia hecho creer en la corte, que éste con un tósigo causó la muerte de Ponce de Leon.

El tesorero Estrada viéndose ya nombrado Gobernador, halló ocasion de satisfacer su odio hácia Cortés, de quien

tenia antiguos resentimientos: luego puso en libertad á Salazar y Chirinos, presos por orden del conquistador: apresó á uno de sus criados por haber reñido con Diego Figueroa; y por consecuencia de este mismo caso, intimó á Cortés destierro de la capital. Fatal fué el golpe para el hombre que tenia mas títulos á mandar en la Nueva España y que por muchos años estuvo acostumbrado á no ver restringida su autoridad: es probable que aquella disension entre dos personajes tan caracterizados, hubiera sido de muy fatales y graves consecuencias; pero en aquellos momentos llegaba á Tezcoco el Illmo. Sr. Garces, obispo de Tlaxcala y primero del suelo mexicano, y este varon respetable por su dignidad y santidad de vida, con sus sabios y prudentes consejos, calmó aquella tempestad, reconciliando los ánimos de Cortés y Estrada.

Aunque en Mexico se contuvieron los efectos que pudo haber producido el choque de estas dos personas, no por eso dejó de llegar su noticia á España, para indisponer el ánimo de Carlos V. que ya lo estaba bastante, porque hacia mucho tiempo que no cesaba de recibir mútuas quejas de todos sus empleados en el nuevo mundo; y esta division desagradaba sobre manera al soberano, no menos que la indigna conducta que todos observaban con los naturales, reduciéndolos á esclavitud, obligándolos á trabajos tan fuertes que importaban el sacrificio de la vida y tomándoles sus tierras y demas objetos de su propiedad. Para remediar estos males, decretó el emperador: que los indios eran tan libres como los españoles: mandó que se diera libertad á todos los que con agravio de la humanidad y la justicia se hubieran esclavizado: que no se obligara á los naturales á mayores trabajos, que los que pudieran soportar sus fuerzas: que por éstos se les diera la justa y conveniente retribucion; y prohibia bajo penas muy severas, que los españoles hicieran sin causa grave y justificada, es-

pedicion alguna a tierras de los naturales, por saber que las hechas hasta allí, eran sin otro motivo que el de despojarlos de sus bienes. Pero el emperador, que ya conocia demasiado el espíritu rapaz é insubordinado de las autoridades de su nueva colonia determinó que Cortés fuera á España, y que á México viniera una audiencia á seguir el juicio de residencia iniciado por Ponce de León y gobernara al mismo tiempo, para poner en práctica las providencias que habia dictado, llevándose de su amor á la justicia. Nombró como miembros de la audiencia á los Licenciados Martin Ortiz Matienzo, Alonzo Parada, Diego Delgadillo y Francisco Maldonado, dando la presidencia de este respetable cuerpo á Nuño Beltran de Guzman, gobernador de la provincia del Pánuco, creyéndolo hombre de mucha integridad y justificacion; pero como si un influjo fatal presidiera á todas las disposiciones de la corona de Castilla acerca del nuevo mundo para dejar una mancha en el nombre español, los acontecimientos posteriores vinieron á demostrar el engaño que padeció Carlos V en el nombramiento de Guzman, que mientras estuvo en el gobierno de Pánuco, no hallaba medios de saciar su indecible codicia, llevándola hasta el lamentable estremo de cambiar en las islas, todos los naturales de su provincia por ganados y bestias de carga, como si estas fueran de superior condicion que los racionales.

Al mismo tiempo que se ordenaba la marcha de la audiencia, se mandó tambien á México su primer obispo, que lo fué el Illmo. Sr. D. Fr. Juan Zumarraga, religioso franciscano de acreditada virtud, el cual trajo en su compañía á los religiosos dominicos, que fundaron su orden en este suelo; y él venia revestido por el emperador, con el título de protector de los mexicanos, para que con su autoridad los defendiera de las continuas vejaciones que les hacian los castellanos.

Cuando esto pasaba en España, Cortés vacilaba entre dos pensamientos: quería salir de México para emprender la reduccion de los chichimecas que poblaban el interior, emprender la conquista de los pueblos del Sur y adelantar su empresa por este mar, para lo cual aun desde antes habia hecho construir algunos buques y mandado ya expedicionar por aquellos mares; y al mismo tiempo deseaba presentarse en la corte para destruir con su presencia las calumnias de sus enemigos y hacer patentes personalmente sus servicios al soberano, obteniendo de esa manera la consideracion franca y completa que hasta allí no habia logrado conseguir. Estas distintas ideas revolteaba en su imaginacion, cuando le llegó la carta del obispo de Osma presidente del consejo de Indias, llamándolo en nombre del emperador; y desde luego se decidió por aquel extremo, emprendiendo su viaje para la península. Mandó preparar sus naves en Veracruz, haciendo saber que en ellas daria pasaje gratis á cuantos quisieran pasar á España: á mas de la numerosa comitiva que esto le proporcionó y que él deseaba para presentarse á la corte con todo el fausto de un gran señor, hizo que lo acompañaran sus famosos capitanes Gonzalo de Sandoval, Andres de Tápia y algunos otros compañeros de conquista: un hijo del infortunado Moctehuzuma, D. Juan Maxixcatzin, hijo del gefe tlaxcalteca del mismo nombre que tanto favoreció la empresa del conquistador: otros muchos señores nobles, mexicanos, tlaxcaltecas y tarascos: algunos bailarines mexicanos, otros ágiles en el juego de los voladores y en el de la pelota: hombres y mujeres de este suelo, extraordinarios por la blancura de color; y otros muchos énanos, contra-hechos y cuantas personas pudo hallar raras por su buena ó deforme estatura. A este suntuoso aparato de personas, unia la diversidad de aves no conocidas en Europa por la melodía de sus cantos ó la variedad y hermosura de su pluma-

je: diversos tegidos de algodón ó plumas: ricas y esquisitas joyas; y cuanto pudo hallar de mas raro y sorprendente en el pueblo que dejaba sojuzgado.

Con todo este aparato de magnificencia se presentó en el puerto de Palos, célebre porque de allí habia partido treinta y seis años antes la expedicion del inmortal Colon; y allí tuvo el dolor de ver caer al formidable golpe de la muerte, al mas querido de sus compañeros el valeroso y prudente Sandoval, que fué acometido de una enfermedad que en pocos dias acabó con aquella vida, que desafió á las mayores fatigas de una dilatada campaña y á las terribles armas de los indígenas.

Mientras Cortés llegaba á España, los ministros de la audiéncia se presentaban en México, para seguir el juicio contra el capitan general y gobernar el reino, haciendo salir de él por orden del emperador á Estrada, Salazar y Chirinos, autores principales de tantos disturbios. El conquistador con su presencia en la corte consiguió volver en su favor el ánimo del soberano, que le hizo grandes mercedes así honorificas como en concesion de bienes, siendo de las primeras el título de Marques del Valle de Oajaca y de las segundas, la concesion de veintitres ciudades, la duodecima parte de las islas que descubriera y la décima parte de los frutos en todas las tierras conquistadas. En México murieron en pocos dias los oidores Maldonado y Parada, por lo cual quedó solo el presidente Guzman con los ministros Delgadillo y Matienzo, que desde luego se entregaron á mil actos de injusticia, principalmente contra Cortés, trabajando cuanto les fué posible por impedir su vuelta á México, mandando vender sus bienes y favoreciendo á todos los que le habian hecho la oposicion, entre ellos á Chirinos y Salazar; pero con la buena acogida que Cortés halló en España y las muchas quejas que iban de México contra los oidores, estos cayeron de la gracia del emperador,

que se resolvió á quitarlos, nombrando otra nueva audiencia de la que se nombró presidente á D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, ministros á los Licenciados D. Vasco de Quiroga y Alonzo Maldonado y fiscal al Lic. Francisco Zainos.

Estos nuevos ministros llevaban instrucciones de sujetar á juicio y castigar severamente á los miembros de la audiencia anterior, particularmente á Nuño de Guzman, cuyas injusticias y crueldades eran innumerables: tambien debian poner en ejecucion las leyes que el emperador habia reiterado para conseguir la libertad de los naturales, la moderacion en el pago de tributos y el buen trato que se les diera en todo para conseguir mejor su reduccion á la fé católica y á la obediencia del rey; y sobre todo se les recomendaba, la armonía y acuerdo con el Marques del Valle, que se mandó volviera á México, así para atender á sus intereses particulares, como á los de la corona, en la pacificacion de las ciudades alborotadas y el aumento en los pueblos conquistados.

Los oidores supieron las nuevas medidas que la corte tomaba para reprimir sus desmanes: y teniendo conocimiento de que aquello se debia en gran parte á los informes de los prelados de la iglesia que velaban por la paz y la defensa de los vencidos, llegaron á concebir tal odio á los eclesiásticos, que con escándalo de todos, entraron en graves cuestiones con el Illmo. Sr. Zumarraga y los religiosos de San Francisco, por lo cual merecieron los ministros, una excomunion del prelado mexicano; pero aquellos, menospreciando esta terrible pena de la iglesia, siguieron ejerciendo su tiranía, hasta última hora en que les fué quitada la autoridad de que tanto abusaron, con mengua de los derechos de todos y desdoro del nombre castellano.

Cuando ya el furioso Nuño de Guzman vió acercarse la hora de desnudarse de su autoridad y poner en tela de jui-

cio su conducta tan plagada de iniquidades, salió á espedicionar por el reino de Michoacan y los estados de la costa del Sur, llevando en su compañía al revoltoso Chirinos y un ejército de seiscientos españoles, con ocho mil indios mexicanos y tlaxcaltecas. Cortés llegó á Tezcoco, donde recibió los parabienes de todos sus amigos y allí esperó la venida de la nueva audiencia, que tuvo lugar en principios del año 1531.

En el año anterior, el infatigable zelo del lego franciscano Fr. Pedro Gante, habia producido en México, el establecimiento del colegio de niñas, que fué despues el convento de la Concepcion, y el hospital de San Juan de Letran, con el colegio de niños que le estaba anexo y que tanto contribuyó para derramar la ciencia en este suelo. (1)

CAPITULO XXXVI.

Conquista de los Estados independientes del imperio mexicano en las costas del mar del Sur.

Para tener Nuño de Guzman un teatro mas ámplio donde satisfacer su descomunal ambicion, y queriendo tambien colocarse en una posicion, que á la vez de evadir el castigo que le merecian sus atrocidades pudiera tambien ofuscar las glorias del primer conquistador Fernando Cortés, emprendió la conquista de los Estados del interior, á cuya

[1] Salazar Conquista de México. Seg. part. lib. 4.º del cap. 12 al 13 lib. 5.º del cap. 1.º al 13. Herrera dec. 2.ª lib. 8.º cap. 9 lib. 9.º cap. 7, 8 y 9 dec. 4.ª lib. 2.º cap. 1.º lib. 3.º cap. 7 v 8 lib. 4.º cap. 1.º y 8.º Torq. monarq. ind. lib. 4.º cap. 80 lib. 5.º cap. 8 y 9.

que se resolvió á quitarlos, nombrando otra nueva audiencia de la que se nombró presidente á D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, ministros á los Licenciados D. Vasco de Quiroga y Alonzo Maldonado y fiscal al Lic. Francisco Zainos.

Estos nuevos ministros llevaban instrucciones de sujetar á juicio y castigar severamente á los miembros de la audiencia anterior, particularmente á Nuño de Guzman, cuyas injusticias y crueldades eran innumerables: tambien debian poner en ejecucion las leyes que el emperador habia reiterado para conseguir la libertad de los naturales, la moderacion en el pago de tributos y el buen trato que se les diera en todo para conseguir mejor su reduccion á la fé católica y á la obediencia del rey; y sobre todo se les recomendaba, la armonía y acuerdo con el Marques del Valle, que se mandó volviera á México, así para atender á sus intereses particulares, como á los de la corona, en la pacificacion de las ciudades alborotadas y el aumento en los pueblos conquistados.

Los oidores supieron las nuevas medidas que la corte tomaba para reprimir sus desmanes: y teniendo conocimiento de que aquello se debia en gran parte á los informes de los prelados de la iglesia que velaban por la paz y la defensa de los vencidos, llegaron á concebir tal odio á los eclesiásticos, que con escándalo de todos, entraron en graves cuestiones con el Illmo. Sr. Zumarraga y los religiosos de San Francisco, por lo cual merecieron los ministros, una excomunion del prelado mexicano; pero aquellos, menospreciando esta terrible pena de la iglesia, siguieron ejerciendo su tiranía, hasta última hora en que les fué quitada la autoridad de que tanto abusaron, con mengua de los derechos de todos y desdoro del nombre castellano.

Cuando ya el furioso Nuño de Guzman vió acercarse la hora de desnudarse de su autoridad y poner en tela de jui-

cio su conducta tan plagada de iniquidades, salió á espedicionar por el reino de Michoacan y los estados de la costa del Sur, llevando en su compañía al revoltoso Chirinos y un ejército de seiscientos españoles, con ocho mil indios mexicanos y tlaxcaltecas. Cortés llegó á Tezcoco, donde recibió los parabienes de todos sus amigos y allí esperó la venida de la nueva audiencia, que tuvo lugar en principios del año 1531.

En el año anterior, el infatigable zelo del lego franciscano Fr. Pedro Gante, habia producido en México, el establecimiento del colegio de niñas, que fué despues el convento de la Concepcion, y el hospital de San Juan de Letran, con el colegio de niños que le estaba anexo y que tanto contribuyó para derramar la ciencia en este suelo. (1)

CAPITULO XXXVI.

Conquista de los Estados independientes del imperio mexicano en las costas del mar del Sur.

Para tener Nuño de Guzman un teatro mas amplio donde satisfacer su descomunal ambicion, y queriendo tambien colocarse en una posicion, que á la vez de evadir el castigo que le merecian sus atrocidades pudiera tambien ofuscar las glorias del primer conquistador Fernando Cortés, emprendió la conquista de los Estados del interior, á cuya

[1] Salazar Conquista de México. Seg. part. lib. 4.º del cap. 12 al 13 lib. 5.º del cap. 1.º al 13. Herrera dec. 2.ª lib. 8.º cap. 9 lib. 9.º cap. 7, 8 y 9 dec. 4.ª lib. 2.º cap. 1.º lib. 3.º cap. 7 v 8 lib. 4.º cap. 1.º y 8.º Torq. monarq. ind. lib. 4.º cap. 80 lib. 5.º cap. 8 y 9.

vanidad dieron pábulo los mismos ministros de la audiencia, que trataron de deshacerse de él por serles ya intolerable aun á ellos mismos el orgullo del presidente. Para dar principio á su obra, en Noviembre de 1529 mandó á Pedro Almendez ó Peralmindez Chirinos para que hiciera que Catzonzi rey de Michoacan preparara un ejército de diez mil tarascos para aumentar las tropas con que se proponia llevar á cabo la proyectada conquista: y en el siguiente año, el mismo Guzman con el ejército que ya se ha dicho salió de México pasando por Toluca, para entrar al reino de Michoacan, donde los naturales desagradados altamente con su rey que tan cobardemente se les habia sujetado á los conquistadores, lo acusaron ante Guzman de haber querido eludir su orden para el alistamiento de los diez mil tarascos; y el bárbaro y cruel conquistador con pretexto de castigar la desobediencia de aquel desgraciado rey, le mandó dar muerte y confiscarle los grandes tesoros que tenia en oro y plata.

Después de este atentado, que es uno de tantos que dan un carácter de fiereza á la vida de Guzman, mandó este pasar revista á su ejército que se componia de seiscientos españoles infantes y de caballería con ocho cañones y veinte mil indígenas entre tlaxcaltecas, mexicanos y tarascos, todos estos adornados con sus vistosos plumeros y con las armas que tenian costumbre de usar, formaban hermosas columnas organizadas por cabos españoles. Reunió en seguida en junta de guerra á sus capitanes para determinar el curso de la expedicion, quedando en ella resuelto sujetar las grandes poblaciones mas inmediatas y emprender después la conquista de los reinos de Tonalán y Jalisco: con esta resolución salió el ejército ocupando los pueblos del bajío hasta la sierra de Guanajuato y Comanja; y de allí volvieron hasta introducirse en el valle de Coiman cuyos naturales formaban grandes y belicosos ejércitos. Antes de emprender formalmente la guerra, mandó emizarios al Gober-

nador de aquellos pueblos advirtiéndole: que su entrada por aquellos lugares era pacífica, pues siendo enviado por el mayor Monarca del mundo solo pretendia sacarlos de sus errores y darles á conocer al verdadero Dios, para que con esta ventaja pudieran disfrutar los beneficios de una mas amplia y completa libertad. “Palabra lisonjera, dice el padre Frejes, para el corazon de los hombres y que ha causado mas daños en el mundo que los mayores tiranos.”

Poco halagaban al Gobernador estas seductoras promesas, después de saber la muerte atroz del rey de Michoacan y otras muchas consecuencias de la perfidia de los conquistadores que se habian difundido bastante por todos los pueblos aun no sujetos al yugo de su dominacion; pero no teniendo arbitrio para defenderse del numeroso ejército que ya pisaba los umbrales de sus Estados, pedia se retardase la entrada de los españoles hasta dar aviso á sus aliados de Cuiceo. El gefe español, conociendo que aquel retardo no tendria mas objeto que prepararse á una resistencia armada, determinó no dar tiempo á ella é inmediatamente avanzó con su ejército: el gobernador indígena viéndose sorprendido de aquel modo se vió obligado á salir al encuentro de los conquistadores con demostraciones de paz: donde ya encontró al ejército invasor ambos gefes se adelantaron y el gobernador para significar su obediencia, saludó á Guzman incando una rodilla y poniéndole al cuello segun su costumbre una zarta de codornices. Nuño correspondió con urbanidad á estas demostraciones de aprecio y dejando allí á Chirinos con alguna tropa para conservar aquel territorio, siguió con el resto de sus fuerzas hácia Cuiceo, llegando hasta el pueblo de Zula que hoy es la Piedad. Allí salió al frente el Señor de Cuiceo con un ejército como de dos mil indios, levantado en los pueblos que hoy forman el Distrito de la Barca. Al avistar los dos ejércitos uno de los capitanes de Cuiceo, espere-

só al ejército contrario en nombre de su gefe, la resolución que tenían para defenderse fundados en la justicia de su causa, porque estando ellos pacíficos en la posesion de sus casas y terrenos, pretendian los españoles despojarlos de aquellos derechos tan sagrados, con cuyo justo reproche se irritó el orgulloso gefe español emprendiendo luego el ataque, que los naturales aunque inferiores en número sostuvieron por todo el dia; pero al siguiente cedieron el paso á la superioridad de sus contrarios, teniendo que manifestar su obediencia para que los dejaran volver pacíficos á sus pueblos.

De allí se dirigió por todos los pueblos que están en la rívera de la laguna de Chapala y pasando por Isthluacan y Coscomatitlan se dirigió al territorio de Tonalán con el auxilio de los pueblos de Tlaxomulco y Atemajac, que por no considerarse con fuerza bastante para resistir la invasion, se habian decidido en favor de los conquistadores. El rey de Tonalán habia muerto y la viuda que tenia las riendas del Gobierno ni tenia ascendiente entre sus súbditos ni génio bastante para conjurar la tempestad que amenazaba á sus Estados: en aquellas críticas circunstancias, el senado que aconsejaba á la reina en todos los asuntos de interes se dejó dominar del fatal espíritu de division que siempre en casos semejantes ha causado la ruina de los pueblos, retirándose á Titlan la parte que no estaba por recibir de paz al ejército español; y no contando ya la reina con fuerza física ni moral mandó una embajada para manifestar á Nuño de Guzman su voluntad de recibirlo pacíficamente en su reino. Al dia siguiente el conquistador salió de Tlajomulco y al llegar á Tonalán vino á recibirlo la reina con la parte del pueblo que le habia quedado: ésta para el recibimiento habia preñado multitud de doncellas que adornadas como para una gran fiesta salieron danzando al encuentro de los invasores: éstos

para obsequiar á la Señora del territorio, hicieron salva con sus fusiles y cañones; y ella para manifestar su obediencia puso en la cabeza del conquistador una guirnalda de flores y en las manos un cetro de suchiles. Pasadas estas ceremonias de obsequio, el ejército entró á los alojamientos que se le habian dispuesto en la ciudad y los gefes fueron llevados á una gran enramada que se habia puesto en la plaza para servir el sencillo banquete que en su obsequio se habia preparado.

Todos comian en medio del mayor regocijo y cuando Guzman saboreaba, mas que las rústicas viandas del festin, la felicidad con que hasta allí caminaba la empresa de donde se proponian tan felices resultados, se oyó un gran ruido como el de una impetuosa avenida y el pueblo que pacífico contemplaba la llegada de los dominadores se agitó en un momento y se movia en tumultuosas olas: habian llegado los disidentes de Titlan resueltos á arrojar de su suelo á los extranjeros; pero estos tomando luego sus armas y poniéndose en orden de batalla, hicieron pagar muy caro el heróico esfuerzo de aquellos naturales, que pronto tuvieron que abandonar la empresa desbaratadas y diezmadas sus filas por las mortíferas armas castellanas. Y aun no quedando con esto contento el espíritu vengativo de Guzman, mandó un cuerpo de tropa mandado por Cristóbal Oñate para llevar la desolacion al mismo lugar en donde los tonaltecas se habian refugiado y formado el proyecto de defender su independencía.

Con este golpe, los restos de los tonaltecas se retiraron á las barrancas de Guentitlan; y Guzman dejando arreglado el gobierno de los lugares conquistados salió para Tlaxomulco, cuyo señor llamado Coyotl renovó la alianza que con él tenia hecha desde antes, probándole su sinceridad con nombrarlo por su padrino para recibir el bautismo, en el que cambió su nombre indígena por el de Pedro de

Guzman. La conquista espiritual de este gobernador indio y de otros varios señores principales de los pueblos que había recorrido el ejército, la hicieron cuatro mexicanos discípulos del famoso lego Pedro Gante: la suavidad de la doctrina que estos aventajados neófitos iban difundiendo, mezclada con el furor que caracterizaba á Nuño de Guzman, le facilitaron sus rápidas conquistas, pues unos naturales cedían á la fuerza de la verdad de la doctrina que se les enseñaba, mientras otros muchos atemorizados por la severidad de carácter del conquistador se sometían á su yugo; y por eso sin tener que emprender grandes campañas recorrió el territorio de Tonalán y fué á fijarse á donde hoy está el pueblo de San Pedro de Analco perteneciente entonces al antiguo reino de Jalisco. Allí se le incorporó el capitán Chirinos que saliendo del valle de Coinan recorrió según sus instrucciones hasta el territorio de los Zacatecas y volviendo por Atolinga, Tepechictlan y Tlaltenango, atravesó una parte de la sierra de los Nayaritas para ir á unirse con su gefe al territorio de Jalisco á darle cuenta de los lugares recorridos, con todas las circunstancias que debieran tenerse presente para cuando se emprendiera en ellos la conquista.

CAPITULO XXXVII.

Conquista de Querétaro y fundación de la Ciudad de Puebla.

La nación de los Otomites que según Torquemada tiene origen de su gefe Othomil el último de los seis hijos de un anciano llamado Istacmixcu, llegó al valle del Anahuac en union de las naciones Acolhua y Tecpaneca, rei-

nando el Emperador Xolotl según dejamos sentado en su respectivo lugar: los descendientes de éstos se fueron extendiendo y formando los pueblos de Xilotepec, Tepexi, Tula, Huichiapan, Xiquilpo, Actopan y otras varias poblaciones hasta donde hoy está la ciudad de Querétaro, cuyo territorio fué tributario de la corona de Tenoxtitlan desde el reinado del valiente Moctehuzuma Ilhuicamina, y servía como frontera del reino para asiento de las guarniciones militares que mantenían las continuas guerras así con los tarascos súbditos del reino de Michoacan, como con los Chichimecas que rebeldes á sus soberanos, ocuparon siempre las asperezas de los montes. Muchos de estos Otomites se aliaron con la República de Tlaxcala en la incesante guerra que sostuvo con el imperio mexicano; y como muchos de los mas valientes capitanes fueron honrados con los puestos principales de la República, allí permanecieron hasta la venida de los españoles con quienes se aliaron lo mismo que sus amigos los tlaxcaltecas.

Uno de estos, que recibió la fé católica y en el bautismo el nombre de D. Fernando de Tapia, como prueba de su adhesión al caudillo de los españoles y á uno de sus capitanes mas famosos, Andres de Tapia, de tal manera quedó adicto á la causa de la conquista, que establecido ya en México el gobierno español y tratando de estender sus dominios por el territorio del interior, él cooperó á esta obra, tomando por su cuenta reducir á la obediencia del trono de Castilla, aquella parte que ocupaban los otomites.

Este indio, Fernando Tapia, despues de la toma de la capital, se habia establecido en Xilotepec, el pueblo mas grande de los que formaban la provincia de los otomites; y habiendo ya palpado las ventajas de la civilización que trae como precisa consecuencia la religion adorable del Crucificado, sentia vivamente que muchos pueblos aun permanecieran en las oscuras sombras del paganismo,

Guzman. La conquista espiritual de este gobernador indio y de otros varios señores principales de los pueblos que había recorrido el ejército, la hicieron cuatro mexicanos discípulos del famoso lego Pedro Gante: la suavidad de la doctrina que estos aventajados neófitos iban difundiendo, mezclada con el furor que caracterizaba á Nuño de Guzman, le facilitaron sus rápidas conquistas, pues unos naturales cedían á la fuerza de la verdad de la doctrina que se les enseñaba, mientras otros muchos atemorizados por la severidad de carácter del conquistador se sometían á su yugo; y por eso sin tener que emprender grandes campañas recorrió el territorio de Tonalán y fué á fijarse á donde hoy está el pueblo de San Pedro de Analco perteneciente entonces al antiguo reino de Jalisco. Allí se le incorporó el capitán Chirinos que saliendo del valle de Coinan recorrió según sus instrucciones hasta el territorio de los Zacatecas y volviendo por Atolinga, Tepechictlan y Tlaltenango, atravesó una parte de la sierra de los Nayaritas para ir á unirse con su gefe al territorio de Jalisco á darle cuenta de los lugares recorridos, con todas las circunstancias que debieran tenerse presente para cuando se emprendiera en ellos la conquista.

CAPITULO XXXVII.

Conquista de Querétaro y fundación de la Ciudad de Puebla.

La nación de los Otomites que según Torquemada tiene origen de su gefe Othomil el último de los seis hijos de un anciano llamado Istacmixcu, llegó al valle del Anahuac en union de las naciones Acolhua y Tecpaneca, rei-

nando el Emperador Xolotl según dejamos sentado en su respectivo lugar: los descendientes de éstos se fueron extendiendo y formando los pueblos de Xilotepec, Tepexi, Tula, Huichiapan, Xiquilpo, Actopan y otras varias poblaciones hasta donde hoy está la ciudad de Querétaro, cuyo territorio fué tributario de la corona de Tenoxtitlan desde el reinado del valiente Moctehuzuma Ilhuicamina, y servía como frontera del reino para asiento de las guarniciones militares que mantenían las continuas guerras así con los tarascos súbditos del reino de Michoacan, como con los Chichimecas que rebeldes á sus soberanos, ocuparon siempre las asperezas de los montes. Muchos de estos Otomites se aliaron con la República de Tlaxcala en la incesante guerra que sostuvo con el imperio mexicano; y como muchos de los mas valientes capitanes fueron honrados con los puestos principales de la República, allí permanecieron hasta la venida de los españoles con quienes se aliaron lo mismo que sus amigos los tlaxcaltecas.

Uno de estos, que recibió la fé católica y en el bautismo el nombre de D. Fernando de Tapia, como prueba de su adhesión al caudillo de los españoles y á uno de sus capitanes mas famosos, Andres de Tapia, de tal manera quedó adicto á la causa de la conquista, que establecido ya en México el gobierno español y tratando de estender sus dominios por el territorio del interior, él cooperó á esta obra, tomando por su cuenta reducir á la obediencia del trono de Castilla, aquella parte que ocupaban los otomites.

Este indio, Fernando Tapia, despues de la toma de la capital, se habia establecido en Xilotepec, el pueblo mas grande de los que formaban la provincia de los otomites; y habiendo ya palpado las ventajas de la civilización que trae como precisa consecuencia la religion adorable del Crucificado, sentía vivamente que muchos pueblos aun permanecieran en las oscuras sombras del paganismo,

por lo cual concibió el proyecto de ayudar á que esta luz se difundiera, eligiendo como teatro de sus operaciones, aquellas partes donde tenia mas conocimiento del terreno y mayores simpatías por ser los naturales de su misma nacion.

Como se ha dicho en uno de los capítulos anteriores, en el año de 1531 gobernaba en México, la audiencia presidida por el Sr. D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, ilustre prelado que veia con sumo interes la pacificacion de los pueblos y su reduccion á la ley evangélica: de suerte, que al otomite Tapia le fué muy fácil arreglar todo lo necesario á su empresa, porque contando con su influjo para con los naturales de Tepexi, Tula y otros pueblos, pudo con poco esfuerzo reclutar el número de tropas necesarias á su proyecto y éstas fueron armadas á mas de las flechas y macanas que usaban todos los indígenas, con las espadas y mosquetes españoles, cuyo uso ya les era bien conocido, así como tambien ya no ignoraban la disciplina europea, circunstancia que les daba grandes ventajas sobre los otros pueblos incultos.

Arreglado así el ejército de Fernando Tapia y acompañado de un religioso que sacó de Xilotepec, emprendió su marcha y su primer triunfo, debido solo á las persuasiones del misionero que acompañaba á las tropas, fué en el lugar donde hoy está la ciudad de San Juan del Rio, llamada así, porque su fundacion fué el dia de San Juan Bautista del dicho año de 31 y por el rio que baña el espresado sitio. De aquí se mandaron emisarios á los otomites y chichimecas que habitaban los breñales y aunque el autor de la crónica de los colegios de *propaganda fide* supone que estuvieron conformes con recibir de paz al ejército conquistador, esto no es probable y á mas se opone á la relacion hecha en la descripcion panegírica de la

Santa Cruz que se venera en la espresada ciudad de Querétaro.

Segun esta, pasó el ejército adelante y en el lugar que hoy se llama El Colorado, salió una partida de chichimecas tratando de estorbarles el paso; pero con el auxilio de las armas de fuego, cuyo estrépito atemorizó á los bárbaros, se retiraron éstos y el ejército se acampó en aquellos sitios ese mismo dia 24 de Julio, al mes de la fundacion de San Juan del Rio: al siguiente dia que era el del Apóstol Santiago patron de las Españas, el ejército de Tapia bajó la cuesta llamada La China, resonando sus instrumentos militares y tremolando sus banderas en que se habia puesto por escudo una Cruz; y al llegar á la aspereza de la loma del Sangremal, donde hoy está el convento de religiosos misioneros dedicados á la Santa Cruz, encontraron con los enemigos, que hicieron una esforzada resistencia, hasta que la superioridad de las armas y la mejor organizacion de las tropas de Tapia, le dieron á este la victoria.

Los vencedores, que en la religion que habian recibido, tenian la fuerza bastante para dominar los feroces instintos que arrebatában á aquellos pueblos, particularmente cuando los embriagaba el triunfo sobre sus enemigos, no tuvieron en esta ocasion las mismas inclinaciones: y sin ensangrentar la batalla, mas de lo que fué preciso para triunfar, dejaron de perseguir á los vencidos, quienes despues se fueron presentando, á tener la paz con que se les brindó desde antes de hacer uso de las armas.

Tapia tomó posesion del terreno en nombre del rey de España, con las formalidades que habia aprendido de los castellanos sus amigos, quedando nombrado por patron de la ciudad, el Apóstol Santiago en cuyo dia fué tomada la tierra y comenzada la fundacion de la ciudad.

En toda la conquista de México, es muy comun en casi

todas las batallas, encontrar en el cielo la aparición del sagrado lábaro de la Cruz, que dió el triunfo al emperador Constantino; y ver al Apóstol Santiago pelear al lado de los conquistadores, hollando con las pezuñas de su caballo blanco los cuerpos de los vencidos infieles. Si hubiéramos de tener por cierta la presencia de estos sagrados objetos en todas las ocasiones que los conquistadores la suponen, casi no habria acción de armas en que dejáramos de referirla y aun en algunas, aseguran las relaciones de Cortés, haber intervenido el gefe de los apóstoles blandiendo la espada, que habia permanecido envainada desde que su Maestro le dió orden de volverla á la cubierta en el huerto de Getzemaní, despues de cortarle la oreja al criado del Pontífice; pero nos hemos abstenido de recargar los estudios con estas relaciones, así por lo que es debido á una sana y prudente crítica, como por ser manifiesto, que por grande que fuera el aprecio que los conquistadores hicieron de los intereses de la religion, siempre los emplearon mejor como un instrumento para favorecer sus intereses particulares y temporales de la corona de Castilla, que para hacer el bien espiritual de un pueblo cuya destruccion estuvo á punto de consumarse, á no ser por los ministros del Autor de esa misma religion, que con sus toscos sayales se interpusieron siempre entre los furros de la ambicion y la debilidad de los oprimidos.

Esto debe hacernos muy cautos para aceptar siempre estas milagrosas apariciones, aunque por otra parte estamos convencidos, de que la conquista no puede esplicarse sino por causas puramente providenciales y destinadas á servir para la grande obra de la civilizacion universal. Por esta causa, apenas hemos referido alguna y siempre con las reservas necesarias para no atropellar la verdad ni faltar á la esactitud histórica; con las mismas circunstancias, referimos aquí la aparición que las antiguas crónicas,

dan por supuesta de una Cruz, que se dejó ver en el fondo de una apasible claridad, que contrastaba con la densa nube que levantaba el polvo y el humo de las armas de fuego. Para perpetuar la memoria de este acontecimiento segun consta en los autores que deajo referidos y algunas relaciones de los indios, que se conservaban en el archivo del convento de Santa Clara, fundado en la misma ciudad de Querétaro por D. Diego Tapia hijo de D. Fernando, tanto los vencedores como los vencidos, solicitaron en esta vez, poner en el mismo lugar donde fué la batalla, una Cruz que hicieron luego de madera; pero pareciéndoles muy corruptible esta materia, procuraron tener otra de piedra para que sobrepusiera á la destructora acción del tiempo: esta la hicieron de las mismas piedras de la Cuesta China y es la misma que se venera en el convento de religiosos de propaganda, bajo el nombre de la Santa Cruz de los milagros, por los muchos que el Señor ha obrado por mediación de esta soberana señal, en las personas que se han visto agobiadas con toda clase de penalidades.

En este mismo año de 1531, siendo muchas las personas que se venian de la Península para poblar estas tierras de la Nueva España, quiso el Sr. Ramirez de Fuenleal, presidente de la audiencia, que se fueran aumentando las poblaciones de españoles y con este fin, determinó la fundación de otra ciudad á mas de la de México, á la cual se le dió por nombre La Puebla de los Angeles y fué encargado de su fundación el Lic. Salmeron tambien ministro de la audiencia de que era presidente el Sr. Fuenleal.

Su primer obispo, que fué el Illmo. Sr. D. Julian Garcés de la orden de Santo Domingo y que fué el primer prelado que vino á este suelo en 1526, siendo gefe de la iglesia el Sr. Clemente VII tuvo su catedral en la ciudad de Tlaxcala, hasta que en el año de 1550 se trasladó á la ciudad de Puebla que desde entonces ha sido una de las

primeras poblaciones de esta nacion, y memorable por los acontecimientos que en ella han tenido lugar en los últimos años.

CAPITULO XXXVIII.

Reflexiones sobre la conquista.

Si fuera posible eximirme de escribir la materia de este capítulo, lo haría gustoso por temor de no defraudar un ápice de lo que se deba á la verdad de la historia; pero no es posible omitir la parte mas interesante de los trabajos históricos, que es la apreciacion filosófica de los acontecimientos sin lo que de nada sirve la relacion fria de los hechos, no sabiendo el espíritu que animaba á sus autores: sin esto, la historia seria una muda representacion de autómatas, sin relacion en el órden de las sociedades, con la mano sabia y poderosa que dirige todos los destinos del hombre para el bien de la humanidad en general y sin consecuencia, para las postreras generaciones, que nada tendrian que aprender en el gran libro del pasado, donde está el fruto de la esperiencia de todos los siglos.

No pudiendo pues dispensarme de este trabajo tan sembrado de escollos por la distancia que separa las épocas, la oposicion de intereses mezclados en aquellos acontecimientos y la delicadeza de la materia, que justamente viene á darnos el clave para la inteligencia mas acertada de nuestra historia, entro pues en materia, tomando por base las costumbres é ideas habidas en la época de que voy á tratar á la cual debemos trasportarnos para ser consecuentes y poder demandar a la posteridad, la justicia que en nom-

bre de la civilizacion, es necesaria para que se puedan apreciar debidamente nuestras acciones.

Cuando al inmortal Colon le vino la idea de surcar la embravecida superficie del grande Oceano, para descubrir las playas de un mundo desconocido, la Providencia felizmente para la causa de la civilizacion, tenia depositadas las riendas del gobierno de Castilla en las manos de Isabel la católica. Esta heróica muger á pesar de las dificultades en que estaba basado su trono, por la guerra que en aquellos momentos tenia empeñada con los sarracenos, hizo un esfuerzo para equipar la flota del gran almirante, y sin él, ni las luces de la civilizacion habrian disipado las tinieblas del nuevo continente, ni los tesoros de ésta habrian podido pasar al antiguo para equilibrar el influjo de sus caducos tronos.

Cuando en Europa se hizo patente que el pensamiento de Colon no era un estravio del acaloramiento de su imaginacion, sino una feliz y grandiosa realidad, las demas naciones se lanzaron á tomar parte en el descubrimiento de aquel tesoro escondido por tantos siglos; y antes que todas, el Portugal mandó sus intrépidos marinos que pisaron las costas de la América meridional y doblaron el cabo de Buena Esperanza. De aquí nacieron pretensiones de ambos reinos, alegando superioridad de derechos en la posesion de algunas tierras: y como segun la costumbre de aquellos tiempos admitida como un principio de derecho público, las diferencias entre los soberanos, antes que decidirse por el violento estrago de las armas que siempre menoscaba los derechos públicos y particulares, ocurrieron á la silla apostólica, para que el depositario de la autoridad de Jesucristo, pusiera término con su soberana resolucion á la disencion entre ambos tronos.

En aquellos tiempos era acatado el principio que hace un deber de conciencia, para que los soberanos tempora-

les, no solo cuidaran en sus estados del aumento de la fé y la religion católica, sino que debian cooperar á difundir la luz evangélica en los pueblos que gemian bajo la pesada esclavitud del paganismo: á este bien espiritual, estaba unido el temporal de los soberanos, por donde hallaba medio de estenderse la ambicion de los particulares, por que nunca la mano impura del hombre, deja de manchar cuanto toca; pero el vicario de Jesucristo, continuo guardian de los intereses de la única religion civilizadora, todo lo encamina á este fin: no con las miras mesquinas, que le atribuyen los sistemáticos detractores de la autoridad pontificia, sino dirigiendo todos los acontecimientos, como ministro de la Sabia Providencia reguladora de las sociedades, al bien general del humano linage, agobiado por las exigencias de la materia y de la inteligencia esclavizada al error.

Así es, que cuando los monarcas de España y Portugal ocurrieron con sus diferencias al Romano Pontífice, el señor Alejandro VI, espidió sus bulas de 3 y 4 de Mayo de 1493 la cual no autorizaba á los reyes para la conquista, ni ellos buscaban autorizacion para una empresa que ya habian comenzado y en la que se creian garantizados con los principios dominantes en su época, sino que solo establecia una línea que sirviera de frontera á las conquistas de ambos reinos; y alentados en su gloriosa empresa de propagar la fé de Jesucristo, no queria que ejercieran el dominio temporal, sino con la obligacion de llevar á los pueblos incultos, hombres capaces por su virtud y saber, para instruir á los habitantes en el conocimiento de la verdad.

Estas letras pontificias, que sirvieron de bási á los tratados de Tordesillas, donde terminaron las diferencias de las coronas de Portugal y España, han sido objeto de dis-

tintas interpretaciones, que á su vez han dado materia para las injustas imputaciones, que á la Santa Sede se han hecho por sus enemigos; pero si ellas pudieran ofrecer alguna duda, vinieron luego las del Señor Paulo III declarando los incuestionables derechos temporales de los habitantes de los países descubiertos.

Esto supuesto, lejos de recibir un agravio los naturales de este suelo, en la resolucion del vicario de Cristo, toda la sociedad debe estarle agradecida, por la paternal solicitud con que se procuró el bien espiritual y material, conciliando los intereses de todos los pueblos: y hecha esta aclaracion sin la que no es posible dar un paso adelante, ni puede dispensarse de ella ningun escritor católico para dejar garantizadas la verdad histórica y la profunda consideracion de que deben ser objeto las palabras de los sucesores de Pedro, pasamos á tratar la materia de este capitulo, en sus relaciones y diversidad de intereses de los conquistados y conquistadores. Para esto debemos considerar, cual era el fin á que los soberanos de España dirigian esta obra, cuales los medios que se emplearon y que resultado se obtuvo; despues de este análisis, fácil será separar el grano de la paja, la verdad del error y saber cuanto y á quien debemos agradecer, y de donde viene lo mucho que se tenga que lamentar como consecuencia de la conquista.

Los escritores protestantes, examinando los actos de los soberanos católicos, los creen solo produccion del fanatismo y de los atrasos de la inteligencia, envuelta en ridículas preocupaciones, hallando en esto ocasion para desfogar su cólera contra la Iglesia católica, único poder á quien los pueblos son deudores de la civilizacion que poseen y de la garantía de sus derechos; pero cuando á su vez tienen que entrar de lleno en el fondo de la cuestion, ha-

llan muy justificable la conquista y eso por el filantrópico sentimiento, de que los soberanos gentiles *tan poco hacian en favor de la felicidad de sus súbditos y de los verdaderos intereses de la humanidad: y porque eran razas poco á propósito para excitar la simpatía y consideracion.* Así es como de una plumada se resuelve tan delicada cuestion, por los hombres que sin pasado ni porvenir, no ven mas de el momento presente: ni tienen otro norte para juzgar, que los miserables intereses materiales, sin cuidarse mucho de no relajar los lazos que deben unir á todos los pueblos, para formar la gran familia de la sociedad general, último término en que debe ser considerado el hombre en sus relaciones con el Autor del Universo.

Por el contrario, otros autores contemporáneos á la conquista, hallan medio de justificar todas las acciones de los conquistadores, en el supuesto que fueran dirigidas al servicio de la propagacion de la fé, como si esa misma religion adorable que se trataba de difundir no prohibiera aun el deseo siquiera, de derramar injustamente la sangre de nuestros semejantes, de privarlos de su libertad, despojarlos de sus intereses ó violar sus hogares, derechos todos, que no pueden menos que vulnerarse, al estrepitoso ruido de las armas. Y yo francamente, ni con todo lo que puede dar de sí el curso de tres y medio siglos, hallo el medio, con que pudiera conciliarse la justificacion del derecho de conquista con el respeto que era indispensable tener á los sagrados intereses de los pueblos conquistados aunque tuvieran la desgracia de estar separados de la verdad; pero no obstante, que no puedo darme en esto una explicacion satisfactoria, es preciso confesar, que los soberanos de España por mucho que tuvieran presente el interes material, no dejó de tener gran parte en su ánimo la causa de la civilizacion y las disposiciones que dictaron, son un testimonio del esfuerzo con que procuraron conciliar los

avances de su poder, con los principios de la justicia y los intereses de su corona, con los de los pueblos subyugados: y que si no pudieron realizar su pensamiento, poniendo de acuerdo su razon de obrar con los sentimientos de su corazon, fué debido mas bien á los desmanes de los ejecutores, que poco se cuidaban, ni del honor de sus monarcas, ni del bienestar de los vencidos; de suerte, que si la conquista puede canonizarse por su fin, aislando de los motivos de interes particular el provecho que de ella pudo resultar á la causa de la civilizacion y del progreso, no puede hacerse lo mismo respecto de los medios, pero aun en esto hay que hacer alguna diferencia.

El trono de Castilla, si bien se creyó autorizado para empuñar el cetro que por naturaleza pertenecia á los soberanos de este suelo, á lo menos supieron cumplir con el deber que les impuso la Silla apostólica de procurar la conversion de los infieles y aun dictaron reiteradas providencias para conservarles su libertad, garantir sus intereses y contener en sus justos límites la ambicion de una ruda soldadexca, ávida de riquezas: esta clase rapaz y cruel, fué la que ocasionó los inmensos daños que han ennegrecido el nombre español en la historia de la conquista.

Al primero que tenemos que considerar es al atrevido capitán Fernando Cortés á quien es debida la conquista del afamado imperio azteca; y sin embargo este hombre, si tuvo grandes crímenes, tambien tiene en su vida acciones heroicas, que lo ponen á gran altura respecto de todos los de su clase y lo pueden hacer estimable, sino entre nosotros, á lo menos para con sus nacionales y otros estraños que podrán admirar aquellos rasgos, sin sentirse heridos de las graves injusticias y crueldades, á cuyo recuerdo precisamente se lastima todo corazon mexicano.

La conquista de México, bajo el punto de vista militar,

es una de las mas grandes empresas que se registran en la historia; y como fué debida solo al génio de Cortés, á su indómita voluntad para no dar jamás un paso atrás en el colosal proyecto que una vez formó y al valor con que ejecutó este arriesgado pensamiento, hace del conquistador un gran capitán, que lo saca de la esfera de los aventureros vulgares: el punto que mas acredita el talento de Cortés, es la habilidad con que supo hacer cooperar para la realizacion de su plan, los mismos elementos que se le oponian, pues sin la ayuda de los soldados de Narvaez para destruirlo y la de tantos aventureros, que sin ninguna disciplina solo buscaban su provecho particular, no se habria podido llevar á cabo la temeraria conquista; y aun no fué lo mas, conciliar los encontrados intereses de los castellanos, sino adunar y fundir en un solo molde, al pueblo conquistador con el conquistado, y esto no despues de conseguido el fin, sino como primer paso para llegar á él.

El valor civil y militar de este hombre, está justificado por casi todos sus pasos, desde que puso el pié en las playas del territorio mexicano, y no solo dirigió las batallas, sino que en ellas hizo notar la serenidad de su corazón y la destreza de su brazo, como sucedió en el encarnizado combate del atrio superior en el gran teocalli de Huitzilopochtli, en la terrible jornada de la calzada de Tlacopan en la noche triste, en la sangrienta batalla de Otompan, en la de Xochimilco y en mas de un encuentro durante el asedio de la capital: y si estos pasos no pueden dejar duda de que era un soldado esforzado y valeroso, su habilidad para superar las desgracias y lo incontrastable de su voluntad, está bastante acreditada sobre todo en su conducta despues de la espulsion de México y durante su permanencia en la república de Tlaxcala, donde al borde de un volcan por la sublevacion de sus mismos soldados, y orillado al sepulcro por la fiebre que le ocasionaron sus heri-

das, combinó el mejor medio de destruir al poderoso imperio de los aztecas, ejecutando esta idea con una precision que admirarán todos los siglos.

No es menos notable su empeño en sustituir la sangrienta idolatría del país, con la religion de paz y de amor del Crucificado; y plantar la soberana señal de la cruz y la imágen de la Madre de Dios en los lugares donde las funestas divinidades recibian el bárbaro culto de aquellos pueblos estraviados, como lo hizo en las ciudades de Zempoala, Tlaxcala, Cholula, la misma Tenoxtitlan y otros muchos en que la prudencia y discrecion del P. Olmedo vinieron á templar los ardores de su imprudente y prematuro zelo: y sobre todo, lo que lo hace aparecer muy superior á los de su época, fué el noble orgullo de una grandiosa obra, al traves de su ambicion personal, porque al esforzarse en acumular riquezas, no era tanto para satisfacer las exigencias de una ambicion comun, cuanto para concluir la colosal empresa de aparecer ante el universo con todo un nuevo mundo avasallado á sus piés, por la valentía de su espada y la penetracion de su génio.

La claridad y brillo de estos hechos, fué sin embargo empañada por otros que ya hemos ido notando en el curso de la historia: para satisfacer la sed de oro que devoraba tanto á él como á sus compañeros, lo llevó de un abismo en otro, hasta el bárbaro suplicio de Quatemotzin y sus compañeros, poniéndolos á la accion del fuego, para arrancarles la revelacion del tesoro que anhelaba su corazón: él fué quien introdujo la costumbre de llenar de infamia á los vencidos, marcándoles la cara con un fierro hecho ascuas: él incendió entre los corazones de los naturales, el fuego del ódio y del rencor, armando el brazo del hermano para causar la ruina de su hermano: fué el primero que con vanos pretextos impidió el cumplimiento de las órdenes dadas por el emperador, para aliviar la suerte de

los vencidos y reprimir las brutales exigencias de los vencedores; y á pesar de estos borrones, que no han podido quitar de su conducta las plumas mas hábiles de sus panegiristas, es el que aparece menos cruel entre todos los conquistadores. Los acontecimientos de Cristóbal de Olid en la provincia de Honduras: los escándalos y atrocidades de Chirinos, Salazar y sus compañeros de gobierno en México: la brutal conducta de Nuño de Guzman en Pánuco, cambiando á los racionales por las bestias, sus injusticias en México, la atrocidad con que sacrificó al rey de Michoacan; y tantos hechos semejantes á éstos, dan á la conquista en su principio el carácter repugnante con que naturalmente se presenta á nuestra vista, porque no se puede ver en estos hombres, sino unos lobos hambrientos que sin compasion devoraban los pueblos para saciar su rapacidad.

Ya en otro lugar hemos citado el informe de los obispos de México y Tlaxcala y el de los religiosos de San Francisco de México, que descubren cual era la conducta de los españoles primeros pobladores de este suelo: muy difuso seria aglomerar todo lo que sobre esto hay escrito por hombres que merecen toda fé y particularmente si hubieramos de tomar estos datos, de la obra titulada: "Destruccion de la monarquía indiana" y demas escritos del Illmo. Sr. Las Casas; y para concluir esta materia, citaremos solo este pasaje en que se habla de Fr. Domingo Betanzos religioso de la orden de predicadores. "No era menester que tuviese tan buenas entrañas el Santo, para que se las moviese y enterneciese la ocasion que hallaba, bastaba que fuera su corazon de hombre, para que se derritiese de lástima, viendo cual fuera de trato de hombres, maltrataban á los pobres indios nuestros castellanos. Bien es verdad que ya no se usaban aquellas primeras tiranías que refiere por vista de ojos el Santo

"Obispo de Chiapas, D. Fr. Bartolomé de las Casas. No se usaban (digo) aquellas antiguas carnicerías y matanzas, que á título de castigo contra los rebeldes, era injusta muerte de inocentes, que cuando mucho mal habian era defenderse. Y esto está tan ageno de ser malo, que de suyo es muy bueno, y muy santo, pues cada uno tiene derecho para defenderse y aun para ofender al que injustamente le ofende. Pero con todo eso, se usaba todavía enviar á los indios que cabian de repartimiento ó encomienda, á que buscasen oro en los rios y á las indias á que cultivasen las tierras en sus propias granjas y sembrados, sin darles de comer, mas que una libranza en las yervas y raices del campo, y sin mas paga que un ordinarío disgusto de sus trabajos, pareciéndoles á los ámos poco lo hecho, respecto de lo que los hambrientos riquezas deseaban. Bien se ha parecido por los efectos cuan mal tratados han sido aquellos indios, pues ha quedado ya su tierra despoblada, con haber sido tan famosa. Todo se acabó y despobló por el rigor y crueldad de algunos capitanes y soldados, que interpretando siniestramente las justas leyes de los Reyes católicos, llamaban promulgacion pacífica su violenta demanda de oro: y el no dársela, llamaban resistencia á la promulgacion del evangelio y con esto los destruian. (1)

Por esto decia desde la introduccion de la obra, que al comenzar este período, dió principio para el pueblo mexicano, un largo y penoso parentésis en su vida como nacion, porque efectivamente, los derechos políticos de los naturales, fueron pisoteados por los conquistadores; pero cuando el pueblo se veia cargado con esta desgracia, los ministros del Dios de la paz, enjugaban sus lágrimas é insulaban en sus lacerados corazones, las dulzuras de la re-

1 Dávila Padilla, historia de la fundacion de la orden de predicadores lib. 10. cap. 8.º

ligion verdadera, con los conocimientos útiles para la vida civil. En los últimos tiempos se ha tenido de moda, insultar á esta clase, no solo respetable por su carácter sagrado, sino benemérita de la nacion, por ser á quien se le debe cuanto entre nosotros pueda decirse perteneciente á la civilizaci6n: este modo de discurrir, no solo acusa á sus autores de ingratos, sino de poco conocedores de la historia de su mismo pais. ¡Hombres ilustrados de este siglo: espíritus fuertes que simpatizais tanto con el progreso, ¿quereis saber, quienes echaron en México los cimientos de la civilizaci6n? No consulteis á los autores católicos que apellidais fanáticos y os desdeñais de leer; pero abrid la historia de la conquista de México por Prescott, hombre que no se cuenta entre los miembros de la iglesia católica: en ella vereis, que “A consecuencia de estas sugerencias, (habla de la súplica de Cortés á Carlos V.) doce frailes franciscanos se embarcaron para Nueva España á donde llegaron á principios de 1524. Eran hombres de imaculada pureza de costumbres, nutridos con la ciencia del claustro y semejantes á otros muchos que la iglesia romana ha enviado á iguales misiones apostólicas, estimaban en poco los sacrificios personales, hechos por la sagrada causa que habian abrazado. No perdieron tiempo los misioneros en la buena obra de la conversion. Comenzaron á predicar por medio de intérpretes, hasta que hubieron adquirido el perfecto conocimiento del idioma. Abrieron escuelas y fundaron colegios donde los naturales eran instruidos en las ciencias sagradas y profanas.”

A pesar de esto, hoy se dice: que el empeño de estos hombres era estender el fanatismo, para esquilmar á los pueblos y disfrutar de los bienes que poseian los fieles: pues oid la respuesta á esta objecion, tomada del mismo autor en La Historia del Perú, “La mayor parte de los misioneros, eran hombres de singular humildad, que seguian las

huellas de los conquistadores para ir sembrando las semillas de la verdad, y con el celo mas desinteresado, se consagraban esclusivamente á la propagacion del evangelio. Con sus trabajos apostólicos dieron á conocer que eran verdaderamente soldados de la Cruz, y que no era un vano alarde el empeño tan decantado de plantar sus estandartes en el corazon de las naciones paganas. Penetraron solos en las regiones mas remotas é inaccesibles, ó como el benéfico Las Casas en Cumaná y los jesuitas en el Paraguay y las Californias, reunieron á sus discípulos indios en poblaciones, reduciéndolos á vida civil. Al recorrer los sangrientos anales de las colonias españolas, se alivia el corazon como es justo, al reflexionar que la misma nacion que producía aquellos crueles conquistadores, enviaba tambien sus benéficos misioneros y *difundia la luz de la civilizaci6n cristiana hasta las regiones mas dilatadas del nuevo mundo.*”

Esto, que es una prueba incuestionable por ser un hecho justificado en la historia y los demas que tendrán que referirse particularmente en el tomo siguiente, no deja duda de que los ministros del altar, fueron los que sembraron en este suelo privilegiado, la fecunda semilla de la verdad, cuyo fruto es la civilizaci6n que tanto anhela el corazon del hombre en su constante inclinacion á un positivo y sólido progreso: y una vez nacido este árbol delicioso, esos mismos ministros, lo regaron con sus lágrimas y su sangre, lo vivificaron con el fuego de su oracion y lo cultivaron con el incesante esfuerzo de sus virtudes. Y esto ha producido tal efecto, que cuando despues de mas de tres siglos, el espíritu de impiedad ha agitado al huracan revolucionario, este árbol con la fortaleza que le imprimió la sabia de sus primitivos jugos, ha podido resistir inalterable los recios embates de este torbellino: y si bien ha tenido que lamentar la caida de algunas ramas secas, la robustez de su tronco ha producido innumerables renuevos que han

hecho reverdecer su follage y dar mayor atractivo á su refrigerante sombra.

En esto hay que hacer una reflexion, de esas que á la vez de consolar el fatigado espíritu de los fieles, irrita el ánimo de los espíritus arrogantes, porque en su ciega altivez, no ven ni quieren ver esos misteriosos hilos que encadenando todos los acontecimientos vuelven á parar en la misma mano poderosa de donde salieron. Los primeros operarios evangélicos que vinieron á plantar y cultivar esta parte de la viña, recibieron un mandato del superior, ministro del Hombre Dios que envió á sus discípulos con la plenitud de autoridad que habia recibido de su Padre Celestial. “Y al mérito de la santa obediencia, mando, que vayais, y traigais fruto y *vuestro fruto permanezca.*” (1)

Y á la verdad, ninguna cosa mas natural, que en este suelo deba permanecer el delicado y esquisito fruto de la civilizacion cristiana, cuando él estaba predestinado para servir de gloriosa repiza á la poderosa planta de la Mujer Fuerte, de la Bienaventurada María, para destruir el error al quebrantar la cabeza del cruel verdugo de la humanidad; y no se crea que esto es un delirio de la imaginacion ó una nécia inventiva de una piedad exagerada; es una palpable realidad, un hecho comprobado que será objeto del capítulo siguiente.

1. Patente de obediencia del P. Fr. Francisco de los Angeles, General de la órden de franciscanos, á los 12 primeros religiosos que pasaron á este suelo.

CAPITULO XXXIX.

Maravillosa aparicion de la Bienaventurada Virgen María, en el cerro del Tepeyac, ó Tepeyacac.

Para satisfacer á la materia de este capítulo, es preciso insertar á la letra la relacion que hace de este prodigio el Br. D. Luis Becerra Tanco, en su obra intitulada “Felicidad de México en la admirable aparicion de la Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe y origen de su milagrosa Imágen:” porque esta relacion no solo está conforme con los mapas, cantares, y tradiciones con testos de los antiguos mexicanos, sino copiado literalmente de la relacion escrita en lengua mexicana, por los mismos naturales contemporáneos al prodigioso acontecimiento. Dice así.

Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor nuestro de 1531 y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la N. E. cumplidos diez años y casi cuatro meses, sábado muy de mañana antes de esclarecer la aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el santo bautismo se llamó Juan y por sobrenombre Diego, natural segun fama del pueblo de Cuautitlan, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte, y casado con una india que se llamó María Lucía, de la calidad de su marido, venia del pueblo en que residia (dícese haber sido el de Tolpetlac, en que era vecino) al templo de Santia-

hecho reverdecer su follage y dar mayor atractivo á su refrigerante sombra.

En esto hay que hacer una reflexion, de esas que á la vez de consolar el fatigado espíritu de los fieles, irrita el ánimo de los espíritus arrogantes, porque en su ciega altivez, no ven ni quieren ver esos misteriosos hilos que encadenando todos los acontecimientos vuelven á parar en la misma mano poderosa de donde salieron. Los primeros operarios evangélicos que vinieron á plantar y cultivar esta parte de la viña, recibieron un mandato del superior, ministro del Hombre Dios que envió á sus discípulos con la plenitud de autoridad que habia recibido de su Padre Celestial. “Y al mérito de la santa obediencia, mando, que vayais, y traigais fruto y *vuestro fruto permanezca.*» (1)

Y á la verdad, ninguna cosa mas natural, que en este suelo deba permanecer el delicado y esquisito fruto de la civilizacion cristiana, cuando él estaba predestinado para servir de gloriosa repiza á la poderosa planta de la Mujer Fuerte, de la Bienaventurada María, para destruir el error al quebrantar la cabeza del cruel verdugo de la humanidad; y no se crea que esto es un delirio de la imaginacion ó una nécia inventiva de una piedad exagerada; es una palpable realidad, un hecho comprobado que será objeto del capítulo siguiente.

1. Patente de obediencia del P. Fr. Francisco de los Angeles, General de la órden de franciscanos, á los 12 primeros religiosos que pasaron á este suelo.

CAPITULO XXXIX.

Maravillosa aparicion de la Bienaventurada Virgen María, en el cerro del Tepeyac, ó Tepeyacac.

Para satisfacer á la materia de este capítulo, es preciso insertar á la letra la relacion que hace de este prodigio el Br. D. Luis Becerra Tanco, en su obra intitulada “Felicidad de México en la admirable aparicion de la Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe y origen de su milagrosa Imágen:” porque esta relacion no solo está conforme con los mapas, cantares, y tradiciones con testos de los antiguos mexicanos, sino copiado literalmente de la relacion escrita en lengua mexicana, por los mismos naturales contemporáneos al prodigioso acontecimiento. Dice así.

Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor nuestro de 1531 y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la N. E. cumplidos diez años y casi cuatro meses, sábado muy de mañana antes de esclarecer la aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el santo bautismo se llamó Juan y por sobrenombre Diego, natural segun fama del pueblo de Cuautitlan, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte, y casado con una india que se llamó María Lucía, de la calidad de su marido, venia del pueblo en que residia (dícese haber sido el de Tolpetlac, en que era vecino) al templo de Santia-

go el mayor, patron de España, que es el barrio de Tlaltelolco, doctrina de los religiosos del Sr. S. Francisco; á oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño, que se decia Tepeyacac, que significa extremidad ó remate agudo de los cerros, que el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe; oyó el indio en la cumbre del cerrillo y en una ceja de peñascos, que se levanta sobre el llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coros los unos á los otros con singular concierto; y alzando la vista al lugar de donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto, y como fuera de sí en un suave arrobamiento sin temor ni turbacion alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inesplicable. Estando en esta suspension y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre "Juan" con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salia de los esplendores de aquella nube, y que le decian que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado."

"Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imágen, conforme á las señas que dió el indio, de palabra; y hablándole aquella Señora con semblante apacible y alhagüeño en idioma mexicano, le dijo. "Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) adonde vas? Respondió el indio: "Voy; noble

"dueño, y Señora mia, á México y al barrio de "Tlaltelolco" "á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios" "sustitutos suyos." Habiéndole oido María Santísima le dijo así: "Sábeta, hijo mio muy querido, que yo soy la "siempre Virgen María Madre del verdadero Dios, Autor "de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como Madre piadosa "tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y me buscan, y de todos los que solicitan mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles "consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad. "has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, "que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es "gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oido: y ten por cierto tú, que "te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oido hijo "mio mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo "el esfuerzo que pudieres." Postrándose el indio en tierra, le respondió: "Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, "á poner por obra tu mandato, como humilde siervo: quédate en buena hora." Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cojió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecucion de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, y entró en el palacio del Sr. Obispo: era éste el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Sr. Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle; no le avisaron lue-

go, hora porque era muy de mañana; ó porque le vieron pobre humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada diciéndole "que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada;" y refirió cuanto habia visto y oído, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el indio, estrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó: ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese ilucion del demonio por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religion; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo que volviese de allí á algunos dias, porque queria inquirir el negocio a que habia ido muy de raiz, y le oiria mas de espacio. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima de quien era mensajero."

"Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde puesto el sol, al pueblo en que vivia. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo en que por la mañana habia visto y hablado á la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrandose en su acatamiento dijo: "Niña mia muy querida, mi reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndolo visto le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion; mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba,

"y escudriñarlo muy de raiz. Presumió que el templo que pides se te labre, es ficcion mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto alguna persona noble y principal digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves dueño mio que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mi este negocio á que me envías: perdona, reina mia, mi atrevimiento, si en algo he escedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta."

"Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido, le dijo así: "Oye, hijo muy amado, sabete que no me faltan sirvientes ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo; y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envia es la Virgen María Madre do Dios verdadero." Respondió Juan Diego: "No recibas disgusto, reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad y con todo mi corazon á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me escuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto ni bien oido; o ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo haré lo que me ordenas; y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz. alta niña mia, y Dios te guarde." Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa."

"En el dia siguiente Domingo diez de Diciembre, vino

Juan al templo de Santiago "Tlaltelolco" á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia por sus barrios, volvió el indio al palacio del Sr. Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho los familiares del Sr. Obispo el avisarle para que le oyese, habiendo entrado, humillado en su presencia le dijo con lágrimas y gemidos "como por segunda vez habia visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le habia dado antes; y que de nuevo le habia mandado volver á su presencia á decirle que le edificase un templo en aquel sitio que la habia visto y hablado; y que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba y la siempre Virgen María."

"Oyole con mayor atencion el Sr. Obispo y empezó á moverse á darle crédito, y para certificarse mas del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viesse muy bien lo que decia, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficcion del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: "que no era bastante lo que le habia dicho, para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas, de donde coligiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se le labrase templo." Respondió el indio: que "viese cual seña queria, para que la pidiese."

"Habiendo hecho reparo el Sr. Obispo que no habia puesto escusa en pedir la seña el indio, ni dudado en ello,

antes sin turbacion alguna habia dicho que escogiese la seña que le pareciese, llamó á dos personas, las de mas confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento, y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que habia señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme á la orden del Sr. Obispo. Despedido el indio de la presencia de su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta Ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que le seguían; y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron: y teniéndole por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado de todo al Sr. Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese."

"Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á "María Santísima," que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio á su presencia, le dijo "como en cumplimiento de su mandato habia vuelto al palacio del Obispo, y le habia dado su mensaje; y que despues de varias preguntas y repreguntas que le habia hecho, le dijo no era bastante su simple relacion, para tomar resolucion en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una seña cierta

“por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase el templo en este sitio”.

Agradecióle “María Santísima” el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el día siguiente al mismo parage, y que allí le daría la señal cierta con que el Obispo le diese crédito; y despidióse el indio cortesmente, prometida lá obediencia.”

“Pasó el día siguiente, lúnes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado, porque cuando llegó á su pueblo halló enfermo á un tio suyo llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman “cocolixtli;” y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio; y habiéndole conducido á donde estaba el enfermo se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago Tlaltelolco á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día Mártes 12 de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía; y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la “Virgen María,” como habia prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo por no haber vuelto, como le habia ordenado; y juzgando con su candidez, que ecojiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y

falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque queria prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Sr. Obispo: hizolo así; y habiendo pasado el parage donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro “María Santísima.”

“Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole “¿Adónde vas, hijo mio, y que camino es el que has seguido?” Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbacion postrado de rodillas: “Niña mia muy amada, y “Señora mia, Dios te guarde. ¿Como haz amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sa-
“be dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo
“y mi tio, de un accidente grave y mortal; y porque se vé
“muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco en la
“ciudad á llamar un sacerdote que venga á confesarle y
“olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y
“despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este
“lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Se-
“ñora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso
“de hacer lo que haz mandano á este siervo tuyo, ni es dis-
“culpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin fal-
“ta.” Oyó “María Santísima” con semblante apacible la
“disculpa del indio, y le dijo de esta suerte: “Oye, hijo
“mio, lo que te digo ahora: no te molestes ni affija cosa al-
“guna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni
“dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu mandre? ¿No es-
“tás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida
“y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi euenta?
“¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cui-
“dado algune de la enfermedad de tu tio, que no ha de mo-

“rir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano” (y fué así segun se supo despues, como se dirá adelante). Así que oyó Juan Diego, estas razones quedó tan consolado y satisfecho, que dijo: “pues enviame, Señora mia, á ver “al Obispo, y dame la señal que me digiste para que me “de crédito” Díjole “Maria Santisima”: “Sube, hijo mio “muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me “haz visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, “y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que haz de hacer y decir” Obedeció “el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar por ser todos peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma como acostumbra los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella; y llevólas á la presencia de la Virgen “Maria” que le aguardó al pié de un árbol que llaman “Quazahuatl” los indios que es lo mismo que el “árbol de telas de araña ó árbol ayuno,” (el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre y solo dá unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio juzgo que es un tronco antiguo que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vanda por donde se sube á la cumbre por la vanda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen); porque humillado el indio en la presencia de la Virgen “Maria” le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y apartándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo: “Ves aquí la señal “que haz de llevar al Obispo y le dirás, que por señas de “estas rosas haga lo que le ordeno; y ten cuidado hijo con “esto que te digo; y advierte que hago confianza de ti. No

“muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni “despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo; y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás “ánimo para que ponga por obra mi templo.” Y dicho esto le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas, sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.”

“Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa; quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viendolas tan hermorsas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta. Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dadole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas “y se vió en ella pintada la Imágen de Maria Santísima,” como se ve el dia de hoy. Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas siendo el tiempo mas rigoroso del invierno en este clima; y (lo que es mas) “de la santa imágen que pareció pintada en la manta,” habiendola venerado como cosa celestial y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atras en el cerebro, y la llevó á su oratorio, y colocada con decencia la imágen,

dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

“Detuvo aquel dia el Señor Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañía, y le señalase el sitio en que mandaba la Santísima Virgen “María” que se le edificase templo. Llegados al paraje señaló el sitio y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo; y habiéndola obtenido, envió el Señor Obispo algunos de su familia con él, ordenandoles, que si hallasen sano al enfermo lo llevasen á su presencia.”

“Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y como la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho, y que le habia dado entera salud y que le dijo “como era gusto suyo que se le edificase un templo en el lugar que su sobrino la habia visto; “y así mismo que su “Imágen” se llamase “Santa María de Guadalupe:” no dijo la causa; y habiendo entendido los criados del Señor Obispo llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y que forma tenia la Señora que se le habia dado; averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo á su palacio á los dos indios á la Ciudad de México.”

“Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad al palacio epis-

copal á venerar la imágen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la “Imágen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una hermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.”

“Esta es toda la tradicion sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relacion; que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa; porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precision, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos é historiadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.”

El motivo que tuvo la Virgen para que su imágen se llamase de “Guadalupe” no lo dijo; y así no se sabe hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.”

“Hasta aquí llega la tradicion primera mas antigua y mas fidedigna por lo que se dirá despues.”

La mas exacta pintura de la sagrada imágen, es la que delinió el célebre pintor D. Miguel Cabrera, en el informe que rindió como presidente de la junta de pintores destinada para la inspeccion que se hizo en 30 de Abril de 1791, escrito en los siguientes términos:

“Es el lienzo ó ayate en que está pintada la reina de los Angeles de dos piezas iguales, unidas ó cosidas con un hilo de algodón bien delgado é incapaz por sí de resistir cualquier violencia. Pues este frágil hilo resiste y ha estado resistiendo por mas de dos siglos (cuando esto se copia pasan de tres) la fuerza natural, peso ó tirantez de los dos lienzos que une, que son de género por su naturaleza pesados, y mucho mas recio que el débil algodón.”

“Es la tela ó lienzo en que está pintada la Virgen Guadalupe, segun parece, un tejido grosero de ciertos hi-

los que vulgarmente llamamos "pita" que sacaban los indios de unas palmas propias de este país, de que en la antigüedad labraban sus pobres mantas, á las cuales en su natural idioma llaman "Ayatl" y nosotros vulgarmente "ayate." Su trama y color es semejante al lienzo crudo ó bramante de la Europa, que aquí decimos cotence; aunque no es como el superior ni el infimo, sino como el que regularmente tenemos por mediano. Otros han discuri-do que esta maravillosa manta está tejida de la pita que sacaban del maguey: á lo que no asiento y la razon es, que los ayates que vemos de esta planta que todavía usan los indios, son demasidamente groseros; y el de nuestra imágen no es tanto, aunque lo parece por algunas marras ó hilos que se encuentran en su trama, semejante al cotence dicho."

"Insinuada en el modo dicho la materia de nuestro lienzo, se seguia dar (razon ó) noticia del "aparejo" ó disposicion que antecede siempre á toda pintura. Pero siendo la nuestra tan singular, "lo es tambien en carecer de toda disposicion ó aparejo," como consta de la declaracion que los pintores hicieron "examinándola por el haz y embez" el año de 1666 que refiere el R. P. Francisco de Florencia de la compañía de Jesus: en ella afirmaron con juramento "que visto el lienzo por el embez se ve trasportada toda la santa Imágen con todos los colores que se admiran en el haz." De donde necesariamente se infiere "la total falta de aparejo;" pues á tener alguno, fuera naturalmente imposible que se vieran los colores trasportados por el reverso del lienzo."

"Ni solo el dicho de los pintores convence este mi pensamiento; tambien la sagrada imágen nos lo hace ver. Está ahora cubierto su respaldo con dos grandes láminas de plata fina, apartadas como dos ó tres dedos de ella: entre lámina y lámina hay una pequeña hendidura, "por la cual

sin que estorbe el lienzo, se ven con claridad los objetos que están de la otra parte;" así lo he experimentado repetidas veces por lo que me persuado á que no tiene aparejo esta nuestra Imágen prodigiosa; pues si lo tuviera, impediria el paso á la vista la interposicion de la pintura entre los ojos y el objeto."

"Son las cuatro especies ó modos de pintura que en Guadalupe se admiran ejecutadas, "al Oleo" una; otra "al Temple; de Aguazo" otra; y "labrada al Temple" la otra. De cada una de estas especies tratan los facultativos; pero "de la union ó conjuncion de las cuatro en una sola superficie, no hay autor no solo que la haya practicado, pero que ni haga memoria de ella;" y yo pienso que hasta que apareció esta pintura de Guadalupe ninguno la habia imaginado."

"Están segun parece en el bellissimo retrato de la Princesa Soberana de Guadalupe la cabeza y manos "al Oleo;" la túnica y el ángel con las nubes que le sirven de Orla, "al Temple;" el manto, de "Aguazo; y el campo sobre que caen y terminan los rayos, se percibe como de pintura "labrada al Temple."

"Tiene el portentoso lienzo en toda su altura dos varas y un doceavo; y de ancho poco mas de vara y cuarta; y este ancho y alto hacen los dos lienzos añadidos de que se compone. Quédale la costura perpendicular, "sin tocar al bellissimo rostro;" están cosidas las dos piernas ó lienzos de la venturosa tilma con aquel frágil hilo de algodón de que hablé."

"Medida por mí la Santa Imágen con la mas prolija y atenta diligencia hallé que tiene en toda la altura ocho rostros y un tercio, al que añadiéndole otro mas por lo poco que se inclina, resultando ocho rostros y dos tercios, distribuídos en el modo siguiente: El primero desde el nacimiento del pelo, hasta el extremo de la barba; el segun-

do desde aquí hasta los virginales pechos, y así lo demas: incluyendose los dos tercios en toda su estatura; esto es desde la superficie de la cabeza hasta sus sagradas plantas.”

“Representando el sagrado aspecto de nuestra prodigiosa Imágen la de catorce ó quince años, es preciso confesar que á toda su tierna y delicada simetría le conviene bien la estatura pequeña en que la vemos, y por lo mismo estar bien comensurada en los ocho rostros y dos tercios, que hacen siete módulos ó cuartas menos medio tercio que tiene nuestra Señora, y que regularmente tiene una doncella bien proporcionada de esta edad; con que se halla conforme á las reglas y tamaños del natural, el que como principal objeto de la pintura, tiene igual y muy ajustada correspondencia con las perfectísimas proporciones de que hablamos.”

“Es su amabilísimo rostro de tal contestura que no es delgado ni grueso: concurren en él aquellas partes de que se compone una buena pintura, como son hermosura, suavidad y relieve. Dejanse ver en él “unos perfiles” en los ojos, nariz y boca, tan dibujados (esto es, con tal arte) que sin agravio de las tres partes dichas, le agregan tal belleza, que arrebatan los corazones á cuantos logran verle. La “frente” es bien proporcionada; á la que le causa el pelo que es negro, especial hermosura, aun estando en aquel modo sencillo, que nos dicen usaban las indias nobles en este reino. Las “cejas” son delgadas y no rectas; los ojos bajos y como de paloma; tan apasibles y amables que es inesplicable el regocijo y reverencia que causa el verlos. La “nariz,” en bella y correspondiente proporcion con las demas partes, es linda. La “boca” es una admirable maravilla: tiene los “labios” muy delgados y el “inferior” ó por contingencia, ó misteriosamente, cayó en una marra ó nudo del “Ayate,” que elevándole un tanto cuanto, le dá

tal gracia, que como que se sonrie, embeleza. La “barba” corresponde con igualdad á tanta belleza y hermosura. Las “mejillas” sonrosean; y el “colorido” es poco mas moreno que el de la perla. La “garganta” es redonda, y muy perfecta.”

“Pisa perpendicularmente toda su delicada estatura en el “pié” derecho que asienta sobre la “luna,” la que es de color de tierra oscura con las puntas ó extremos para arriba. Está terciado ó inclinado con el sagrado rostro todo su “cuerpo” sobre el lado diestro. Tiene las delicadas “manos” puestas y arrimadas al “pecho,” en ademan ó movimiento de quien humildemente pide, y en la misma conformidad terciadas. La “túnica” es rosada, y en donde la hiere la luz, muy clara; y tan bellamente trabajados sus trazos y cañones que es admiración de los inteligentes. Tiene una abertura en el cuello, abotonada con un escudo ó medalla de oro con el signo de la santa cruz, hecha de color negro con mucho aseo; y desde aquí le fluye hasta las sagradas plantas, en donde airosamente descanza, desprendiéndose un extremo, que recibe el Angel. Está forrada como de felpa blanca, la que descubre en el cuello y vueltas de las mangas, donde se dejan ver así el cuello de la camisa, como los “puños”; y estos le agracian unas puntitas de oro que son diez en uno y once en otro.”

“Tiene la Santa Imágen dorada la túnica con unas flores de estraño dibujo; componense estas de “una vena de oro,” con la singularidad “de que esta no busca las quebras de los trazos ó cañones, sino que está seguida como si fuera sobre cosa plana.” Bien que “el oro en las partes donde está hundida, se ve mas oscuro;” por lo que no le hace falta para la gracia y hermosura. Tiene tambien dorada la fimbria de la túnica y del manto: están doradas las estrellas y los rayos del Sol que viste la Santa Imágen; y tambien está dorada su real corona. En la labor

de la túnica advertí un rarísimo primor: este consiste en que “está perfilada por el contorno y dictorno, cosa que hayo por imposible que ningún hombre hiciera; porque es el perfil como del grueso de un pelo poco mas” y es tan igual y con tal aseó y primor, que solo acercándose se percibe: “por cuya dificultad ó imposible de ejecutarlo en el modo” que se ve, discurro que se ha omitido en las imágenes que se han hecho y se hacen: al menos yo hasta ahora no he visto ni oído que se halla practicado.”

“Es “el oro,” de que se viste la emperatriz soberana en su sagrada imagen asombro que no solo embeleza sino que “sorprende á los mas peritos artifices de esta facultad:” porque es tan especial, “de tan peregrina estrañez,” y tan rara apacibilidad de color que en cuanto vemos dorado de los mas aseados y cuidadosos artifices, y que en esto han puesto su mayor empeño, no se encuentra cosa que sin repugnancia de la vista se deje ver. Y en este rarísimo conjunto es al contrario; porque es tan igual con la soberana pintura, que “ni se pudiera discurrir ni hallar en lo humano oro tan esquisito como él,” y que tan bellamente se congeniara con esta prodigiosa pintura. Puedo asegurar que la primera vez que logré verla, “me persuadí á que el oro estaba sobrepuesto como si fuera en polvo,” y que al mas ligero soplo ó con tocarla, habia de faltar de la superficie. De manera que cuando se me ha ofrecido responder á los que desean saber que género de oro es, el mas propio cotejo que he hallado para explicarlo, es decir, “que se asemeja mucho á aquel que á las mariposas dió naturaleza en las alas,” que pocos dejarán de haber visto. Sucede en estas, lo que yo discurría que habia de acontecer con el que sirve de agraciado adorno á nuestra Señora; y es que al cojerlas, sacuden en menudos ápices la mayor parte de su dorado, participando las manos que lo tocan, mucho de él, por lo superficial que está.”

“Esto es lo que me pareció á la vista; pero “habiéndome mandado que la tocase, lo hice” con la reverencia que pide tan divina Imágen; y con admiracion mia observé, que es todo lo contrario; porque “noté lo incorporado que está el oro con la trama,” de tal manera, que parece fué una misma cosa tejerla y dorarla, pues “se ven distintamente todos sus hilos como si fueran de oro,” aun mediando entre la vista y ellos el oro, el que se conoce estar bastantemente tupido.”

“Dije que está bien incorporado, porque advertí que “todo lo que está dorado está tan unido al lienzo, que al tacto solo se puede conocer por la concavidad que en él se percibe como si estuviera impreso;” cosa que hace notable fuerza porque “no hay ni se encuentra en todo el lienzo material alguno de aquellos que se practican para el efecto de dorar, como es ciza ú otro semejante que es lo que pudiera haber causado esta concavidad:” verdaderamente que no se puede negar que estas circunstancias solo pueden ser de una pintura sobrenatural, pues se conoce no estar hecha en aquel orden comun y regular que se practica.”

“Y volviendo á los perfiles digo, que aunque no por ambas partes, sino solo por la de afuera, están perfiladas las fimbrias del manto y túnica con un perfil oscuro, poco mas grueso que el canto de un peso, hecho con bastante dibujo y primor, pues sin agravio de la pintura, le hace salir bellamente: cosa que ha dado que admirar á todos los profesores de esta facultad.”

“Se dice que por estar perfilada, no está en arte. No nos debia hacer fuerza esta objecion si atendemos á que “los perfiles no le quitan el buen gusto á esta pintura;” que es el motivo porque los pintores insignes han procurado desterrarlo así en sus obras como por sus escritos; “antes si le agregan no se que gracia,” que no hemos po-

dido imitar, aun poniendo todos los medios para ello. De que se infiere que “los perfiles hacen mas creible el prodigio, pues ninguno lo ejecutaria con ellos porque le resultaria una pintura totalmente desgraciada; y lo que aquí admiran los inteligentes,” no es eso, “sino una pintura de gran magisterio y arte,” como lo confiesan todos, y lo hace creer la misma celestial imágen.”

“Sobre el “pié derecho,” á poca distancia, en el cañon principal (de la túnica) que descansa sobre él, en una quiebra que hace tiene un número ocho. . .”

“Por cingulo tiene una cinta morada de dos dedos de ancho, que atada en medio de la cintura, se le ven sueltos sus extremos. El “manto” le cubre modestamente la cabeza, sobre el que tiene la “real corona,” que se compone de diez puntas ó rayos; y desde aquí descendiendo por el lado derecho hasta descansar sobre la luna, descolgándose aun mas abajo de ella el extremo de donde está asido el ángel que lo sostiene; y por el otro lado lo tiene preso en el brazo, y de allí le baja manifestándonos á poca distancia el “forro” que es poco mas claro que el manto, y viene á terminar mas abajo del extremo de la luna, y lo demas se oculta tras de la Señora. Su color no es azul como se ha pintado; sino de un color que ni bien es perfectamente verde ni azul; sino un agradable medio entre estos dos colores. Sirviendo de bien concertado adorno cuarenta y seis estrellas: veinte y dos por el lado diestro, y por el otro veinte y cuatro, las que en orden colocadas forman cada cuatro de ellas una cruz; y en este modo unas con otras llenan vistosamente el precioso manto, á escepcion del forro que no tiene ninguna.”

“A mas de la luna tiene por trono de sus sagradas plantas un “Angel,” que manifiesta bastantemente en su trono semblante la alegría reverente con que sirve á su reina. Tiene inclinada la cabeza sobre el lado izquierdo, y

se deja ver hasta mas abajo del pecho. La túnica de que se viste es rosada, á la que abrocha el cuello un boton amarillo (no de oro como se ha hecho.) Ya dije, hablando de nuestra Señora, que por este lado se le desprende la fimbria de la túnica, y por el derecho la del manto; y de estos dos extremos está unido el hermoso Atlante, cargando sobre su cabeza, y en el encuentro de la ala izquierda la luna, sobre quien pisa María Santísima, cuyo “calzado” es de color amarillo oscuro. Está este glorioso espíritu en ademan ó movimiento de quien acaba de volar: y esto se conoce no solo en la actitud ó movimiento que nos representa su dibujo; sino tambien en las “alas” que teniéndolas á medio recoger, parece que ya suspendió su vuelo: tambien lo dá á entender el que no carga con la ala derecha para sostener. Tienelas matizadas en “un modo que hasta ahora no se ha visto ejecutado por pintor alguno;” porque las plumas de una y otra se dividen en tres clases ú órdenes, de manera que los dos encuentros son de un azul finísimo, á que se sigue un orden de plumas amarillas, y las del tercer orden encarnadas; aunque estos colores no son tan vivos ó subidos como suelen pintarlos.”

“Tiene por resplandor nuestra Guadalupana Reina un “Sol” que hermosamente la rodea, el que se compone de ciento veinte y nueve rayos: sesenta y dos por el lado derecho, y sesenta y siete por el siniestro, tan lucidos y tan bien ejecutados, que dá que admirar su buena disposicion. Hay igual distancia entre unos y otros; son unos un tanto cuanto serpeados, como que centellean, y los otros rectos: están colocados en este orden; uno recto, y otro serpeado. Sirvele de fondo á este luminar el campo que se deja ver entre sus rayos en un modo estraño; porque en el contrario de la Señora es tan blanco que parece estar reverberando. A este se le introduce un color amarillo algo ceniciento; y se concluye por el contorno de nubes con un

colorido poco mas bajo y rojo: terminan los rayos en punta hasta casi tocar en las nubes; y éstas haciendo un rompimiento, le foman á nuestra reina un nicho ú orla, en cuyo centro está colocada su real persona."

El manuscrito original en que consta esta maravillosa aparicion es de mano de un mexicano contemporáneo llamado D. Antonio Valeriano y copiado por D. Bernardo Alva Ixtlixochitl, de quien lo han tomado Becerra Tanco, el Dr. Sigüenza, y todos los que han escrito sobre esta materia. Hariamos muy difuso este capítulo traspasando los límites de la obra, si nos detuviéramos en recopilar las pruebas de la autenticidad del prodigio que queda referido; pero el que quiera satisfacer su curiosidad en este punto, podrá ocurrir á la obra citada del Sr. Becerra Tanco, Sigüenza. Piedad heroica de Cortés cap. 10 núm 114. Florencia estrella del Norte cap. 13 § 8 núm. 160. Cabrera escudo de armas de México lib. 3 cap. 14 núm. 6-63. Gaceta de México tom. 2 pág. 85. Conde y Oquendo disertacion histórica sobre la aparicion de la portentosa imagen de María Santísima de Guadalupe. Tom. 2.º cap. 7. Tornel y Mendovil aparicion de nuestra Señora de Guadalupe tom. 1.º del cap. 3 al 12. Brevdel Sr. Benedicto XIV. *Non est equidem* expedido en Roma á 25 de Mayo de 1754.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



APENDICE,



VERSION

DE LA POESIA

LEIDA POR EL REY NEZAHUALCOYOTL

EL DIA DE SUS BODAS.

POR JUAN DE DIOS VILLALON.



Son las pompas caducas de este mundo
Como los verdes sauces de la fuente
Que en este suelo sin igual fecundo
Sombra y frescura dan; mas derepente
El fuego los devora furibundo,
O del hacha al poder doblan la frente,
O bien, cuando os añosl anguidecen,
Barridos por el cierzo desdarecen.

La púrpura del trono es cual la rosa
Que luce su hermosura por un dia,
Mientras que guarda la savia sustanciosa
El avaro boton; mas luego impía
De Tonatiuh la llama rigorosa



colorido poco mas bajo y rojo: terminan los rayos en punta hasta casi tocar en las nubes; y éstas haciendo un rompimiento, le foman á nuestra reina un nicho ú orla, en cuyo centro está colocada su real persona."

El manuscrito original en que consta esta maravillosa aparicion es de mano de un mexicano contemporáneo llamado D. Antonio Valeriano y copiado por D. Bernardo Alva Ixtlixochitl, de quien lo han tomado Becerra Tanco, el Dr. Sigüenza, y todos los que han escrito sobre esta materia. Hariamos muy difuso este capítulo traspasando los límites de la obra, si nos detuviéramos en recopilar las pruebas de la autenticidad del prodigio que queda referido; pero el que quiera satisfacer su curiosidad en este punto, podrá ocurrir á la obra citada del Sr. Becerra Tanco, Sigüenza. Piedad heroica de Cortés cap. 10 núm 114. Florencia estrella del Norte cap. 13 § 8 núm. 160. Cabrera escudo de armas de México lib. 3 cap. 14 núm. 6-63. Gaceta de México tom. 2 pág. 85. Conde y Oquendo disertacion histórica sobre la aparicion de la portentosa imágen de María Santísima de Guadalupe. Tom. 2.º cap. 7. Tornel y Mendovil aparicion de nuestra Señora de Guadalupe tom. 1.º del cap. 3 al 12. Brevdel Sr. Benedicto XIV. *Non est equidem* expedido en Roma á 25 de Mayo de 1754.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



APENDICE,



VERSION

DE LA POESIA

LEIDA POR EL REY NEZAHUALCOYOTL

EL DIA DE SUS BODAS.

POR JUAN DE DIOS VILLALON.



Son las pompas caducas de este mundo
Como los verdes sauces de la fuente
Que en este suelo sin igual fecundo
Sombra y frescura dan; mas derepente
El fuego los devora furibundo,
O del hacha al poder doblan la frente,
O bien, cuando os añosl anguidecen,
Barridos por el cierzo desdarecen.

La púrpura del trono es cual la rosa
Que luce su hermosura por un dia,
Mientras que guarda la savia sustanciosa
El avaro boton; mas luego impía
De Tonatiuh la llama rigorosa



Agosta su belleza y lozanía,
Y, cual llorosa virgen engañada,
Pierde el color marchita y deshojada

Es muy breve el reynado de las flores
Como el reynado del humano mismo,
La que hoy al alba muestra sus primores
Yace á la tarde en flébil parasismo,
Todo tiene su fin: gloria y honores
Ruedan con el mortal hasta el abismo
Es un inmenso panteon la tierra
Que cuanto alimentó piadosa entierra.

Los rios, los arroyos y las fuentes
Corriendo van, pero jamas alcanzan
Volver á do nacieron sus corrientes,
Y corren mas, y mientras mas se avanzan
Mas ahondan sus tumbas, y dolientes
Al mar se arrojan y por fin descansan:
Tal es el curso de la vida humana,
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana.

Llena la fosa está de tristes restos
Que ayer, de vida y de salud gosando,
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,
Sabios y nobles con riqueza y mando;
Mas poder y riqueza y altos puestos,
Al soplo fiero y del camino infando,

Pasaron como el humo pestiente
Que el Popocatepetl vomita ardiente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca
Y registrad los senos del olvido.....
¿Dó está Chalchiuhtlanet el chichimeca?
Mitl, el cultor de dioses, dó se ha ido?
De Topiltzin el último tolteca
Y la hermosa Xiuhtlal, decid ¿qué ha sido?
Dónde Xolotl está rey fortunado,
Dó Ixtlixochitl mi padre desdichado?

Ah! necio afan, inútil diligencia:
¿Quién mas sabrá que El que lo sabe todo?
Del lodo les sacó la Omnipotencia,
Y yacen confundidos entre el lodo:
Tal suerte correrá nuestra existencia,
Y nuestros nietos, ay! no de otro modo,
Despues de haber rendido la jornada,
Será tambien el polvo de la nada.

Aspiremos oh nobles tezcucanos,
A la vida inmortal del alto cielo:
La materia parece entre gusanos,
Pero el alma hácia Dios levanta el vuelo:
Del Eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo;
Y esos astros que tanto nos deslumbran
Lámparas son que su palacio alumbran.

Monterey, Abril de 1870.

Monterey, 20 de Febrero de 1870.—Sr. Lic. D. Ignacio Alvarez.—Zacatecas.—Muy apreciable amigo y Sr. mio.

Tengo á la vista la muy grata y favorecida de vd., fecha 13, de este mes, en que se sirve acusarme recibo de mis dos anteriores que le dirigí en 21 del pasado y 5 del presente.

Con la entrega 4.^a del segundo tomo de los "Estudios" recibí el suplemento en que van incertas mi carta de 1.^o de Marzo, las composiciones que con ella le dediqué y su contestacion de fecha 10. Ya ántes habia manifestado á vd. mi profundo reconocimiento por el honor que, sin merecerlo, se dignó acordar á mis humildes ensayos métricos, dándoles un lugar en las páginas de su libro: honor que les valdrá, aunque indignamente, el timbre de inmortalidad que, á no dudarlo, se conquistará la ilustrada obra á que van agregados. ¿Qué puedo añadir ahora, para expresar con mas fuerza aquellos sentimientos? Nada sino cumplir el ofrecimiento, que creo haberle hecho en una de mis anteriores, de seguir dedicándole todas las producciones que me inspiren los mil interesantes lugares en que abunda la narracion de nuestra historia pasada.

Con este propósito, he procurado y procuraré dedicar todos los momentos que me dejen desocupado las atencio-

nes é impresindibles deberes de mi mediana posicion social, á aquellos trabajos, que aunque en lo general son poco apreciados hoy, dejan sin embargo una grata satisfaccion íntima á los espíritus de cierto temple, que como el mio, no encontrando muy á su gusto el aspecto gracioso de la actual civilizacion materialista, aspiran á un mundo ideal donde todo es luz y gloria, paz y fraternidad, y donde no tienen cabida los asquerosos reptiles de las pasiones humanas y del vil interes que hace de los hombres los monstruos mas abominables de la naturaleza criada.

Los elevados y verdaderamente filosóficos sentimientos que contiene la oda de Nezahualcoyotl, cuya version nos ha dado vd. en una brillante prosa en la 2.^a entrega del 2.^o tomo de sus "Estudios," me inspiró la idea de traducir en verso esa magnífica composicion que, como dice vd. con mucho acierto, es una prueba irrecusable de la alta cultura á que habian llegado los malhadados habitantes primitivos de este continente, que necesitaron de toda una formal declaracion, del supremo Vicario de Jesucristo, para no pasar como séres destituidos de razon.

La version que he hecho, y que tengo la mayor satisfaccion en dedicarle, es, lo conozco, muy inferior á la hermosa traduccion de vd.; pero creo que tiene el pequeño mérito de ser la primera que se hace en verso, y por esto me atrevo á esperar que será aceptada por vd. como una prueba de que me esfuerzo por cumplirle mis ofertas.

Las desgracias del grande y poderoso Mocteuhezuma,

y el patriotismo heroico de sus sucesores Cuitlahua y Quauhtemotzin y de la nobleza azteca, prestan, como vd. dice, un basto y precioso material para la composicion lirica: quisiera tener los talentos y tiempo necesario para consignar con versos de oro hechos que apenas se registren iguales en la historia de las demas naciones; pero la tarea es ardua y poco el tiempo de que dispongo, y debo concretarme á trabajar pequeñas composiciones que tendrán por tema los episodios mas notables de la historia.

Acompaño á vd. tambien el soneto de la "justicia de Nezahualpilli con una ligera correccion que le he hecho; reiterándole mi agradecimiento y sinceras protestas de amistad con que le distingue su afectísimo amigo atento y S. S. Q. B. S. M.

Juan de Dios Villalon.

JUSTICIA DE

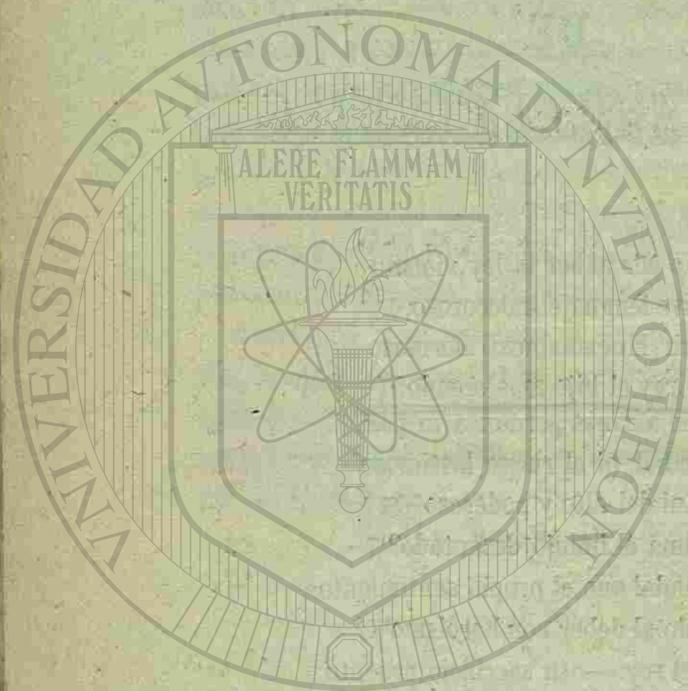
NEZAHUALPILLI

Tan solo por haber la ley violado
Que prohíbe lenguaje indecoroso,
Vas á morir Huexotzincatl hermoso
Siendo del rey el hijo mas amado.

¿Que? no alcanza perdon á tu pecado
Tu tierna edad, ni el ruego lastimoso
De Jocot, ni del alto y poderoso
Moctehuzuma el influjo decantado?

Nada, nada! que el propio sentimiento
Posponiendo al deber con heroismo
Há dicho el rey:—"tu sacrificio cruento

Es, hijo, de la ley el bautismo:
No vivirá el vasallo descontento
Si ve que el rey, es juez con su hijo mismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO II.

Cap. i.	Religion y templos de los mexicanos.	pág. 5.
Cap. ii.	Templos, sacerdotes y fiestas.	„ 14.
Cap. iii.	Costumbres y ritos para los nacimientos, matrimonios y exequias.	„ 24.
Cap. iv.	Gobierno político	„ 37.
Cap. v.	Agricultura, caza, pesca y comercio.	„ 49.
Cap. vi.	Oratoria, poesía, música, baile, fundicion y obra de mosaico.	„ 56.
Cap. vii.	Arquitectura y demas artes de los mexicanos: vestido alimento y diversiones.	„ 70.
Cap. viii.	Presagios de la guerra con los españoles.	„ 80.
Cap. ix.	Del descubrimiento de este continente.	„ 88.

Cap. x.	Siguen los viages de Cristoval Colon.	„	98.
Cap. xi.	Llegada de Hernan Cortés	„	105.
Cap. xii.	Desembarco de Cortés y negociaciones con Mocteuhezuma.	„	116.
Cap. xiii.	Cortés entabla negocios con el Sr. de Cempoala y otros señores: fundacion de Veracruz: embajada azteca; y destruccion de las naves.	„	124.
Cap. xiv.	Marcha de Cortés á Tlaxcala.	„	137.
Cap. xv.	Entrada y permanencia de Hernan Cortés en Tlaxcala: su viage á Cholula: horrible catástrofe en esta Ciudad.	„	148.
Cap. xvi.	Marcha de Cortés á México.	„	161.
Cap. xvii.	Prision del rey Mocteuhezuma y otros personajes en México.	„	174.
Cap. xviii.	Sumision de Mocteuhezuma al rey de España: expedicion contra Narvaez.	„	187.
Cap. xix.	Alvarado hace una horrible carnicería en la nobleza mexicana. Vuelve Cortés á Mexico.	„	200.
Cap. xx.	Muerte de Mocteuhezuma: noche triste	„	210.
Cap. xxi.	Marcha de los españoles: batalla de Otompan: su retirada á Tlaxcala	„	221.

Cap. xxii.	Cortés promueve la guerra á los pueblos vecinos á Tlaxcala.	„	232.
Cap. xxiii.	Marcha Cortés á Texcoco: transporte del material de los bergantines.	„	237.
Cap. xxiv.	Expedicion de Cortés antes de asediar á México	„	249.
Cap. xxv.	Campaña de Quauhnahuac y Jochimileo.	„	257.
Cap. xxvi.	Preparativos para el asedio de la Capital.	„	263.
Cap. xxvii.	Memorable sitio de México.	„	272.
Cap. xxviii.	Sacrificio de los prisioneros: desercion de los aliados: combate de los bergantines: extragos del hambre en la ciudad; y heróica resolucion de los mexicanos	„	286.
Cap. xxix.	Ultimos ataques: prision de Quauhquemotzin: toma de la capital.	„	299.
Cap. xxx.	Suplicio de los prisioneros: repartimientos: tesoro real; y reconstruccion de México.	„	311.
Cap. xxxi.	Progresos de la conquista. Cortés se confirma en su autoridad por el trono de España.	„	319.

- Cap. xxxii. Expedicion de Cortés á Pánuco: sucesos de Tustepec y llegada de Francisco Garay como Gobernador de Pánuco. " 330
- Cap. xxxiii. Llegada de los primeros religiosos á México. " 341.
- Cap. xxxiv. Expediciones á Huaxyacac ó Oaxaca: á Chiapas, Quauhtemalan ó Guatemala y á la provincia de Honduras: viage de Cortés y disturbios en la capital. " 360.
- Cap. xxxv. Juicio de residencia de Cortés y venida de las primeras audiencias " 366.
- Cap. xxxvi. Conquistas de los estados independientes del imperio mexicano en las costas del mar del Sur. " 475.
- Cap. xxxvii. Conquista de Querétaro y fundacion de la ciudad de Puebla. " 380.
- Cap. xxxviii. Reflexiones sobre la conquista. " 386.
- Cap. xxxix. Maravillosa aparición de la bienaventurada Virgen María en el cerro del Tepeyac ó Tepeyacac. " 399.

FIN DEL INDICE.

